





COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

— —

LÍRICOS


EX·LIBRIS.

CANCIONERO

DE

LA ROSA

TOMO I

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del	1 al 50.
10 »	en papel China, del	I al X.



LA ROSA

MANOJO DE LA POESÍA CASTELLANA

FORMADO
CON LAS MEJORES PRODUCCIONES LÍRICAS
consagradas á la

REINA DE LAS FLORES

DURANTE LOS SIGLOS XVI, XVII, XVIII Y XIX
por los poetas de los dos mundos

RECOGIÓLAS
DE DIFERENTES LIBROS, CÓDICES Y MANUSCRITOS
Y LAS PUBLICA CON NOTICIAS BIOGRÁFICAS
Y BIBLIOGRÁFICAS ORIGINALES

D. JUAN PEREZ DE GUZMAN

TOMO I



MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
Impresor de Cámara de S. M.
Don Evaristo, 8
1891





A LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA JOAQUINA OSMA

DE CÁNOVAS DEL CASTILLO

Ofrece reverentemente este homenaje de consideración y respeto

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

MADRID 27 de octubre de 1889.



INTRODUCCIÓN.

I.

De galas brillantes del ingenio y de latidos de corazones apasionados he dispuesto este ramo de *Rosas* inmortales de la poesía castellana. Me persuado de que difícilmente en ninguna otra literatura pueda formarse una colección más completa, aun contando, como yo he contado, con las producciones selectas de cuatro siglos y de dos mundos. Sin embargo, así como la *Rosa* es la flor de todos los climas y de todas las latitudes, de la misma manera su belleza intrínseca y su simbolismo, que á tanta variedad de interpretaciones se presta en la estética y en la moral de la vida, es el tema más común de cuantas literaturas pueden clasificarse en el universo, antiguas ó modernas, espontáneas ó cultivadas, populares ó artísticas. Considerada universalmente como reina de las flores, en todos los idio-

mas que el hombre ha hablado desde su aparición sobre el planeta, la hermosa flor de las alegrías de nuestro mayo ha recibido los homenajes de la inspiración lírica á semejanza del Sér Supremo, creador de todas las cosas, del sol que las vivifica, de la primavera que restaura las fuerzas de la naturaleza, del alba mensajera de la luz del día, del águila que se pierde en los espacios, del león que impera sobre selvas y desiertos, y del mar, en fin, que circunda toda la tierra.

Entre las páginas de este libro se encuentran ejemplos que lo corroboran. No me remonto, en alas de una erudición estéril, á las literaturas primarias, comenzando por la de los libros bíblicos, donde tan elevado papel representa la *Rosa:* basta con proceder desde los tiempos clásicos, de donde dimanan las fuentes de nuestra actual forma literaria. Las retóricas figuras y las hermosas imágenes de Homero y Píndaro sobre la flor predilecta, alternan en estas páginas con las descripciones pintorescas y animadas de Anacreonte, de Byon y de Teócrito, á quienes trajeron modernamente á nuestro Parnaso después de Juan de Mena y D. Pedro González de Mendoza, Juan de Mal-lara y Cristóbal de Mesa, D. Francisco de Quevedo Villegas y D. Manuel Esteban de Villegas, D. Francisco de Trillo y Figueroa y los demás helenis-

tas del siglo XVII, así como los de la última y la actual centuria Luzán y Conde, Castillo y Ayensa y Baráibar, Alenda y Menéndez Pelayo (1).

No sólo los poetas peninsulares, regeneradores, bajo la férula de Horacio, de nuestro lenguaje y poesía, nos importaron de las aulas del renacimiento, que imprimió el fértil influjo de su cetro sobre todas las artes de lo bello, las gratas auras y las perfumadas esencias de los versos de Catulo, Ovidio, Virgilio, Ausonio y todos los grandes líricos y eróticos del siglo de Augusto, que elevaron á la *Rosa*, eterna compañera de sus voluptuosidades, á la cumbre de su favor: el culto de aquellos sacros altares, en alas de nuestro propio genio, cruzó también los Océanos; y en Guayaquil, ciudad famosa del virreinato del Perú, hacia el último tercio del siglo XVII, una academia entera, de que fueron el alma el maestro Jacinto de Evia y D. Fernando Domínguez Camargo, de Santa Fe de Bogotá, con otros muchos ingenios de los que salían de las doctas escuelas de Lima, agotaron hartas fuerzas de la inspiración en celebrar ya en versos propios, ya en traducciones muy pulidas de los elegantes poetas del Lacio, aquella

(1) *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España*, por el Dr. D. JULIÁN APRÁIZ: Madrid, imp. de J. Nogueras, 1876.—Cuadro sinóptico de traductores españoles, págs. 172 á 185.

flor siempre bella de los jardines de Venus, á la que tan diversa representación han atribuído sucesivamente, ora el sentimiento pagano de la antigüedad, ora el moderno de los hombres educados en las doctrinas del cristianismo.

Bien es verdad que para aquellas academias del mundo virgen, al que España acababa de llevar la cultura europea y el vínculo de la historia común en la de toda la humanidad, ya se había prestado el molde en la Península metropolitana, donde sólo Lope de Vega Carpio consagró á la *Rosa* más de veinte de sus mejores sonetos y un poema que dedicó en el libro de la *Circe* á la Ilma. Sra. Doña María de Guzmán, Marquesa de Liche é hija única del Conde-Duque de Olivares. Otros doce en bizarra academia arcádica escribió el capitán D. Pedro de Castro y Anaya, por igual número de pastores de los que forman la trama de su lindísima novela las *Auroras de Diana*, y seis más, finalmente, y algunos romances que aparecieron en sus *Obras varias,* el celebrado ingenio de Francisco López de Zárate, por cuyo venturoso acierto en describir la preciada hija de Flora, púrpura de los prados, fénix de las flores, aurora de los jardines y sol del campo, recibió, como sobrenombre laudatorio, el dictado del *Caballero de la rosa*, con el que era conocido entre la numerosa falanje poética del tiempo de

Quevedo y de Jáuregui, de D. Francisco de Rioja y de D. Pedro Calderón de la Barca.

II.

Á semejanza de los paganos de Grecia y Roma que formaron á la *Rosa* todas las míticas leyendas que se conservan en las inspiradas odas anacreónticas y en las *Metamorfosis* de Publio Ovidio Nason, constituyendo parte de aquella vasta teogonía que la imaginación de los poetas y las supersticiones populares llegaron á hacer tan confusa y monstruosa, un escritor inglés, el profesor Sadler, abrigó el propósito, no hace muchos años, de dotar á la encantadora flor de una nueva fábula occidental. Para esto dijo que en algunas historias septentrionales de Europa había leído que los habitantes de las regiones más heladas de Noruega se alarmaron la primera vez que se hallaron en presencia de un *Rosal* florecido, y que no se les pudo disuadir á acercarse á él porque temían los efectos desastrosos de aquella diabólica planta, cuyos capullos eran como llamas de fuego. Sadler, al inventar esta leyenda, no tuvo presente que desde las obscuras nieblas de los más antiguos tiempos el Septentrión está lleno de supersticiones sobre la *Rosa;* que en la mitología rúnica juega un papel prodigioso la

Friggdorn, que no debía cogerse por las doncellas de ojos azules sino en las fiestas de Frigga, y que en los *Rosengartenlieder* de Alemania y de las más extremas comarcas hiperbóreas la tradición de la princesa Dornröschen, que Grimm trasladó á sus *Cuentos* y Adán Ochlenschläger á su magnífico poema *Nordens Guder*, se remonta á un origen inmemorial. Pero además estas versiones bien pronto habían de quedar desautorizadas en un siglo, como el que declina, en que el positivismo de la realidad tan poderosamente se ha impuesto sobre todas las exuberancias de la fantasía por medio de las investigaciones de la ciencia, la cual, al estudiar la naturalización de la *Rosa*, ha encontrado en todas las regiones y bajo todas las zonas la multitud de especies que espontáneamente se producen. Así como á causa de estas exploraciones en Asia se hallaron en número de treinta y nueve especies y de seis en África, en Europa se cuentan treinta y una en España, diez y nueve en Francia, doce en Alemania y diez en Inglaterra. Del mismo modo en los países septentrionales se descubrieron otras seis que resisten las temperaturas más bajas. Con estos datos la fábula de Sadler cayó inmediatamente por los suelos (1).

(1) Las especies botánicas de nuestras *Rosas* espontáneas han sido enumeradas recientemente por nuestro sabio profesor el Doc-

Á par que el ambiente rígido de la especulación moderna disipa estos vapores de la poesía imaginativa, estimula los estudios del simbolismo, donde mejor que en las leyendas se personifica el sentido ético de cada pueblo y de cada edad. Con relación á la *Rosa* puede aquél dividirse muy bien en tres formas esenciales de manifestación: el simbolismo oriental, el mitológico griego y latino y el de los pueblos cristianos. Los tres viven y alientan de una manera lozana en el fondo de todas las literaturas modernas, si bien marcando en todos los casos indistintamente los tres grados de civilización suprema que la cultura humana hasta de presente ha tenido sobre la tierra.

El espíritu de la poesía oriental se circunscribe para nosotros, que con ella hemos tenido

tor D. Miguel Colmeiro, Director del Jardín Botánico de Madrid; son las siguientes: *Rosa sempervirens*, L., 2 var.—*Arvensis*, L., 1 var.—*Stylosa*, Desv., 2 var.—*Lensochroa*, Desv.—*Gallica*, L.—*Trachyphylla*, Ran.—*Cinnamomea*, L.—*Eglanteria*, L.—*Discolor*, Weihe.—*Spinosissima*, L.—*Myriacantha*, D. C.—*Alpina*, L., 3 var.—*Rubrifolia*, Vell.—*Montana*, Chaide, 1 var.—*Renteri*, Godes, 2 var.—*Cortifolia*, Frías, 1 var.—*Canina*, L., 9 var.—*Psilophylla*, Rau.—*Ponsini*, Trast., 5 var.—*Catalannica*, Costa, 1 var.—*Collina*, Jacq.—*Viscosa*, Jau.—*Rubiginosa*, L.—*Graveolens*, Gren. et Godr.—*Agrestis*, Sáiz.—*Almeriensis*, Rosey.—*Sepium*, Thouill.—*Micrantha*, Sen.—*Tomentosa*, Sen.—*Mollis*, Sen., 1 var.—*Vayredæ*, Costa.—(Colmeiro, *Enumeración y revisión de las plantas de la Península hispano-lusitana é islas Baleares:* Madrid, por Fuentenebro, 1885-89.)—No se mencionan aquí las especies generalmente cultivadas.

largo é inmediato contacto, y de ella hemos recibido profunda é indeficiente influencia, inoculándola después por todas las comarcas de Europa, al de la de los árabes, que, como pueblo estacionario, todavía se conserva hoy en la misma situación ética é intelectual en que lo dejaron la espada y la doctrina de Mahoma, elevadas á la cúspide de su posible dilatación por las antiguas y brillantes escuelas de Bagdad y de Damasco en Asia y África, y de Córdoba y Granada en el Andalus. Nuestra literatura arábiga peninsular abunda extraordinariamente en poesías consagradas á la *Rosa*, según puede verse en la *Historia de los árabes de España*, de Ahmed-ben-Mohamad, llamado Almakari; en el *Kalbet almokait;* en el *Comentario*, de Omar-ben-Jarech; en el *Marj annadir*, de Assuyuthi; en el *Ketab elegani el Kabir*, de la célebre improvisadora de cantares Assa-almeila, y en otra multitud de autores.

No son ordinariamente extensas estas composiciones, y, por lo general, se reducen á un pensamiento más ó menos delicado, más ó menos conceptuoso, expresado bajo cierta forma epigramática, y muchas veces tomado del color, de la fragancia ó de cualquiera otra de las propiedades de la *Rosa*, con aplicaciones al amor, no exento de espiritualismo. En el siglo pasado el Conde de Noroña, D. Gaspar María

de Nava, que las tomó del inglés, y el primer recopilador de una *Historia de la dominación de los árabes en España*, D. José Antonio Conde, han traducido y versificado en castellano varias de estas fugitivas poesías. En el presente han seguido con más fortuna sus pasos D. Miguel y D. Emilio de Lafuente Alcántara, D. Pascual de Gayangos, D. Francisco Fernández y González, el sabio profesor de la Universidad de Granada D. Francisco Xavier Simonet, y sus discípulos el malogrado D. Pedro de Lahitte y Ricard y D. Francisco Guillén Robles, y más que todos mi docto y venerado amigo el antiguo catedrático de lengua y literatura árabes en la extinguida Universidad de Toledo y después en la de Sevilla, D. León de Carbonero y Sol, Conde de Sol, que ha cultivado, durante más de cuarenta años, este precioso género literario. De él es, y obsequio especial para este libro, la siguiente composición, cuyo texto original se halla en el cap. XVII del *Kalbet almokait*, y está escrito en la clase de verso que los árabes llaman *Ttauil*.

ولم انس قول الورد والنار قد سطت
عليه فاضحي دمعه يتحدّر
ترفق فما هذا دموعي التى ترى
فلكنها روحي تذوب فتقطر

La traducción castellana de estos versos es como sigue:

Al fuego puse una rosa
Para extraer su fragancia,
Y al deshacerse me dijo:
«Ten compasión de mis lágrimas:
No son el llanto de un cuerpo
Que el fuego voraz abrasa;
Son llanto que, al separarse
Del cuerpo, sale del alma.»

No sería justo negar al simbolismo de la *Rosa* de Oriente, como aquí se observa, cierto grado de espiritualidad, á pesar de que no en todos los casos carezca del ambiente voluptuoso que desde sus más remotos orígenes dominó siempre en las razas que de allí proceden. Pero el que lee, por ejemplo, el *Cantar de los Cantares*, de Salomón, obra suprema de la poesía hebráica, ¿no se impregna, por ventura, de él? «*Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo:*» esto pide en sus apasionados arrebatos la esposa mística de los lugares sagrados á las pudibundas doncellas de Jerusalén; de la misma manera que desde el lecho cubierto de las *Rosas* infamadas del festín reciente, Cayo Valerio Catulo podía exclamar en la Roma turbulenta y disoluta de los Cónsules y de los Césares:—«*Jam hyems transit; flores apparuerunt in terra nostra; surge, propera amica mea, et veni.*»

Á la *Rosa* se la profesa en toda la poesía árabe verdadera pasión, y así los poetas de Oriente, como los del Magreb, durante el dilatado espacio de tiempo que dominaron los mahometanos, sobre todo nuestra Península, consagráronla la flor de sus más inspirados pensamientos desde los vates excelsos que ocuparon el trono de los Benu-Omeyyas, y los que fueron ornamento de sus cortes suntuosas, hasta los metrificadores populares que libraban á la espontaneidad de alguna afortunada inspiración el concepto poético de sus sentimientos.

Cuando el califato de Córdoba se hallaba en todo su auge literario, bajo el reinado del famoso Almanzor de nuestros romances, el poeta Mohamad-ben-Elisai, uno de los más favorecidos de este príncipe, tenía en su casa un jardín con rosales que daban *Rosas* todos los meses del año, las cuales él mandaba al Hagib, acompañándolas de algunos elegantes versos. El caudillo Jali-ben-Ahmed-ben-Jali participaba de las mismas aficiones y tributaba á Almanzor los mismos regalados obsequios. Una de aquellas ingeniosas misivas de Ben-Jali decía de este modo:

Cuando yo de mi jardín
Te envío las rosas bellas,
Lo extraña la gente, y dice
Con admiración al verlas:

«¡Feliz se apresura el año!
¡Flor temprana el prado lleva!
¡O es que en tiempo de Almanzor
Es perpetua primavera!»

Á las lisonjas de los poetas cortesanos correspondía la inspiración de los ingeniosos improvisadores populares. Abderrahman-ben-Cid-Amon, natural de Uclés, en la Mancha, refería que, hallándose visitando las afamadas escuelas de África y Asia, vió un día en Bagdad, junto á una fuente, un *saquí* ó aguador que llevaba un vaso lleno de espléndidas *Rosas*. Como su vista le recrease, el *saquí*, que lo observó, dijo estos versos, improvisados en aquel momento:

Ocupa la rosa el trono:
De su imperio no declina;
Todas las flores son tropa·
La rosa su reina linda (1).

III.

Es preciso investigar las literaturas de Oriente en sus últimas decadencias para tropezar con profanadores audaces que á la flor del encanto de los poetas arábigos la incluyan en el fango

(1) *Historia de la dominación de los árabes en España*, por Don José Antonio Conde: Madrid, por los sucesores de García, 1820. —Tomo J, cap. XCIX, pág. 529, y cap. CI, pág. 544.

de concupiscencias viles. Y aun así hay que convenir en que el sensualismo pagano llegó á ser más cínico y material que el de las literaturas orientales. ¿Y cómo no, inspirado como se hallaba en una teogonía, en la que, desde el padre supremo de los dioses hasta el último deforme engendro de sus torpes vicios, eran un dechado escandaloso de lubricidades, ya adúlteras, ya incestuosas, ya nefandas, y siempre estupendas y repugnantes?

Erigida la *Rosa* en Grecia y después en Roma en símbolo del vigor de la vida, de la hermosura de la naturaleza, del frenesí de las pasiones y de la embriaguez de los placeres; adornadas con sus odorantes y espléndidas flores las estatuas de las deidades más veneradas, desde las que envolvían en su culto y misterios las ideas más puras de la virtud y de la inocencia, como la púdica Hebe, la alegre y sencilla Flora, el amante Céfiro y el Alba virginal, hasta las que eran el símbolo de toda lasciva corrupción, como la licenciosa Venus, el sacrílego Adonis y el lujurioso Príapo, dios de los verdes jardines, entró en la poesía, del mismo modo que en el hábito usual de las costumbres, como instrumento pernicioso de aquellos extravismos disolventes.

Anacreonte, el cantor melífluo de las *Rosas* y del vino, decía que «las *Rosas* lo mejor que

simbolizaban eran los asuntos lúbricos y amorosos;» y en otro pasaje de sus obras añadía que «escribir de las *Rosas* era asunto propio de los poetas y plato de gusto de las musas.» La transmutación de color de blancas en rojas por la herida del pie de Venus, y la fábula de la abeja que, escondida detrás de la olorosa flor, picó á Cupido, fueron invenciones poéticas del mismo Anacreonte, de Teócrito y de Byon (1); y Ovidio, en sus *Metamorfosis*, nos refirió la novela irreverente de la transformación del bello Adonis en *Rosa*, herido también por el colmillo de un jabalí, en castigo de las impuras profanaciones por él cometidas en el templo de Echionte. *Rosas* llevaban las vírgenes griegas y romanas á los altares en tributo de su virginidad, sobre todo en aquella transición de la vida en que la pubertad gallarda marca los límites de la adolescencia. El amor puro de las doncellas enamoradas también rendía á los dioses estas ingenuas ofrendas, para interesar su favor en la correspondencia suspirada de los amores. Pero del mismo modo las *Rosas* ador-

(1) αἰαι ταν Κυθερειαν, ἀπωλετο καλος Ἄδωνις
δάκρυον ἁ Παφία τόσσον χεέι, ὅσσον Ἄδωνις
αἶνα χέει τα δὲ παντα πονὶ χθονὶ γινεται ἄνθη
αἶνα ῥόδον τικτει, τὰ δε δάκρυα ταν ἀνεμωναν.

Byon.—*Idyllion* I. v. LXIII — LXVII.

naban las infamadas aras de Venus y de Isis, y las guirnaldas de estas flores, trasplantadas de los jardines de Mileto y consagradas en los frecuentados templos de estas diosas para excitar los sentidos embotados y prepararlos á los placeres, cubrían después las frentes marchitadas por los estragos del vicio de la juventud disoluta y aun de la abyecta ancianidad consular y patricia, en los banquetes báquicos y en los tugurios hediondos de las meretrices impúdicas.

Virgilio y Ausonio aconsejaban á las doncellas precoces á acelerar el disfrute de sus gracias, pintando, semejante á la *Rosa, quæm longa una dies ætas*, la fugacidad de la juventud y el efímero fulgor de los encantos de que las dotó la naturaleza. Exhortándolas á prostituirse, decían:

Collige, virgo, rosas, dum flos novus et nova puleas,
Et memor esto ævum, sic properare tuum.

Así pareció el colmo del espiritualismo pagano aquella estrofa del *Carmen nuptiale*, de Catulo, en que ponía en boca de un coro de jovencillas estos primorosos conceptos, dignos, sin duda, de un poeta de la nueva religión de Cristo, que ya alboreaba:

Ut flos in septis secretus nascitur hortis,
Ignotus fuori, nullo contussus aratro,
Quem mullent auræ, firmat sol, educat imber;

Multi illum pueri, multæ optavere puellæ;
Idem cum tenui captus defloruit ungui,
Nulli illum pueri, nullæ optavere puellæ;
Sic virgo, dum intacta manet, nec cara suis sit,
Cum castum amissit polluto corpore florem,
Nec pueris jucunda manet, nec cara puellis,
Hymen o Hymenæe, Hymenades o Hymenæe (1).

La extrema licencia á que habían llegado las ideas y las costumbres en los tiempos que alcanzó Catulo, imponían urgentemente una reacción de la que él mismo, sin sospecharlo si-

(1) La traducción castellana de D. MANUEL NORBERTO PÉREZ DEL CAMINO, dice así:

Ved la flor que callada
Crece en jardín murado,
Sin temer crudo arado,
Del rebaño ignorada;
Mécela blando viento,
Soles la dan vigor, lluvias sustento,
Y su sonora gala
Codician el zagal y la zagala.
Pero ¡ay! si marchita, separada
De la rama nativa,
De zagal y zagala es despreciada!
¡Tal la virgen intacta nos cautiva!
Mas ¡ay! si pierde ajada su flor clara,
Ni al joven es, ni á la doncella cara.
¡Ven á nuestro deseo,
Ven, Himeneo Dios! ¡Ven, Himeneo!

Poesías de Catulo, traducidas en variedad de metros por D. MANUEL NORBERTO PÉREZ DEL CAMINO; *ilustradas con numerosas y eruditas notas por el mismo autor, y precedidas de un prólogo original del Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martínez:* Madrid, imprenta de Minuesa de los Ríos, 1878.—Oda LI, estr. viij, pág. 208.

quiera, se erigía en estos versos en uno de sus inspirados precursores. En efecto, Catulo se aproximaba á la triunfadora Era de Cristo, y á aquella profunda revolución moral que, trayendo de nuevo la luz del Oriente sobre los ennegrecidos horizontes de Roma y del orbe paganos, derivando del ejemplo de la abnegación y de los sacrificios voluntarios y del espectáculo admirable de los martirios heróicamente aceptados los estímulos más poderosos, produjeron aquel cambio de ideas, inclinaciones y sentimientos que purificó el espíritu, levantó hasta el cielo los principios de la ética privada y pública, imprimió á la sociedad conciencia de un decoro y de una dignidad antes no conocida, elevó el concepto de la mujer, emancipándola, en todos sus estados, de la abyección y del menosprecio miserable en que yacía, y fundó, con la perfecta igualdad del derecho y del destino en la condición de los cónyuges, la sólida base de la familia cristiana.

La esposa, desde entonces, ya no fué sierva; la doncella cuidó solícita de su pudor, que le garantizaba las apetecidas aureolas del matrimonio y los venerables respetos de la maternidad; la madre dejó de ser un instrumento infame de una función grosera de la naturaleza impuesta al hombre, hasta entonces único ente de derecho supremo, por las exigencias onerosas

del Estado. Dignificada la mujer, dignificáronse las costumbres, y la virtud se impuso como esperanza inmarcesible de nobles merecimientos.

IV.

Hay que pasar el largo eclipse de los tiempos medios, desde las irrupciones de los pueblos septentrionales, hasta la constitución definitiva de las nacionalidades modernas, para poder ligar, en la marcha de la civilización, los vínculos de la poesía, tomando de las sucesivas evoluciones experimentadas entre catástrofes sin cuento durante tantos siglos de sangrientas luchas de asiento, de compenetración y de equilibrio, las nuevas formas materiales y el nuevo giro psicológico del espíritu. Exaltadas todas las virtudes cristianas en este dilatado espacio de tiempo, la poesía se informó en las fuentes cenobíticas de un abrumador misticismo, de cuyo austero círculo apenas salió sino para cantar en los himnos de la Iglesia los heroísmos victoriosos de los mártires sacrificados.

Algo prestaron las reminiscencias, jamás del todo desarraigadas, del paganismo vencido á las nuevas formas y á los nuevos símbolos. La *Rosa*, por ejemplo, apareció de nuevo ya en la

esfera demostrativa de los milagros, ya en las coronas gloriosas de las recompensas, ya, en fin, en el recóndito misterio de las ceremonias eclesiásticas, consideradas como jeroglíficos de los secretos del cielo. *Rosas* vieron brotar los creyentes fervorosos de la boca del cadáver de San Luis de Tolosa; *Rosas* coronaron las sienes virginales de la beata Córduba, una de las compañeras de Santa Úrsula; místicas leyendas formaron las *Rosas* de Santa Casilda, de Toledo, y de Santa Rita, de Casia; á Santa Dorotea se le atribuyó el don de hacer florecer las *Rosas* en cualquiera estación del año, y la *Rosa* de pétalos de púrpura y punzantes espinas llegó á representar fielmente hasta la figura de Cristo.

Cuando la Iglesia salió de las catacumbas y se puso en contacto con la sociedad civil, por medio de la *Rosa de oro*, bendecida desde el siglo v, todos los años, hasta nuestros días en la cuarta dominica de Cuaresma, se establecieron las relaciones recíprocas de paz y de concordia entre los poderes de Dios y los poderes de la tierra. Sellóse primeramente aquella prenda de común amistad con los magistrados de la ciudad de fastos ilustres, que fué más tarde, ha sido hasta nuestro tiempo y será en el porvenir cabeza intangible de la Sede apostólica; después con el Imperio, y, finalmente, cuando el Pontificado adquirió los honores soberanos en

el poder temporal y en el gobierno político de los pueblos, con los demás príncipes y monarcas, á cuyos beneficios se reconocía la Iglesia más obligada, conforme la libre deliberación y voluntad de los Pontífices. Así desde Honorio III vino aquella condecoración mística á enaltecer en España á Alfonso VIII, el de las Navas; en 1460, bajo Pío II, á Alfonso V de Aragón, el romántico conquistador de Nápoles; en 1490, reinando Alejandro VI, el segundo infamado Papa Borja, á la Reina católica Doña Isabel I, *speciatim et pro regina solum et non pro rege;* poco después, y por el mismo Pontífice, al Gran Capitán Fernando González de Córdoba, Duque de Sessa y de Bitonto, *ducem strenuissimum*, «in testimonianza del suo valore;» bajo Paulo IV, á la Duquesa de Alba Doña María Enríquez, mujer del gran Duque de Alba Don Fernando de Toledo, siendo virrey de Nápoles en 1558; bajo Gregorio XIII, á la Infanta de España Doña Margarita de Austria, hija de Carlos V y Duquesa de Parma y de Plasencia; en el mismo Pontificado, á la Reina Doña Isabel de Valois ó de la Paz, tercera mujer de Felipe II; en el reinado de Clemente VIII, á la Reina Doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III; á la Infanta de España Doña María, hermana de Felipe IV, Reina que fué de Hungría y Emperatriz de Alemania, bajo Urba-

no VIII; bajo Inocencio X, á la Reina Doña Mariana de Austria, gobernadora de España durante la minoridad de Carlos II; bajo Clemente IX, á la que fué Reina de Francia Doña María Teresa de Austria, infanta de España é hija de Felipe IV, y, finalmente, en nuestros tiempos, bajo Pío IX, á la Reina Doña Isabel II de Borbón, cuyo reinado marcará en la historia la brillante luz de un gran renacimiento, y bajo León XIII, que felizmente dirige la barca de San Pedro por los procelosos mares de nuestra época, perseguidora de la Iglesia, á la virtuosísima Regente de España Doña Cristina de Hapsburgo-Lorena, viuda del inolvidable Alfonso XII, *el Malogrado*, madre de Alfonso XIII, *el Póstumo*, prenda de paz y concordia en nuestra nación y garantía de nuestra personalidad política en el mundo (1).

Coetánea y simultáneamente se fué instituyendo el simbolismo místico, y si en la *Rosa purpúrea* se personificó el fuego ardiente y la celeste antorcha del amor divino del Hijo de Dios, hecho Hombre y Redentor del género humano, en la de pétalos blancos y nacarados, como el ampo de la nieve, encarnó la sublime idea de la pureza inmaculada de su Santísima

(1) *La rosa d'oro pontifizia: racconto istorico consagrato allà Santità de N. S. Innocenzo XI*. P. M. da CARLO CARTARI, *orvetiano*. Roma, stamp. della Rev. Cam. Apost., 1681.

Madre y Virgen, desde el primer instante de su Concepción milagrosa. Ponderó la liturgia eclesiástica esta virtud excelsa de María, y trayendo á sus oficios solemnes y á sus fervientes rezos los conceptos espirituales de los antiguos libros, la aclamó: «*Quasi cedrus exaltata in Libano, et quasi cypressus in monte Sion; quasi palma in Cades, et quasi plantatio Rosæ in Jericho; quasi oliva speciosa in campis et quasi platanus juxta aquam in plateis; sicut cinnamomus et balsamum aromatizans odorem et quasi myrrha electa in suavitate odoris.*» Renació con la ofrenda de las *Rosas* el culto del amor y de la pureza, y la *Rosa* fué ya la más amable compañera del hombre en todas las relaciones morales de la vida.

La reminiscencia oriental, aún más que la pagana, limitábase á deducir poéticamente de la comparación de la *Rosa* con la mujer la semejanza de las gracias en los efectos de la naturaleza. Una frente virginal esmaltada por las irradiaciones del pudor, era de *rosas;* de *rosas* la tez suave y las frescas mejillas; de *rosas* la púrpura y el coral de los labios y el delicado aliento; de *rosas* los contornos del cuello y del pecho; de *rosas* la mano y el dedo torneado, y de *rosas* también las castas idealidades, los pensamientos y las imágenes de los sueños de amorosa felicidad, y hasta el sagrado y recón-

dito tabernáculo de los sublimes misterios del amor. Pero la influencia espiritual cristiana labraba en las almas ideas nuevas y contrarias á todos estos sensualismos.

La poesía pagana no se remontó en las metáforas y alegorías de la *Rosa* más allá de las ideas que representaban la fecundidad material de la naturaleza, el efímero esplendor de la juventud y de la hermosura y el goce brutal de los dones recibidos con la existencia. Pero bajo el cristianismo la *Rosa* fué fe, fué amor, fué gracia divina, fué hermosura celeste, fué promesa inmarcesible, fué recuerdo inmortal. Sublimó todas las ideas y todas las edades. En la frente de los niños la *Rosa* simbolizó la inocencia; en la de las púberes, la virginidad; en la de las núbiles, el ansia de amor; en la de las esposas, la plenitud del destino y de la dicha, y en la de las madres, la corona de la inmortalidad. Acompañó la cuna; adormeció la infancia; embelleció la juventud; alegró la edad madura; rejuveneció la ancianidad; y cuando el tránsito de la vida se había hecho con resignación y constancia por los áridos senderos de la existencia, cubriendo los sepulcros, refrigeraba la memoria inextinguible, y era premio glorioso de la virtud, más duradera aún que el amor.

Creó éste en los misterios pudorosos de los corazones vírgenes y enamorados el tácito y lí-

cito lenguaje que entraña toda la poesía de este noble afecto del espíritu. Una *rosa* fué un mensaje y una declaración; una *rosa* fué la respuesta temblorosa de aceptación de la tímida doncella amante y desconfiada; una *rosa* fué una esperanza en las contrariedades, un refugio en las tristezas, un consuelo en las violencias del espíritu, y en las ausencias prolongadas una *rosa* fué un recuerdo risueño y siempre vivo, y un lazo de permanente comunicación. Una *rosa* fué muchas veces un juramento, y eternamente la prenda ambicionada de la fidelidad incorruptible en el tálamo conyugal.

V.

Con estos atributos llegó la *Rosa* á las puertas del renacimiento, cuando las literaturas, así como los idiomas y las naciones modernas, se habían individualizado casi completamente, y cada una tomaba el giro y carácter de su propia nacionalidad, aunque conservando todas cierto vínculo común de unión, bajo el influjo de unas mismas creencias religiosas y de unos mismos sentimientos generales, de aquéllas emanados. De modo que la resurrección de la poesía pagana sólo se contrajo á la forma material y la contextura artística, y encontrándola

más acabada y aceptable que las que se habían ido lentamente elaborando al contacto con los pueblos bárbaros, así del Oriente como del Septentrión, se admitió, no sin acérrimas controversias, una modificación que, aunque radical y profunda, en nada tocaba al sagrado de las ideas.

En aquel momento determinante fué cuando realmente comenzó á desarrollarse el cuadro que en las obras comprendidas en este libro, en su variedad y conjunto, se desenvuelve, el cual representa, dentro del círculo reducido de un solo tema, la diversidad de concepción y de enunciación que se observa en el discurso de los cuatro siglos literarios que abarca, bajo el influjo sucesivo de las vicisitudes continuas porque en ésta, como en todas las partes de la historia, perennemente pasa la humanidad.

Indudablemente, antes de entrar en los dominios de nuestra poesía moderna, se encuentran reminiscencias y alusiones á la *Rosa* en *Romances* y *Cancioneros*, en villancicos sagrados y populares y hasta en los emblemas de la heráldica [1]. En el *Cancionero de Baena*, Garci-

(1) La heráldica en la Edad Media lo invadió todo, y los autores que trataron de esta materia en España y que definieron el origen de los apellidos que emanan del nombre de esta flor, *Rosal*, *Rosell*, *Rosales*, etc., al llegar á los de *Rosa* y *Rosas* explicaron que algunas estirpes de los que los llevaban eran oriundos de diversos lugares de las montañas astures y de las tierras de León; pero que

Fernández de Gerena canta á la Virgen María bajo el dictado de «Virgen, flor de espina,» y Ferrand Manuel de Lando la llama «preciosa margarita, lirio de virginidad, rosa de pureza;» pero ningún poeta popular ni culto anterior al siglo XVI erigió á la hermosa flor en objeto exclusivo de sus pensamientos. Los casi trovadores castellanos que desde el Marqués de Santi-

muchos de los así apellidados y de los que, usando otros apellidos, ostentaban *Rosas* en sus escudos nobiliarios, procedían de antiguos caballeros ingleses y bretones, que, así como los de otras partes de Europa, vinieron á la Península, ya á tomar parte en las cruzadas contra los moros, ya á intervenir en nuestras discordias de familia, como los que respectivamente auxiliaron en el siglo XIV los ejércitos de D. Pedro I de Castilla y de D. Enrique de Trastamara. Respecto á los apellidos de muchos de estos extranjeros, el vulgo, en vez de retenerlos originales con su exótica y difícil pronunciación y escritura, los trocó en motes ó sobrenombres tomados del signo más característico que á cada uno individualizaba, y así los que vinieron de Inglaterra solían llamarse *Caballeros-Rosas* de su escudo nacional. De otros el uso adulteró los apellidos, acomodándolos á la pronunciación castellana, como los *Loaisas*, por ejemplo, que arraigaron en la Huerta de Val de Carávanos y en cuyas armas se leía una letra que decía así:

Los *Loaisas*, porque vienen
De las reales moradas
Inglesas, las coloradas
Rosas sobre blanco tienen.

El licenciado ALONSO SUÁREZ lo asegura al menos en su *Recopilación de los más famosos autores griegos y latinos que trataron de la excelencia y generación de los caballos:* Toledo, por Miguel Ferrer, 1564. Bibl. Nac., MSS. *Z*-6, 19 y 26.—*Rosas* lleva el blasón de los Moctezumas, de los antiguos emperadores de Méjico; *Rosas* el de los Condes de Carrión, de apellido Carbolay, que así como el de

llana, Jorge Manrique y Juan de Mena, hasta el insumiso Cristóbal de Castillejo y los promiscuos Jorge de Montemayor, Feliciano de Silva y Gregorio Silvestre llenaron los *Cancioneros,* habían tomado de los provenzales el sentido esencialmente subjetivo de sus trovas, y, excepción hecha de los temas religiosos, históricos y apologéticos que alguna vez abordaron,

Duarte, de los Marqueses de Benazuza, que también las llevan, proceden de Inglaterra; *Rosas* decoran las armas de los Marqueses de Estepa y de Monasterio, Centuriones de Génova, y así los de Mejorada y otros.

Respecto á los apellidos de raíz directa, ya dieron lugar hartas veces á las ingeniosas metáforas de nuestros más celebrados poetas, como MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, el cual dedicó un soneto laudatorio á D. DIEGO ROSELL Y FULLANA, sargento mayor en las partes de España y gobernador de Santa Agata en Italia, por su libro titulado *Parte primera de varias aplicaciones y transformaciones, las cuales tratan términos cortesanos, práctica militar y casos de Estado, en prosa y verso, y algunos puntos morales:* Nápoles, por Juan Domingo Romalloso, 1613. El soneto dice:

Jamás en el jardín de Falerina,
Ni en la Parnasia inaccesible cuesta,
Se vió *Rosell,* ni *Rosa,* cual es ésta,
Por quien gimió la maga Dragontina.
Atrás deja la flor, que se reclina
En la del tronco archiducal floresta,
Dejando olor por vía manifiesta
Que á la región del cielo se avecina.
Crece, oh felice planta, crece *(sic),*
Y ocupen tus pimpollos todo el orbe,
Retumbando, crujiendo y espantando;
El Betis calle, pues el Po enmudece,
Y la muerte, que á todo humano sorbe,
Sola esta *Rosa* vaya eternizando.

casi todas sus obras se reducen á frívolas bagatelas de los amores contrariados.

En el *Cancionero general* de Hernando del Castillo (edición de Valencia, 1511, fol. 101), se encuentra una trova anónima, titulada *Rosa fresca*, por el primer verso con que comienza, la cual fué glosada por otro poeta también desconocido. No se diferencia en mucho de todas las demás que se ajustaban al molde despótico del canon á la sazón en boga. Dice así:

Rosa fresca, rosa fresca,
Por vos se puede decir
Que naciste con más gracias
Que nadie pudo escribir,
Porque vos sola nacistes
Para quitar el vivir.
¡Ay de mí, desventurado,
Que nací para sufrir!
Yo me ví en tiempo, señora,
Que os pudiera bien servir,
Y agora que os serviría
Véome ¡triste! morir.

En los romances de la poesía popular tampoco entra nunca la *Rosa* como parte principal, sino como adorno artístico de decoración. En uno de los del rey Moriane se dice de su hija, la princesa, robada por un amante:

Captiváronla los moros
La mañana de San Johane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.

En otro romance, mejor sentido, de Alonso de Alcaudete, natural de la cibdad de Ronda, se describe este bello cuadro de admirable sencillez:

—Yo me levantara, madre,
Mañanica de Sant Juan,
Vide estar una doncella
Ribericas de la mar.
Sola lava, sola tuerce,
Sola tiende *en el rosal*.
Mientras los paños enjuga
Dice la niña un cantar:
—¿Dolos mis amores, dolos,
Dolos andaré á buscar?

Verdaderamente un conjunto de esta clase de composiciones no podría llevar el título de *Manojo de rosas*, que justifica el de la colección que forma este libro. Y, sin embargo, el culto de la *Rosa* en el Parnaso, reformado por Garcilaso de la Vega, enriquecido por Fernando de Herrera y los poetas más famosos de una y otra escuela, no se propagó resueltamente hasta fines del siglo XVI.

Desde Garcilaso hasta Bartolomé Leonardo de Argensola, que con D. Luis de Góngora y otros poetas de menor renombre se hallan en las fronteras de los dos siglos manteniendo la tradición enteramente clásica que había en parte de echar por tierra el genio maravilloso, romántico, libre, universal de Lope de Vega

Carpio, solamente rindieron directamente á la hermosa flor, reina de la primavera, el holocausto de sus liras, dos poetas antiguos de la métrica proscrita, Esteban de Zafra y Jorge de Montemayor y algunos que llevaron un nombre obscuro en la escuela toledana, como D. Andrés Martín de Pineda, D. Eugenio de Salazar de Alarcón, que importó las musas castellanas en Santo Domingo, en Guatemala y en Méjico, y el vate africano, natural de Canarias, Bernardo González de Bobadilla; de los poetas de la sevillana D. Juan Infante de Olivares, D. Juan Luis de Ribera, que difundió por el Perú y Chile los mismos alientos poéticos y el mismo germen propagandista de Salazar de Alarcón en Méjico, y la bilingüe Condesa de Altamira, Doña Isabel de Castro y Andrade, flor hermosa á su vez del Pindo egregio de los Lemos de Monforte. Todos éstos eran poetas secundarios: astros de primera magnitud que cantaran á la *Rosa* en este siglo no hubo más que el complutense Pedro Láinez, el andaluz Pedro de Padilla, y el celebrado Baltasar del Alcázar, formando compañía á la augusta trinidad de los ya mencionados Garcilaso de la Vega, Herrera el divino y el Rector de Villahermosa. Los demás poetas permanecieron en el silencio, convirtiendo las inspiraciones que amoldaban al patrón de la nueva métrica importada

por los poetas-soldados de Italia, y al del nuevo lenguaje enriquecido desde Sevilla á imitación de los clásicos latinos hacia temas semejantes, aunque en la concepción más varios é ingeniosos, y en la elocución más vivos y apasionados, á los de los casi trovadores castellanos de los *Cancioneros* del siglo xv.

¿Era que la admiración hacia esas galas de la naturaleza, que así á la poesía como al corazón siempre han servido de rozagante estímulo, estaba proscrita de aquella nueva corriente pindárica? Ya fuera enteramente la imitación de los modelos clásicos, ya la de los grandes líricos italianos formados del mismo modo bajo el gusto exquisito y las reglas de Horacio, la influencia que preponderara en ella, ¿faltaban, por ventura, en ninguna de las dos literaturas, consideradas como madres, las inspiraciones ingenuas que el encanto de la *Rosa* promueve? ¿Faltaban sus figuras de comparación? ¿Faltaban sus simbolismos? De ninguna manera. Á pesar de todo, respecto á este asunto, en España la imitación no se apresuró á ser servil sin que dejara de haber poetas, como el mismo cantor de la emblemática *Flor de Gnido*, que se arrojaran de os primeros á seguir, en esto como en todo, la impetuosa corriente que de las márgenes matizadas del Po, del Arno y del Mincio vinieron á fecundizar nuestros vírgenes campos poéticos.

Diego Ramírez Pagán, de Murcia; Joaquín Romero de Cepeda, de Badajoz; Miguel de Cervantes Saavedra, de Alcalá de Henares, todos fueron tributarios de las flores; pero Pagán era adorador de la *clavellina*, no de la *Rosa;* Romero promiscuó entre la *azucena* y la *Rosa*, y Cervantes entre la *Rosa* y el *jazmín*. En uno de sus sonetos, Pagán escribía:

La púrpura de Tyro más preciosa;
Del delicado sirgo de Granada
El rojo carmesí; la más nombrada
Grana de Alejandría caudalosa;
Ni de Titón la regalada esposa
Del rosado rocío aderezada;
El oriental rubí; la colorada
Garganta de la Progne tan hermosa,
No llegan á la parte menos fina
En valor, en color, en hermosura,
De esta flor que te imita y á tí aspira;
Mas ésta y otras flores son pintura,
Que la viva y perfecta *clavellina*
Del jardín de este mundo es mi Marfira (1).

En otro soneto del mismo género dice Romero de Cepeda:

Cual cándida paloma reclinada
Que el dulce viento pasa de corrida;
Como la bella aurora entretenida
Del nocturno vapor sale forzada;

(1) *Floresta de varia poesía: contiene esta floresta, que componía el* DR. DIEGO RAMÍREZ PAGÁN, *muchas y diversas obras morales, espirituales y temporales*. (Al fin.) Acabóse de imprimir... en Valencia, por Juan Navarro, 1562.—Sin foliación: sign. r.

Cual la blanca *azucena* rociada
Del frescor matutino enternecida,
Y cual temprana *rosa*, aún no cogida,
Entre espinosos cardos levantada;
Así entre todas va vuestra blancura,
Con gracia, con dulzura, con aseo,
Que excede toda gracia y hermosura.
Sois la blanca paloma en el meneo;
Sois *azucena y rosa* en la figura;
Sois una hermosa aurora á mi deseo (1).

Por último, Miguel de Cervantes Saavedra, aunque inspirado por otra idea y movido por otro espíritu, así se expresó en otro soneto inserto en la *Galatea*:

¿Quién dejara del verde prado umbroso
Las frescas yerbas y las frescas fuentes?
¿Quién de seguir con pasos diligentes
La suelta liebre ó jabalí cerdoso?
¿Quién con el son amigo y sonoroso
No detendrá las aves inocentes?
¿Quién en las horas de la siesta ardientes
No buscará en las selvas el reposo,
Por seguir los incendios, los temores,
Los celos, iras, rabias, muertes, penas,
Del falso amor que tanto aflige al mundo?
¡Del campo son y han sido mis amores!
¡Rosas son y *jazmines* mis cadenas!
¡Libre nací y en libertad me fundo! (2).

(1) *Obras de* JOACHÍN ROMERO DE CEPEDA, *vecino de Badajoz*: Sevilla, por Andrea Pescioni, 1582.—Fol. 110 vuelto.
(2) *Primera parte de la Galatea, dividida en seis libros, compuesta por* MIGUEL DE CERVANTES: Alcalá, por Juan Gracián, 1585. —Part. vj, fol. 362.

Como se ve, ninguno de estos sonetos está directamente consagrado ni á la *Rosa* ni á las flores; pero sean éstas *Rosas*, ó meras *clavellinas*, *azucenas* y *jazmines*, al cabo ellas sostienen la metáfora poética. Sin embargo, ni aun de esta manera la usaron los demás poetas de su tiempo, é inútil es hojear volúmenes y más volúmenes, colecciones y más colecciones de los ilustres del siglo XVI. Ni Juan Boscán de Almogavar, ni D. Diego Hurtado de Mendoza, ni los dos Hernandos de Acuña y de Urrea, ni *el divino* Figueroa, ni el alegre Cetina, ni Gálvez de Montalvo, ni Gil Polo, ni López Maldonado, ni Silvestre, ni Lomas Cantoral, ni Antonio de Villegas, ni Juan Fernández de Heredia, ni Vicente Espinel, ni Pedro Liñán de Riaza, ni Marco Antonio de la Vega, ni Luis Barahona de Soto, ni el Dr. Garay, ni Cristóbal de Virués, ni Andrés Rey de Artieda, ni los otros cien poetas de mayor altura que en aquel siglo florecieron, prestaron el menor tributo de su adoración á la flor hechicera de los amenos campos de Venus y de Cupido. Su culto verdadero no se ingirió en la poesía castellana resueltamente hasta el siglo XVII, en que comenzaron con más vigor las imitaciones de Torcuato Tasso.

No obstante, no todos los poetas de mayor fama le rindieron por esto tampoco entre noso-

tros los sufragios de su inspiración; pero, á pesar de todo, en el número de sus adeptos, más ó menos apasionados, más ó menos moralizadores á costa de las propiedades de la flor fugaz, entraron ya Lope de Vega y D. Luis de Góngora, Pedro de Espinosa y D. Francisco de Quevedo, el Conde de Villamediana y el Príncipe de Esquilache, Francisco López de Zárate y D. Esteban Manuel de Villegas, Fray Hortensio Félix Paravicino y Fr. Jerónimo de San José, Alonso de Bonilla y el P. Valentín de Céspedes, D. Francisco de Rioja y Don Pedro Calderón de la Barca, Juan de Salinas y D. Pedro de Castro y Anaya, Cáncer y Velasco y Bocángel y Unzueta, Doña Antonia de Mendoza, Condesa de Benavente, y Sor Juana Inés de la Cruz, el Conde de la Roca y el Marqués de San Felices, D. Francisco Sebastián de Medrano y Salvador Jacinto Polo de Medina, Ulloa Pereira y Trillo de Figueroa, el Padre Pedro de Quirós y Fr. Ambrosio de Bondía, los tres caballeros portugueses Francia y Acosta, Manuel de Melo y Faria y Sousa, Colodrero y Villalobos y Cobaleda y Aguilar, Ovando Santarem y Rivas Tafur, el siciliano Delitala y Castelví y el judaizante D. Miguel de Barrios, Solís y Rivadeneyra y Bances Candamo. No es ésta la lista entera; y si aún, sin los que dejo de citar por no ser extremadamente

prolijo, quedan otros poetas menores de quienes no he recogido las producciones dedicadas á la *Rosa*, es que no las he considerado adecuadas para figurar en un libro selecto de la poesía castellana.

VI.

Desde que el número de los poetas cantores de la *Rosa* aumentó de una manera tan considerable en cifra y mérito, empezó á imponerse la variedad de ingenios, de inclinaciones, de ideas y de sentimientos con que estas poesías se desarrollaron. Esta diversidad de matices pudieran obscurecerse en el laberinto de las más distintas clasificaciones; mas, á mi parecer, dos solas son las que deben admitirse en sus dos sentidos más generales: la primera respondiendo fielmente al espíritu y esencia de las composiciones; la segunda á la mera forma. Una y otra clasificación son bien sencillas de hacer, pues las poesías que contiene esta obra pueden dividirse, así las que corresponden á los siglos XVI y XVII, como las de los siglos XVIII y XIX, en cuatro géneros, que son: el místico ó religioso, el filosófico ó moral, el amatorio culto y el popular. En cuanto á la forma, sólo se han de reconocer dos jurisdicciones: la de los

clásicos y la de los románticos, sin omitir enteramente la intermedia ó ecléctica, por la que en definitiva se resuelven todas las literaturas de los períodos característicos.

En estas divisiones fácil es también estudiar la influencia directa de cada uno de los simbolismos que representan las tres civilizaciones madres, que hasta ahora se han impuesto en la vida del hombre civilizado; porque, en efecto, el sentido verdaderamente doctrinario del espíritu moderno, desde tan remota fecha adoptó sin escrúpulos para nuestra literatura lo que de cada uno de aquéllos le fué cómodo tomar, sin que pugnara abiertamente con las nuevas creencias, con la nueva moral y con las nuevas costumbres.

Es necesario, sin embargo, reconocer que en los primeros tiempos de aquel renacimiento literario, que constituye nuestro hermoso *siglo de oro*, nuestra literatura fué simultáneamente una feliz amalgama de espíritu cristiano, formas paganas y hojarascas arabescas; y que así como nuestros escritores se encerraron siempre en los más estrechos límites de las ideas que emanaban del cristianismo, en todo lo demás escarbamos bien profunda y bien dichosamente, sobre todo en el vistoso verjel de las literaturas clásicas. Las ideas de Anacreonte y de Teócrito, de Virgilio y Ausonio, las tradujimos

con fértil ingenio y acertada elección á las ideas de la doctrina cristiana, y éstas aparecieron más bellas expresadas por nuestros grandes poetas de imaginación casi oriental con dulce musa y elegante frase (1).

(1) No han faltado, sin embargo, poetas entre nosotros que hayan rendido culto resuelto, así á las formas como al espíritu de la poesía pagana. D. Eugenio de Salazar (Eugonio), de Madrid, aunque residente en Guatemala y Méjico, escribió de 1555 á 1570 una *Silva de poesía varia*, que aún permanece inédita (Bibl. de la Real Academia de la Historia, est. 25, gr. 3.ª, G-56), y en la que el poeta dedicó casi todas sus composiciones á su mujer, Doña Catalina Carrillo (Carilia), ya de novios, á los diez y siete años de edad, ya de casados y con hijos, en la edad provecta. Al fol. 114 de este curioso MS. aparecen quince sonetos con que Salazar celebró todas las bellezas físicas de su amada: cabellos, frente, ojos, cejas y pestañas, narices, boca, risa, habla, orejas, barba, cuello, pecho, manos, cuerpo... y hasta consagró un soneto *A lo encubierto*. Helo aquí:

Si cuando Paris en el monte vido
Desnudas ante sí las altas diosas,
Tenidas en razón por más hermosas
Que hasta nuestros tiempos haya habido,
Viera los miembros de marfil bruñido
Y la frescura de tempranas rosas,
Y aquel olor de flores olorosas
De aquesta Fénix, que en el alma anido;
Pudiera Venus bien prestar paciencia
Por la manzana de oro, que sin ella,
Mediante gran justicia, se quedara;
Que la aplicara Paris á mi estrella,
Y tengo para mí que la sentencia
Ninguna de las diosas agraviara.

Como se ve, esto es pagano puro. Medio siglo después, cuando ya en la poesía se dejaba sentir más la influencia italiana que la latina, Cristóbal de Mesa, entre otros muchos poetas de su tiempo,

En las poesías místicas de la *Rosa* prevaleció más que en los otros géneros el simbolismo y la influencia oriental. Todavía en la trova religiosa, hasta ahora inédita, que de George de Montemayor publico, este carácter no se halla bien definido; pero ¿no resalta ciertamente en el soneto de Luis de Ribera, el patriarca

casi nos daba traducidos los versos de VIRGILIO: *College, virgo, rosas*, en un soneto muy bello, publicado al fol. 67 de su *Valle de lágrimas y diversas rimas* (Madrid, por Juan de la Cueva, 1607), y que dice así:

En tanto que el color de nieve y grana
Adorna vuestro alegre rostro bello,
Y que al gallardo error del rubio vello
Esmalta vuestra frente soberana;
Y que al fino oro en lustre y gracia gana
Vuestro precioso, lúcido cabello,
Y al marfil deja atrás el gentil cuello,
Poniendo en duda ó no si sois humana;
De esa flor, de ese lirio, de esa rosa
Y amena primavera, que florida
Dulce os promete y grato pasatiempo,
Coged el fruto con la breve vida:
Que la edad pasa y muda toda cosa,
Y todo, al fin, tras sí lo lleva el tiempo.

Muchos son los ejemplos que pudiéramos repetir en este género de poesía entre los grandes poetas españoles del siglo XVII. Nos concretaremos únicamente á la *Fábula de Adonis* del CONDE DE VILLAMEDIANA, D. JUAN DE TASSIS Y PERALTA, que aún permanece inédita (Bibl. Nac. de Madrid, MS., *X*-99, fol. 170), cuyo fragmento V, en que traza el poeta con voluptuoso pincel de fuego el concúbito de VENUS y ADONIS, nada tiene que envidiar á los pasajes más arriesgados de OVIDIO y de PROPERCIO. No son ya tan crudas las *Églogas venatorias* que con el título de ADONIS escribió en el siglo XVIII D. JOSÉ ANTONIO PORCEL (Bibl. Nac., MS., *M*-369) en 4.545 versos endecasílabos, que tampoco se han publicado nunca.

de la poesía castellana en el Perú, en los bellísimos de Fr. Jerónimo de San José y en otras composiciones semejantes? Y, sin embargo, á pesar de los atributos místicos referidos por la Iglesia católica á la *Rosa*, como encarnación suprema del amor divino y de la pureza intacta de María, no es este género de versos ni el que más abunda ni el que, por lo tanto, ha podido prodigarse más en este libro.

Un solo escritor del siglo xvii, el maestro José de Valdivielso, compuso en 1611 nada menos que diez y seis extensos romances para explicar los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos en que se divide el *Rosario de María*, esa espléndida guirnalda y fecunda sucesión de *Rosas* engarzadas por la piedad de sus devotos al bendito nombre de la Madre de Dios para nuestros rezos y oraciones. En esa interesante leyenda de misterios y maravillas, sacrificios y milagros, dolores y triunfos inmortales, se encierra todo el poema de la redención por el instrumento de la *Rosa* fragantísima de la santidad y de la pureza. ¿No ha de trascender, al menos, en estas *Rosas* y en estos misterios algo de lo que del mundo y de los escritores orientales del cristianismo vino á enriquecer por éste y parecidos conductos el fondo religioso de esta clase de poesías?

Así empieza esta obra encantadora, que, por

su excesiva extensión, no ha cabido en este volumen:

La primera fresca rosa
Es, Virgen, una cerrada
En un virginal capullo,
Con siete sellos sellada;
Es una rosa divina,
Que, sin diligencia humana,
En su casa de placer
El jardinero amor planta;
Rosa que en la tierna Virgen,
Con ser tierra no labrada,
Con soberano artificio
Prendió en sola una palabra...

Cuando en el poema de Valdivielso á los gozos siguen los dolores, y á la pasión cruenta la coronación sublime de aquella *Rosa* «que los ojos de Dios se lleva tras sí,» el poeta acaba con esta sencilla é ingenua oración:

Por el misterio inefable
De aquesta Rosa encarnada,
Mostraos ser Madre de Dios
Con el que devoto os llama (1).

(1) *Romancero espiritual en gracia de los esclavos del Santísimo Sacramento.* En la fiesta de la *Rosa* que todos los años celebraba la religión de SANTO DOMINGO, y que describe en diferentes pasajes el poeta aragonés VICENTE SÁNCHEZ (*Lira poética:* Zaragoza, por Manuel Román, 1688, pág. 126), se cantaban muchos versos que participaban del doble orientalismo de los himnos de la Iglesia y de la poesía española. La piedad religiosa ha dedicado después á la VIRGEN MARÍA el culto del mes de las *Rosas*, y en estos ejercicios cristianos, paganos y orientales á la vez, entre cánticos sublimes

Todo el poema trasciende la dulce poesía y la augusta fragancia de los cánticos y de las oraciones de los reyes poetas y de los profetas iluminados por Dios en los libros santos, escritos en el Oriente.

VII.

Con el género religioso se da la mano, en cuanto á orientalismo, la poesía popular, en lo

de castisima sencillez van, durante todo mayo, las doncellas congregadas á rendir ramos de flores á los pies del altar de la pureza. FASTENRATH en sus *Pasionarias* (Madrid, por Rivadeneyra, 1872, pâg. 41) nos conserva parte de una de esas canciones religiosas de singular matiz:

Virgen pura y candorosa,
Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María.
De Dios Padre Hija amorosa,
Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María.
De Jesús Madre piadosa,
Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María.
Del Santo Espíritu Esposa,
Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María.
Luz de los cielos hermosa,
Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María.
Mujer fuerte y victoriosa,
Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María.
Santa la más milagrosa,

que se refiere á la *Rosa*. Muchos cantares de los que el pueblo ha improvisado siempre pudieran pasar por traducciones directas de los poetas árabes que por tantos siglos nos dominaron. Juan Vázquez, maestro y tañedor de vihuela, entre otros de su tiempo, recogió y dió á la estampa á mediados del siglo XVI algunas de estas

Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María.
Emperatriz poderosa,
Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María.
Mujer santa y pudorosa,
Mi amor te ofrece esta rosa:
Ave María, etc.

En el Perú, al culto de la VIRGEN MARÍA se une, desde hace cuatro siglos, bajo el símbolo de la *Rosa*, con todos sus antecedentes orientales y paganos cristianizados, el de su santa hija y patrona SANTA ROSA DE LIMA, erigida á la veneración de los altares por sus virtudes supremas desde 1668. Por cédula de la Gobernadora de España DOÑA MARIANA DE AUSTRIA, durante la minoridad de Carlos II, á 14 de mayo del año referido, se mandaron celebrar las primeras fiestas de la beatificación, las cuales describió D. DIEGO DE LEÓN PINELO en la *Celebridad y fiesta con que la insigne ciudad de los Reyes solemnizó la beatificación de la bienaventurada Rosa de Santa María, su patrona y de los reinos del Perú* (Lima, 1670), y FR. JUAN MELÉNDEZ, de la Orden de Santo Tomás, en la *Festiva pompa*... verificada en Lima en 1671. En unas y otras fiestas hubo certámenes poéticos en que entre el nombre de la Santa y el de la flor, el doble orientalismo de la Iglesia y del idioma, jugó bien del vocablo. Finalmente, D. SALVADOR JOSÉ MAÑER, natural de Cádiz, avecindado en el Perú, ideó para estas fiestas una *Loa* que, con sus *Poesías*, permanece inédita (Bibl. Nac., MSS., *M*-126, folio 63 vuelto), en cuya composición, como en las antecedentes la *Rosa* oriental y la *Rosa* del paganismo, prestan todos sus triunfos á la *Rosa* cristiana.

composiciones fugitivas, que han solido escapar á los más solícitos cuidados de todas las literaturas. Toda esta poesía, esencialmente española, es una poesía esencialmente oriental, como puede verse así en los *Villancicos y canciones* que en 1551 imprimió en Osuna en casa de Juan de León, impresor de la Universidad, y que dedicó á D. Antonio de Zúñiga, como en la *Recapitulación de sonetos y villancicos* que en 1559 dió de nuevo en Sevilla á las prensas de Juan Gutiérrez. Dice uno de estos cantares:

Del rosal nace la rosa:
¡Oh qué hermosa!
¡Qué color tiene tan fino!
Aunque nace del espino
Nace entera y olorosa.
Esta flor
Huele tanto, desde el suelo,
Que penetra hasta en el cielo
Su fuerza maravillosa.
Del rosal nace la rosa:
¡Oh qué hermosa!

Trasladándonos á los tiempos que mejor conocemos, á nuestra propia Edad, ¡quién no recuerda la impresión de sorpresa alguna vez recibida en la audición inesperada de alguna de estas cantatas moriscas de que nuestro pueblo es tan supremo creador! Siempre yo recordaré el efecto que me produjo, hace algunos años, la siguiente canción, enteramente arabesca, que al

pie de los balcones de mi aposento, en una ciudad de Andalucía, cantó en cierta ocasión un ciego postulante al son monótono de su mal templado guitarrillo:

¡Mírala bien!
¡Mírala bien!
¡Que hasta bonitos
Tiene los pies!
Mi compañera
Cuando va andando,
Perlas y flores
Va derramando.
Tiene los ojos,
Que las pestañas
Le hacen manojos;
Tiene los dientes,
Como granitos
De arroz con leche;
Y es más hermosa,
Que los rosales
Llenos de rosas.
¡Mírala bien!
¡Mírala bien!
¡Que hasta bonitos
Tiene los pies!

Quien ha nacido en cualquier provincia de España, que no es indispensable que sean las andaluzas, ¿cómo olvidará jamás los dejos de la cuna oriental y del abolengo moro de nuestras costumbres y de nuestra literatura, si perennemente le hablarán á los oídos, de hecho ó en recuerdo, aquellos arrullos de la infancia y

aquellos arrullos de la mocedad, que ya entre los calorosos afectos domésticos, ya entre los primeros ingenuos revoloteos de la juventud, impregnaron la vida en los arrobadores perfumes de los deseos del corazón, de las profesiones de fe, de las esperanzas sonrosadas y de las promesas perseguidas? Cada provincia tiene su culto: el cantar popular lo consagra fielmente con su conmovedora elocuencia. ¡En cuántas de estas adoraciones toma su parte la *Rosa!*

—¿Quién te dió el nácar que tienes,
Rosita de Montserrat?
—Montañas de Cataluña,
Donde la Virgen está.

La Virgen del Pilar tiene
Hecho su trono de rosas:
Las blancas son de pureza:
Las encarnadas, de gloria.

La rosa que tú me diste
La llevé á la Concepción,
Y le dije:—Madre mía.
¡Que así florezca mi amor!

—¿Para qué lleva en el tallo
Tantas espinas la rosa?
—Para cambiarlas en flores
De Jesús en la corona.

El amor es, no obstante, el alma de estos cantares. En ellos expresa todos sus movimien-

tos, sus lisonjas, su pasión, sus celos, sus desengaños, sus temores y sus iras:

Muchas veces estoy viendo
Las rosas en tu ventana,
Y muchas veces me engaño
Creyendo que son tu cara.

Rosa amarilla te pones
Al lado del corazón:
Muda de color, serrana,
Que da miedo esa color.

Tus ojos son dos luceros,
Y tu boca es el carmín,
Y tu mejilla dos rosas
Que se comienzan á abrir.

Rosa te llama tu madre
Y Rosa te llamo yo:
Por las espinas que tienes
Pareces zarza, no flor.

Toma esa rosa encarnada:
Abrela, que está en capullo,
Y verás mi corazón
Abrazado con el tuyo.

Eres rosita en capullo,
Sin acabar de salir:
Si todavía no quieres,
Quiéreme primero á mí.

Muchas de estas canciones conservan sabor local, con lo que las *Rosas* propias se inmorta-

lizan, como la poesía judáica inmortalizó las de Jericó, nacidas en el desierto de las pisadas de la Virgen María, fugitiva á Egipto, y como la poesía pagana las de Mileto, corona de las bacantes:

Dicen cuantos te conocen
Que eres rosa de Aranjuez,
En el color de tu cara
Y en las espinas también.

En un patio de Sevilla
Floreció la rosa blanca:
Me vió llorando mis penas
Y se puso colorada.

Eres la rosa de abril
De la huerta de Valencia.
Y los pájaros te dicen:
¡Rosa linda! ¡Rosa fresca!

La serranía de Ronda
La tengo de enladrillar
Con rositas y claveles
Y en medio un azucenal.

Tiene el guajiro en el campo
La flor del mango y la caña,
Y la rosa en las mejillas
De las niñas de la Habana.

En la vega de Granada
Ya no hay Rosas de pasión.
Sino Rosas con espinas
Como la que adoro yo.

Desde el pasado siglo son muchas las colecciones que se han hecho de estos donosos cantares del pueblo, que tienen todo el corte de la poesía que los moros nos dejaron en herencia, con los instrumentos músicos á cuyo compás las cantaban; y en el presente, si por mera curiosidad intentó recapitularlas en Munich, entre los rigores de la emigración, D. Tomás Segarra, que dió un tomo á las prensas de Leipzig en 1862 (1), el consumado arabista D. Emilio de Lafuente Alcántara las recogió en 1865 en Madrid (2), como elemento y aun complemento de sus estudios hispano-orientales. En todos tiempos los poetas más cultos han querido imitarlas; pero son como flores silvestres, á las que el cultivo más bien las perjudica que las perfecciona: son producciones espontáneas que sólo prosperan en medio de esta tierra árida y fecunda á la vez, semi-árabe, semi-latina, enteramente cristiana, y no resisten el trasplante (3). De los primeros que intentaron esta modi-

(1) *Poesías populares, colegidas por* D. TOMÁS SEGARRA: Leipzig, por Brokaus, 1862.

(2) *Cancionero popular: colección escogida de seguidillas y coplas, recogidas y ordenadas por* D. EMILIO DE LAFUENTE ALCÁNTARA, de la Real Academia de la Historia: Madrid, por Bailly-Baillière, 1865.

(3) De los *Cancioneros* que dejamos citados, y principalmente del de LAFUENTE ALCÁNTARA, al cual nos referimos, véanse los ejemplos de la verdadera poesía oriental del pueblo espa-

ficación fué Julián de Medrano, caballero navarro, que residía en París á principios del siglo XVII, y que dió á sus prensas la *Silva curiosa.* Queriendo obsequiar á su dama, á quien daba el nombre poético de *Marsila,* la dirigió unos *motes* castellanos, á guisa de los cantares del pueblo de Navarra, de Aragón y de la Rioja, en uno de

ñol en los siguientes cantares, de los que la *Rosa* es el tema:

Es tu cara una rosa
Que colorea,
Y tu cintura un tallo
Que la menea.

(Tomo j, pág. 94.)

Como estás esta noche
Celosa y fria,
Pareces una rosa
Llena de espinas.

(Idem, pág. 176.)

Rosa me puso mi madre:
¿Pudo haber mayor desgracia?
Que no hay rosa en el rosal
Que no muera deshojada.

(Tomo ij, pág. 286.)

—Rosita del mes de mayo,
¿Quién te ha robado el color?
—Un estudiante tunante
Con palabritas de amor.

(Idem, pág. 455.)

los que jugaba la *Rosa*. Cuando menos, como por el ejemplo puede bien apreciarse, si no pecó Medrano de audacia de concepto, fué reo de propio recato en aquella obrilla que decía:

Marsila me dió una rosa:
¿Qué sería?
¡Si tras esta niñería
Me diera otra mejor cosa! (1).

D. Pedro de Castro y Anaya, que tantos y tan hermosos sonetos consagró á la *Rosa* en

Por los colores de rosa
Que tienes cuando te veo;
Por lo mismo, niña hermosa,
En el corazón te llevo.

(Tomo ij, pág. 75.)

En el bazar hay un vaso,
Y en el vaso una bebida,
Y en la bebida una rosa,
Y en la rosa una María.

(Idem, pág. 97.)

Esta calle está medida
Con cien varas de listón:
En cada punta una rosa,
Y en medio mi corazón.

(Idem, pág. 124.)

En los jardines del Conde
De una maceta cogí
Un clavel para mi amante
Y una rosa para mí.

(Idem, pág. 132.)

(1) *Silva curiosa de* JULIÁN DE MEDRANO, caballero navarro: París, por Marc Ony, 1608, pág. 2.

1631, no fué tan feliz en los *motes* ó *cantares*, que quiso imitar del pueblo.

¡Qué intratable está la rosa:
Vive entre las espinas,
Y en el búcaro de agua
Qué apacible y qué linda!
Desengáñese en sus dichas
La flor más fácil de pompa,
Pues con las que más vivieron
Caduca muere la rosa (1).

Una ilustre monja lusitana, del convento de la *Rosa* de Lisboa, y que así escribió en portugués como en castellano, Sor María Violante do Ceo, compuso también cantares, á semejanza de los de España, de los de Portugal, que los posee enteramente iguales á los nuestros, y de los habitantes de las islas Terceras y de la Madera, á donde el genio de aquella raza los llevó, como nosotros los extendimos por toda la América española. Los de Sor Violante do Ceo tienen cierta intención moral. Vaya una muestra de 1646:

Por el viento esparcieron
Diversas flores,
Y el viento las deshoja
Porque son flores;
Quien del mundo las mira,
Á decir osa

(1) *Auroras de Diana, por* D. Pedro de Castro y Anaya: Madrid, imprenta de *El Reino*, 1631, fols. 42 y 47.

Que más que la esperanza
Duró la rosa (1).

Más conceptuosos y aun con equívocos fueron los del maestro español Gabriel de Roa en 1652:

La rosa es sol de la tierra,
Y el sol de los cielos, rosa;
Mas ella al fin se marchita,
Y él se nos pone entre sombras (2).

Los de D. Francisco Antonio de Bances Candamo, así bajo el reinado de Carlos II, como en los primeros años de Felipe V de Borbón, ni hechura siquiera tienen de los cantares populares de reminiscencia mora. Sirva de ejemplo el siguiente, que, sin embargo, encierra un pensamiento peregrino:

(1) *Rimas varias de la madre Soror Violante del Cielo, religiosa en el monasterio de la Rosa de Lisboa:* Ruan, por Maury, 1646, capítulo IV. La madre VIOLANTE DO CEO, ó DEL CIELO, escribió además en sus *Obras varias y admirables*, cuya traducción castellana se publicó en Madrid en 1744 (imprenta de Antonio Marín), algunas *Metáforas de las flores moralizadas*, de las que consagró la primera á *La Rosa Reina;* la cuarta la tituló *La Rosa con la Perpetua;* la novena *La Rosa, la Azucena y la Mosqueta;* la décimaoctava *El Clavel y la Rosa,* y la vigésimacuarta *El Casamiento del Sol con la Rosa.* Nuestro ilustre poeta D. LUIS DE EGUÍLAZ tuvo presente la primera para el bello apólogo inédito que más adelante publicamos. Á SELGAS tampoco debieron ser desconocidas estas obras de la celebrada religiosa de Portugal, que alcanza tan excelente fama como SANTA TERESA DE JESÚS en España y como SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ en Méjico.

(2) *Avisos para la muerte por algunos ingenios de España,* recogidos por D. LUIS RAMÍREZ DE ARELLANO: Sevilla, por Nicolás Rodríguez, 1652, fol. 26 vuelto.

Aunque consume el ardor
La rosa mejor del suelo,
Sube en espíritu al cielo,
Y acá se queda el olor (1).

Casi desde las primeras auroras de nuestro siglo nuevos poetas, cultivadores de la poesía académica, tomaron sobre sí el empeño de sustituir con pensamientos de forma selecta literaria los cantos medio árabes, muchas veces de construcción gramatical casi bárbara, del pueblo. Desde que en 1799 el escribano Real del juzgado de imprentas y librerías del reino, D. Juan Antonio de Zamácola, publicó con el pseudónimo de D. Preciso la *Colección de las mejores coplas de seguidillas, tiranas y polos que se han compuesto para cantar á la guitarra*, había alcanzado una popularidad avasalladora este humilde género literario, en que con la musa del pueblo habían alternado durante una gran parte del siglo XVIII poetas como Torres Villarroel, Benegasi y Luján, el P. Isla, Valladares de Sotomayor, emparentado con la casa de Moctezuma, D. Ramón de la Cruz y otros á este tenor. De 1799 á 1816, á pesar de las terribles vicisitudes porque pasó España durante los seis años de la guerra de la Independencia, cuatro veces reprodujeron las prensas de Ma-

(1) *Obras líricas de* D. FRANCISCO ANTONIO DE BANCES CANDAMO: Madrid, por Martiny Abad, s. f., pág. 138.

drid las coplas de D. Preciso, que el vulgo adulteró en sus fiestas enteramente á su sabor. Quiso poner coto á aquella bacanal, con más buen deseo que satisfactorio resultado, el excelente humanista y poeta sevillano D. Manuel María del Mármol, inducido por su exquisita sensibilidad en materias de gusto literario, y, al efecto, en el mismo año de 1816 en que se hizo la última edición de la *Colección* de Zamácola, escribió en forma de seguidillas una multitud de coplas, con el evidente propósito de que en salas y patios, haciendas y cortijos, sustituyesen á la que él conceptuaba bárbara poesía de la plebe. No logró, á pesar del generoso esfuerzo, que se hiciesen populares aquellas obras, en realidad baladíes, que recopiló é imprimió bajo el título de *Intervalos de mi enfermedad;* y fácilmente puede colegirse la razón del inevitable fracaso sin más que echar una simple ojeada sobre ellas, de las cuales he aquí las que tuvieron relación con la *Rosa:*

Con cadenas de rosas
Cupido liga:
Deleitan, pero hieren
Con sus espinas.
Necios amantes,
Gozáis gustos comprados
Con vuestra sangre.

No te adornes con rosas,
Flora querida:

¿Qué más rosas, amada,
Que tus mejillas?
Jamás pintaban
Con otro adorno á Venus
Que el de sus gracias (1).

Verdaderamente es preciso convenir en que era ésta demasiada erudición para los recreos campesinos y artesanos de gente alegre, juvenil y poco literata, ni aun para los de las damas y galanes de salón, respecto de los que siempre el poeta deberá recordar, con Lope de Vega en sus ingenuas cartas al Duque de Sesa, que más les agradan los incentivos que los conceptos. Mediado el siglo, hízose moda entre muchos alumnos del Parnaso entregarse á este género de composiciones, adoptando para ellas un lenguaje más vulgar que el que exige la alta poesía, y figuras y pasiones más vivas, como las de los orientales. García Gutiérrez exaltó el género en plena Real Academia Española con motivo de su discurso de recepción en aquel docto Senado literario en 1862.

La desgraciada Blanca de Gassó y Ortiz, cuya trágica muerte daría tema á un interesante drama patético de nuestro siglo, si nuestro siglo convirtiera en leyendas los infortunios tremendos, dió al público un cuadernillo con *Cien*

(1) *Intervalos de mi enfermedad y pequeña colección de poesías ligeras*, por D. Manuel María del Mármol: Sevilla, por Aragón, 1816, págs. 130 y 132.

cantares á los ojos. Vila y Blanco y Rodríguez Marín reunieron en 1865 y 1866 nuevas colecciones de cantares españoles, y D. Ventura Ruiz de Aguilera, cuyos vuelos poéticos se cernían á la altura de las águilas reales, también rindió culto en 1865 á esta corriente de la moda, y publicó muchos que reunió luego en su libro de *Armonías y cantares.* No todos los que escribió entraron en él, ni en los que dió posteriormente á diversas publicaciones periódicas literarias, y yo conservo algunos suyos autógrafos é inéditos, como el siguiente, dedicado, en el seno de francos y cariñosos amigos, á una dama, á la sazón tan bella y joven como aristocrática y distinguida:

Sin rosas ha nacido
La primavera,
Y pide una limosna
De puerta en puerta.
Dale tú, niña,
Un puñado de rosas
De tus mejillas.

De los que más se distinguieron en este género literario, que nunca ha cesado de cultivar, es D. Melchor de Palau; pero sus cantares á la *Rosa* ocupan otro lugar en este libro. Por último, un poeta chileno, D. Guillermo Matta, los escribió en Madrid sobresalientes, tal vez más por el concepto que por el giro de la inspiración popular. He aquí uno de ellos, que,

como los de Campoamor, es para colocado en vitrina:

Rosa bella, Rosa bella,
Tú eres mi primera flor,
Pues el nombre tienes de ella,
Rosa eterna de mi amor (1).

VIII.

En cuanto á la división de escuelas, en razón á la forma, clásica ó libre, ¿quién hará de ello en la actualidad objeto de digresiones? Las dos banderas mantendránse perennemente enhiestas, disputándose recíprocamente sus triunfos; mas los que atiendan á la idea moral no harán nunca caso de conciencia de la cuestión de formas, en las cuales no reside privativamente, como algunos pretenden, el secreto de lo bello, aunque lo complete.

Después de haber pasado, durante cuatro siglos, por estados psicológicos tan varios y tan diversos que necesariamente han tenido que influir en las formas sucesivas de la expresión, y por mejor decir, en el modelado artístico de la labor literaria, ¿quién se inclinará resueltamente de parte de ninguna escuela exclusiva cuando ninguna hay en que las bellezas no abunden?

(1) *Poesías de* GUILLERMO MATTA: Madrid, imprenta de *La América*, 1858, pág. 277.

En nuestro siglo, y respecto al período que es aún denominado de los románticos, porque éstos predominaron sobre los clásicos, ¿habrá alguno que, bajo la ceguedad de su exclusivismo sectario, sea capaz de condenar, no ya al exterminio, pero ni aun meramente á la proscripción, todo lo que produjo en aquel tiempo el aura de la novedad imperante? Las dos formas y las dos escuelas coexistirán siempre y obtendrán alternativos encumbramientos: así se nos da el ejemplo en las literaturas extranjeras, donde el código horaciano se refleja sólo en las ideas como una tradición legendaria, y así se repite en estos momentos en las vastas comarcas de los estados americanos que fueron antes españoles, y donde todas las letras, y sobre todo la poesía, alcanzan ya tan gallardo renacimiento.

Tres literaturas en la vieja Europa se disputan el don de una supremacía que no ha de durar mucho tiempo en la superioridad que proclaman, si no se estanca por imprevistos accidentes en el Nuevo Mundo el movimiento progresivo que la cultura castellana va determinando con más calor y empuje cada día: la literatura alemana, la literatura británica y la literatura francesa. En todas tres el culto popular y el culto literario ha constituído á la *Rosa*, como en toda la literatura de Oriente, en la li-

teratura greco-latina y en la italo-española, en objeto de merecida adoración. En las tres proyecta su vivo reflejo el destello luminoso de todas las ideas de la antigüedad y del renacimiento. Cecilia Schmidt Branco, en su libro de *A rosa na vida dos povos*, ha recogido, así de Alemania, registrando ya las obras de los *Rosengartenlieder* de los siglos medios, y el *Christhiche Symbolik*, de Menzel, como de Inglaterra, principalmente en las *Observations on the popular antiquities of Great Britain*, de Brand, las bellezas que la antigüedad dejó esparcidas sobre la *Rosa* en leyendas y romances, tradiciones y novelas: son chispas errantes de antorchas de otras edades, en nada distintas de las de nuestros poemas y romances más remotos. El tiempo nuevo poco provecho saca de estas reminiscencias. Todas esas literaturas han creado obras posteriores consagradas á la *Rosa*, en las que consiste el sentido verdadero que cada uno de los tres pueblos le da.

La más antigua de estas poesías es la balada *The last Rose of Summer* (la última rosa de verano), que en los tres reinos de la Gran Bretaña y en los Estados Unidos se canta en las poblaciones, en los talleres y en los campos, en torno á los arados y las trillas y en pos de los rebaños sosegados. Esta canción es además el canto de los instrumentos urbanos y de las ins-

piraciones del teatro culto. En Alemania, la canción escrita á fines del pasado siglo por Goëthe, la *Harderöslein* ó rosilla del campo, la aprenden los niños desde la infancia en las aulas, la cantan los jóvenes en coro y alegra las veladas del hogar, las fiestas populares y la etiqueta de los estrados. Por último, en Francia, el merecido culto tributado al poeta nacional moderno Víctor Hugo, ha vulgarizado de tal modo su apólogo *La tombe et la rose*, que no hay persona medianamente educada que no la sepa de memoria. En la naturaleza íntima ó subjetiva de cada una de las tres literaturas á que estas composiciones pertenecen, cada una es la representación genuína de alguna de las escuelas en que toda literatura se divide: de modo que *The last Rose of Summer* es la quinta esencia del romanticismo en su forma más libre y popular; la *Harderöslein*, el clasicismo más puro y refinado, y el doctrinarismo se encarna en *La tombe et la rose*, aunque sin prescindir del romanticismo convencional, que más bien que de la índole peculiar de la poesía francesa se deriva de las condiciones personales del autor de la composición. ¿Qué crítico se atrevería á resolver el problema de la de mayor belleza, en una especie de juicio parecido al famoso mitológico de las manzanas de oro?

Para los conocedores de los idiomas en que

se hallan escritas estas lindas poesías, las transcribo originales; los que no las entiendan en su vigor y espíritu nativo, hallarán también los traslados más fieles en idioma y versos castellanos. De *La tombe et la rose* había traducciones de D. Ramón de Satorres, de Zaragoza; de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, de la isla de Cuba, y de D. Jacinto Gutiérrez Coll, de Venezuela. Como es natural, he preferido la de la Sra. Avellaneda. De las composiciones inglesa y alemana no existían versiones: las he puesto en metro castellano, sirviéndome de traducciones literales *de verbo ad verbum*, hechas y revisadas por mis doctos amigos M. Henry Burt, natural de Londres, profesor en Madrid de su idioma patrio, y del eminente literato hispano-alemán Herr Johannes Fastenrath, ciudadano de Colonia é hijo adoptivo de Sevilla. He aquí ahora originales y traducciones por orden de antigüedad:

THE LAST ROSE OF SUMMER.

I.

'Tis the last Rose of Summer
Left blooming alone;
All her lovely companions
Are faded and gone;
No flowers of her Kindred,

No resebud is nigh,
To reflect back her blushes
Or give sigh for sigh.

II.

I'll not leave thee, thou lone one,
To pine on the stem;
Since the lovely are sleeping,
Go, sleep thou with them;
Thus Kindly I scatter
Thy leaves o'er the bed,
Where thy mates of the garden
Lic scentless and dead.

III.

So soon may I follow
When friendships decay,
And, from Love's shining circle
The gems drop away!
When true hearts lie wîther'd
And fond ones are flown,
Oh! who would inhabit
This bleak wold alone?

LA ÚLTIMA ROSA DE VERANO.

La última rosa de estío
Quedó floreciendo sola
Sobre el desierto sepulcro
De sus compañeras todas.
Marchitas desparecieron;
Ninguna le cerca hermosa
Que refleje sus matices
Ni á sus suspiros responda.

No te dejaré, flor triste,
Ni al sol que apure tus pompas.
Cuando al letargo en que duermen
Te llaman las muertas rosas,
Esparce sobre su tumba
Las heces de tu corola;
Duerme, como ellas, su sueño
Sin perfumes y sin hojas.

Pronto seguiré tus pasos;
Pues vivir es ansia loca,
Si del amor al anillo
Faltan las piedras preciosas.
Cuando la lealtad sucumbe
Y los que queremos odian,
¿Quién habita el campo triste
Que el viento y el hielo azotan?

Ronda, 26 de junio de 1889.

HAIDERÖSLEIN.

Sah ein Knab'ein Röslein stehn,
Röslein auf der Heiden,
War so jung und morgenschön,
Lief er schnell es nach zu sehn,
Sah's mit vielen Frenden
Röslein, Röslein, Röslein roth,
Röslein auf der Heiden.

Knabe sprach: ich breche dich,
Röslein auf der Heiden;
Röslein sprach: ich steche dich
Dass du ewig denkts au raich,
Und ich will's nicht leiden.
Röslein, Röslein, Röslein roth,
Röslein auf der Heiden.

Und der wilde Knabe brach
s'Röslein auf der Heiden,
Röslein wehrte sich und stach,
Half ihr doch kein Weh und Ach,
Musst'es eben leiden.
Röslein, Röslein, Röslein, roth
Röslein auf der Heiden.

J. W. v. Goëthe (1).

LA ROSILLA SILVESTRE.

Placentera vió el niño la rosa,
Rosilla del campo:
Como el alba era joven y hermosa,
Y acercóse á mirar sus colores,
Y admiró con delicia y encanto
La rosa, rosilla, rosilla purpúrea,
Rosilla del campo.
Y dijo engreído:—Yo quiero cogerte,
Rosilla del campo.—
Y la flor, en peligro de muerte,
Arguyó:—Si me coges, te punzo:
Que tu herida publique mi daño:
La rosa, rosilla, rosilla purpúrea,
Rosilla del campo.
De su tallo el rapaz fiero corta
La rosa del campo.
Se pinchó en sus espinas; ¿qué importa?
La flor débil sufrió resignada:
Resistir y quejarse fué en vano

(1) GOETHE'S, *Gedichte Esler Band:* Stuttgard und Tübingen, Gotta'scher, 1845, pág. 15.

La rosa, rosilla, rosilla purpúrea,
Rosilla del campo (1).

Madrid, 26 de julio de 1889.

LA TOMBE ET LA ROSE.

La tombe dit à la rose.
—Des pleurs, dont l'aube l'aurore,
Que fais-tu, fleurs des amours?—
La rose dit á la tombe:
—Que fais-tu de ce qui tombe
Dans ton gouffre ouvert toujours?
La rose dit:—Tombeau sombre,
De ces pleurs je fais dans l'ombre
Un perfum d'ambre et de miel.—
La tombe dit:—Fleur plantive,
De chaque âme qui m'arrive,
Je fais un ânge du ciel.

Víctor Hugo (2).

3 juin 1837.

LA TUMBA Y LA ROSA.

Dice la tumba á la rosa:
—¿Qué haces tú, preciada flor,
Del llanto que el alba hermosa
Vierte en tu cáliz de amor?
Y la rosa le responde:

(1) La revista titulada *Die Gesellschafs*, de Leipzig, correspondiente al 10 de septiembre de 1889, ha dedicado un artículo (página 1.525) á la publicación del presente libro, y dado á conocer á sus lectores alemanes las primicias de esta traducción española de la poesía de GOETHE.

(2) *Œuvres completes de* VICTOR HUGO.—Poesies.—Les voix interieures: Paris, chez Hetzet-Quantin: 1880, tomo iij, pág. 367.

-¿Qué haces tú, tumba sombría,
De lo que tu seno esconde
Y devora cada día?
—Yo perfumes doy al suelo
Con el llanto matinal.
—Y yo un alma mando al cielo
De cada cuerpo mortal.
Gertrudis Gómez de Avellaneda (1).

IX.

El cuadro de confusión de las tres escuelas en ninguna parte puede estudiarse mejor que en el presente libro, porque no habiendo seguido en la coordinación de las obras que lo enriquecen más sistema que el del orden cronológico de los autores, hasta donde es posible determinar su correlación, al lado de una poesía popular aparece una clásica, y junto á ésta una romántica, y todos los géneros se barajan con una libertad absoluta. He preferido este sistema á ninguna otra clasificación más científica, porque mi objeto es que la colección presente se preste mejor á la observación y cotejo de los diferentes modos de pensar, expresar y sentir en cada momento y situación de la historia, y además porque debía huir de las clasificaciones,

(1) *Obras literarias de la* SRA. DOÑA GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA: Madrid, por Rivadeneyra, 1869, tomo j, pág. 92.

más arbitrarias que precisas, que siempre habían de resultar deficientes.

No existen documentos bastantes relacionados con la *Rosa* para poder fijar bien las diferencias de escuelas entre la de Toledo, de Garcilaso, y la de Sevilla, del bético Herrera; pero brotan abundantes para observar las que determinan el principio de libertad introducido, así en el lenguaje como en la forma, por el genio de los dos verdaderos revolucionarios de la poesía española, Frey Félix Lope de Vega Carpio y D. Francisco de Quevedo y Villegas, señor de la Torre de Juan Abad. Con ellos, no con Góngora y sus secuaces, que son los tradicionalistas arcáicos de la elocución casi latina y de una sintaxis contraria al genio de nuestra lengua, se sacó verdaderamente á la poesía de los estrechos límites á que la circunscribieron desde la cuna los primeros aristocráticos imitadores del rígido y lacónico Horacio. Lo mismo Lope de Vega y Quevedo que sus imitadores introdujeron la afluencia en el lenguaje, la originalidad en los conceptos, la novedad en las imágenes, habiendo despojado á la obra de los poetas salmantinos y complutenses, vallisoletanos y aragoneses, de aquella concisión que hace tan enérgica la frase poética de Fr. Luis de León, de Pedro Láinez, del *divino* Francisco de Figueroa y de Vicente Espinel.

Frente á la bandera reformista de Lope enarboló su estandarte, y no por medios pacíficos, sino entre sangrienta controversia, D. Luis de Góngora: su enseña fué la anarquía de las nieblas; y aunque en las obras que entran en este manojuelo son pocas las que enteramente se hicieron esclavas de la obscuridad del régimen y de la frase del *culteranismo*, no obstante no faltan representantes bien determinados de aquella escuela, como el Conde de Villamediana, Fr. Hortensio Félix Paravicino y José Pérez de Rivas Tafur. El conceptismo enrevesado que sucedió al culteranismo, y el prosaísmo, que fué consecuencia inmediata de la decadencia en que por aquellos pérfidos caminos vino á caer nuestro Parnaso, ofrece aquí también ejemplos numerosos que analizar; aunque no el chabacanismo que constituyó la última afrentosa etapa de aquella acelerada y lamentable degradación, porque los ingenios que inhabilitaron sus facultades en esta escuela han sido deliberadamente excluídos de este libro.

Los últimos latidos del siglo xvii llegaron con Bances Candamo, Coloma y Nieto hasta el primer tercio del siglo xviii. Entonces se pronunció un período desastroso de absoluta esterilidad para toda clase de letras, pero principalmente para la poesía lírica y delicada. La súbita transformación que se había verificado

en todos los modos de ser de la antigua sociedad española, hicieron enmudecer á las musas. La misma poesía dramática, que un siglo antes pasaba de los teatros de Madrid á enseñorearse de los de todo el continente, había entregado su cetro en manos de bárbaros é iliteratos traductores. Todos los sentimientos de la nacionalidad parecía que habían quedado aletargados ó dormidos. Faltó la inspiración y se despobló el Parnaso.

Cuando el espíritu nacional volvió perezosamente á despertarse, los elementos éticos, sociales y políticos habían cambiado. Todo rasgo de propia originalidad se había perdido. Se nos impuso entonces de Francia, á la que parecía que España había quedado sujeta por una degradante servidumbre, un clasicismo especial y adulterado, que no era ciertamente el clasicismo que nos trajeron las auras de Italia con el impulso regenerador del renacimiento latino. Á este molde ajustaron sus inspiraciones los nuevos poetas, los cuales, estimando generalmente que la *Rosa* no era sujeto suficiente para medir los vuelos de la inspiración pindárica, en mucho tiempo no se atrevieron á pulsar las cuerdas de su lira para exaltarla. De este número fueron Luzán y el Conde de Torre Palma, Iriarte y Cadahalso, Forner y Arjona, Montiano y Luyando y Rejón de Silva, el Duque de

Béjar y el Marqués de las Amarillas, García de la Huerta y Fr. Diego González, Tapia y Roldán, Somoza y Olavide, Porcel y Burgos, Villanueva y Vargas Ponce, Sánchez Barbero y Jovellanos. El inédito de Moratín que en este libro se contiene, y que así como otras composiciones suyas se han descartado quizá deliberadamente del conjunto de sus obras, sin duda fué espontáneo parto de sus primeros años juveniles. En la edad madura Moratín, dadas las ideas de su tiempo, no habría escrito fábulas de la *Rosa*, aunque sí odas al matador de toros Pedro Romero.

Hasta que se restauraron en nuestras aulas los estudios de las Humanidades, principalmente en los primeros años del reinado de Carlos IV y bajo el primer Ministerio de D. Manuel Godoy, no aparecieron los nuevos imitadores de los poetas de Atenas y de Roma, Conde y Vaca de Guzmán, Iglesias de la Casa y Meléndez Valdés, Solís y Cienfuegos. Todavía al empezar este siglo Martínez de la Rosa y Lista, en las Academias literarias de Granada y Sevilla, se entregaban á las fútiles bagatelas de la poesía anacreóntica para cantar á la *Rosa*, hasta que, pasadas las guerras napoleónicas y calmadas las revoluciones políticas, el poeta malagueño D. Juan María de Maury, que, perfeccionando su educación literaria en París y

en Londres en medio de las horribles y frecuentes convulsiones de que fué testigo en Francia, pudo recoger de sus aulas y liceos, periódicos y publicaciones las brisas refrigerantes que del lado del Rhin y del Támesis soplaban, atrajo á la parte meridional del continente el espíritu innovador de Lord Byron y Shelly, de Goëthe y Schiller, entrando en el camino de su imitación, con una sola poesía, *La florista ciega*, que fué como una revelación suspirada, y abrió al libre espíritu de creación literaria las puertas de un mundo desconocido de libertad y de inspiración. Sátiros y pastores súbitamente enmudecieron. Las nuevas escuelas se concentraron en sí, y mientras la lobreguez del despotismo, que sucedió á la explosión de 1820 á 1823, decretó el silencio hasta para las musas más inofensivas, una nueva generación, la generación del renacimiento, se fué preparando inadvertidamente para la gran carrera triunfal que le estaba reservada.

En vano con su ejemplo el gran Quintana laboraba robustamente por la prez del clasicismo. En vano desde Londres Martínez de la Rosa, traduciendo el *Arte poética*, de Horacio, trataba de restaurar los cánones de la antigüedad. En vano Lista, con sus doctas enseñanzas en Madrid, en Cádiz, en Sevilla, quería hacer fructificar una semilla que había perdido su

fuerza germinadora. Todos sus imitadores y todos sus discípulos, imbuídos del espíritu que dominó su tiempo, proclamaron los principios de libertad, que difundieron por todas partes, apenas Fernando VII espiró, Espronceda y Pezuela, Arolas y Hartzenbusch, Zorrilla y Vega, los cuales inauguraron en el Liceo, en el Instituto, en las columnas de los periódicos, en el proscenio de los teatros, en las cátedras del Ateneo y por todos los medios de que entonces dispuso la exuberancia de la inteligencia, la amplia senda por donde habían de discurrir sucesivamente y con la misma gloria la legión bizarra de los románticos Cueto y Madrazo, Bermúdez de Castro y Romero Larrañaga, Iza Zamácola y Larra, Santos Álvarez y Enrique Gil. En Madrid, D. Juan Nicasio Gallego, con los Duques de Frías y de Rivas; en Sevilla, Amador de los Ríos y Rodríguez Zapata; en Granada, el Marqués de Gerona y los Fernández-Guerra, y muchos otros desde distintas provincias, y representantes de América, como Baralt, Batlle y Pardo, porfiaban en mantener vivo el culto de los principios tradicionales, arietes de educación y buen gusto. Cada escuela, cada secta, ponderaba sus ventajas y exaltaba sus triunfos. Á veces el escarnio de la sátira inflamó las teas de la rivalidad. Pero del fondo de aquélla tan estéril como encarnizada lucha,

surgió y se impuso el espíritu ecléctico á título de elemento conciliador, el cual, sin legislar en definitiva nada absoluto, proclamó altamente que *el personalismo* era la base de todo vigor y energía en las obras de la inspiración; que la crítica es una labor puramente subjetiva que nada resuelve ni nada enseña, y que el arcano de la belleza estriba en la originalidad. Bajo el imperio de estas ideas rompiéronse hasta los moldes de las antiguas formas; el nuevo espíritu de la nueva escuela cuidó de *personificarse* brillantemente, y en Campoamor primero, en Becquer mucho más tarde y en Núñez de Arce al fin, el *personalismo* triunfó. ¿Es un poeta clásico el inventor de las *Doloras?* ¿Es un romántico el cantor de los pensamientos tristes, de las heridas del alma y de la sombría lobreguez de la muerte? ¿Es un simple doctrinario el robusto Tirteo de las luchas de la sociedad y del espíritu, que ha dado á las aras de la inmortalidad *Los gritos del combate?* Nadie habrá que así los conceptúe.

Con la proscripción de las viejas reglas cundió la anarquía y *el personalismo* cayó en sus propios escollos. Cada cual procuró, por cualquier medio y á toda costa, imponerse con los matices personales y con las fuerzas propias de que se sintió dotado. Se condenó para siempre la escuela infecunda de los imitadores serviles,

y erigida en dogma la supremacía del sentido individual é íntimo sobre el de reflexión é imitación, transcendió la novedad en impetuosa corriente al otro lado de los mares. Desde luego fué aceptada por todos nuestros hermanos del Nuevo Mundo, que al salir á su vez del caos de sus luchas orgánicas y de armonía por tanto tiempo sostenidas, con estro varonil y vigoroso, con ardiente y entusiasta estímulo se han lanzado denodadamente á enlazar en un mismo haz de glorias nacionales su libre resurrección á la vida propia civil y su libre encumbramiento á las cimas suspiradas de la cultura intelectual.

X.

En medio de tantas vicisitudes, los cantores de la *Rosa* no dejaron de sentirse perennemente asistidos por la influencia inevitable de alguno de los tres simbolismos que el Oriente, el paganismo y el cristianismo le dieron. El número de los adoradores de la *Reina de los prados* creció tan extraordinariamente en los dos mundos, que al llegar á esta parte de la tarea, que me impuse al concebir la ejecución de este libro, mayor trabajo me ha producido la necesidad de las exclusiones que la avaricia del acopio. Con todo, ofrezco el interés de muchas

producciones inéditas, antiguas y modernas, y en no escaso número el de las que han sido escritas expresamente para esta colección, y la novedad de dar una participación considerable á los laureados ingenios de la América, de noble cuna española, que, habiendo adquirido propia é independiente personalidad geográfica y política, confunde con nosotros su lengua y su literatura, hasta ahora enteramente castellanas.

El concepto moral y el concepto alegórico de la *Rosa*, á pesar de tantas revoluciones, persevera en los dos mundos idéntico y el mismo que determinó desde un principio la aparición del cristianismo. Las influencias que en el culto poético recibe todavía y recibirá perpetuamente de los otros dos simbolismos, oriental y pagano, no afecta más que á la exterioridad de la forma y al conceptismo de la elocución. Empero, adorno de la hermosura, recreo de los sentidos, comunicación de los afectos, expresión alegórica y atributo de cualidades morales, siempre será esta flor entre nosotros, como antes dije, en la niñez inocencia, en la pubertad pudor, en la juventud deseos, en la edad madura satisfacción de la propia dicha y en la ancianidad recuerdo agradable y querido. Cubrirá de tiernos afectos, desde la cuna al sepulcro, todas las situaciones determinantes de la vida, y en la historia de cada corazón ocupará las

páginas más bellas, ya lo inquiete el deseo, ya lo anime la esperanza, ora toque la plenitud de la dicha suspirada, ora atraiga las dulces memorias del pasado. Con ellas se coronará la virtud. Sus guirnaldas serán lauros de la admiración, y muchas veces adornará los pedestales de la gloria. En las manos del amante pobre una *Rosa* equivaldrá á un diamante; en las del opulento formará el idilio de la felicidad que no le proporciona la fortuna.

El mismo arte y la industria humana, que persiguen incesantemente las dádivas de la especulación, ¿cuánto no hacen por fomentar su culto? Hasta en los jardines se le concede algo más que el privilegio de su supremacía, algo que se asemeja al holocausto que se rinde á una divinidad. Ningún género de flores ha multiplicado en mayor número de especies sus más bellas variedades. Ponderó la antigüedad la hermosura de las que le eran más conocidas por el lugar de donde procedían. El pueblo hebreo exaltó las de Jericó, pródiga en misterios. En Grecia y Roma celebrábanse las de Mileto. Los árabes de España las del Cairo y Alejandría, trasplantadas á las huertas de Valencia y á los cármenes de Granada. Un trovador, Tebaldo, alborotó al mundo con las que trajo de Damasco, para enriquecer los jardines de la Provenza. No de otro modo fueron recibidas en Ingla-

terra en tiempos mucho más cercanos á los nuestros, en 1780, las que Ker importó del Cantón. Después se recibieron con elogio en 1793 las de Bengala y Siria, del jardín de Parson de Rickmanworth; en 1807 las de la China y el Japón de la Condesa de Wandes, que trajo M. Banks, uno de los compañeros de Cook; vinieron luego las de la India y Persia, y hasta las del Kamtchatka y el Cáucaso oriental y la Siberia. Leyendas formaron las de las márgenes del Bósforo, así como las de los Alpes y del África, y Alemania, Holanda y Suiza dieron especies ejemplares. En tiempo de Linneo, apenas hace un siglo, el gran botánico de Suecia no se atrevió á reconocer más que catorce especies botánicas de ellas. Á poco De Candolle elevó la cifra de una manera considerable. Hoy los hombres de ciencia fluctúan en un número extraordinario, entre ciento cincuenta y doscientas. Entre tanto, el cultivo por todos los medios de preparación y de transformación que posee, la emigración, el ingerto, la semilla, la aproximación, el acodo, la variación de tierra, la de clima, la condición de los abonos, los riegos químicos y artificiales, ha alcanzado modificaciones y variedades híbridas, cuál más, cuál menos notables, ya agrandándolas, ya reduciéndolas, ya obteniendo mil colores y matices distintos, con lo que se ha hecho subir la suma

de las cultivadas ó de jardín á cerca de quince mil.

Muchas de estas variedades desaparecen y no logran fijarse, volviendo á los tipos originarios: así del *Calendario de la Rosología*, que Andrews (*Monography of the genus rosa*) inició en Londres en 1787 y que los botánicos alemanes (*De Rössig*) continuaron en Leipzig de 1800 á 1817, habiendo recibido de Sindley (*Rosarum monographia*) nuevo impulso en la capital de Inglaterra en 1820, hasta que con posterioridad se creó en la Gran Bretaña, Alemania, Holanda, Francia é Italia una abrumadora bibliografía especial de la *Rosa* que hoy cuentan los libros y los periódicos en todos los idiomas por centenares, se borran y desaparecen con frecuencia los nombres efímeros con que procuran individualizar los nuevos tipos que el ingenio y el arte obtienen, el vasallaje, la adulación, la especulación y la galantería (1).

(1) En el *Catálogo general del Establecimiento hortícola de Joaquín Aldrufeu*, de Barcelona (Barcelona, tipolitografía de Luis Tasso, 1890), que se publica en los mismos días que los primeros pliegos de este libro, y que forma el número XVIII de los comerciales de dicha casa, se anuncian 350 nuevas variedades no contenidas en los catálogos anteriores y que en su mayor parte se presentaron por vez primera por jardineros ingleses, belgas, lusitanos, holandeses y franceses en la Exposición universal de París de 1889. Entre las variedades más escogidas y últimas de la especie *Rosales de The* (Rosa thea indica fragrans), enumera como superlativas las que llevan los nombres de *Comtesse de Nadaillach*, *Mme. de*

Con todo, éstas son deformidades del jardín. El culto sincero sólo lo merece la *Rosa* primitiva y espontánea de cada país; la *Rosa* que desde *ab initio* ha recibido los sufragios de todas las civilizaciones, de todas las razas, de todos los fanatismos; la *Rosa* del *Libro de los Cantares;* la *Rosa* de Homero y Anacreonte; la *Rosa* de Virgilio y Catulo; la *Rosa* de los Himnos litúrgicos y de los misterios y de los milagros del culto místico de la Edad Media; la *Rosa* de las *casidas orientales* de los poetas mahometanos de Bagdad y de Basora, de Córdoba y de Granada; la *Rosa* de las *Etimologías* de San Isidoro y de las *Homilías* de los Santos Padres; la *Rosa* de los caballeros y de los escudos heráldicos, que en Inglaterra llegó á representar los timbres soberanos de la nación, convirtiéndose á veces y según su color, blanco ó rojo, en bandera de Príncipes rivales, de pasiones en lucha y de palenques sangrientos; la *Rosa* de los poemas de

Watteville, *Papá Gontier*, *Papillon*, *Reina María Pía de Portugal*, *Rosomane Hubert* y *Souvenir de Gabrielle Davet;* entre las de la Rosa thea hybrida, las variedades *Camöens*, *Duquesa de Westminster* y *Mme. Etienne Levet;* entre las de la Rosa hybrida bifora, las apellidadas *Charles Lamb*, *Jhon Bright*, *Pride of Waltham* y *Ulrich Brunde;* entre las de la Rosa borbónica, las tituladas *Mme. Pierre Oger*, *Luise Margottin* y *Reine de Castille;* la *Menaux* y la *Eve Corinne*, entre las multifloras; entre las muscosas, la *Alzina*, la *Cristeta*, la *Jeanne de Monfort* y la *Little-Gem;* entre las alpinas, la *Gracilis;* entre las bracteatas, la *Alba olorosa*, y entre las microphilas, *Ma surprise*. (Págs. 23 á 38.)

Guillermo de Lorris y de Juan de Meung, contemporáneos de San Luis, en Francia; la *Rosa* de los sonetos y poemas de Torcuato Tasso en Italia y de los sonetos de Lope de Vega y de las comedias de Calderón de la Barca en España (1); la *Rosa* que en la recién descubierta América llevó al altar á la púdica Virgen de Lima, por quien el Brasil y la República de

(1) En *El Príncipe constante*, comedia de D. Pedro Calderón de la Barca, introdujo este poeta uno de los *sonetos* más bellos que se han consagrado á la rosa en castellano. Calderón de la Barca escribió además otra comedia con el título de *La púrpura de la rosa*. Antes de que el teatro español se reformase á principios del siglo XVII, Sancho de Munino, natural de Salamanca, publicó en 1542 su tragicomedia de *Lysandro y Roselia*. En 1565, Juan de Timoneda dió á las prensas de Valencia, su patria, la farsa de *Rosalina*, y en 1566 Alonso de la Vega la comedia de *La Duquesa de la Rosa*. En el siglo XVII, Luis Vélez de Guevara y D. Pedro Rosete Niño escribieron *La Rosa de Alejandría;* D. Jacinto de Herrera y Sotomayor, la *Reina de las flores;* D. Agustín Moreto y D. Pedro Francisco de Lanini y Sagredo, *Santa Rosa del Perú; Santa Rosolea ó la mejor flor de Sicilia*, D. Agustín de Salazar y Torres; *La Rosa de los martirios*, José de la Mota y Silva, y D. Manuel Vidal y Salvador, la *Fragancia de la Rosa*. *La Reina de las flores*, de Herrera, fué representada el día de Reyes del año de 1643, el mismo en que tuvo lugar la desastrosa batalla de Rocroy, en el palacio de Bruselas, siendo sus intérpretes los hijos del desdichado general de aquella fecha nefasta, Doña Beatriz, Doña Manuela y Doña María, y D. Gaspar Constantino de Melo, Conde de Azumar. Fué alusión á las guerras que entonces se sostenían con los rebeldes, aunque los personajes llevaban los pacíficos y poéticos nombres de la *Infanta Violeta* y la *Reina Rosa* y los galanes *Jazmín* y *Clavel*. La obrilla dramática de Herrera de Sotomayor, *Alcaide de S. M. del Parque de Bruselas*, se imprimió en esta ciudad el mismo año en casa de Juan Montmartre.

Honduras recientemente han creado insignias nobiliarias; la *Rosa*, en fin, que el fanatismo y el amor de los pueblos colocó en todas partes: el marinero, en el eje de los vientos y en el eje del gobernalle; el menestral laborioso, en el del compás; el aurífice, en el diamante; el sibarita holgado, en el agua perfumada de sus abluciones, y el opulento, en el palo suntuario de su espléndido menaje.

De esta *Rosa* deducían antiguamente, señores y poetas, los nombres con que agraciaban sus damas preferidas: de aquí Rosalba, Rosalía, Rosalina, Rosalinda, Rosania, Rosarda, Rosario, Rosaura, Rosela, Rosenda, Roselia. Roseta, Rosiela, Rosolea y Rosmunda. La especulación ó el vasallaje hoy ocultan el nombre de la que es *reina perenne de las flores* bajo esas denominaciones de personajes brillantes, cuyo pasajero resplandor se desvanecerá más pronto que el de la flor inmortal á la que se les adjudica. Mas ninguno de estos artificios entra en la condición de este libro. Las obras que lo forman constituyen verdaderamente un culto y una ofrenda: la ofrenda á la próvida naturaleza que constituyó á tan delicada flor en una de las más encantadoras galas del campo y de la primavera; el culto á una de sus más bellas hechuras en las dádivas del Creador.

XI.

No terminaré estas líneas sin rendir á mi vez el de mi gratitud á los muchos y obsequiosos amigos que me han ayudado, ya en las investigaciones bibliográficas, harto penosas, que he tenido que evacuar para formar el acopio fundamental de esta obra, ya aportando á ella nuevo caudal de joyas propias. Más de mil y quinientos volúmenes impresos y manuscritos han pasado por el tamiz de mi examen para sacar las trescientas composiciones consagradas á la *Rosa* y merecedoras de formar parte en el escogido ramillete.

El error vulgar y el mío propio al empezar mis trabajos consistía en creer que á un asunto como el de la *Reina de las flores*, que juega papel en todas las metáforas de la elocución poética, apenas habría poeta que no la hubiese dedicado alguna de sus inspiraciones. ¡Equivocación lamentable! El número de los que han escrito versos castellanos durante los siglos XVI y XVII excede de ocho mil poetas, según el *Inventario* de nombres que tengo formado con presencia de sus escritos. Con todo, en esta colección, comprendiendo los poetas de los siglos XVIII y XIX y los del Nuevo Mundo, no se contienen composiciones á la *Rosa* sino de po-

cos más de doscientos. ¡Y qué nombres algunos de los que faltan!

Nada argüiré de los poetas del siglo XVIII, de cuya absoluta ó casi absoluta esterilidad en otro paraje he hecho la crítica. Pero ¿qué diré de los de la actual centuria? Excluyo de estos razonamientos á los poetas americanos, porque la lejanía de sus respectivos Estados, las escasas noticias que aquí aún alcanzamos de sus producciones literarias y la carencia casi completa en que nos encontramos respecto á sus obras impresas modernamente, hacen dificilísimo proporcionar materiales adecuados y suficientes para poder ofrecer un cuadro bien trazado de su hermosa falanje pindárica contemporánea. Mas contrayéndome á los peninsulares, los entendidos advertirán las omisiones más dolorosas. Sin embargo, téngase en cuenta que Quintana, el *Tirteo* español, nada escribió de la *Rosa;* nada D. Juan Nicasio Gallego; nada D. Juan Bautista de Arriaza; nada los dos egregios Duques de Rivas y de Frías; nada el Marqués de Molíns ni el Conde de Guendulaín; nada D. Gustavo Adolfo Becquer ni D. Gaspar Núñez de Arce; nada D. Pedro Antonio de Alarcón ni el General Ros de Olano, y para no ser muy prolijo, nada Selgas Carrasco, *el cantor de las flores*.

Algunos de los nombres ilustres que nos

restan y en quien parece un deber inexcusable haber rendido una ofrenda, por pequeña que fuese, en el altar de *la alegría y aurora de la primavera*, solicitados por mí, han respondido de la manera más obsequiosa. Sea el primero á quien mi gratitud designe, como es el primero por muchos conceptos, y sobre todo por el culto perenne de amor y reconocimiento que siempre le he profesado, el egregio y nobilísimo señor Conde de Cheste, Director de la Real Academia Española, en quien la nieve de la edad no ha entibiado el vigor de la inspiración ni los calorosos afectos del alma (1). Con él forman grupo mi no menos venerable y antiguo amigo el señor Marqués de Valmar, que, para decorar mi obra, ha sacado de los recuerdos

(1) Al señor Conde de Cheste, Director de la Real Academia, rogué su autorizada colaboración para mi libro en carta que le dirigí á Segovia el 20 de julio último. He aquí su lisonjera contestación:

«Segovia 24 de julio de 1889.—Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.—Mi estimado amigo: Siento no poder complacer á V. tan completamente como deseo y V. me pide en su grata y galana carta que acabo de recibir. Ya dije á mi hijo Rafael expresase á V. que yo no tenía entre mis composiciones poéticas, como V. debe recordar, ninguna *especialmente* consagrada á la *Rosa;* pero le envío la adjunta, cuya substancia tomé hace pocos días de una fábula italiana y puse en verso castellano, sin casi seguir el original de Monti más que en el fondo. No creo que le sirva á V. para el objeto que se propone en el libro que colecciona, por lo que sólo se la remito para que le distraiga á V. un rato su lectura, y en muestra del antiguo y constante aprecio que le profesa su afectísimo amigo y seguro servidor Q. B. S. M.—*Juan de la Pezuela.*»

de otros días la bella composición que adorna también estas páginas, y su sobrino el señor Duque de Rivas, antiguo Marqués de Auñón, que ha escrito adrede el soneto de suprema elegancia que va en su lugar respectivo. Y cierren este casi augusto Senado el ilustre en los dos mundos D. Ramón de Campoamor, en quien al franco y bondadoso carácter se junta la aureola viva de una gloria de nuestra patria y de nuestro siglo, y el no menos laureado D. Pedro de Madrazo, en cuyos versos, de otra generación que se extingue ó que se aleja, se personifican una escuela literaria de brillantes resplandores, intimidades históricas de un estado y una situación social que ha de ser algún día complacencia y desesperación de curiosos y eruditos, y todas las finuras de la educación selecta, del arte refinado y del gusto exquisito.

De muertos ilustres, el hidalgo caballero y gratísimo amigo D. Cándido Bretón, y el no menos querido por sí y por los recuerdos que su nombre y su presencia despiertan siempre en mi corazón, D. Diego Luque de Beas, con la amable y discreta señorita Doña Rosa de Eguílaz y Renart, han acudido en mi ayuda con interesantes inéditos, el primero de su famoso y celebrado deudo D. Manuel Bretón de los Herreros, el Aristófanes español del si-

glo XIX; los segundos con otros inéditos no menos interesantes y bellos de nuestro inolvidable D. Luis de Eguílaz, el Ruiz de Alarcón de nuestro tiempo: y con dádivas propias, que me obligan á hacer público mi reconocimiento, los amigos de mi juventud, de mis primeros pasos en la vida literaria y de mis eternos afanes en la vida social, señor Conde de Sol, el alemán-español D. Juan Fastenrath, el monstruo de las más varias facultades intelectuales de nuestra época D. Marcelino Menéndez Pelayo, D. Antonio Fernández Grilo, D. Rafael Serrano Alcázar, D. Melchor de Palau, D. Ricardo Sepúlveda, el Marqués de Dos Hermanas, Don Ricardo Becerro de Bengoa, D. Luis Vidart, D. Manuel Reina y los demás que constituyen la corona de inéditos, que es una parte de las más selectas de mi manojo de *Rosas*.

Debo hacer expresión especial del personal obsequio y de la solicitud galante, á que yo nunca podré corresponder cumplidamente en la medida de los afectos que impone, del eximio y elegante poeta de Santander, mi antiguo amigo D. Amós Escalante, que, enamorado del objeto de mi obra, ha querido enriquecerla con la codiciada colaboración del mayor número de los más conspicuos poetas mantañeses, como la Sra. Doña Eulalia de Velarde y los Sres. D. Adolfo de la Fuente, D. Alfonso Or-

tiz de la Torre Huidobro y D. Enrique Menéndez Pelayo. El grupo de las damas poetas contemporáneas va además presidido bizarramente por S. A. R. la Serma. Sra. Doña Paz de Borbón, Infanta de España y Princesa de Baviera, y entre una gran copia de ilustres americanas, completan el cuadro con composiciones inéditas, algunas escritas para este libro, la Sra. Doña Antonia Lamarque de Novoa y la Srta. Doña Blanca de los Ríos, de Sevilla; la Srta. Doña Rosa Eguílaz, hija digna de un padre ilustre, y la Srta. Doña Rafaela Bravo y Macías, en quien rindo una doble ofrenda de mi afecto á la cuna común de nuestra amada Ronda y al talento sobresaliente de la poetisa.

Por último, no he de olvidar en estas expresiones de mi reconocimiento otra vez al señor D. Marcelino Menéndez Pelayo y al señor Don Justo Zaragoza, que me han facilitado sus libros y colecciones poéticas americanas para esta parte de la *Rosa;* al siempre dadivosísimo Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, y á los no menos generosos Sres. Frey, D. Francisco R. de Uhagón y D. José Sancho Rayón, que me han proporcionado autógrafos ó manuscritos inéditos y preciosos de nuestra dorada antigüedad literaria; al Sr. D. Manuel Calvo y Marcos, Bibliotecario del Congreso de los Diputados, y á los Sres. D. José Rújula y D. Francisco Suá-

rez Bravo, Oficiales del Cuerpo técnico de Archiveros Bibliotecarios de servicio en la Biblioteca Nacional de Madrid, que con una solicitud y un celo digno de todo encomio y de los testimonios de mi agradecimiento, me han auxiliado en la investigación prolija de tantas ediciones raras y príncipes de nuestros grandes y pequeños ingenios. Con estos auxilios me es permitido presentar un cuadro de poetas nuevos ó inéditos de los siglos XVI y XVII, de que forman parte la Condesa de Altamira, Doña Isabel de Castro y Andrade; el Abad de San Millán de Burgos, Fr. Antonio de Maluenda; el P. Valentín de Céspedes, de la Compañía de Jesús; el Marqués de Palacios, D. Martín de Ledesma y Guzmán, Mayordomo de Felipe IV; Doña Antonia de Mendoza (la divina *Antandra*), dama de la Reina Doña Isabel de Borbón y después Condesa de Benavente; el poeta de Loja D. José de Cobaleda y Aguilar, y el de Córdoba D. José Pérez de Rivas Tafur. Este cuadro adquiere mayor realce si se considera que con la propia estimación he reunido también poesías inéditas á la *Rosa* de Jorge de Montemayor, D. Eugenio Salazar de Alarcón, Andrés Martín de Pineda, Pedro Láinez, Fernando de Herrera y Baltasar del Alcázar, todos del siglo XVI; del Conde de Villamediana, Baltasar Elisio de Medinilla, D. Francisco de Quevedo y Villegas, Conde

de la Roca, Jerónimo de Barrionuevo y Peralta y D. García de Porres, del XVII, y del XVIII de D. Nicolás Fernández de Moratín y del Padre Maestro Jerónimo Pérez.

Si con el número y calidad de las obras que presento y con tan eficaz y bondadosa colaboración he logrado desempeñar el objeto que me propuse al emprender mi *Manojo de Rosas de la poesía castellana* de una manera que corresponda al prestigio de tan vasta y acreditada literatura y al respeto del público, cuyo favor solicito, éste será uno de los trabajos que más satisfagan las humildes aspiraciones de mi obscura vida literaria.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

MADRID 18 de octubre de 1889.



MANOJO DE ROSAS

SIGLO XVI



GARCILASO DE LA VEGA.

Garcilaso de la Vega *(Salicio), Príncipe de la poesía castellana,* nació en Toledo en 1503. Fué paje del Emperador Carlos V; contino de la Casa Real de Castilla; soldado durante la revolución de los Comuneros en defensa de los derechos del Rey, y después en la guerra de Navarra; gentilhombre de la Cámara; cortesano, militar y diplomático en los negocios de Italia, Alemania y Francia, con lo que desde su niñez pasó toda la vida entre los asuntos de Estado, en expediciones lejanas y en el fragor de los campamentos. Aun así tuvo vagar para profesar con fe la poesía; tomó del rico raudal, que en Italia venía en florecimiento creciente desde los tiempos de Dante, las formas métricas, é inició en España el siglo de su verdadera y propia literatura. Garcilaso escribió sonetos, canciones y églogas, y después de rendir el culto de la galantería y del amor á las inspiraciones del fuego juvenil, murió lidiando heróicamente por el honor de las armas de su patria en el asalto de la Torre de Muey, cerca de Frejus, en 1548. «Es el estilo de Garcilaso inafectado, habla con agudeza y elegancia, dispone con arte y con juicio y con grande copia y gravedad de palabra y conceptos. Está lleno de lumbre y ornato poético, donde lo piden el lugar y la materia. Los versos no son revueltos ni forzados.» (Herrera.) «La égloga primera es la mejor composición que hay en este género en castellano, y Herrera no encuentra en Italia otra con qué poder compararla.» (Navarrete.) Las *Obras* de Garcilaso se publicaron en Barcelona con

las de Boscán en 1543; en 1577 las anotó el Brocense; en 1580 Herrera, y en 1622 Tamayo de Vargas. El soneto copiado se puso en música por Francisco Guerrero: *Libro de tiple, canciones y villanescas espirituales.* (Venecia, por Yago Vincensis, 1589, fol. 4.)

CADUCIDAD DE LA HERMOSURA.

SONETO.

En tanto que de rosa y azucena
Se muestra la color en vuestro gesto,
Y que vuestro mirar, ardiente, honesto,
Con clara luz la tempestad serena;
Y en tanto que el cabello que en la vena
Del oro se escogió con vuelo presto,
Por el hermoso cuello blanco, honesto,
El viento mueve, esparce y desordena;
Coged de vuestra alegre primavera
El dulce fruto antes que el tiempo airado
Cubra de nieve la onerosa cumbre;
¡Marchitará la rosa el viento helado!
¡Todo lo mudará la edad ligera,
Por no hacer mudanza en su costumbre!

Obras del excelente poeta Garcilaso de la Vega, *con anotaciones y enmiendas del maestro Francisco Sánchez, catedrático de Retórica en Salamanca:* Salamanca, por Pedro Laso, 1577. Soneto XXIII, fol. 20.





LUIS DE CAMÖENS.

Luis de Camöens, *Príncipe de la poesía en España*, nació en Lisboa en 1524 y estudió en Coimbra. Cultivó la poesía desde muy niño; pero nada publicó hasta volver de la India, para donde se embarcó en marzo de 1553 en la armada de Fernando Alvarez Cabral. Sirvió como soldado hasta 1569, en que regresó á la Península, restituyéndose á Lisboa en 1570. En esta ciudad murió el 10 de junio de 1580. Solamente una de sus obras vió impresa en vida: *Os Lusiadas* (Lisboa, por Antonio Goçalvez, 1572). En 1587 (Lisboa, por André Lobato) se publicó la *Primeira parte dos Autos e comedias portuguezas por Antonio Prestes é por Luis de Camöens é por outros auctores portuguezes,* y en 1595 (Lisboa, por Manoel de Lyra) las *Rythmas de Lois de Camöens, divididas em cinco partes. Os Lusiadas* han sido traducidos en versos castellanos en 1580 (Alcalá de Henares) por Benito Caldera; en el mismo año (Salamanca) por Luis Gómez de Tapia: en 1591 (Madrid) por Enrique Garcés, natural de Oporto; en 1818 (Madrid) por D. Lamberto Gil, y en 1872 por D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste, Director de la Real Academia Española. Un crítico ilustre alemán de nuestro siglo así sintetiza su juicio acerca de Camöens: «Resume en si toda una literatura entera.» (Schlegel.) Desde el siglo XIII al XV la literatura portuguesa formó simplemente una rama de la poesía nacional peninsular. Al comenzar el XVI, todavía ni el habla ni la poesía portuguesa se habían individualizado, y los poetas portugueses escribían indistintamente en uno y otro idioma, prefiriendo como más clásico el caste-

llano. Desde la unión de Portugal á España por Felipe II, nuestra lengua preponderó en Portugal sobre la propia, y asi continuó sucediendo hasta casi mediados del siglo XVIII. Desde entonces, no desde los tiempos de Camöens, tomó aquélla el carácter que en la actualidad conserva y que la constituye en literatura nacional.

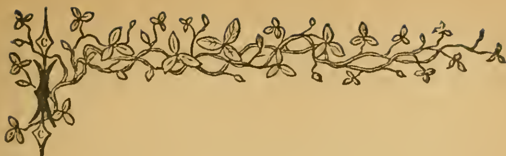
JUICIO DE PARIS.

SONETO TRADUCIDO.

En jardín adornado de verdura,
Que en profusión esmaltan varias flores,
Entró con Venus, sol de los amores,
La diosa de la caza y la espesura.
Una rosa Diana se procura;
La otra un lirio de cárdenos colores,
Y olvidada quedó con sus primores
La violeta de tímida hermosura.
Preguntóse á Cupido, que allí estaba,
Cuál de las tres ansioso escogería
Por más suave y pura y más hermosa.
Dijo el rapaz, y requirió su aljaba:
—Todas hermosas son; mas yo querría
La violeta, no el lirio ni aun la rosa.

Rimas de LUIS DE CAMÖENS: Lisboa, por Pedro Crasbeeck, 1607. Soneto XIII, fol. 4.





GEORGE DE MONTEMAYOR.

El excelentísimo poeta George de Montemayor *(Sereno)* nació de 1520 á 1525 en el lugar de que tomó el apellido, á cuatro leguas de Coimbra. Desde muy niño profesó la poesía y la música y fué cantor de la capilla de la Infanta Doña María, hija del Rey D. Juan III de Portugal. Vino á España en la servidumbre de esta señora, cuando se casó con el Príncipe Don Felipe (II), heredero de la corona, y naturalizándose Montemayor en nuestro suelo, como á la sazón lo estaba Feliciano de Silva y poco después lo estuvo Gregorio Silvestre, quedó de cantor en la capilla de palacio y se apresuró á tomar puesto, con sus *villancicos* y *glosas,* en la brillante falanje literaria que á la sazón se despertaba en España. La Princesa Doña María murió en edad muy temprana, y Montemayor consagró entonces la más antigua de sus composiciones que se halla impresa (Reservado de la Biblioteca Nacional de Lisboa) á llorar su muerte, enviando su *Glosa de diez coplas* al Monarca portugués. Después, habiendo acompañado á Felipe II en su viaje á Flandes é Inglaterra, sirvió algún tiempo en nuestras armas, en las que hizo amistad con Gutierre de Cetina. En esta época escribió su *Diana,* que, remitida á España, se publicó en Cuenca en 1561. Tal vez el poeta no vió impresa su obra, pues hallándose el mismo año en el Piamonte, «envidia, Marte y Venus» le privaron violentamente de la vida el 26 de febrero. Un año después, en 1562, se estampó en Zaragoza su *Cancionero;* pero en 1579 se hizo de este último libro otra

edición muy aumentada en Coimbra. Lloraron la muerte de Montemayor en sendos sonetos Francisco Marcos Dorantes y Diego Ramírez Pagán, en Castilla; en Valencia, Jerónimo Sampere, y en Portugal, Diego Ramírez Monteiro. Fué Montemayor uno de los últimos sostenedores de la métrica tradicional castellana, aunque no dejó de escribir en metros toscanos, como lo demuestran los sonetos laudatorios con que ilustró la *Crónica del Gran Capitán*, de Hernando del Pulgar (1550); la *Rissa y planto de Demócrito y Heráclito*, que Alonso de Lobera, capellán del Rey, tradujo del italiano en 1554 (Valladolid, por Sebastián Martínez), y la edición castellana de las *Obras del poeta Mosén Ausias March* (Valladolid, por Sebastián Martinez, 1555), que publicó otro capellán de S. M. llamado Juan de Resa. Aunque de su *Diana* se han hecho muchas ediciones, constantemente ha aparecido este libro en los *Índices de los prohibidos*, así en España como en Portugal. En el reino vecino fué el primero en prohibirlo, en 1581, el Inquisidor general D. Jorge de Almeida. En España ha estado incluído en los *Indices expurgatorios* hasta 1790. Á pesar de que Montemayor no escribió más que en castellano, el P. Antonio Pereira de Figueireido consignó su nombre entre las autoridades del lenguaje en Portugal, en el tomo IV, pág. 25 de las *Memorias de la Real Academia de Lisboa*.

ROSA MÍSTICA.

VILLANCICO INÉDITO.

Al yelo nasçe la rosa:
Ved q̄ calor ay en ella,
Q̄ al yelo nasçe mas bella.

GLOSA.

Nasçió la flor de Jesé
De aquella vara florida
Qel sumo aron, rei de vida,
Y al yelo nascida fué;
Mas aunq̄ al yelo esté,
Ay tanto calor en ella,
Q̄ al yelo nasçe mas bella.
No impide el frio á la rosa;
Antes saca mas calor;
Que las lágrimas de amor
Saca del alma amorosa:
Llora así la flor preçiosa
De amor q̄ arde tanto en ella,
Q̄ al yelo nasçe mas bella.

Bibl. Nac., MSS., *M*-190, fol. 39, col. j. (Es un *Cancionero*, la mayor parte inédito y casi ya ilegible, de Montemayor, Boscán, Silvestre, etc.)





ESTEBAN DE ZAFRA.

Esteban de Zafra fué un poeta popular del siglo xvi, de quien no nos quedan más noticias biográficas ni bibliográficas que los *Villancicos* de que se ha tomado el que encabeza esta página. El pliego que los contiene, y que procedente de la selecta *Biblioteca de Bölh de Faber* pertenece ahora á la Nacional de Madrid, sólo consta de ocho piezas distintas, todas para cantar al son de los tonos populares más en boga en la última mitad del siglo de Felipe II; pero no todas son místicas y tan delicadas como el villancico octavo, que hemos titulado *El rosal de María.* ¿Era Zafra el verdadero apellido del poeta, ó estaba añadido al nombre para indicar la naturaleza del autor? Difícilmente se aclarará nunca este particular: mi opinión es que Esteban de Zafra era oriundo de aquella villa de Extremadura.

EL ROSAL DE MARÍA.

VILLANCICO.

Bajo de la peña nace
La rosa que no quema el aire.
Bajo de un pobre portal
Está un divino rosal,
Y una reina angelical
De muy gracioso donaire;

Esta reina tan hermosa
Ha producido una rosa
Tan colorada y hermosa,
Cual nunca la ha visto naide;
Rosa blanca y colorada,
Rosa bendita y sagrada,
Rosa por la que es quitada
La culpa del primer padre.
Es el rosal que decía:
La Virgen Santa María:
La rosa que producía
Es su Hijo, Esposo y Padre.
Es rosa de salvación
Para nuestra redención,
Para curar la lesión
De nuestra primera madre.
Bajo de la peña nace
La rosa que no quema el aire.

Villancicos para cantar en la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, hechos por Esteban de Zafra: Toledo, por Juan Ruyz, 1595. —Canción que dice: *Bajo de la peña nace*, 4.ª y última hoja; letra gótica.





EUGENIO SALAZAR DE ALARCÓN.

D. EUGENIO SALAZAR DE ALARCÓN *(Eugonio)*, patriarca de la poesía castellana en Méjico, nació en Madrid hacia 1530. Hizo sus estudios en Alcalá y Salamanca, y en la Universidad de Sigüenza tomó el grado de licenciado en derecho. Luego que casó en 1557 con Doña Catalina Carrillo, dama principal y hermosa, pretendió destinos públicos, habiendo sido corregidor en Galicia, gobernador en Canarias, oidor en Santo Domingo, fiscal de audiencia en la de Guatemala y en Méjico oidor y consejero de S. M. Por donde quiera que fué llevó el culto de la poesía. En Guatemala, en 1580, él fué el encargado de los jeroglíficos y versos que se pusieron en el catafalco para las honras de la Reina Doña Ana de Austria. En Méjico, donde estuvo de 1581 á 1599, se le confió la misma comisión con motivo de la muerte de Felipe II. En la Península sostuvo siempre íntimas relaciones literarias con Pedro Barrantes Maldonado, á quien dió un soneto para su *Diálogo sobre el saco de Gibraltar por los turcos* (1566), con Fernando de Herrera y otros poetas ilustres. En Guatemala fué el alma de la Academia á que concurría el deán de aquella catedral, D. Pedro de Liébana. En la isla de Santo Domingo correspondíase en verso con Doña Clara de Ovando, profesa en el monasterio de Regina, y en Méjico convirtió en otra Academia el palacio del virrey, D. Alonso Manrique de Zúñiga, Marqués de Villamanrique. Sus poesías se hallan aún inéditas con el nombre de *Primera parte de la silva en que están las obras que Eugenio de Salazar hizo á con-*

templación de su mujer Doña Catalina Carrillo. Escribió también la *Navegación del alma,* poema moral que dedicó al Rey Felipe III y que tampoco se ha impreso. Murió en Madrid en 1603. D. Joaquín García Icazbalceta *(Bibliografía mexicana del siglo* XVI, primera parte: México, por Díaz de León, 1886, página 246) dice que Salazar de Alarcón tenía preparada la *Silva de sus obras* para publicarla en aquella ciudad: no obstante, en la *Advertencia* autógrafa que el poeta adicionó al principio del precioso manuscrito, sólo dió á sus hijos las instrucciones sobre la forma en que se había de ejecutar la edición, pero sin marcarles el punto en que habían de hacerla.

VIDRIO DE ROSAS.

SONETO INÉDITO.

¡Oh lozanico vaso vidrïoso!
¡Oh agua clara, fresca, dulce y pura!
¡Oh rosas delicadas, en quien dura
Un sér suave, lindo y oloroso!
El claro cielo empíreo, glorïoso,
¡Oh limpio vidrio! en tí se me figura,
Y en esa tu agua dulce, la dulzura
Que hinche aquel lugar tan deleitoso.
Las coloradas rosas, que en tí veo,
Las glorïosas almas representan
Que gozan del bien sumo y alegría.
Divinas esperanzas me sustentan:
Padre del cielo, ¡cumple mi deseo!
¡Que sëa rosa tal el alma mía!

Silva de varia poesía, por Eugenio de Salazar, vecino y natural de Madrid. MSS. inéditos. Biblioteca de la Real Academia de la Historia, est. 25, gr. 3.ª, *C*-56, fol. 421.



PEDRO LÁINEZ.

Pedro Láinez *(Tirsi)* debió nacer en Alcalá de Henares de 1545 á 1550. Aunque considerado como uno de los poetas más esclarecidos de la escuela toledana en el siglo xvi, no habiéndose publicado ninguna obra suya, no han quedado tampoco más noticias de su vida que las de mera referencia. En una de sus églogas inéditas, él mismo se llama «pastor del más famoso río que da tributo al Tajo.» En cuanto á los versos laudatorios, prólogos y censuras que, con su nombre, se hallan en algunas obras de sus amigos y contemporáneos, llevan las fechas de 1578 á 1585, en cuyo año ó en el siguiente de 86 debió morir en Madrid. En las *Obras de música de tecla, arpa y vihuela* de Antonio de Cabezón, impresas en Madrid en 1578, se halla un soneto de Láinez entre varias composiciones de Calvete de Estrella, Juan de Vergara y Alonso de Morales. En 1580 se publicó un prólogo suyo escrito para *Los Luisïadas* de Luis de Camöens, que en dicho año, y traducidos en verso castellano, dió á la prensa en Alcalá Benito Caldera. También dió soneto encomiástico para esta obra con el licenciado Garay, Gálvez de Montalvo y el maestro Vergara, así como para *El Tesoro de poesía* de Pedro de Padilla, cuya edición lleva la misma fecha. Al año siguiente aprobó por mandato del Consejo las *Églogas pastoriles,* segunda parte de las obras de Padilla, aunque no vieron la luz hasta 1582, y en 1585, con el Dr. Campuzano, López Maldonado, Miguel de Cervantes y Lope de Vega, contribuyó al «manojo de poesías» en loor de San Francisco, que el mismo Padilla incluyó en su *Jardín espiritual.* Es notable, sin embargo, que al año siguiente, en 1586, aparecie-

ra el *Cancionero* de López Maldonado en Salamanca, con versos de Espinel, Iranzo, Liñán, Padilla, Cervantes, Vergara, Vargas Manrique y otros, y no los hubiera de Láinez; y como ya no aparecen más en ninguna otra obra, debe suponerse que el poeta murió ó á fines de 1585 ó á principios de 1586. Lope de Vega dejó consignado que «conoció en sus postreros años á D. Pedro de Mendoza (ayo del Duque de Alba), á Pedro Láinez y á Marco Antonio de la Vega;» y en efecto, Lope apareció á la vida literaria en 1585. Las poesías de Pedro Láinez se hallan inéditas en la Biblioteca Nacional de París (N. 598, Esp. 314). En la de Madrid se encuentran algunas sueltas en los *Cancioneros manuscritos* de su tiempo. Vicente Espinel, en las *Rimas* (1591), le dedicó una de sus *Canciones*.

MIEL DE ROSAS.

SONETO INÉDITO.

Quien ve las blancas y purpúreas rosas
De mano virginal recién cogidas,
Que con divinos sellos recogidas
Guirnaldas bellas hacen y olorosas;
Quien gusta de las aves más preciosas
Las tiernas pechuguillas convertidas
En líquidos manjares y comidas
Suaves, odoríferas, sabrosas;
Verá aquí en vos panales destilando
La rubia miel de la amarilla cera,
Ó lo que al gusto y vista más provoca:
Pues tal es de mi vida el rostro, cuando
Mi vista de la suya reverbera
Y bebe las palabras de su boca.

Poesías de una academia del siglo XVI: (Bibl. Nac., sala de MSS., M-381, fol. 141 vuelto.)



ANDRÉS MARTÍN DE PINEDA.

Andrés Martín de Pineda. No se tienen noticias literarias de este ingenio, ni se sabe de dónde fué natural: sólo que floreció en el segundo tercio del siglo xvi. Es de presumir fuera valenciano y se hallase en 1554 sirviendo en el ejército de Flandes, no sólo por el lugar de la impresión del libro de la *Caballería celestial del Pie de la Rosa*, donde su soneto se encuentra, sino por la naturaleza del Mecenas de Jerónimo Sampere y la de los poetas á quienes se asocia.

ROSA INTACTA.

SONETO.

No rompas de su tallo la alba rosa:
Trátala blandamente con las manos:
Primores hay en ella soberanos,
Y al mundo hoy nace fresca y olorosa.
Huele, contempla y gusta, si es graciosa,
Antes de hacer estragos inhumanos;
Tratar humanidad con los humanos
Parte será de casta generosa.

Hoy se te da la rosa de su grado:
Venido es ya su mayo, ya su año:
Huélela sin dejarle tu veneno.
No seas cual Adán con lo vedado:
Que el fruto se quedó sin mal ni daño,
Y Adán en lo gustar perdió lo bueno.

Libro de | Caualleria Ce | lestial del Pié de la Rosa fragante, dedicado al ilustrissi | mo y reuerendissimo señor dõ Pedro | Luys Galcerã de Borja, maestre | de la orden y Caualleria de nues | tra Señora de Montesa y | de San George. Va compuesto por Hieronymo | Sanpedro (Sampere).—(Escudete de las cigüeñas.)—En Anvers, en casa de Martin Nucio | MDLIIII | Con previlegio Imperial.—Primer soneto laudatorio en los preliminares, con otros de Pedro Castellanos, Juan Jerónimo Aunes y Fr. Cosme Violagua.—s. f.





BERNARDO GONZÁLEZ DE BOBADILLA.

Bernardo González de Bobadilla fué natural de la Gran Canaria, de donde muy joven vino á estudiar á Salamanca, debiendo haber nacido de 1563 á 1565. «Apenas había dejado el estudio primero de la latina lengua,» dice él mismo, cuando ya estaba entretenido en el cuidado de su libro *Las Ninfas y Pastores de Henares*, que, siendo todavía estudiante y bajo la protección del licenciado Guardiola, del Consejo de S. M., publicó en Alcalá de Henares en 1587. En el prólogo dejó advertido que él no conocía á Alcalá ni sus términos, «que jamás vieron mis ojos;» pero localizó en las márgenes del Henares la acción de su novela pastoril por la seducción que le había causado el relato que de aquella tierra y sus costumbres había oído hacer á un compañero suyo, natural de la antigua Compluto. Su novela la elogiaron algunos poetas obscuros, como D. Ximén Faxardo y Melchor López de Contreras, y otro poeta anónimo llegó á declarar su propia emulación, en verle

En tiernos años fruto sazonado,
En la primera edad seso maduro,
En pocos días arribar seguro
Á la cumbre del monte consagrado.

En *Las Ninfas y Pastores de Henares* encontró Gallardo que «los versos son mejores que la prosa, pues generalmente son sabrosos, fáciles y dulces.» Es Bobadilla el más antiguo de los poetas castellanos en África.

EL PERFUME DE LAS ROSAS.

SONETO.

Cuando Favonio en el jardín espira
Y hace bullir las rosas y las flores,
Por mí, que estoy rendido á mis amores,
Un dulce olor suavísimo traspira.
Luego siguen á la templada lira;
Mi ánima se llena de dulzores,
Y entre los cantos y entre los olores
Mi corazón dulcísimo suspira.
Afectos hago blandos y amorosos,
Y hasta mis dichos son algo afectados:
Mis ojos se revuelven más piadosos;
Parece que están siempre embelesados
En mirar á los campos deleitosos,
Y están en mi serena luz fijados.

Primera parte de las ninphas y pastores de Henares, compuesto por Bernardo González de Bobadilla, natural de la Gran Canaria y estudiante de la Universidad de Salamanca: Alcalá de Henares, por Juan Gracián, 1587, fol. 83 vuelto.





FERNANDO DE HERRERA.

Fernando de Herrera, *el Divino,* nació en Sevilla en 1534 y murió en su misma patria en 1597, de sesenta y tres años. Con el maestro Juan de Malara fué en aquella ciudad el fundador de la escuela más clásica y artística de nuestra literatura, con que corrigió las libertades introducidas por la que fundó Garcilaso. El numen de esta escuela fué Horacio; su culto la forma y la elección y riqueza del lenguaje. En 1572 publicó Herrera su magnífica oda á D. Juan de Austria, *Por la victoria de Lepanto,* y aquella composición fué el suceso más grande que hasta entonces alcanzó la nueva poesía reformada. Con todo, al reproducirla el poeta en 1582 en el fascículo de sus versos que dedicó al Marqués de Tarifa, D. Fernando Enríquez de Ribera, la corrigió notablemente. Comentando las *Obras de Garcilaso* (1580) estableció los cánones permanentes de la poética castellana; pero suscitó en Toledo, Salamanca y Valladolid grandes controversias, en que se manejó hasta la sátira nada menos que por el Condestable de Castilla, que, bajo el pseudónimo de *Prete Jacopín,* salió en defensa del vate toledano. Las poesías completas de Herrera no se publicaron hasta 1619, bajo el patrocinio de D. Gaspar de Guzmán, que fué después gran valido de Felipe IV con el título de Conde-Duque de Olivares. «Á nadie me parece haré agravio si después de Garcilaso pusiera á Hernando de Herrera, pues si su modestia no lo rehusare, no sé si deberíamos dalle el primero» (Francisco de Medina). «Nunca se me aparta de los ojos Fernando de Herrera,

por tantas causas *divino:* sus sonetos y canciones son el más verdadero arte de poesía» (Lope de Vega). «Verdaderamente fué el primero que dió á nuestros números en el lenguaje arte y grandeza. Nada de lo que escribió deja de ser muy lleno de arte; pero nunca lo ejecutó con tan poca prudencia que no la ocultase con destreza. En las canciones es comparable á todos los mayores poetas de España é Italia; en las elegías á cuantos las han escrito» (Rioja).

PENAS IGUALES.

SONETO.

Lánguida flor de Venus, que, escondida
Yaces, y en triste sombra y tenebrosa
Verte impiden la faz de sol hermosa
Hojas y espinas de que estás ceñida,
Y ellas el puro lustre y la vistosa
Púrpura, en que apuntar te ví teñida,
Te arrebatan, y á par la dulce vida
Del verdor que descubre, ardiente rosa;
Igual es, mustia flor, tu mal al mío:
Que si nieve tu frente descolora,
Por no sentir el vivo rayo ardiente;
Á mí en profunda obscuridad y frío
Hielo también de muerte me colora:
¡La ausencia de mi Luz resplandeciente!

Bibl. Nac., MSS., *M*-82, fols. 217 y 218.—N. B. Este *Soneto* ha sido atribuído á Rioja, así en este códice como en el que se titula *Cisnes del Betis*, y hoy posee la Bibl. Nac. procedente de la del Duque de Osuna (*JJ*-58, provisional, suplemento, fol. 63). De aquí el error de D. Cayetano Alberto de la Barrera en la publicación de las obras de Rioja; pero no hay más que fijarse en la estructura de él y en el nombre poético del último verso para conocer perfectamente quién es su verdadero autor.

ROSAS INSENSIBLES.

SONETO INÉDITO.

Rosas de nieve y púrpura vestidas;
Coral rojo en marfil resplandeciente;
Estrellas que ilustráis la pura frente;
En oro fino hebras esparcidas;
Pues mi dolor y penas encendidas
El duro pecho vuestro no consiente,
Ó sois de humana suerte diferente,
Ó estáis en blanca piedra convertidas.
Y aunque ensalzado está en divina alteza,
Premio de vuestra eterna hermosura,
Por vos está obligado á más terneza.
Si no seréis de Cypro la figura,
Que en la perdida muestra de belleza
Encubría la piedra ingrata y dura.

Cisnes del Betis: poesías de D. Juan de Arguijo, Francisco de Rioja y Fernando de Herrera, que no han sido impresas.—Bibl. Nacional, sala de MSS.—Manuscritos de la biblioteca del Duque de Osuna. Sign. provisional: *Jj*-58, suplemento.





BALTASAR DEL ALCÁZAR.

Baltasar del Alcázar nació en Sevilla hacia 1530. Militó, siendo joven, en la armada al mando de D. Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz; después sirvió al segundo Duque de Alcalá, D. Fernando Enríquez de Ribera, en Jaén y Ronda, y por último en la villa de los Molares, donde residió cerca de veinte años. Poseia la música y era consumado en la poesía cultamente humorística. Comunicaba sus versos con Gutierre de Cetina antes de que éste se ausentara á Méjico, donde falleció, y los cantaba con el célebre maestro de cuerda y tecla Francisco Guerrero. Alcázar murió el 16 de enero de 1606. La mayor parte de sus versos naufragaron con su muerte, á pesar de que Pacheco puso el mayor cuidado para que se salvasen. «Las cosas que hizo este ilustre varón viven por mi solicitud y diligencia, porque siempre que le visitaba escribia algo de lo que tenia guardado en el tesoro de su feliz memoria. La *Cena jocosa* es una de las más lindas cosas que compuso. En las coplas castellanas, antes ni después de él, ninguno le ha igualado.» (Pacheco.) «Los versos de Baltasar del Alcázar descubren tal gracia y sutileza, que no sólo se le juzgó superior á todos, sino entre todos singular.» (Jáuregui.) De los manuscritos que los contienen, uno pertenecía á la biblioteca del Duque de Osuna, y hoy á la Nacional de Madrid; otro, con poesías de Salinas y varios autores, al Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra, y otro fué adquirido há pocos años en Londres por el Excmo. Señor D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de

los Caballeros. En Sevilla (imprenta de Tarascó, 1878) se ha hecho una edición de algunas de estas composiciones inéditas, precedidas de la biografía del autor por Francisco Pacheco, el cual nos ha permitido conocer su retrato. En el tomo I, columnas 73 á 108 del *Ensayo de una Biblioteca de libros españoles raros y curiosos,* formado con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, también se han incluído 86 composiciones de Alcázar que no se habían publicado nunca.

LA ESPINA DE LA ROSA.

MADRIGAL.

En tanto que el hijuelo soberano
De Venus coge la silvestre rosa,
Una espina enojosa
Lastimó del rapaz la blanca mano.
Corrió llorando por el verde llano
Á su madre la diosa,
Y mostróle la mano lastimada.
Venus, muerta de risa y regocijo,
Limpiándole las lágrimas le dijo:
—No llores, que no es nada:
¡Mayor castigo hubiera merecido
Mano que tan cruel al mundo ha sido!

Obras poéticas inéditas del Dr. Juan de Salinas, de Baltasar del Alcázar y del Dr. Garay: MSS. del Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.





PEDRO DE PADILLA.

Pedro de Padilla, caballero del hábito de Santiago, nació en Linares (Jaén) en 1550. Hasta el bachillerato en artes hizo sus primeros estudios en la Universidad de Granada; después los completó en Salamanca. De Granada, donde tuvo amistad con los literatos más insignes, como Luis de Berrio, D. Diego Hurtado de Mendoza y D. Hernando de Acuña, salió con fama de «habilidad rara y única en decir de improviso, y á pocos inferior en escribir de pensado;» y desde Salamanca, por medio de Gregorio Silvestre, con quien se correspondía, comunicaba sus obras poéticas con Luis Barahona de Soto, Agustín de Tejada Páez y otros poetas de su edad. La primera de sus obras que vió impresa, en Toledo en 1572, fué el *Romance glosado de Don Manuel,* en pliego volante y letra gótica; después, en 1580, dió á la estampa el *Tesoro de poesías varias,* con versos laudatorios de Pedro Láinez, el maestro Juan de Vergara y López Maldonado, de que se hicieron nuevas ediciones, todas en Madrid, en 1587 y 1589. En 1582 salieron á luz sus *Églogas pastoriles;* en 1583 el *Romancero,* que aprobó el maestro Juan López de Hoyos y obtuvo un soneto de encomio de Miguel de Cervantes; en 1585, en que tomó el hábito de los Carmelitas calzados en su convento de Madrid, el *Jardín espiritual,* donde el Dr. Campuzano, Pedro Láinez, Cervantes, Luis Gálvez de Montalvo y otros poetas cantaron las glorias de San Francisco; finalmente, en 1587 dió el poema de las *Grandezas y excelencias de la Virgen,* á que volvieron á rendir sonetos de alaban-

za Cervantes y Pedro Liñán de Riaza. Desde su entrada en el convento hasta su muerte, ocurrida en 1595, Fr. Pedro de Padilla fué el aprobante obligado de gran número de libros, cuyos autores habían sido sus condiscípulos en las aulas de Granada y de Alcalá de Henares, sus camaradas en Italia y Flandes de 1573 á 1580 y sus compañeros en las academias poéticas de Madrid, Toledo, Valladolid, Salamanca y la literaria Alcalá; en 1586 aprobó el *Monserrate*, del capitán Cristóbal de Virués; en 1592 la *Flor de varios romances*, que publicó en Burgos el racionero de la catedral de Santander, Sebastián Vélez de Guevara. En 1590 tradujo del italiano la *Monarquía de Cristo*, que se publicó en Valladolid; pero *El cerco de Diu*, que lo acabó y fué aprobado por D. Alonso de Ercilla y Zúñiga en 1594, no se publicó hasta 1597, dos años después de su muerte.

LA DÁDIVA DE TUS FLORES.

REDONDILLAS.

Son de suerte los favores,
Señora, que soléis dar,
Que no hay con qué pagar,
Aunque no sean más que flores.
Porque es tanto mi contento,
Que de esta rosa y clavel
El alma hará un verjel
Para su entretenimiento,
Y en él poder recrearse
Con aquestas flores dos,
Que no hay ninguna que á vos
Pueda mejor compararse.

Y aunque cada cual le ofrece
Un regalo sin compás,
Al fin se entretendrá más
Con lo que más os parece.
Y ésta, señora, es la rosa,
Que lo blanco y lo encarnado
Lo formó, de vos prestado,
Para parecer hermosa.
Que aunque fué el clavel primero
Principio de mi remedio,
En esta rosa está el medio
Del dichoso fin que espero.
Pues no hay que temer desgracia
Con prendas de tal valor,
Y más teniendo favor
Vuestro, confirmado en gracia.
Y tal que de mi alegría
Es principal fundamento,
Porque en él un casamiento
Habéis hecho en profecía.
Pues, darme clavel y rosa,
Yo no puedo imaginar
Que pueda significar,
En ley de amor, otra cosa.
Y así renuevan las dos
El descanso de mi pecho,
Viendo entre ellas lo que ha hecho
Este corazón con vos.
Y teniendo este regalo,
Con que el gusto se entretenga,
No es posible que se tenga
Disgusto ni rato malo.

Porque la imaginación,
Cansada de tal memoria,
No puede dar sino gloria,
Sin mezcla de imperfección.
Y jamás desconfianza
Del bien que espero tendré,
Pues no es mucho que tal fe
Tenga tan gran esperanza.

Romancero de Pedro de Padilla: Madrid, por Francisco Sánchez, 1583, fol. 266.





LUIS DE RIBERA.

D. Luis de Ribera, como en sus *Sagradas poesías* simplemente se le llama, ó D. Juan Luis de Ribera, como le apellida el colector en Méjico (Gutierre de Cetina) de las *Flores de varia poesía* (MS. inédito), nació en Sevilla hacia 1530 ó 1532, siendo su padre Alonso de Ribera, natural de Úbeda, y Gobernador y Capitán general y Justicia mayor que fué algún tiempo en el reino de Chile. Padre é hijo sirvieron también en el Perú, y al último atribuye el P. Mtro. Fr. Antonio de la Calancha en su *Chrónica moralizada de la Orden de San Agustín en el Perú* (lib. j, cap. xviij) tales actos de energía en la ciudad de Chuquisaca, durante las revueltas que promovieron los Pizarros contra el Virrey Blasco Núñez de Vela, que por ellos mereció aquella población el título de leal que le otorgó el Rey Felipe II. Ni del resto de su vida ni de sus relaciones literarias han quedado á la posteridad documentos suficientes para hacer la ilación de su historia. Gutierre de Cetina, en 1577, no olvidó en Méjico á Luis de Ribera, de quien copió un soneto amoroso. Mas cuando después de haber éste *peregrinado* por todas las Indias, casi en edad decrépita remitió desde el Potosí (1.º de mayo de 1611) á su hermana Sor Constanza María de Ribera, monja profesa de la Concepción, para que se publicaran en Sevilla, sus *Sagradas poesías*, los 107 sonetos, seis canciones, seis elegías en tercetos y otros versos menores y traducciones de que constan, todos estaban inspirados en un espíritu místico, que revelaba al hombre que, además de creyente sincero, se sentía cerca del sepulcro. Lego en materias teológicas era

Luis de Ribera; pero el P. Mtro. Fr. Antonio Paravicino, censurando su libro, no pudo menos de decir: «En estos atrevimientos dichosos de una pluma lega, tendrán todas las de España ejemplo para no ocuparse sino en materias tan decentes, pues en las tales, mejor que en otras, se logran los ingenios.» Gallardo después ha añadido: Ribera es castizo y elegante escritor. Su dicción y estilo saben más al siglo XVI que al XVII. El gusto del autor es severo y clásico. Nada de oropel ni argentería: todo oro macizo. Gran pompa y boato poético. Luis de Ribera debe ser considerado como el patriarca de la poesía castellana en Chile y en el Perú.

ROSAS DE GLORIA.

SONETO

Á LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.

Rosas, brotad al tiempo que levanta
La cabeza triunfal del breve sueño
El sacro vencedor, trocado el ceño,
Y huella el mundo la divina planta;
El cisne entre las ondas dulce canta,
Y el campo, al aspirar olor risueño,
Al renovado fénix sobre el leño
Ve batirse las plumas, y se espanta.
Brotad, purpúreas rosas, y el aliento
Vuestro, mezclado de canela y nardo,
Bañe el semblante de carbunclos hecho:
Mueva el coro la voz y el instrumento;
El coro celestial, si más gallardo,
¿Puede ofrecerse á más heróico hecho?

(*Sagradas poesías de D. Luis de Ribera:* Sevilla, por Clemente Hidalgo, 1612.) Soneto XCI, pág. 185.



FRANCISCO PACHECO.

Francisco Pacheco nació en Sevilla en 1571. Es en nuestro Parnaso español la expresión más acabada del arte. Él mismo lo testifica á la cabeza de las redondillas que escribió en 1587, de diez y seis años de edad, en loor del P. Rodrigo Álvarez de Lebrija, de la Compañía de Jesús: «Hice estos versos juveniles, atendiendo, más que á la devoción, á la elegancia.» Ésta fué la norma suprema de su vida, que llevó á la galante y obsequiosa comunicación de sus amigos y gentes de ingenio y letras, á la poesía y á la historia que cultivó con merecido éxito, y á los lienzos, á los frescos, y aun á los simples dibujos de su lápiz. De la academia literaria que se reunía en su casa, no ha quedado á la posteridad más documento auténtico que la culta disputa entre el Duque de Alcalá, D. Fernando Afán de Ribera, y el Dr. Francisco de Rioja sobre el número de clavos que se emplearon para suspender á Cristo de la Cruz; de su profunda ciencia y buen gusto en su profesión, el libro ó *Arte de Pintura* que publicó en Sevilla en 1643, y de la fina magnificencia de su amistad el libro ó *Descripción de ilustres y memorables varones*, que comenzó en 1599 y prosiguió sin descanso hasta el momento que lo rindió en tributo de gratitud al aprecio fervoroso del Conde-Duque de Olivares. En 1619 hizo publicar las *Obras poéticas* de Fernando de Herrera, y en su *Arte de Pintura* nos dió á conocer lo poco que no se ha perdido del poema de *La Pintura* del racionero Pablo de Céspedes. Por él goza la posteridad los manuscritos que han que-

dado de las *Poesías* de Gutierre de Cetina y de Baltasar del Alcázar. ¡Sólo no cuidó nunca de coleccionar las suyas, aunque con sólo los versos laudatorios que escribió puede hacerse un volumen. Así con el pincel como con la pluma, levantó muchos nombres y no derribó ninguno.

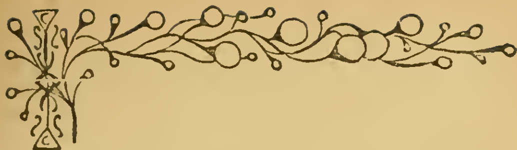
ROSA MÍSTICA.

SONETO Á LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN.

Cual fresca rosa en Jericó plantada
Que del alba libó en la luz dudosa
Preciadísimo aljófar, más gloriosa
Al fulgor de Satán se opone osada;
Y en verde rama al cielo levantada
El oro ostenta y púrpura hermosa,
Desparciendo fragancia deliciosa,
Reina de los pensiles aclamada:
Tal, pura Virgen, vos habéis triunfado
Del sañoso Luzbel, porque el rocío
De la gracia os previno en vuestra aurora;
Que en la alteza eternal que se os ha dado,
Nunca en su honor debió tener vacío
De Dios la Madre, á quien el orbe adora.

Apacible coloquio entre un congregado y un tomista tratando de la Concepción, por Francisco Pacheco: Sevilla, 1620.—En la *Revista de ciencias, literatura y artes de Sevilla*, tomo V, año 1859, se publicó este soneto atribuyéndolo á Francisco de Rioja, por constar así en un códice de la Biblioteca Colombina.





JUAN INFANTE DE OLIVARES.

D. Juan Infante de Olivares, noble ingenio de Sevilla, como le llama el pintor Francisco Pacheco, en su libro de *Descripción de retratos* (1599-24), no se sabe cuándo nació, ni se tienen otras noticias de él que las tres poesías suyas, que se hallan dos en el libro mencionado de Pacheco y una en otro del Doctor Benito Carlos Quintero, natural de Salamanca. El Dr. Juan Infante, del que Nicolás Antonio menciona una obra, es evidentemente de época muy anterior á la en que debió florecer nuestro poeta. La más antigua poesía de Infante de Olivares que se halla en el libro de Pacheco, es las seis octavas reales «por la muerte del insigne P. Fr. Juan de la Cruz, de la seráfica Orden de San Francisco, hijo de Sevilla y ornamento suyo,» que ocurrió en 1582. Infante de Olivares debía hallarse entonces en la edad juvenil, pudiéndose creer que naciera de 1557 á 1562. En 1588 murió Fr. Luis de Granada, y otra vez Infante de Olivares aparece poeta en el libro de Pacheco con el soneto que va al pie de estas líneas. El ignorado autor del *Panegírico por la poesía* (Montilla, por Manuel de Payón, 1627) cita al final del *Período décimo* (fol. 46) los versos que Carlos V hizo poner en la puerta de su celda en el monasterio de Yuste y que Infante de Olivares tradujo del latín del modo siguiente:

> Halló puerto la vida; arribó al puerto:
> ¡Adiós, fortuna! ¡Adiós, vana esperanza,
> Scila y Caribdis del humano daño!
> Para aquí todo, pues que lo más cierto
> Firmeza guarda sólo en su mudanza:
> ¡Engañad otros! ¡Basta ya de engaño!

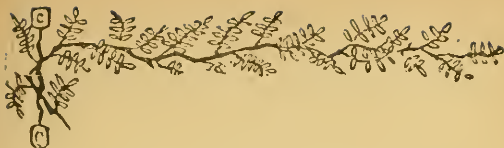
Por último, el mencionado ingenio de Salamanca, Benito Carlos Quintero, que debia ser casaestante de Sevilla, publicó en esta ciudad (imprenta de Luis Estupiñan) en 1629 el *Templo de la elocuencia castellana*, y entre sus versos laudatorios se encuentra otra *décima* de Infante de Olivares, que ya debía tener sobre sesenta y cinco años de edad. No tenemos otras noticias de este poeta sevillano, ni conocemos ninguna otra obra suya. Sólo sabemos que al publicar en Sevilla el magnífico caballero Pero Mejía su *Historia pontificia y cesárea* en 1564 (imprenta de Sebastián Trujillo), elogió esta obra en un epigrama latino Francisco Infante, presbítero, cuyo parentesco con el poeta que nos ocupa no es fácil de averiguar.

LAUREL ROSA.

SONETO AL RETRATO DE FR. LUIS DE GRANADA, HECHO POR FRANCISCO PACHECO.

Tú, que del lauro y siempre verde grama,
Cual triunfador de la ciudad gloriosa,
Entretejida de una y otra rosa
Ciñes la frente en dilatada fama;
Ilustre, pues, la floreciente rama
Del firme tronco, donde así reposa
Con la voz y la pluma, la olorosa
Materia, renaciendo de la llama.
Dos veces inmortal, dos veces miro
Ocuparse Pacheco en tus progresos,
Y esas mismas y más siempre te admiro.
Si maestro de todos, con excesos
De luz superïor en alto giro;
Si en esta efigie, en carne y duros huesos.

Libro de la descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones, por Francisco Pacheco: Sevilla, 1599.



BARTOLOMÉ JUAN LEONARDO

DE ARGENSOLA.

. Bartolomé Juan Leonardo de Argensola *(el Rector de Villahermosa)* nació en Barbastro en 1564. Estudió en Huesca, hasta el grado de Doctor, la Filosofía y la Jurisprudencia; en Zaragoza, bajo el magisterio de Andrés Scotto, la lengua griega y Humanidades, y la Teología y Cánones en Salamanca. Cuando no tenía más que catorce años y diez y seis su hermano Lupercio, escribieron éste unas estancias y aquél cuatro sonetos para las alabanzas que con otros insignes poetas y magnates pusieron en cabeza del poema de *Orlando determinado*, que en dicho año dió á luz D. Martín de Bolea y Castro (Lérida, por Miguel Prats). En 1579 repitieron el obsequio lírico con Fr. Martín de Torres, de la Orden de la Merced, que en Lérida también imprimió su libro *De divina y varia poesía;* así como Bartolomé, en 1591, para las *Rimas* de Vicente Espinel. En 1598 el mismo Bartolomé dió una valiente canción para las honras de Felipe II que se celebraron en Salamanca. Mientras vivió Lupercio, la vida de Bartolomé fué enteramente paralela con la suya; de modo que cuando el primero ocupó la secretaría del Conde de Ribagorza, D. Hernando de Aragón, después Duque de Villahermosa, el segundo fué Rector de la parroquia de la villa titulada; cuando el uno fué Secretario de la Emperatriz Doña María de Austria, el otro su capellán, y juntos en 1610 acompañaron á Nápoles al Conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro, cuando de la presidencia de Indias se le trasladó á aquel Virreinato. En 1613 mu-

rió Lupercio en Italia, y en 1615 sustituyó en Bartolomé la Diputación de Zaragoza el cargo de *Cronista general de Aragón* que aquél ejercía, al mismo tiempo que hallándose en Roma Paulo V, apreciador de su ingenio, le daba una canongía en la catedral de la Seo. Bartolomé Leonardo de Argensola fué poeta, orador é historiador, aunque no dejó impresas más obras que la *Historia de las Molucas* (1610) y un tomo de *Anales de Aragón*, á los que sirvieron de prólogo la *Historia de las alteraciones de Aragón* (1597) que se han sucedido. Murió en 1630 de setenta y siete años, y en 1634 se publicó en Zaragoza un tomo de las *Obras poéticas* de los dos hermanos.

EL ROSAL DE LA HERMOSURA.

SONETO.

Cloris, este rosal, que, libre ó rudo,
Del arte huyó al favor de la floresta,
Su arrogancia selvática depuesta,
Vecinas flores le verán desnudo.
Nota esta rosa que aun ahora pudo
Abrir el paso á su niñez modesta;
¡Para cuán breves términos apresta
La grana que libró del verde ñudo!
Vive su planta los estivos meses;
Mas el honor de los estivos senos
¡Mísera edad! la madurez de un día.
Pues si lo raro, oh Cloris, dura menos;
La pompa de tu abril, ¿por qué confía
Que ha de reinar con hados más corteses?

Bibl. Nac., MSS., *M*-305, fol. 22.—(*Las rimas que se han podido recoger de Lupercio y del Dr. Bartolomé Leonardo de Argensola:* Zaragoza, en el Hospital Real, 1634)—Pág. 336.



LA CONDESA DE ALTAMIRA.

Doña Isabel de Castro y Andrade, Condesa de Altamira, fué hija segunda de D. Fernando Ruiz de Castro, hijo primogénito de D. Dionís de Portugal, cuarto Conde de Lemos y primer Marqués de Sarriá. Nació hacia 1576 en Puentedeume ó Monforte. Sus aficiones literarias completaron el lujo de su belleza física, pues desde muy joven, casi niña, escribió versos admirables así en castellano como en su dialecto gallego. Casó con D. Rodrigo de Moscoso Osorio, cuarto Conde de Altamira, y formó en Madrid parte de la Academia literaria que en palacio presidía la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, la hija más amada del Rey Felipe II. Á esta Academia, de que en *El Pastor de Fílida* nos dejó curiosas y extensas noticias el celebrado ingenio de Luis Gálvez de Montalvo, pertenecieron las damas más ilustres de aquella suntuosa corte, siendo lástima que se hayan perdido casi por entero las poesías de aquellas blasonadas musas de España, de quienes las preocupaciones de su tiempo, contrarias á toda publicidad por las consideraciones del sexo, han devorado anónimo aquel tesoro de arte y de ingenio. De la Condesa de Altamira se conservan algunas composiciones, entre ellas el precioso soneto en dialecto gallego con que alabó á D. Alonso de Ercilla por su poema de la *Araucana*, y que este poeta publicó en la edición primera de las tres partes reunidas en 1597. El poeta Juan de Vadillo nos dejó trazado el bello retrato de la Condesa de Altamira en el siguiente discretísimo soneto:

Cabellos de oro que en divina altura
Sobre la nieve los esparce el viento;
Ojos en quien tal fuerza y poder siento
Que bastan á aclarar la noche obscura;
Risa que quita toda pena dura;
Boca do sale un tan supremo acento
Que basta á henchir mi alma de contento
Do está con el coral la perla pura.
La mano, el cuello, el pecho de alabastro;
La tierna voz, la sangre generosa;
La hermosura nunca imaginada;
En tí, Doña Isabel sola de Castro,
Se halla de tal suerte fabricada
Que toda eres suprema y más hermosa.

COMPETENCIA ENTRE LA ROSA Y EL SOL.

SONETO.

Púrpura ostenta, disimula nieve,
Entre malezas peregrina rosa,
Que mil afectos suspendió frondosa,
Que mil donaires ofendió por breve.
Madre de olores á quien ambas debe
Lisonjas, no por prenda de la diosa,
Mas porque á los aromas deliciosa
Lo más sutil de los alientos bebe,
En prevenir al sol tomó licencia:
Sintiólo él, que, desde un alto risco,
Sol de las flores halla que le incita:
Miróla al fin ardiente basilisco,
Y ofendido de tanta competencia,
Fulminando veneno, la marchita.

Bibl. Nac., MSS.—N. B. Este soneto fué publicado anónimo por Pedro de Espinosa en sus *Flores de poetas ilustres de España* (Va-

lladolid, por Luis Sánchez, 1605), y reproducido por Sebastián de Alvarado, *Heroida de Dido* (Burdeos, 1628).—Mas cuando hace más de quince años comencé á coleccionar el *Cancionero de Príncipes y Señores*, que en la actualidad publico en la *Revista contemporánea* bajo el título de *Los Príncipes de la poesía española*, en uno de los códices del estante letra *M*, de la sala de MSS. de la Biblioteca Nacional, hallé este soneto, juntamente con otros atribuídos á la Condesa de Altamira. En la copia que de estas poesías hice, ó no puntualicé la signatura ó la he extraviado. Recordando que el códice contenía otras composiciones de grandes poetas y poetas titulados del siglo XVI, creí poder hallaría de nuevo en alguno de los que marcan las signaturas *M*—190, 210, 223, 251, 257, 268, 307, 309, 322, 328, 341, 348, 375, 381 y otros; pero examinados hoja por hoja de nuevo no parecieron las de la Condesa de Altamira entre las de Montemayor, Castillejo, Feliciano de Silva, Boscán, Garcilaso, Mendoza, Cetina, D. Hierónimo de Urrea, D. Hernando de Acuña, Pedro de Padilla, Cairasco, D. Pedro de Guzmán, D. Sancho de Velasco, el divino Figueroa, Dámaso de Frías, el Conde de Monterrey, D. Diego de Zúñiga, Juan Fernández de Heredia, Fernando de Villegas, D. Juan y D. Diego de Herrera, Antonio de Soria, el Almirante de Castilla, el Maestre de Montesa, el Duque de Sesa, la Condesa de Andrada, D. Juan de Borja, Conde de Ficalho, el Conde de Elda, el Bachiller de la Torre, D. Pedro Puertocarrero, Don Diego de Carvajal, el maestro Acevedo, D. Lope de Salinas, Dueñas, Iranzo, Vadillo, Terradas, Liñán, Cervantes, Espinel, Vergara, Pedro Láinez, Covarrubias, Brahojos, D. Luis de Haro, Don Juan de Almeida, D. Juan de Almazán, Fr. Luis de León, Lizana, Martín Morales, D. Rodrigo Manrique y otra innumerable multitud de inéditos y aun desconocidos del siglo XVI. El extravío de una signatura es cosa fácil: recientemente he descubierto en la misma sala de MSS. de la Biblioteca Nacional las obras ignoradas de varios poetas de superior mérito, como el abad Antonio de Maluenda, el Marqués de Palacios, D. Martín de Ledesma y Guzmán, D. José de Cobaleda y Aguilar, Doña Juana de Arteaga, Doña Isabel de la Cueva y Silva y Doña Leonor y Doña Clara Catalina de Guzmán. Á no haber comunicado la signatura de los dos primeros al Jefe de aquella sección, el celoso y erudito D. Antonio Paz y Melia, jamás acaso hubiera vuelto á hallarlos, pues habiéndolas equivocado en mis apuntes, al tener que consultarlos de nuevo toqué con las dificultades de la equivocación, por fortuna resueltas por la

circunstancia referida. Algunos códices de los 450, pocos más, pocos menos, que guarda el estante *M*, han sido desglosados para sacar de ellos las comedias que contenían (*M*-102, 132, 151, 162, 163 y otros), quedando extinguidos los remanentes ó agregados á otros. ¿Pudieron estar en alguno de ellos las poesías de la Condesa de Altamira, cuando yo las copié?

Habiéndome significado mi antiguo y buen amigo el Sr. D. Mariano Pardo de Figueroa (*Doctor Thebussem*) que en Sevilla poseía el ilustrado Académico y actual historiador de Cristóbal Colón, Don José María Asensio, un ejemplar de las *Flores de poetas ilustres* con la declaración marginal manuscrita de los autores de las poesías que Pedro de Espinosa publicó anónimas ó como de autor incierto, procuré saber si en aquel raro libro se hallaba la confirmación de mi investigación frustrada. El Sr. Asensio tuvo la amabilidad de contestarme lo siguiente:

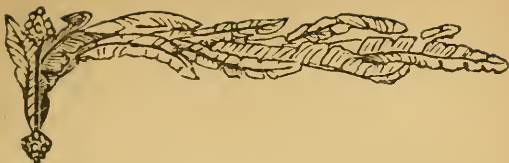
«Real Academia Sevillana de Buenas Letras.—*Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.*—Muy señor mío de toda mi consideración: Tengo una satisfacción verdadera en contestar á su favorecida; mas no tan cumplida como lo deseara, porque mi respuesta no ha de satisfacer del todo los deseos de V.—Poseo un ejemplar de las *Flores de poetas ilustres* en el que hay puestos *epígrafes manuscritos* á las composiciones que no lo tienen impreso, y de letra contemporánea que algunos juzgan del mismo Pedro Espinosa. Pero los epígrafes se relacionan siempre *con el objeto de la poesía:* no hay siquiera uno *que haga relación á los autores.*—Siento verdaderamente que mi noticia no pueda ser á V. útil; pero en otra ocasión seré más feliz, pues aquí me tiene á sus órdenes atento seguro servidor Q. B. S. M.—*José María Asensio.*—Sevilla, 2 Diciembre 1889.»

El Duque de T'Serclaes y su hermano el Marqués de Jerez de los Caballeros me informaron de que mi amigo desde los primeros años de la juventud, el excelente humanista y Catedrático D. Juan Quirós de los Ríos, poseía otro ejemplar de la *Antología* de Pedro Espinosa, con los nombres de que carece el del Sr. Asensio; pero conceptuando que la noticia no tenga mayor consistencia, me he abstenido de buscar un desengaño más. Cuando la Biblioteca Nacional disponga de medios de poder continuar la catalogación ya iniciada por el nunca bastante lamentado D. José Octavio de Toledo, no sólo de los nombres de los poetas, sino del primer verso de cada poesía, á fin de que puedan confrontarse bien las que son atribuídas á varios autores ó pasan por inéditas, teniendo padre cono-

cido, entonces á la Condesa de Altamira se le devolverá el honor de sus propias obras. Yo aquí lo sostengo, aunque para acreditarlo basta su lindo soneto en dialecto gallego, impreso en la edición de *La Araucana* de 1597, y el que en su elogio escribió Juan Vadillo.

Esta nota ilustrativa debe hallar dispensa en la benevolencia de mis lectores, por tratarse de una entidad tan nueva como importante en nuestro glorioso Parnaso Castellano.





HERNÁN GONZÁLEZ DE ESLAVA.

El P. Hernán González de Eslava *(el Divino)*, presbítero, es el primer poeta castellano que escribió en Méjico, de quien ha llegado hasta nosotros una colección de versos impresos en aquella capital. No se sabe cuándo nació ni dónde: sólo que fué presbítero secular. Eguiara dice acerca de él: «*Jam olim poetica laude ita Mexici excellebit, ut divini agnomen vatis eâ ætatê retulerit*.»—«Sospechas tengo, y nada más, de que Eslava era andaluz y tal vez de Sevilla: las fundo en la mención que hace del *Campo de Tablada* y en el uso de algunos provincialismos andaluces.» (Icazbalceta.) Sus versos pueden considerarse escritos de 1567 á 1599, es decir, en la época en que murió en Méjico el ilustre poeta sevillano Gutierre de Cetina, y en el que visitó también aquel imperio otro poeta de Sevilla, Juan de la Cueva de Garoza. Dos sonetos del P. Hernán-González de Eslava se hallan en el *Tratado breve de medicina* de Fr. Agustín Farfán, impreso en Méjico en 1579, y otros dos, hasta ahora inéditos, existen en las *Flores de varia poesía recopilada en Méjico en 1577*, y de cuya antología castellana fué, en mi sentir, compilador Gutierre de Cetina, pues no sólo fueron sus camaradas y amigos en Sevilla, en Valladolid y en Italia todos los treinta y un poetas que entran en tan preciosa colección, sino que de las 690 composiciones que constituyen la parte que se conserva, hay suyos sesenta y nueve sonetos, dos canciones, dos estancias, una elegía, un madrigal y tres poesías en octavas. De los demás poetas, los que tienen mayor número

de composiciones, muchas enteramente inéditas, como son las de Cetina, son: D. Diego Hurtado de Mendoza, de quien hay diez y nueve sonetos; del licenciado Dueñas, doce; once de Juan Vadillo; seis de Gregorio Silvestre: cinco del maestro Acevedo; seis de Juan de Malara; seis de Hernando de Herrera, poetas á los que, con excepción del último, no conoció Juan de la Cueva. Á éste, como recién llegado, obsequioso Gutierre de Cetina, tomó veintiséis sonetos, dos odas, dos madrigales y una sextina.

ROSA DEL CIELO.

VILLANCICO EN LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN.

Al cielo sube ligera
La paloma gracïosa
Y fresca rosa;
Va como fuego á su esfera,
Y Dios la espera:
Que es el centro do reposa.

Centro de Dios es María
De regalo y de consuelo,
Y el centro de ella es el cielo,
De descanso y de alegría.
Sube por nueva manera
La Fénix maravillosa,
Y fresca rosa;
Va como fuego á su esfera,
Y Dios la espera:
Que es el centro do reposa.

La inmaculada paloma,
Madre y Virgen verdadera,

Va hoy al cielo, que es su esfera,
Porque Dios vivo la coma.
Subc la mansa cordera,
Sube el águila preciosa,
Y fresca rosa;
Va como fuego á su esfera,
Y Dios la espera:
Que es el centro do reposa.

Coloquios espirituales y sacramentales y canciones divinas, compuestas por el divino poeta Hernán González de Eslava, presbítero, recopiladas por el R. P. Fr. Fernando Vello de Bustamante, de la Orden de San Agustín: Méjico, imprenta de Diego López Dávalos, 1670.—Fol. 121.

LA ROSA DE MONSERRATE.

VILLANCICOS.

Ésta es flor de Monserrate;
Ésta es la fragante rosa;
Ésta es el arca preciosa
Que guardó nuestro rescate.
De Monserrate esta planta
Que dió fruto soberano,
En el valle mejicano
Por nuestro bien se trasplanta:
Ésta á la culpa dió mate;
Ésta es en todo hermosa;
Ésta es la fragante rosa,
La rosa de Monserrate.
Méjico, en aqueste día
Sale la Virgen á verte,

Porque te traiga la suerte
Que al apóstol San Matía:
Ésta es la paz del debate;
Ésta es la ciudad gloriosa;
Ésta es la fragante rosa,
La rosa de Monserrate.

Coloquios espirituales y sacramentales y canciones divinas, compuestas por el divino poeta Hernán Gonzálcz de Eslava, presbítero, recopiladas por el R. P. Fr. Fernando Vello de Bustamante, de la Orden de San Agustín: Méjico, imprenta de Diego López Dávalos, 1610.—Fol. 126.

ROSA SIN ESPINAS.

VILLANCICOS.

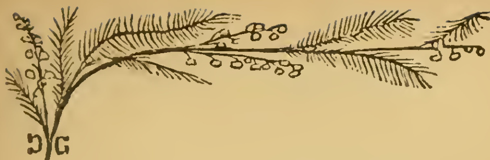
Como rosa en el rosal
Hoy parecéis, Virgen dina,
Sin lastimaros la espina
De la culpa original.
De la espina emponzoñada
Hoy el gran Dios os preserva,
Con daros la contrayerba
De haceros la preservada.
Salís, rosa, sin igual,
Llena de gracia divina,
Sin lastimaros la espina
De la culpa original.
El hielo no la marchita
De pecado á vuestra flor,
Porque dais suave olor
En la presencia infinita.

Dais fragancia celestial,
Más que el lirio y clavellina,
Sin lastimaros la espina
De la culpa original.

Coloquios espirituales y sacramentales y canciones divinas, compuestas por el divino poeta Hernán González de Eslava, presbítero, recopiladas por el R. P. Fr. Fernando Vello de Bustamante, de la Orden de San Agustin: Méjico, imprenta de Diego López Dávalos, 1610.—Fol. 140.



SIGLO XVII



D. LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE.

D. Luis de Góngora y Argote *(Daliso)* nació en Córdoba en 11 de julio de 1561. Su aparición en Salamanca fué saludada por toda la gran generación literaria de aquel tiempo como la de un gran astro: entonces escribió la mayor parte de sus poesías eróticas y líricas con lozanía de ingenio, á que ningún otro era semejante, siendo tal vez la primera de las poesías que por entonces dió á luz la *Canción* en esdrújulos en que alabó la traducción de *Los Lusiadas de Camöens*, que publicó en 1580 (Salamanca, por Joan Perier) el maestro Luis Gómez de Tapia, vecino de Sevilla, dedicada al Abad de Santa Sofía, el Dr. Ascanio Colona. No fué afortunado en las pretensiones que fundó con las esperanzas de su mérito, y los infortunios agriaron su carácter, cuya vivacidad le hizo caer en el escollo de la sátira. La emulación le suscitó rivalidades de que deseó triunfar por un medio original y propio, y para imponer su superioridad creó la intrincada metafísica del arte, para la que se valió de un trastorno completo en la construcción poética, en la sinonimia de la frase y en la obscuridad de las figuras. Aquel paso de gigante dió origen á una de las dos escuelas que produjeron inmediatamente la decadencia. Todos le admiraron y todos le aborrecieron: así fué poco favorecido, ni aun por aquéllos á quienes más lisonjeó. Con todo, Felipe III le hizo su Capellán de honor, y Felipe IV y la Reina Doña Isabel de Borbón le dieron muchas pruebas de su estima. Murió en 23 de mayo de 1627, dejando el Parnaso dividido en bandos y la

poesía entregada á la barbarie. «Fué bastantemente desviado en el son del ritmo,» dice de él el Príncipe de Esquilache. Con todo, superó cuando quiso en suavidad y dulzura á los italianos, como lo probó al traducir á nuestra lengua y mejorar en la expresión poética el célebre soneto de Torcuato Tasso:

Quel labbro, che le rose han colorito,
Molle si sporge è tumidetto in fuore,
Spinto per arte, mi cred' io d' Amore
A fare à i baci insidioso invito.
Amanti, alcun non sia cotanto ardito
Che osi appressarsi, ove tra fiore è fiore
Si stà quel angue, ad' attascarvi il core
Quel fiero intento io 'l veggio, è ve l' addito.
Io, che altre volte fui ne l' amorose
Insidie colto, hor ben lo riconosco,
E lo discopro, ó giovanetti, á voi;
Quasi pomi di Tantalo, le rose
Fansi à l'incontro, é se allontanan poi,
Sol resta Amor, che spira fiamma ê tosco.

ROSAS DE INSIDIA.

SONETO.

La dulce boca que á gustar convida
Un humor entre perlas destilado,
Y á no envidiar aquel licor sagrado
Que á Júpiter ministra el garzón de Ida,
Amantes, no toquéis, si queréis vida;
Porque, entre un labio y otro colorado,
Amor está de su veneno armado,
Cual entre flor y flor sierpe escondida.

No os engañen las rosas que al aurora
Diréis que aljofaradas y olorosas
Se le cayeron del purpúreo seno;
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,
Que después huyen del que incitan ora
Y sólo del amor queda el veneno.

Obras en verso del Homero español, que recogió Juan López de Vicuña: Madrid, por la viuda de Luis Sánchez, 1627.—Sonetos amorosos, X, fol. 12.

LUZ Y SOMBRA.

SONETO.

Ayer naciste y morirás mañana:
Para tan breve ser, ¿quién te dió vida?
Para vivir tan poco, estás lucida,
Y para nada ser, estás lozana.
Si tu hermosura te engañó más vana,
Bien presto la verás desvanecida,
Porque en esa hermosura está escondida
La ocasión de morir muerte temprana.
Cuando te corte la robusta mano
Ley de la agricultura permitida,
Grosero aliento acabará tu suerte;
No salgas, que te aguarda algún tirano;
Dilata tu nacer para tu vida:
Que anticipas tu sér para la muerte.

Agudeza y Arte de ingenio, de Lorenzo Gracián: Huesca, por Juan Nogués, 1649.—Pág. 7.

EL REINO DE LA ROSA.

ROMANCE.

Esperando están la rosa
Cuantas contiene un verjel
Flores, hijas de la aurora,
Bellas, cuanto pueden ser.
Ella, aunque con majestad,
No debajo de dosel,
Sino sobre alfombras verdes
Purpúrea se dejó ver.
Como reina de las flores
Su guarda la ciñe fiel;
Si son archas las espinas
Que en torno de ella se ven.
Al aparecer la hicieron
Una inclinación cortés
Y con muy buen aire todas:
Que mal pudieran sin él.
No la hicieron reverencia,
Aunque todas tienen pies,
Porque su inmovilidad
Su mayor disculpa fué.
El vulgo de esotras yerbas,
Sirviéndoles esta vez
De verdes lenguas sus hojas,
La saludaron también.
Quien pretende la privanza
De tan gran señora, y quien
Admirando su beldad
No osa descubrir su fe.

Que el Cupido de las flores
Es la abeja, y si lo es,
Sus flechas abreva todas
En el aguijón cruel.
Ella, pues, las solicita
Y las deshoja después:
¡Por señas que sus despojos
Son dulces, como la miel!
Los colores de la reina
Vistió galán el clavel,
Príncipe que es de la sangre,
Y aun aspirante á ser rey.
En viéndola dijo:—«¡Ay!
¡Un jacinto!»—y al papel
Lo encomendó de sus hojas,
Porque se pueda leer.
Ámbar espira el vestido
Del blanco jazmín de aquél
Cuya castidad lasciva
Venus hipócrita es.
La fuente deja el Narciso,
Que no es poco para él,
Y ya ni se mira á sí,
Admirando lo que ve.
¡Oh! ¡qué celoso está el lirio;
Un mal cortesano, que
Calza siempre borceguíes!
¡Debe de ser portugués!
Mosquetas y clavellinas
Sus damas son: ¿qué más quiés,
Oh tú, que pides lugar,
Que bel mirar y oler bien?

Las azucenas le sirven
De dueñas de honor, y á fe
Que sus diez varas de holanda
Las envidian más de diez.
Meninas son las violetas;
Y muy bien lo pueden ser
Las primicias de las flores,
Que antes huelen que se ven.
De este real paraíso
Verde jaula es un laurel
De tres dulces ruiseñores
Que cantan á dos y á tres.
Guarda-damas es un triste
Fruncidísimo ciprés,
Efecto al fin de su fruta
Para lo que yo me sé.
Bufones son los estanques,
Y en qué lo son lo diré:
En lo frío, lo primero
Que se me ha de conceder;
En el murmurar continuo;
Y en el reirse también,
Aunque hacen poco ruido
Con ser hombres de placer;
En el pedir, y no agua,
Que no es de agua su interés,
Ni piden lo que no beben,
Por siempre jamás, amén.
Éste de la primavera
El verde palacio es,
Que cada año se erige
Para poco más de un mes.

Las flores á las personas
Ciertos ejemplos les den,
Que puede ser yermo hoy
El que fué jardín ayer.

Obras en verso del Homero español, que recogió Juan López de Vicuña: Madrid, por la viuda de Luis Sánchez, 1627.—Romance XVII, fol. 88 vuelto.





PEDRO DE ESPINOSA.

El licenciado Pedro de Espinosa nació en Antequera, en el último tercio del siglo XVI y estudió en la Universidad de Granada, de donde debió pasar á la de Alcalá ó Salamanca. Hallándose la corte en Valladolid, «escaló el mundo con cartas;» y «cerniendo doscientos cahíces de poesía para sacar un poco de flor de harina,» imprimió en 1605 la *Primera parte de las flores de poetas ilustres de España*, «libro, según Gallardo, de oro, y el mejor tesoro de poesía castellana que tenemos.» Aunque esperó el éxito para darle «un padre compañero,» no lo verificó, y poco después allegóse al arrimo de la casa ducal de los Guzmanes, en Sanlúcar, donde en todo tiempo florecía en gran auge, para favorecer al ingenio, el siglo dorado de espléndidos Mecenas. Espinosa obtuvo la capellanía de los Duques y el Rectorado del *Colegio de San Ildefonso* que fundaron en aquella ciudad; agradecido, escribió entonces el *Panegírico y elogio del Duque, D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán*, señor de la egregia casa; mas desde que logró aquellos beneficios luchó con la emulación que le declaró D. Francisco Morovelli de Puebla, el cual entregó al Duque un papel impreso, en que le decía «que si estaba muy bien retratado, no sabía si estaba bien *historiado en los escritos de algunos*.» Con todo, Espinosa continuó en sus puestos, y en 1625 publicó en Málaga el *Espejo de cristal fino*, y en Sanlúcar el *Psalmo de la Penitencia;* en 1626, en Antequera, *La fábula del Genil* y *El Panegírico* de esta ciudad, y además, en 1628, dió versos suyos laudatorios á *Fr. Hernando*

de Peralta Montañés, augustino, para el *Libro de Cristo y María*, dedicado al Duque D. Alonso; otros en 1639 para sus *Rimas varias* al antequerano D. Jerónimo de Porras, y otros en 1642 al licenciado Juan de Robles por su *Diálogo entre dos sacerdotes por el uso de las barbas*. Pedro de Espinosa murió en Sanlúcar el 21 de octubre de 1650; por lo que no debe confundirse con otro licenciado del mismo nombre, «Capellán mayor de S. M., en el ejército de Andalucía,» que en 1656 escribió poemas de alabanza en los *Divinos versos* de Colodreros Villalobos.

DÁDIVAS DE FLORA.

SONETO.

Estas purpúreas rosas, que á la aurora
Se le cayeron hoy del blanco seno,
Y en vaso de pintadas flores lleno,
¡Oh dulces auras! os ofrezco ahora;
Si defendéis de mi divina Flora
Con vuestras alas el color moreno
Del sol, que, ardiente y de piedad ajeno,
Su rostro ofende, porque el campo dora.
¡Oh hijas de la tierra peregrinas!
Mirad si tiene mayo en su guirnalda
Más frescas rosas, más bizarras flores;
Llorando les dió el alba perlas finas;
El sol colores; mi afición la falda
De mi hermosa Flora, y ella olores.

Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España, ordenada por Pedro de Espinosa, natural de la ciudad de Antequera: Valladolid, por Luis Sánchez, 1605.—Fol. 22.



LUIS MARTÍNEZ DE LA PLAZA.

El licenciado LUIS MARTÍN Ó MARTÍNEZ DE LA PLAZA, cura de la iglesia mayor de Antequera, nació en esta ciudad de 1572 á 1580. Estudió en Granada humanidades, artes y teología, y aunque ni en 1605 al publicar su paisano Pedro de Espinosa en Valladolid *Las Flores de poetas ilustres de España* con versos suyos, ni en 1615 al ganar el primer premio, consistente en un jubón de azul y oro, en el *Certamen poético* que se celebró en Madrid por la beatificación de Santa Teresa de Jesús, todavía habia tomado órdenes, ya en 1620 no sólo aparece como presbítero, sino como cura de la iglesia mayor de Antequera, su patria, al dar al licenciado Juan Guerrero Espinosa unos versos laudatorios para su *Información panegírica del misterio de la Concepción*, que en el año referido se imprimió en Madrid. Con este carácter aparece también con otros versos en 1623 en el interesante *Encomio de los poetas sevillanos*, que el contador de la Lonja de Sevilla, Juan Antonio de Ibarra, publicó (Sevilla, por Francisco de Lyra) en la fiesta de la beatificación de los Santos Ignacio de Loyola y Francisco Xavier. Martínez de la Plaza obtuvo después una canongía en la misma iglesia en que ejercía el curato de almas; pero no murió muy anciano, sino de unos sesenta años, en el de 1635. Habia vertido en verso castellano el poema de Luis Tansilo, *Las lágrimas de San Pedro*, cuya traducción ni se imprimió ni se sabe dónde para· de modo que los pocos versos que de él nos quedan sólo se encuentran en la *Antología* de Pedro de Espinosa y en algu-

nos certámenes y academias de su tiempo. En las *Flores de poetas ilustres* se le llama *Martín de la Plaza* en el texto y *Martínez de la Plaza* en los índices. Este último apellido es el que lleva en los demás libros donde se contienen poesías suyas.

GUARDAJOYAS DE UNA ROSA.

SONETO.

Reina de esotras flores, fresca rosa,
Primero honor de abril y de este prado;
Así te privilegie el cierzo helado,
Y respete la helada rigorosa;
Y así goces, que es más, de la hermosa
Palma de mi señora, y su dorado
Cabello adornes, y el color rosado
De ver su rostro aumentes vergonzosa;
Que me guardes las lágrimas que vierto
En tu pintado seno; y si te toca
Á sus labios aquélla, á quien adoro,
En tus hojas mi bien irá encubierto:
Porque si llegan á su dulce boca,
Dulces serán las lágrimas que lloro.

Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España, ordenada por Pedro de Espinosa, natural de Antequera: Valladolid, por Luis Sánchez, 1605.—Fol. 155.





FREY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO.

Frey Lope Félix de Vega Carpio *(Belardo)*, nació en Madrid el 25 de noviembre de 1562. De cinco años leia en romance y latín; estudió gramática y retórica en el Colegio imperial de la Compañía de Jesús, matemáticas con Lavaña y con varios maestros cantar, danzar y traer bien la espada. Con la misma precocidad se lanzó á los riesgos de la vida. En 1577 presenció un combate en las Islas Terceras: en 1580 sirvió al Obispo de Ávila, D. Jerónimo Manrique; en 1582 al Duque de Alba, D. Antonio; en 1584 se casó; en 1585 huyó de la justicia y se refugió en Valencia, de donde pasó á Nápoles y Milán, y en 1588 enviudaba. Alistóse en 1589 para la armada Invencible; en 1594 volvió á Alba de Tormes, y en 1599 fué secretario del Marqués de Sarria. En 1600 contrajo segundo matrimonio; en 1603 visitó á Sevilla; en 1604 á Toledo; en 1609 comenzó á servir al Duque de Sessa; en 1612 enviudó segunda vez, y en 1614 se hizo clérigo. El año en que compuso su primera comedia se ignora; pero se sabe que escribió 608 en toda su vida, de las que han quedado á la posteridad 439 conocidas. En 1587 dió un soneto á Miguel Ginés, en Milán, para su poema *El sitio y toma de Amberes*. Publicó la *Arcadia* en 1598; en 1599 el *Isidro;* en 1602 la *Hermosura de Angélica*, la *Dragontea* y las *Rimas;* en 1603 *El Peregrino en su patria;* en 1609 la *Jerusalén conquistada;* en 1612 los *Pastores de Belén* y los *Soliloquios divinos;* en 1618 los *Triunfos divinos;* en 1620 las *Fiestas de la beatifica-*

ción de San Isidro; en 1621 la *Filomena;* en 1622 las *Fiestas de la canonización* del mismo santo; en 1624 la *Circe;* en 1625 el *Romancero espiritual;* en 1627 la *Corona trágica;* en 1630 el *Laurel de Apolo;* en 1632 la *Dorotea;* en 1634 las *Rimas del licenciado Tomé de Burguillos.* Además de estas obras, que son las principales, un sinnúmero de papeles sueltos, o folletos, sobre asuntos místicos, históricos, efemérides familiares, sátiras y romances. Si pasma esta fecundidad, asombra más la profunda revolución que introdujo así en la poesía lírica, en la concepción y en la elocución poética, como en la forma dramática del teatro que él fundó. Monstruo de la naturaleza y fénix de los ingenios le llamó su siglo. La posteridad ha sancionado estos epítetos. Tuvo todos los honores humanos. Acatáronle los Reyes y los Príncipes: un Papa, Urbano VIII, le remitió la cruz de la Orden de San Juan, el título de Doctor por la Sapiencia de Roma y otros honores. Los Duques á quien sirvió se le declararon sus súbditos, y sus obras y su muerte fué cantada, ya con himnos de gloria, ya con elegías de dolor, por más de 400 poetas españoles, portugueses, italianos, flamencos y franceses. La humanidad en ningún país había producido un hombre semejante. Murió el 27 de agosto de 1635.

DODECADRIA POÉTICA DE LA ROSA.

SONETOS Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA INÉS DE ZÚÑIGA, CONDESA-DUQUESA DE OLIVARES.

I.

Por labios de coral la blanca aurora
Pronósticos del sol introducía,
Cuando á la Rosa que á su luz se abría
En hojas de rubí perlas colora;

Sentada en esmeraldas granos dora,
Coronel de carmín al mediodía,
Púrpura enciende y vana desafía
Cuantas lluvioso abril le debe á Flora.
Volví á la noche, y ví que el nácar puro,
Los pirámides verdes mal doblados,
Quebró la copa en que el aljófar bebe,
Y que, plegado el pabellón obscuro,
Ocultaba los átomos dorados:
¡Oh belleza mortal, fímera, breve!

II.

Cuando te ví con tanto atrevimiento,
Primera gala del abril florido,
Salir al prado de tu verde nido
Y con tu olor purificar al viento;
Cuando te ví sobre color sangriento
Realzar con oro el oriental vestido,
Y por tu parto, de su yelo olvido,
Soberbia la humildad de tu elemento;
Temí de tu belleza lo que dura
El resplandor mortal, gloria fingida,
Tan presto como aurora en noche obscura.
Temí verte marchita y ofendida,
Que suele ser pensión de la hermosura,
Ó larga desventura, ó larga vida.

III.

Viendo la hermosa y cándida azucena,
Que al verde margen la corona inclina,
Marchita ya la Rosa Alejandrina,
Así le dijo, de arrogancia llena:

—«Engañada en la voz de Filomena
Te anticipaste, oh rosa peregrina,
Pues presumiendo de deidad divina
Envidias ahora la hermosura ajena.»
La rosa respondió:—«¿De mí te ríes,
Azucena, en tus hojas arrogantes?
¡Oh loca presunción! pues no te fíes:
Que no importa salir después, ni antes,
Si lo que miras hoy en mis rubíes,
Amenaza mañana tus diamantes.»

IV.

Desplega al alba la purpúrea Rosa
Su loca vanidad en pompa altiva,
Y una túnica de otra sucesiva
Forma á su centro su corona hermosa;
Envidia de las flores generosa,
Jazmines y claveles de honor priva,
Y dilatando al sol púrpura viva
Viene á ser de sus rayos mariposa.
Así la vida en término de un hora
Perdió con la hermosura la esperanza
Y se ha de aborrecer lo que se adora.
¡Oh frágil rosa, que con tal mudanza
Diste envidia á las flores, á la aurora,
Y, cuando anocheció, tanta venganza!

V.

Rosa gentil que al alba de la humana
Belleza eres imagen: ¿qué pretendes,
Que sobre verdes esmeraldas tiendes
Tu mano de coral teñida en grana?

Si cetro, si laurel, si ser tirana
De tantos ojos que en tu cáliz prendes,
¡Cuán en vano solícita defiendes
Reino que ha de durar una mañana!
Rinde la vanidad que al sol se atreve,
Oh cometa de abril tan pronto obscura:
Que, puesto que tu vivo amor te mueve,
El ejemplo de tantos te asegura,
Que quien ha de tener vida tan breve
No ha de tener en tanto su hermosura.

VI.

Humilla al sol la coronada frente,
Rosa, del prado honor, que el toro abrasa,
Dobla las hojas en la verde basa,
Pues ya no puede ser que la sustente.
Rigor de estrella, cuanto hermosa, ardiente
Las breves horas de tu vida tasa,
Si hay sólo un sol que de por medio pasa
Desde tu ocaso á tu florido oriente.
Pues si la sombra de tu breve infancia
Es la misma vejez; ¿en qué se fía
La vana presunción de tu arrogancia?
¿Y en qué también la humana fantasía,
Si de la vida la mayor distancia
Fué breve sueño del postrero día?

VII.

Purpúrea esfera, que al amor venganza
Por los heridos pies de Venus diste,
De cuyas hojas fáciles se viste
De los mortales bienes la mudanza.

Tan breve fué tu juventud, que alcanza
Y juntas el no ser al ser que fuiste,
Y tú sola parece que naciste
Sin haber menester á la esperanza.
Para segunda luz aún no te fía
Aquel engaño con que á todos vale,
Así la noche tu belleza envuelve:
Breve huésped del sol, que el mismo día
Que te recibe alegre, cuando sale,
Te despide después, cuando se vuelve.

VIII.

Cortada, en un cristal, en agua pura
Tenía el verde pie rosa encarnada,
Y aun presumía, con estar cortada,
En fe de ajeno humor firme hermosura.
Mas desmayóse cuando más segura,
Y cayendo en su margen desmayada,
Ofendió con el agua inficionada:
¡Así el deleite de los ojos dura!
¡En qué breves espacios interrompe
De su beldad la juventud lozana,
Quien, como flores, edificios rompe!
Mostrando ¡oh rosa! de tu pompa vana
El agua que en el vidrio se corrompe,
El fin que tiene la belleza humana.

IX.

Yace entre estos pirámides marchitos,
Sirviéndole sus hojas de mortaja
Y su pimpollo de funesta caja,
Con dos elogios á su muerte escritos.

Así pálidos ya, verdes distritos,
La grave pompa de sus hojas baja
La bella rosa, á quien el tiempo ultraja
Soberbias, que, hasta en flores, son delitos.
¡Ay ciego error, que la hermosura adoras,
Naciendo cada día desengaños
Tan fáciles del término que ignoras!
¡Ay loca juventud, cuyos engaños
Presumen ciegos al volar las horas,
Vencer los tiempos y pasar los años!

X.

Doncella en los pimpollos de abril nace
La fresca rosa de su vida incierta,
Y en su casa de aljófares cubierta
De cinco trenzas verdes muros hace.
La abeja aguarda, y de otras flores pace
Hasta que ve los granos de oro abierta;
Declina el día, y en los brazos muerta
Del encendido sol, marchita yace.
Así comienza de la vida humana
Que nuestro loco error deleite nombra,
Y á la verde sucede la edad cana;
Mas ver su breve fin: ¿de qué me asombra,
Si todo el bien mortal es pompa vana,
Y cuanto nace sol, fenece sombra?

XI.

Á tu circunferencia de rubíes
Atribuyen algunos la templanza,
Oh rosa, de tí misma semejanza,
Pues de tu loca vanidad te ríes;

Si esto es así, te ruego que te fíes
De mi agradecimiento y confianza,
Mas no sé yo qué fértil clima alcanza
Antídotos tus rayos carmesíes.
Si te vistes de púrpuras pangeas,
No será peregrino amor plebeyo
Por voto visitar tus aras rojas;
¿En qué pensiles ramas, en qué hibleas,
Este apetito, en forma de Apuleyo,
Hallará la corona de tus hojas?

XII.

La rosa primitiva que del velo
Mortal cubrió su sér, sin ser nacida,
Y cuantos vió de púrpura vestida
Hibla feraz, Pirámide Carmelo;
Cuantas el Temple en su florido suelo,
En Pafo y Chipre amor, Páris en Ida,
Ó ardiente sol las abrevió la vida
Ó la inclemencia marchitó del yelo;
Rosa de Jericó, tú sola fuiste
Perpetua, intacta, limpia y siempre entera,
Aun antes que el aurora en que naciste;
Que el yelo de la noche no pudiera,
Como no pudo, aunque las otras viste,
Cubrir del sol la siempre libre esfera.

Triunfos divinos con otras rimas sacras: á la Excma. Sra. Doña Inés de Zúñiga, Condesa de Olivares, por Lope de Vega Carpio, Procurador fiscal de la Cámara apostólica.—Año 1625.—Madrid, por la viuda de Alonso Martín.—Folios 58 vuelto á 64. (*Al fin.*) Madrid, por Pedro Tazo, 1625.

OTROS SONETOS.

I.

LA ROSA BLANCA.

Á LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA DOÑA MARÍA DE GUZMÁN,
HIJA ÚNICA DEL EXCMO. SEÑOR CONDE-
DUQUE DE OLIVARES, D. GASPAR DE GUZMÁN.

La rosa de amarílida hermosura,
Cándida estrella, presunción del día,
¡Oh! clara é ilustrísima María,
La corona del alba honesta y pura;
No ya efímera rosa, que murmura
La breve edad al ramo que la cría,
En los cristales de tus manos fía,
Como en sagrado altar, vivir segura.
Recibe en tu defensa los despojos
Frágiles de su pompa fugitiva,
Que, por mirarla el sol, le causa enojos;
Porque, como tu mano la reciba,
Será milagro de tus bellos ojos
Que á más ardiente sol, más fresca viva.

La Circe, con otras rimas y prosas de LOPE DE VEGA CARPIO: Madrid, por la viuda de Alonso Martín, 1624, fol. 90.—(Á este soneto acompaña un poema de 109 octavas.)

II.

TRANSFORMACIÓN.

Tiraba rosas el amor un día
Desde una peña á un líquido arroyuelo
Que de un espino trasladó á su velo
En la sazón que abril las producía.
Las rosas mansamente conducía
De risco en risco el agua al verde suelo,
Cuando Juana llegó, y al puro hielo
Puso los labios de la fuente fría.
Las rosas, entre perlas y cristales,
Pegáronse á los labios de la hermosa
Que afrentaban claveles y corales.
¡Oh pinturas del cielo milagrosas!
¿Quién vió jamás transformaciones tales:
Beber cristales y volverse rosas?.

Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos: Madrid, imprenta del Reino, 1634.—Fol. 38.

III.

ROSAS PERDIDAS.

Pasando el mar el engañoso toro,
Volviendo la cerviz, el pie besaba
De la llorosa ninfa, que miraba
Perdido de las rosas el decoro.
Entre las aguas y las hebras de oro
Ondas el fresco viento levantaba,
Á quien con los suspiros ayudaba
Del mal guardado virginal tesoro.

Cayéronsele á Europa de las faldas
Las rosas, al decirle el toro amores,
Y ella, con el dolor de sus guirnaldas,
Dicen que, lleno el rostro de colores,
En perlas convirtió sus esmeraldas,
Y dijo:—¡Ay triste, que perdí mis flores!

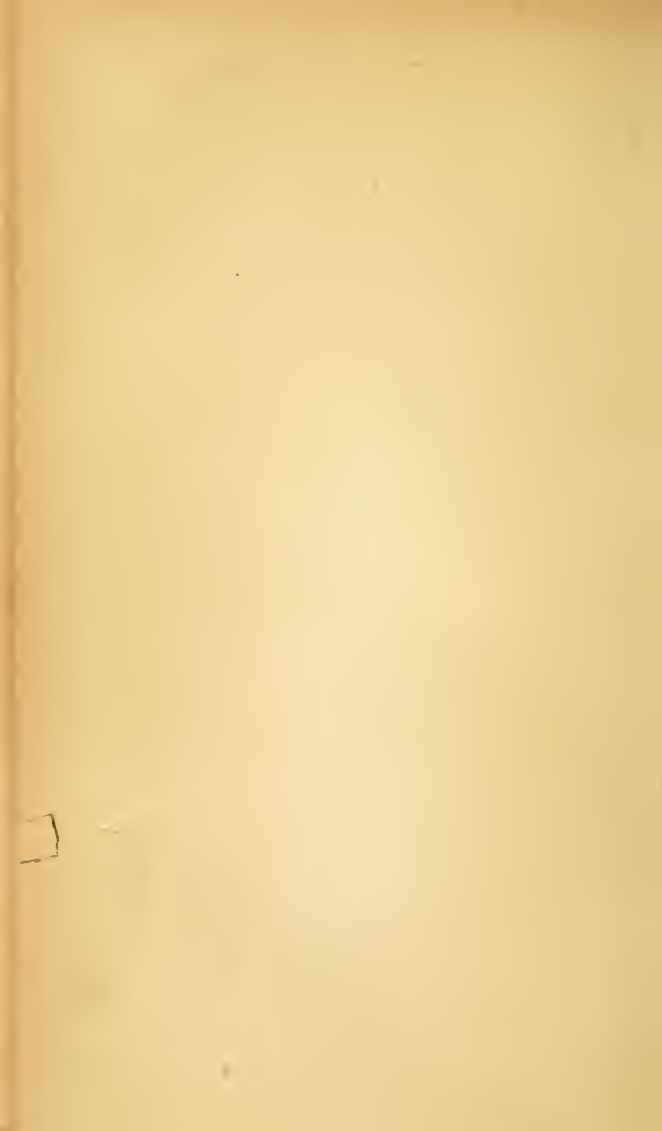
Rimas de Lope de Vega Carpio: Lisboa, por Pedro Crasbeeck, 1605. Soneto LXXXVII, fol. 22 vuelto.—*Primera parte de los Dioses de la Gentilidad, por el R. P. Fr. Baltasar de Vitoria:* Madrid, imprenta Real, 1619. Tomo j, pág. 182.

IV.

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA.

¡Con qué artificio tan divino sales
De esa camisa de esmeralda fina;
¡Oh! Rosa celestial alejandrina,
Coronada de granos orientales!
Ya en rubíes te enciendes, ya en corales;
Ya tu color á púrpura se inclina;
Sentada en esa basa peregrina
Que forman cinco puntas desiguales.
¡Bien haya tu divino autor! pues mueves
Á su contemplación el pensamiento,
Y aun á pensar en nuestros años breves.
Así la verde edad se esparce al viento,
Y así las esperanzas son aleves,
Que tienen en la tierra el fundamento.

Rimas sacras de Lope de Vega Carpio: Lisboa, por Pedro Crasbeeck, 1606. Soneto XXXVII, fol. 13 vuelto.—*Agudeza y arte de ingenio de Lorenzo Gracián:* Huesca, por Juan Nogués, 1649. Página 77.





EL CONDE DE VILLAMEDIANA.

D. Juan de Tassis y Peralta, Conde de Villamediana, nació en Lisboa en 1580, hallándose sus padres acompañando á Felipe II. Crióse en Palacio, y la precocidad de su ingenio le captó el amor del Rey y de los Príncipes. A los diez y ocho años acompañaba á Felipe III á Valencia á los matrimonios del Rey y su hermana, la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, con tal prodigalidad de obsequios y magnificencias, que puso muy alta su reputación de hombre espléndido. Á los diez y nueve escribía un soneto para *El Peregrino indiano*, que su autor, D. Antonio Saavedra y Guzmán, publicó en Madrid en 1599. Pasó á Italia á servir en los ejércitos, y en los movimientos de Lombardía adquirió la banda de Maestre de campo. En Italia elevó todavía más el concepto de sus liberalidades; y habiendo ya saludado á las musas con versos de heróica entonación, alcanzó un prestigio inmenso entre españoles é italianos. Todavía en 1613 seguía cautivando á Nápoles, donde renovó tercera vez sus magnificencias para celebrar los estipulados enlaces del Príncipe D. Felipe IV y de su hermana Doña Ana de Austria con Doña Isabel de Borbón y el Rey Luis XIII de Francia respectivamente. De regreso á Madrid casóse el Conde con Doña Ana de Mendoza y Lacerda, Marquesa de Cañete y de Atela, cuyos hijos se malograron en la niñez, y en 1618, habiendo caido el Duque de Lerma, trató con sus sátiras mordaces de abrirse camino para llegar al poder. Celebraba estas sátiras la Princesa Doña Isabel, con cuyo favor muy valioso Villame-

diana contaba, y así creyó llegar á todas las alturas; mas de improviso fué desterrado de Madrid, á donde no volvió hasta la muerte de Felipe III. Á su regreso ya encontró ocupado por Olivares el puesto que él ambicionaba, declarándose entre los dos una velada, pero implacable rivalidad. En poco tiempo la enemistad del valido fué subiendo de punto, atormentado por las sátiras de su adversario. Villamediana, que poseía el amor platónico de la Reina, no disimulaba las contrariedades que le hacía experimentar la vigilancia de su enemigo, hasta que, acusado al Rey de sus irreverentes aspiraciones, se le tramó la emboscada en que fué alevemente asesinado, á pocos pasos de su casa, el 21 de agosto de 1622. Las poesías inéditas aún de Villamediana, cuya copia poseía la Biblioteca de la casa de Osuna y hoy la Nacional de Madrid (*JJ*-84 provisional), dan con harta claridad la clave de todos estos sucesos, sobre los cuales el artificio de los actores principales del drama procuró dejar la opinión extraviada y en dudas al dominio de la posteridad. Villamediana, aunque afiliado á la escuela de Góngora, es uno de los poetas más grandes del Parnaso español. Aún no está estudiado ni en su vida ni en sus obras, á pesar de la publicación que de algunas se hizo en Zaragoza en 1627, reproduciéndose después por cuatro veces en Madrid y Barcelona durante todo el siglo XVII. Son notables, á pesar de todo, los trabajos recientes de Hartzenbusch, Cánovas del Castillo y D. Arturo Cotarelo. Los versos que se atribuyen al egregio Conde, y que se suponen hallados en su traje cuando fué alevemente asesinado, los calificó Hartzenbusch de apócrifos y lo son realmente. Además de sus poesías amorosas, quedan de Villamediana varios poemas en estilo gongorino, que nunca, probablemente, se publicarán. La *Fábula de Adonis* (Biblioteca Nacional, MSS., *M*-180 y *X*-99, fol. 170) emula los versos más frondosos de Ovidio y de Propercio. Suyas son también las *Fábulas de Faetón* (*Ff*-97), de *Apolo y Daphne* (*M*-104, fol. 103) y de *Júpiter y Europa* (*M*-104, fol. 125). Sus demás obras inéditas se hallan en la citada Biblioteca Nacional, Sala

de MSS., *M*-6, 8, 40, 86, 200, 202, 203, 204, 308 y 349, y en la *Ee*-146. Todas deben estudiarse para formar bien el concepto de este espléndido astro de la poesía castellana, sobre quien pesa aún el más injusto infortunio de ultratumba.

ROSAS REALES.

SONETOS INÉDITOS.

I.

Entre estas sacras plantas veneradas
Del soberbio aquilón, de bóreas fiero,
Émulo del abril, nos da el enero
Primavera de flores animadas.
Rosas vivas del Tajo, originadas
De luz no funeral, que el verdadero
Candor de su crepúsculo primero
Conceden hoy al Duero trasplantadas.
No ya Pomona se venera culta,
Ni Flora, dando gloria más florida,
Cuanto á sus plantas se concede, indulta,
Toda humanal injuria suspendida,
Con rayos de ojos, cuyo Dios insulta,
Cuanta ve libertad y cuanta vida.

ROSAS COGIDAS.

Á LA POSESIÓN DE UN AMOR MUY SOLICITADO.

II.

Beldad omnipotente, lagrimosa,
Si humana, en esta parte más divina,
Á la en cristal promiscua clavellina,
Mas fió de una lágrima piadosa.

Igual deja argentada, virgen rosa
En verde campo lluvia matutina;
Tal, con perlas de llanto, luz divina
Esmaltó su purpúrea nieve hermosa.
En su cristal amargamente claro
Lícita sed, y lícita aunque ardiente,
Mató el amor de su pureza avaro;
¡Oh más que misteriosa alta corriente,
Cuando de inmenso ardor feliz reparo
Fué en perlas liquidarse perla y fuente!

Selva de Cupido y delicioso jardín de Venus, ó poesías amorosas que á diferentes asuntos, nacidos todos del soberano objeto de su amor, dejó escritos de su mano D. Juan de Tassis, CONDE DE VILLAMEDIANA: Bibl. Nac., Sala de MSS.—Fondo de Osuna, *JJ*-84 provisional.—Sonetos LX y LXVIII, páginas 76 y 88.





BALTASAR ELISIO DE MEDINILLA.

Baltasar Elisio (Eloy) de Medinilla *(Dinardo)* nació en Toledo en 1585, y murió violentamente á la temprana edad de treinta y cinco años, en el de 1620. Era uno de los poetas predilectos del Jardín de Lope de Vega, y su poesía, robusta y llena de todos los primores del ingenio, corresponde sin duda á las alabanzas que éste hizo de él en la dedicatoria de su comedia *Santiago el Verde* y en otros parajes de sus obras. Los primeros versos impresos que de Medinilla se conocen son los que se publicaron en 1605 en la *Relación de las fiestas* que se hicieron en Toledo al nacimiento del Príncipe D. Felipe IV. Tenía entonces Baltasar Eloy de Medinilla (que así se apellidó en este primer ensayo) veinte años, y todavía perfeccionaba sus estudios en las aulas de la nativa ciudad imperial fundadas en 1550. En 1607 dió otra poesía al mejicano Bernardo de Balbuena, en elogio de su novela de estilo pastoril *El siglo de oro ó las selvas de Erifile*, y después escribió su aún inédita *Descripción de Buenavista*, recreación en la vega de Toledo que tenía el Arzobispo-Cardenal D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y donde frecuentemente celebraba academias de ingenios poéticos, así toledanos como forasteros. De este poema y su comento por el Conde de Mora hay muchas copias, y en la Biblioteca Nacional de Madrid la autógrafa de los dos ingenios. (Sala de MSS., *M*-120.) En 1617 se publicó en Madrid (por Alonso Martín) su *Poema de la Concepción;* mas nunca se han dado á la estampa los demás versos líricos de Medinilla, á pe-

sar de haberse hecho cargo de su publicación el mencionado Conde de Mora, D. Francisco de Rojas y Guzmán, que se erigió, á la muerte del poeta, en su decidido protector y testamentario. No faltan, con todo esto, encomios impresos de Medinilla, de quien Tamayo de Vargas escribió: «Fué su nobleza de las principales de Toledo; su condición amable; su edad florida; su vida piísima, y su muerte temprana é infelicísima, por ser á manos de quien menos debiera.» En otro lugar le califica «de ingenio singular.» Lope de Vega Carpio le elogió muchas veces en *La Filomena*, en la *Justa de San Isidro* y en otras obras, inconsolable de su muerte prematura, y el portugués Antonio López de Vega, en su *Lírica poesía*, que publicó en Madrid en 1620 (imprenta de Bernardino de Guzmán), estampó un soneto «en digno sentimiento de la infeliz muerte de Baltasar Elisio de Medinilla, cultísimo ingenio toledano, honra de su patria, lustre de las buenas letras, robado violenta é intempestivamente á los ojos de sus amigos, mas vivo y presente siempre en el dolor de sus memorias» (fol. 27). ¿Fué la homicida la misma Jacinta, prenda y objeto de los amores del poeta?

POEMA DE LA ROSA.

INÉDITO.

Á JACINTA.

Éste, á graves vigilias, ocio leve,
Alterna paz á estudios repetidos,
Que trágico instrumento agora mueve,
Lisonja á un tiempo dulce á los oídos;
Á tí, oh Jacinta, oh sol, mejor se debe,
Cuando, por dueño no de mis sentidos,
Por genio santo; que la musa mía
En tí la aurora tiene de su día.

Mi amor del Tajo ausente agora pinta
Las rosas, que imitó naturaleza,
De tus mejillas bellas, oh Jacinta,
En las que dió de Venus la tristeza.
Engaña así al dolor copia sucinta;
Contemplo así en la rosa tu belleza,
Vergonzosa de estar de rostro y labios
Condenada á sufrir dulces agravios.
Estímulos de fuego fulminaba
Ardiente el sol al engañoso Toro,
Grave un tiempo á las ondas, que adulaba
Con el del tirio rey vago tesoro:
Agitado, la esfera amenazaba,
De cuyas flores, ejemplar del oro,
Algunas dió á la tierra por estrellas,
La juventud del año ornando de ellas;
Cuando á su misma luz Venus despierta
Al monte amaneció del arco armada,
Á turbar fieras siempre menos cierta
Que á fatigar deidades enseñada.
Amor, que gustos y ánimos concierta,
Se impuso aljaba de armas ocupada,
Porque en Adonis, que desea propicio,
Concilie voluntad el ejercicio.
Negra en los ojos, negra en los cabellos,
Resplandece la hija de la espuma,
Del fuego y nieve los contrarios bellos,
Perfección componiendo, al rostro suma.
En coturno los pies de oro, que á ellos
Lisonjeados de argentada pluma,
Daba licencia el hábito espartano
En lo divino de admirar lo humano.

Grande rival del sol en la hermosura
De Marte en el amor Adonis era,
Cuya frente ilustraba entre ley pura
Claro diadema de celeste esfera:
Ignoró resistencias la blandura
Tirana entre su vista lisonjera,
Joven brioso, que en su edad reciente
Supo templar lo hermoso en lo valiente.

De amor paterno su hija incestuosa
Parto engañoso fué de harto lascivo,
El que á Ninfas después llama amorosa,
Reliquia fiel de torpe fuego activo.
Florecía en beldad de la frondosa
Madre heredera en el verdor nativo,
Presagio de su fin, que cierto le hace,
De morir flor quien de una planta nace.

No de la aurora, del deseo llamado,
De su inquietud el día prevenido,
Se ostentó al monte cazador osado,
Se ostentó á Venus cazador rendido.
Fiaron á los ojos su cuidado,
Que al alma anticipó lince sentido,
Cuando en la vista suya ambos perplejos
Se helaron cerca los que ardieron lejos.

Mas desatado el cielo á su presencia,
Pensión del gusto que en deseo exhala,
Á la ocasión usurpan la licencia
Que distantes extremos siempre iguala.
Intentó Venus tibia resistencia
Con que llegar al fin que amor señala;
La remisión á Adonis aconseja:
Que ama el agravio quien forzar se deja.

Chipre á los dos común reino suave,
Que, si amor, no la herencia, dividía,
La unión alterna de las almas sabe,
Los dulces lazos de los cuerpos vía.
En sus montañas de aspereza grave
Hurtos de amor secretos encubría,
Y encubrió entonces el que casta fuente
De Venus dijo murmurando ausente.
La tierra, que oprimían de su fuego,
Participando alguno de su amante
Cielo no ingrato, comunica luego
El que en sus poros encerró cortante.
Encendida en mortal desasosiego
Del hondo pecho que incitó anhelante,
En lugar de suspiros, vió vapores,
Por las palabras prorrumpiendo en flores.
Marte, depuesto el bronce, en sangre obscuro,
Del divertido amor la causa inquiere,
Y, en su deidad, de Venus mal seguro,
Los agravios, que ignora, saber quiere:
Ve á su pesar la yedra asida al muro,
Y de sus celos la venganza infiere,
Que honor, que parte en el desprecio alcanza,
Piensa vengar la muerta confianza.
Al pecho trasladó, de armas desnudo,
La de los celos interior fiereza,
Al sol de Adonis oponiendo escudo,
Por ser no humano, la animal corteza.
No tan vasto infestar la selva pudo,
Hermoso en su mayor selvatiqueza,
El calidonio monstruo, cuanta oculta
Á celosa Deidad materia inculta.

Cerdosa forma viste, corvo diente
Muestra amenazador á la corona
De perros fieles de que ofensa siente;
Pero ninguna su furor perdona.
Resuena el eco á la batalla ardiente
Donde la fuga con cautela abona,
Cuando, volviendo rompe el cerco instante,
Purpúreas almas dando al aire errante.
Apena hirió el rumor de duelo tanto
De Adonis el oído, cuando deja
El ocio de los brazos, sordo cuanto
La hermosura de Venus le aconseja.
Ya le detiene en perlas de su llanto;
Ya ruega, ya se enoja, ya se queja
Medrosa de su muerte, que ya vía,
Pues empezó á morir cuando partía.
Partía, en fin, cansado no del gusto,
Solicitado sí de edad inquieta,
Aunque antes quiso el ánimo robusto
Enternecer así Venus profeta.
—Concede á mi deseo espacio justo
De templar el ardor, oh tú perfeta
Forma de Amor con flechas, y entre tanto
Consulta tu jornada en este llanto.
Si buscas en la red caza suspensa,
De tus cabellos soy dulces despojos;
Si intentas con el arco al ave ofensa,
Heridas tengo de tus bellos ojos;
Si ambicioso de honor tu brazo piensa,
Dando al tirano de la selva enojos,
Matar las fieras y llevar trofeos:
Mata tu condición ó mis deseos.

¿Qué mejor campo que mi pecho? Advierte,
Que temo en mi desdicha tu hermosura;
Si es el que vence sus contrarios fuerte,
Sélo en vencer tu misma desventura.
Divinos celos te amenazan muerte,
Burlen mis brazos su venganza, obscura
En sus cautelas, porque infames celos
Introducen engaños en los cielos.

¡Ay! ó si yo; ¡ay! ó si tú! interrompe
La voz; aumenta lágrimas la prisa,
Con que los lazos amorosos rompe
Lasciva vid, del olmo ya divisa.
L'alma y los ojos tímida corrompe
Con pena y llanto, cuando Adonis pisa
El monte, que tristezas adelanta
Al ser teatro de tragedia tanta.

Sigue por el ruido y por las huellas
Al jabalí, que infiel deidad espira,
Que en el can, lince por el viento de ellas,
Bañó el marfil siniestro de su ira.
Suspended el rigor injusto, estrellas;
No profane la muerte, pues no admira
Tanta beldad; temed que en él pretende
Ensayar cuanto en lo divino ofende.

Y ya de varias voces impedido,
Ó ya viendo llegar al que esperaba,
Rostro hizo el jabalí y á su ruido
Previene Adonis l'alma de la aljaba.
La flecha al nervio aplica, y comprimido
Envuelta en muerte la sacude, y daba
Votos á Marte: ¡oh ciego barbarismo,
Que ofrece hacer la víctima á sí mismo!

Rióse entre sus celos, y el acero,
Cautelando su cuerpo, al aire entrega;
Y mientras sucesor pone al primero,
La fiera á Adonis ya turbado llega.
Mal se defiende del rigor severo,
Y aunque al diente tal vez veloz se niega,
Le alcanza tanto en una y otra herida
Que como lirio desmayó su vida.
Duda salir de cuerpo tan hermoso;
Pero, en fin, Marte resolvió la duda,
Que, aún no vengado su ánimo celoso,
De su peso mortal l'alma desnuda.
Yace en la tierra, yace el generoso
Honor de Chipre, obscuro en sombra muda:
Tal fenece la luz que ilustre ardía;
Tal en su ocaso se envanece el día.
Hirió Mavorte, y Venus ¡oh cuán presta
Es la desdicha al alma temerosa!
Las plantas al favor ligera apresta;
Que la sospecha le llamó amorosa.
Vuela en su miedo, y en su amor funesta
Sombra á sus ojos discurriendo, hermosa
Forma apena sellando, aunque la hierba
Memorias hoy de su beldad conserva.
Mirando desde lejos los despojos
De la vida que amó, veloz repite
El curso que envidioso de los ojos
Con la vista interior siempre compite.
Llega, y creciendo la presencia enojos,
Que la armada de olvido edad remite,
Á merced se entregó del dolor tanto
Que negó al corazón amigo llanto.

Los pies de nunca profanada nieve
En los coturnos contenidos de oro
Detuvo espina de una planta breve,
De blancas flores liberal tesoro.
Mas tanto al grave sentimiento debe
Del joven ya difunto, que el decoro
Desprecia al suyo: que, el sentido en calma,
No siente el cuerpo, no, quién pierde el alma.
Arrójase al cadáver, y en la boca
Las reliquias inquiere de la vida;
Pero los labios que de hielo toca,
Mudos: «que huyó!» responden por la herida:
Inspira aliento en él, no le revoca:
Que yace informe bulto, y atrevida
No ya con el amor, con el agravio,
Dijo libando el lirio de su labio:
—«¿A dónde vas, oh sol, puesto á la aurora,
Vago de amor espíritu divino,
Desatado del alma que te adora,
De tu esfera amorosa peregrino?
¿A dónde vas sin mí? Mas ¡ay! que ignora,
Terminó la deidad, si no camino
A amor, que por herir con más certeza
Sus saetas tocaba en tu belleza.
Bien es, aunque inmortal mi pena sea,
Que sea yo inmortal á tu fortuna,
Porque siendo los dos un alma, vea
Que vive en mí de Adonis parte alguna.
Mas la que muerte ¡oh Marte! más desea
Al olvido entregar mortal, ninguna
Ley obedecerá: que mis cuidados
La exentarán del fuero de los hados.

De mi tristeza monumento eterno
Has de quedar, y en sucesivos años
Renovará ¡ay dolor! mi llanto tierno
La imagen repetida de tus daños.
Flores será tu sangre; del infierno
¿Por ventura la diosa con engaños
En Minta no volvió olorosa un día
De miembros femeniles la armonía?
Traducido serás en elegante
Flor, de cuya beldad en occidente
Compás del curso de la esfera errante,
El sol comenzará purpúreo oriente.»
Dijo; con mano indigna el pecho amante
Hiriendo, y el alma, que la herida siente,
Por seguir á su Adonis lloró tanto,
Que salir por los ojos quiso en llanto.
Bañó de néctar el humor sangriento,
Tumido ya con el furor, cual suele
Pequeña parte de agua con el viento,
Que húmedo el cielo con la lluvia impele.
Como el grano que observa adorno lento
Y que el pomo africano herido expele,
Flor germinó, que breve espacio dura,
Dando ejemplos de miedo á la hermosura.
Cumplió el oficio del amor, y herido
Siente entonces el pie de herida ingrata,
Con que en el prado desató florido
Fugitivo coral, fuente de plata.
La púrpura vital del ofendido
Hielo vistió la rosa, que retrata
En sus cándidas hojas sus colores,
Hábito digno á Reina de las flores.

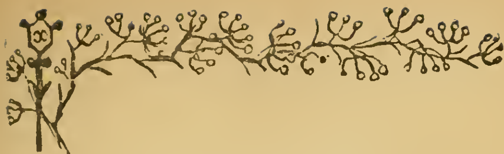
Las que robó el dolor, la pena fiera
Al risueño jardín del rostro hermoso,
Conservadas de eterna primavera
Al árbol se pasaron oloroso.
Venus las vió oficiosa y lisonjera,
Y al color consanguíneo y glorioso
Que la espina usurpó á nevada roca
Confirmó con las flores de la boca.
Dividió de sus troncos las más bellas
De que esmaltó el cabello, que en su obscuro
Color representaban las estrellas
Del cielo de su frente honor seguro.
Desde entonces se adorna el alba de ellas,
Y tanto envidia su cambiante puro
Que, como en la beldad vencer pretende,
Vergonzosa de púrpura se enciende.
Comunicóle el tacto gracias tales
Que en plebe del jardín el cetro obtuvo,
Flor ya de amantes, armas principales
Que la beldad de su excelencia tuvo.
Amor, primera causa á tantos males,
Que el pecho hirió materno, así detuvo
Las plumas á su llanto, que creía
Que otra vez en su mar Venus nacía.
Rico de triunfos de la tierra y cielo
Nadaba el aire, cuando en Chipre escucha
Trágicos ecos de lloroso duelo
En sus ojos hablando piedad mucha.
Con su madre partió el dolor, y al suelo
Viendo con prendas de sangrienta lucha
Flor, deuda suya en sangre y en belleza,
Así en sus privilegios grato empieza.

—«Flor de flores serás, pompa del prado,
Resplandor de la tierra, de Amor llama,
Ojos del valle, nuncio deseado
Del fuego mío, que risueño inflama;
Ornamento del tiempo más templado
De la naturaleza dulce fama,
Que en colores lascivos y suaves
Usar del rostro la elegancia sabes.
Como al rey la corona, la celada
Al mílite glorioso, y el olivo
Bastardo á los atletas, la encarnada
Rosa al hermoso convendrá no esquivo.
Orne el jacinto á la color nevada,
Narciso á la morena, al fugitivo
Cristal robando el sér que le hurtó antes,
La rosa á cuantos hay bellos amantes.
Sagrada á mi deidad serás, la forma
Teniendo como yo joven y tierna,
Que tu cabello de oro al mío conforma
Y ojos por alas tu beldad gobierna.
Por la llama el color ardiente informa
La especie aguda por la flecha interna,
Hija de Venus, como yo, atrevida
Que al cuerpo herimos que nos dió la vida.
Con la alba á un parto nacerás contenta,
Y lánguida con ella al triste ocaso
Morirás, que entre hojas representa
De su bello vivir el breve caso.
Juno, de Venus al ornato atenta,
Á sus envidias impidiendo el paso,
Pedirá mercenario á su hermosura
Tu purpúreo ornamento y compostura.

Nueva Aurora serás al prado ameno
De la pompa selvaje, y resplandeces
Después al suelo estrella, del sereno
Aspecto haciendo á los cristales jueces,
Ya como infante sol del verde seno
Embellecida de oro tantas veces
Romperás la prisión.»—Dijo y hermosas
Sienes y flechas coronó de rosas.
Estrechó en tierno lazo amor desnudo
La bella madre, y con sonoro beso
La rosa ardió en los labios, donde pudo
Quedar contra la edad el golpe impreso.
Las aves simples de la concha al nudo
Á Pafo dieron de los dos el peso,
Dejando el monte cielo á sus favores
Con rosa sol y con estrellas flores.

Cuaderno de rimas varias del maestro Fr. Hortensio Paravicino, D. Luis de Ulloa, Jacinto Polo, D. Gabriel de Moncada, Francisco Zárate, D. Félix Enríquez, Baltasar Elisio de Medinilla, Fr. Juan de Vitoria, Bartolomé Leonardo de Argensola y Conde de Salinas. —Fol. 190.—MSS. autógrafo é inédito de Baltasar Elisio de Medinilla, de la Biblioteca de D. José Sancho Rayón.





ALONSO DE BONILLA.

Alonso de Bonilla fué natural de Baeza, donde nació en el último tercio del siglo xvi. Cultivó desde muy joven la poesía, y á instancias de Manuel de Tabares, maestro de capilla de aquella santa iglesia, escribió *villancicos* y *canzonetas sagradas*, que alcanzaron inmensa popularidad en Córdoba, Sevilla, Granada y Toledo, desde donde se las pedían para todas las fiestas religiosas. No por esto logró gran fortuna, aunque pasó toda la vida en busca de un Mecenas. Las primeras obras poéticas que coleccionó con el titulo de *Peregrinos pensamientos de misterios divinos* las publicó en Baeza en 1614. En el prólogo dijo. «Si este libro se apeteciese en España, ofrezco el sacar á luz un buen número de chanzonetas.» En efecto, al año siguiente de 1615 y «á instancia y pedimento de la insigne ciudad de Córdoba.» imprimió, en Baeza también, las *Glosas á la Inmaculada y Pura Concepción de la siempre Virgen María*, opúsculo de 8 hojas en 8.º, que el mismo año se reimprimió en Sevilla por Martín Clavijo. En este año se publicó en Baeza y en Sevilla también, y por el impresor Clavijo, la *Glosa del Pater Noster y del Ave María de la Concepción, compuesta por Baltasar de Cepeda, con una chançoneta de Alonso de Bonilla*. En 1617 dedicó al Conde de Lemos su *Nuevo jardín de flores divinas;* mas mudados los vientos del favor omnipotente, en 1624 hizo el mismo tributo de rendimiento al Conde-Duque de Olivares, con los *Nombres y atributos de la Virgen*, su hijo

Andrés de Bonilla Calderón, porque su padre había muerto. Lope de Vega calificó de maravillosos pensamientos los del *Jardín de flores;* y el granadino Jacinto de Aguilar y Prado, al publicar en 1629 su *Compendio histórico de diversos escritos en diferentes asumptos* (Pamplona, por Carlos de Labayén), insertó unos versos en su elogio escritos sin duda muchos años antes por Alonso de Bonilla, á quien llamó «insigne ingenio andaluz;» pero modernamente Gallardo escribió acerca de las obras de Bonilla: «La mayor parte de sus composiciones no pasan de santas simplezas.»

ROSA DE JERICÓ.

SONETO Á LA CONCEPCIÓN DE LA VIRGEN.

Forjaron de la culpa los vapores
La nube original, de cuyo seno
Reventó el rayo del mortal veneno
Patrimonio cruel de pecadores.
Centellas son de estímulos y ardores
Las que, en dura vigilia y sordo trueno,
Rondan en yema el espacioso y lleno
Campo de humanas y abrasadas flores.
Mas no pudo abrasar con fuego tanto
Aquella flor cerrada y escogida
Para el olfato del divino esposo:
Porque contra este rayo peligroso
La reliquia del Agnus de la vida
Le concedió *ab æterno* el Padre Santo.

Peregrinos pensamientos de misterios divinos en varios versos, por Alonso de Bonilla: Baeza, por Pedro de la Cuesta, 1614.—Fol. 14.

EL MISTERIO DE LA ROSA.

ATRIBUTO DIVINO DE LA VIRGEN MARÍA.

OCTAVAS.

Rosa de lo mejor de la floresta
De Dios, á quien rindieron tus olores;
Bien manifiestas ser plantada y puesta
De aquel original de agricultores:
Que si de muchas hojas es compuesta
La rosa, que es la reina de las flores,
Reyes innumerables hojas fueron
Que de carne mortal se compusieron.
Si hay reverso en la rosa y más fineza
Puso en la parte de la faz hermosa
De púrpura y olor naturaleza,
Que es la inferioridad menos vistosa;
Humanidad, que infunde al sol belleza,
Es el reverso de la intacta rosa,
Porque á la soberana faz del alma
Todo cuanto no es Dios le rinde palma.
Que si entre tus bellezas peregrinas
Hubo espinas de incultos pecadores,
Por trono elije Dios zarzas y espinas
Para dar á Moisés largos favores.
El agua pasa por agrestes minas

Sin adquirir quilates inferiores,
Y tu rosa pasó al humano estado
Libre de las espinas del pecado.
En ministerio tan humilde y bajo
Adán quedó por la primer comida,
Que fueron todos días de trabajo
Cuantos le dió la temporal medida.
Mas después que esa intacta rosa trajo
Fiesta y descanso á la caduca vida,
Siempre con tu presencia generosa
Estamos en domingo de la rosa.
Rosa es cualquier criatura; mas de suerte
Del pecado y la muerte es ultrajada,
Que siempre escapa del pecado y muerte
Seca de aquél y de éste deshojada.
La virtud de tu rosa heróica y fuerte
Nunca secó la culpa propagada,
Ni la muerte tus miembros deshojados
Dejó, pues hoy están glorificados.
Del desposorio de la carne humana
El fiel otorgo entre ella y Dios se hizo
Con el sí de tu boca soberana
Que á su divino gusto satisfizo.
Vistióse de la rosa en Dios temprana
El que hecho hombre nuestro mal deshizo,
Y así desde tu tálamo sagrado
Salió al mundo vestido de rosado.
Para curar la humana muchedumbre,
El Verbo eterno, médico inefable,
En aquel mayo de su eterna lumbre
Cogió y guardó tu rosa venerable.
Y en fuego de su amor y mansedumbre,

Con artificio y modo investigable,
Sacó, en vez de infusión, sangre preciosa,
Medicina compuesta de tu rosa.
Á sentir la razón las flores bellas,
Guardaran justo y singular decoro
Á su reina la rosa, pues entre ellas
Muestra engendrar en sus entrañas de oro.
Adoren, reina, tus sagradas huellas
La humilde tierra y el empíreo coro,
Porque engendraste, rosa, en tus entrañas
Al oro inmenso, Dios de las hazañas.
Como en el invierno no hay guarismo
Que sume la clemencia que á tí toca,
Quisiste ser el instrumento mismo
Con que invocarte pueda el que te invoca.
Y así, para que salga del abismo
De culpas el que en ellas se desboca,
En varios tiempos y en sucesos varios
Tu rosa virginal les da rosarios.
Y tanto tus devotos se enriquecen
Que, cuando entre celestes beatitudes
Las almas de los justos resplandecen
Adornadas de galas de virtudes,
Con aplauso las miran y engrandecen
Aquellas nueve aladas multitudes,
Porque con los rosarios de tu rosa
Ostentan galas en la patria hermosa.
Tú sola en la mortal naturaleza
Fuiste la rosa virginal cerrada;
Y así convino, pues de tal belleza
Á sólo Dios la puerta le fué dada;
Tanto, que para entrar en tu pureza

El que los orbes fabricó de nada,
Abrió tu rosa á soplos el divino
Espíritu de amor cuando á tí vino.
  Y si los que á la Iglesia son llamados
Han de ser por decreto irrevocable
En inocentes niños transformados
Para impetrar la gloria perdurable,
Con razón de estos niños regalados
Lágrimas van á tí, rosa inefable,
Que es en los niños ordinaria cosa
Suspirar y llorar por una rosa.
  En aquel huerto de la empírea gloria
Hay infinitos árboles plantados,
Así de aquesta vida transitoria
Como de los espíritus alados;
Y aunque á tus plantas de inmortal memoria
Hacen lucir sus deleitosos prados,
Por tí goza el honor seguro y cierto,
Que no es huerto sin rosas cabal huerto.
  Desde el punto que Adán, que á todos culpa,
Fué transgresor contra el Monarca eterno,
Nos condenó su inexorable culpa
Á eterna desnudez y duro invierno.
Hasta que amor divino, que disculpa
Del viejo Adán aquel error paterno,
Por tí dió nuevo tiempo al sér humano:
Que, en naciendo tú rosa, fué verano.
  Viendo cautivo á Adán y á sus despojos
Por la estulticia del primer pecado,
Eran dos fuentes tus divinos ojos
Porque te diera el cielo el deseado.
Tus lágrimas borraron los enojos

De Dios, y así bajó cual sol dorado
Al rocío del alba de tu rosa
Bañando en tu cristal su fuente hermosa.
Es de la rosa pedestal y asiento
Un nudo con esférica figura,
Que es una viva estampa y fundamento
Del alto imperio de tu rosa pura.
Porque la esfera azul del firmamento,
Con toda su estrellada arquitectura,
Sirve de asiento y pie á tu rosa bella
Como á señora y como á reina de ella.
Como el gusto de amor es peregrino,
Parecióle esmaltar de carne humana
La sempiterna joya de oro fino
Del verbo de la diestra soberana.
Trájola al mundo sin abrir camino,
Y, con arte que á todo ingenio gana,
Esta joya esmaltó maravillosa
Del rosicler de tu divina rosa.
Este nombre de rosa comprehende
Á diferentes flores numerosas,
Mas por antonomasia el mundo entiende
Que sólo es una entre diversas rosas.
Tu nombre es justo, y puesto que se extiende
Tu nombre entre las almas venturosas,
Por única eminencia fuiste justa,
Pues la misma justicia en tí se ajusta.
Intacta rosa, que al poder divino
Le tuviste propicio y amoroso,
Cuando de Adán el fiero torbellino
Cuanto Dios floreció dejó espinoso.
Rige mi pluma y ábreme camino

Con el favor de tu divino esposo,
Mientras de Salomón el trono canto,
Rey de los Reyes sempiterno y santo.

Nombres y atributos de la impecable siempre Virgen María en octavas, por ALONSO DE BONILLA: Baeza, por Pedro de la Cuesta, 1624.—Fol. 153.





D. FRANCISCO DE QUEVEDO.

D. Francisco Gómez de Quevedo y Villegas *(Fabio)*, señor de la Torre de Juan Abad, Caballero del hábito de Santiago, nació el 26 de septiembre de 1580 en Madrid. Su padre, Pedro Gómez de Quevedo, burgalés de la Montaña, tuvo el cargo de Secretario de la Reina Doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II. Su madre, Doña María de Santibáñez, servía en Palacio á la Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, Gobernadora de Flandes. Muertos éstos, quedó D. Francisco, ya mancebo, bajo la tutela del Protonotario de Aragón, D. Agustín de Villanueva. En Alcalá de Henares dió á la precoz espontaneidad de su admirable ingenio la poderosa fuerza de los estudios profundos. Aprendió lenguas sabias y vulgares, filosofía racional y especulativa, letras y jurisprudencia, y en todo fué consumado. Muy joven entró en Palacio, donde adquirió el cariño del Rey y el favor del Duque de Lerma, y en 1606 ya escribía *La casa de los locos de amor* y el primero de los *Sueños*, que dedicó al Conde de Lemus en 1607, año en el que aparece además un soneto suyo laudatorio en *La Restauración de España*, de Cristóbal de Mesa. De 1609 data su noble amistad con el gran Duque de Osuna, D. Pedro Girón, ilustre en Nápoles. en las empresas del mar Mediterráneo y en las arriesgadas de Venecia. Desde 1610, á consecuencia de un desafío, refugióse Quevedo á su amistad en Sicilia. En 1613 volvió á Madrid, siendo recibido con palmas por los ingenios y señores que á la sazón concurrían á la Academia del Conde de Saldaña,

de que fué uno de los ornamentos. Volvió en 1617 á Italia, de donde, condecorado con el hábito de Santiago por sus servicios, regresó en 1620. Complicado en 1621 en el inicuo proceso que se formó al Duque de Osuna, diéronle por libre los jueces en 1622, y en 1623 se le alzó la prohibición de entrar en la corte, y se le otorgó el señorío de la Torre de Juan Abad. Ni aun así conquistó ya para sí la amistad de Quevedo el Conde-Duque de Olivares. Satisfizo su gratitud con la dedicatoria de su *Epístola censoria;* mas al publicarse su *Política de Dios*, crítica velada de la del valido omnipotente, fué desterrado de nuevo. En 1632 fué nombrado Secretario de Felipe IV. Hasta 1639 luchó enérgicamente con la emulación; empero, comprada por vil precio una Dalila de sus amores, fué delatado al Rey por una de sus sátiras, y se le llevó preso al Convento real de San Marcos, extramuros de la ciudad de León, de donde no volvió á la corte hasta 1643. Pasó á residir en su Torre, agotadas las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y, trasladado enfermo á Villanueva de los Infantes, murió en 8 de marzo de 1645. Su vida fué la de un gladiador, heróica; sus obras, inmortales.

CORONA DE ROSAS.

SONETO INÉDITO.

Abracen, bella Thirse, tu cabeza
Aquestas rosas que con blanda mano
Hurté de entre sus galas al verano,
Atrevimiento igual á mi pobreza.
En ellas imitó naturaleza
Algo del rostro tuyo soberano:
El don es pobre y el dador villano;
Sólo mi voluntad las da riqueza.

Mas aunque son humildes, en tu frente
Bien las puedes poner por ser tan bellas:
¡Empiézate á vestir de mis despojos!
Será la vez primera que se cuente
Que el sol ha coronado las estrellas:
Pues es lo mismo coronar tus ojos.

BIBL. NAC.—Sala de MSS., *M*-10.—Fol. 245.

Á UN ROSAL.

GLOSA.

Rosal, menos presunción
Donde están las clavellinas,
Pues serán mañana espinas
Las que agora rosas son.

—

¿De qué sirve presumir,
Rosal, de buen parecer,
Si aún no acabas de nacer
Cuando empiezas á morir?
Hace llorar y reir
Vivo y muerto tu arrebol,
En un día y en un sol;
Desde el oriente al ocaso,
Va tu hermosura en un paso,
Y en menos tu perfección:
Rosal, menos presunción
Donde están las clavellinas,

Pues serán mañana espinas
Las que agora rosas son.

—

No es muy grande la ventaja
Que tu calidad mejora:
Si es tus mantillas la aurora,
Es la noche tu mortaja.
No hay florecilla tan baja
Que no te alcance de días;
Y de tus caballerías,
Por descendiente del alba,
Se está riyendo la malva,
Cabellera de un terrón!
¡Rosal, menos presunción
Donde están las clavellinas,
Pues serán mañana espinas
Las que agora rosas son!

El Parnaso Español. Poesías de D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS: Madrid, por Manuel Román, 1713. *Musa V.* Letrillas líricas, III. Pág. 325.—En la edición de 1651. Pág. 340.

HISTORIA DE LA ROSA.

TRADUCCIÓN DE LA ODA LII DE ANACREONTE.

Ετεφανηφόρου μετ' ἦρος.

Con el verano, padre de las flores,
Juntemos de la rosa los loores:
La rosa es flor y admiración del cielo,
Deleite de los hombres en el suelo;

La rosa, por los prados
De yerbas y de flores coronados,
Á las ninfas amantes
Hace á las bellas diosas semejantes.
  La rosa, entre las plantas más perfetas,
Da cuidado y sujeto á los poetas,
Pues á cantar sus hojas las obliga;
La rosa es de las musas blanda amiga;
Y aunque nace tejida en las riberas
Entre desapacibles cambroneras,
Mal acondicionada en sus espinas,
Con sus colores finas,
Del que la corta en el jardín lozano
Regala la nariz, hiere la mano;
Y engastada en torcidas esmeraldas
Hace dignas de Apolo las guirnaldas.
  En los días solenes,
Cuando pródigo Baco de sus bienes
Da vinos olorosos,
A quien la antigüedad hace facciosos,
La rosa es la primera golosina
A que la vista el apetito inclina.
Mas decidme, ¿qué cosas
Hay buenas sin las rosas?
¿Por ventura la aurora,
Cuando al nacer del día perlas llora,
No muestra con rosada mano abierta
Del oriente la puerta?
¿No con rosados brazos
Tejen las ninfas al amor los lazos?
¿No llaman muchos doctos escritores
Rosada á Venus, madre de las flores?

Mas ¿para qué me canso? ¿Por ventura
No es de mortales accidentes cura?
Defiende de la hambre de la tierra
El cuerpo que en el túmulo se cierra,
Y resisten sus galas
Del tiempo vario las veloces alas.
El olor que tenía,
Cuando en sus mocedades transcendía,
Venciendo el zumo que en Pancaya arde,
A la vejez le da que se la guarde:
Su nacimiento, pues, no es generoso,
Cuando en el espacioso
Mar nació Venus con belleza suma,
Nieta del agua é hija de la espuma.
Y cuando armada con escudo y asta
Del cerebro de Júpiter Minerva
Nació virgen, robusta, eterna, casta,
Para quien alta ciencia se reserva,
Entonces de las rosas el linaje
A todas las estrellas hizo ultraje,
Y el sol bebió en sus hojas desde oriente
Lágrimas de la aurora blandamente.
Es su grandeza tanta,
Que la congregación de dioses santa
Regó con néctar dulce, y reservado
A menos que divina eterna boca,
¡Que no es grandeza poca!
El descortés rosal que nació armado,
Para que de él naciese y se criase
Planta amiga de Baco que la honrase.

Anacreón castellano, con paraphrasi y comentarios por D. Francisco Gómez de Quevedo: Madrid, imprenta de Sancha, 1794.



D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

D. Esteban Manuel de Villegas nació en la villa de Matute, en la Rioja, el 5 de enero de 1589. Pasó á Salamanca, donde estudió con ahinco á Anacreonte y á Horacio, distinguiéndose casi niño como consumado poeta. Ya hombre, trasladó su vecindad á la inmediata ciudad de Nájera, en donde publicó sus *Eróticas*. Su carácter excéntrico; su índole burlona y satírica, y la emulación que siempre en localidades pequeñas despierta la superioridad, le concitaron envidias que amargaron ya para siempre su existencia. Acusado ante la Inquisición de Logroño de sostener en sus conversaciones privadas algunas proposiciones poco razonables, así sobre dogma y moral como contra las buenas costumbres, se le formó un largo proceso, al cabo del cual se le condenó por el Consejo Supremo del Santo Oficio á abjurar *de levi*, á no escribir sátiras y borrar las que había escrito y tenia retenidas el Tribunal, y, por último, á no poder residir en Nájera, Logroño ni Madrid, ni ocho leguas en contorno. Este destierro lo cumplió resignadamente desde 6 de octubre de 1658 hasta 11 de marzo de 1660 en Santa María de Rivarredonda, en la Bureba. Habiéndosele permitido volver temporalmente á Nájera, allí murió en 3 de septiembre de 1669. —El ser «sol naciente entre los poetas de su siglo,» según la opinión del Sr. Cánovas del Castillo, no contribuyó poco á su desgracia. Un gran número de las obras de Villegas se extravió á causa de su proceso, ignorándose del mismo modo dónde paran en la actualidad las *Disertaciones latinas* que en el siglo

anterior poseyó el P. Fr. Martín Sarmiento, y *Diversas cartas y papeles en verso* que fueron en el siglo XVII de D. Lorenzo Ramírez de Prado, y se archivaron después en la librería del Colegio Mayor de Cuenca, en Salamanca. Ni D. Vicente de los Ríos ni López Sedano escribieron bien en el *Parnaso Español* la biografía de Villegas. Este honor ha cabido al señor Cánovas del Castillo, después de las investigaciones hechas en los papeles del Consejo Supremo de la Inquisición (libro núm. 561, fols. 283 á 320), donde se halla la *Relación de los méritos de la causa que se le instruyó. (Revista Hispano-americana,* tomo VII, núm. 27, pág. 1.)

LA QUINTA ESENCIA.

SONETO.

Tras los rosados de mi Lyda hermosa
Tendió el amor sus labios de corales,
Que, si por dignos no, por serviciales
Merecieron lograr suerte amorosa.
¿A quién les concedió la edad briosa
Vibrar centellas á su llama iguales,
Que á un tiempo hicieron desgajar cristales
De coral á coral, de rosa á rosa?
Y tal la suavidad fué de este empleo,
Que el gusto apenas hizo breve ausencia,
Cuando Lyda volvió con voz sucinta,
Y dijo:—¡Oh! dulce bien de mi deseo,
Si tal gusto nos da tu prima esencia,
¿Qué gloria no dará tu esencia quinta?

Las eróticas ó amatorias de D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS: Nájera, por Juan de Mongastón, 1617.—Parte iij, fol. 79 vuelto.

ROSA VIRGEN.

TRADUCCIÓN DE CATULO.

ENDECHA.

Ut flos in septis.
(Oda LXIII.)

Como rosa que nace
En el jardín cercado,
No sujeta al arado
Ni al ganado que pace;
Cuyo primer aumento
El sol, el agua, el viento
Crece, crea y halaga;
Con cuya vista paga
Del dueño amado el celo;
A quien promete el cielo
De piedad cada día
Cristal que la rocía;
Que mientras no es tocada
Crece su lozanía
Y es de todos amada;
Mas si en ajena mano
Pierde el lustre lozano
Y á deslucir comienza
La nativa vergüenza,
Al paso que es amada
Viene á ser desdeñada:
Así la virgen bella,
En tanto que es doncella,

Es de todos querida
Con el alma y la vida;
Mas cuando se ve falta
De dignidad tan alta,
Si busca quien la quiera,
Es más aborrecida
Que ponzoñosa fiera.

Idem id. *Cantilena* iij.—Fol. 92.

EL AMOR Y LA ABEJA.

CANTILENA.

Aquellos dos verdugos
De las flores y pechos,
El amor y la abeja,
A un rosal concurrieron.
Lleva armado el muchacho
De saetas el cuello,
Y la bestia su pico
De aguijones de hierro.
Ella va susurrando,
Caracolas haciendo,
Y él creando mil risas
Y cantando mil versos.
Pero dieron venganza
Luego á flores y pechos,
Ella muerta quedando
Y él herido volviendo.

Idem id. *Cantilena* xxxij.—Fol. 109.

CORONA DE ROSAS.

ODA DE ANACREONTE.

La rosa de Cupido
Juntemos á Lieo,
Y de ella laureados
Bebamos y juguemos;
La rosa, que á las flores
Es suave ornamento,
Y del verano alegre
El cuidado primero;
La rosa, que á los dioses
Es deleite, y por esto,
De rosas coronado,
Danzas sigue el de Venus.
Haz, pues, oh padre Baco,
Que de rosas compuesto
Y de lira adornado,
Me reciba tu templo.
Suaves daré olores,
Suaves diré versos,
Y juntos yo y mi dama
Suaves bailaremos.

Idem id., Parte j.—*Monostrophe* VI, fol. 125 vuelto.

LEYENDA DE LA ROSA.

ODA DE ANACREONTE.

Con el verano alegre,
Que es padre de las flores,
Casemos á la rosa,
Que es ámbar de los dioses;
La rosa, que es suave
Delicia de los hombres,
Ornato de las gracias
Y beso de Dione;
La rosa, que á poetas
Argumento es conforme,
Y á las hermanas nueve
Del Cabalino monte;
La rosa, que es amable
Al brazo que la coge,
Por más que se defienda
Con espinas de bronce;
La rosa, finalmente,
Que suave responde
Al tocar con halagos,
Al oler con olores;
La que solemnes fiestas
Espléndida compone.
Pero donde ella falta,
¿Qué adornos hay que sobren?
De rosa son los dedos

Del alba entre arreboles,
Y de rosa los brazos
De las ninfas del bosque.
La misma Citerea,
La hospedera de Adonis,
Por ella ha merecido
Mil títulos y nombres.
La rosa, pues, medica
De sus ajes al hombre,
Y al hecho ya cadáver
Libra de corrupciones.
Opónese á los tiempos,
Y en vejez uniforme
Despide aquellos mismos,
Que en juventud, olores.
Pero va de su origen,
Pues fué de sus loores,
Y á quien la edad venera
La antigüedad abone.
Cuando con las espumas
Mezclados los rigores,
Parieron á la Venus
Tan dulce como dócil,
Y el curado cerebro
Del soberano Jove
A Palas, que preside
Armada entre escuadrones;
Del seno de la tierra
Nació la rosa entonces,
Que acudió con su néctar
La turba de los dioses;
De cuya mata luego,

Tan dulce como noble,
Nació tu planta, Baco,
Que es néctar de los hombres.

Idem. id., Parte j.—*Monostrophe* xlij, fol. 143 vuelto.

AL AMOR.

DE JULIANO EGIPCIO.

MONOSTROPHE LIX.

Tejiendo unas guirnaldas
Ví á Amor entre las rosas,
Y él, batiendo las alas,
Vertió vino en mi boca.
Yo bebí amor y vino,
Y desde aquella hora
Se apoderó el muchacho
De mis entrañas todas.

Idem id., Parte I.—Fol. 157.

EPIGRAMA IX.

Entre rosas á Cupido
Fué á atar con manos hermosas
Hyëla, viéndole escondido,
Y ambos á dos entre rosas
Luchan á brazo partido.

Mas viendo en distancia corta
Amor la belleza junta,
Esto á su madre le exhorta;
—Busca otro hijo, Amathunta,
Que á mí esta Venus me importa.

Idem id., Parte iij.—Fol. 81.





TOMÁS GUDIEL.

TOMÁS GUDIEL, hijo del Dr. Jerónimo Gudiel, nació en Osuna (?) hacia 1565-70. Los Gudieles eran familia oriunda del antiguo reino de Toledo, habiéndolos establecidos en aquel tiempo en la capital, en Talavera de la Reina y en Alcalá de Henares. En la Universidad complutense era doctor en Medicina Jerónimo Gudiel cuando el Conde de Ureña fundó la de Osuna, y de allí le sacó el munífico magnate, ofreciéndole una cátedra en el nuevo Liceo. Sirvióla Gudiel desde el año de 1552; en Osuna, más tarde, contrajo matrimonio, y de él tuvo por hijo á Tomás, el cual se dedicó á las humanidades con buena disposición para la poesía. Nunca se publicaron sus obras, aunque en su tiempo debieron estar en manos de todos. Pedro de Espinosa, en sus *Flores de poetas ilustres*, dió á conocer algunas, y lo mismo hicieron en sus reglas de elocuencia castellana Ximénez Patón desde Baeza y Alvarado y Alvear en su *Heroída ovidiana*. Este último preceptista copia obras ó fragmentos de Gudiel en los folios 22, 72, 78, 85, 89, 91 y 108 de su edición de Burdeos de 1628. De Jerónimo Gudiel, padre de Tomás, es el estimado *Compendio de la casa de los Girones*, que publicó en 1577 en Alcalá en casa de Juan Íñigo de Lequerica. No se tienen otras noticias de estos estimables autores. Hay otros escritores de este apellido: una composición poética de Doña Catalina Gudiel de Peralta, impresa en 1617, se halla en la *Descripción de la capilla del Sagrario de Toledo*, que, dedicada al Cardenal-Arzobispo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, pu-

blicó el licenciado Pedro de Herrera (Madrid, imprenta de Luis Sánchez). En 1606 el Consejo de Órdenes hizo gracia del velo en las Comendadoras de Santiago á Doña Petronila y Doña Catalina Gudiel, hijas del licenciado Francisco Gudiel, que era por aquel tiempo Alcalde de casa y corte. En la magistratura de todo el siglo XVII se encuentran también varios Gudieles.

EL SOL DE LAS FLORES.

SONETO.

Hija del sol, y de sus bosques hija,
Sol de las flores, nace en la mañana
Rosa que ofende nácares ufana
Si á la aurora su púrpura prohija.
Sobre mucha beldad el tiempo aguija,
Y encubierta en la luz la muerte cana
A joven flor con rayos inhumana
Hace que el sol hasta morir la aflija.
Muere, belleza, porque el tiempo quiere
Darte ejemplar á menos reducido
Del discurso luciente de los años;
La luna, de este espejo deslucido,
Clara te avisa, que lo bello muere,
Si te lisonjease en tus engaños.

Heroída ovidiana: Dido á Eneas, con paráfrasis española y morales reparos, ilustrada por SEBASTIÁN DE ALVARADO Y ALVEAR: Burdeos, por Guillermo Millanges, 1628.—Pág. 78





D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.

D. Pedro Calderón de la Barca y Riaño, caballero del hábito de Santiago, capellán de S. M. en la de los Reyes Nuevos de Toledo, nació en Madrid el 7 de enero de 1600. Su padre D. Diego, señor de la casa de Calderón, era oriundo de la más vieja hidalguía de la montaña castellana, y servía en Hacienda de secretario de la Cámara de los Reyes Felipe II y III. El Colegio imperial tuvo por alumno á D. Pedro y después la Universidad de Salamanca, de donde en 1620 salió con el grado de Bachiller en Jurisprudencia. Á los trece años escribió su primera comedia, *El carro del cielo;* mas hasta 1620 no reveló públicamente sus facultades, presentándose á disputar un premio en la *Justa poética* que se celebró con motivo de la beatificación de San Isidro. No sólo se presentó á los certámenes primero, tercero, cuarto, noveno y décimo, obteniendo en el primero una recompensa con Lope de Vega y López de Zárate contra Jáuregui, Luis de Belmonte, Miguel Silveyra y Antonio López de Vega, sino que dió al *Fénix de los ingenios*, que fué el autor de la descripción, otro soneto para el prólogo, mereciendo que éste, en el resumen del certamen, con gran interés recomendara á la admiración de su selecto auditorio

Á D. Pedro Calderón,
Que merece en años tiernos
El laurel que con las canas
Suele producir el tiempo.

Ya había asistido también á la de la beatificación de Santa Teresa, y posteriormente su *Elegía en la muerte del Infante D. Carlos* y su *Panegírico al Almirante de Castilla,* le dieron gran celebridad en la corte. Todavía se ignora por qué en 1649 no se publicó con su nombre, sino con el de D. Lorenzo Ramírez de Prado, su *Relación del recibimiento de la Reina Doña Mariana de Austria.* Bien es verdad que este caso es frecuente entre nuestros escritores, y que en 1655 se publicaba como de D. Claudio Antonio de Cabrera, con el título de *Juicio de artes y ciencias,* la después tan vulgarizada *República literaria,* de D. Diego de Saavedra y Fajardo. Otros ejemplos pueden citarse. Desde el año de 1619 Calderón era caballerizo del Duque de Alba y en 1625 militó en los ejércitos de Italia y Flandes. Llamado (1636) para escribir las composiciones dramáticas que habían de representarse en las fiestas reales, por muerte de Lope de Vega (1635), obtuvo el hábito de Santiago, y en 1641 la banda de capitán de caballos corazas. Diez años después se ordenó de sacerdote, pasando á Toledo como capellán de los Reyes Nuevos y de honor de S. M. hasta 1663 en que volvió á la corte. En Madrid murió el 25 de mayo de 1681. Después de Lope de Vega no ha habido en España poeta más fecundo que Calderón, así en comedias como en Autos sacramentales. *La vida es sueño,* la mayor de sus obras, ha sido traducida á todos los idiomas cultos, y los juicios y comentarios que se han hecho en todas las lenguas de esta obra y de su autor constituyen una enorme biblioteca calderoniana. «Su prestigio y la autoridad de su nombre era tal, que el día de su entierro fueron más de 30.000 personas con hachas acompañando al cadáver.» (El Marqués de Villatóreas.)—«Desde sus primeros pasos en el jardín de las Piérides obtuvo el primer lugar en las academias, el mejor premio en los certámenes y en el teatro la opinión más segura.» (Montalván.)—El segundo centenario de la muerte de Calderón celebróse en Madrid, en 1881, con representación de las Universidades de Portugal, Francia, Alemania é Italia.

SONETOS.

I.

SICUT UMBRA.

Éstas que fueron pompa y alegría,
Despertando al albor de la mañana,
A la tarde serán lástima vana,
Durmiendo en brazos de la noche fría.
Este matiz que al cielo desafía,
Iris listado de oro, nieve y grana,
Será escarmiento de la vida humana:
¡Tanto comprende el término de un día!
A florecer las rosas madrugaron
Y para envejecerse florecieron:
Cuna y sepulcro en un botón hallaron.
¡Tales los hombres su fortuna vieron!
En un día nacieron y espiraron:
Que, pasados los siglos, horas fueron.

El Príncipe constante, comedia de D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA.—*Galán, valiente y discreto*, comedia del Dr. MIRA DE MESCUA, jornada ij.—*Poesías de* D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA, *con anotaciones de* D. ADOLFO DE CASTRO: Cádiz, *Revista Médica*, 1845.—Pág. 48.

II.

Á UNA DONCELLA ESQUIVA.

¿Ves esa rosa que tan bella y pura
Amaneció á ser reina de las flores?
Pues, aunque armó de espinas sus colores,
Defendida vivió, mas no segura.

A tu beldad enigma no sea obscura
Dejándote vencer, porque no ignores
Que, aunque armes tu hermosura de rigores,
No armarás de imposibles tu hermosura.
Si esa rosa gozarse no dejara,
En el botón donde nació muriera,
Y en él pompa y fragancia malograra.
Rinde, pues, tu hermosura, y considera
Cuánto fuera dolor que se ignorara
La edad de tu florida primavera.

Poesías de D. Pedro Calderón de la Barca, *con anotaciones y un discurso por apéndice sobre plagios que de antiguas comedias y novelas españolas cometió Le Sage al escribir su Gil Blas de Santillana, por* Adolfo de Castro: Cádiz, *Revista Médica*, 1845.—Pág. 65.





FRANÇISCO LÓPEZ DE ZÁRATE.

Francisco López de Zárate *(el caballero de la Rosa)*, nació en Logroño en 1580. Sirvió en Italia, y vuelto á España el Marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderón, le llevó á un empleo en la Secretaría de Estado del Despacho Universal. En 1519 publicó su primer volumen de *Varias poesías* en Madrid, las cuales, corregidas y adicionadas, constituyen las *Obras varias* que volvió á imprimir en Alcalá de Henares en 1651. En el intermedio dió á la estampa su *Poema heróico de la invención de la Cruz*, que se imprimió en 1648 en Madrid en la imprenta del Reino. Dedicó la primera edición de sus *Poesías* al Duque de Medinasidonia, D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán, que le dió tantos escudos de oro cuantos versos tenía el libro. Mucho más tarde endulzó con sus versos el destierro del Almirante de Castilla D. Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, también poeta y autor de los *Fragmentos del ocio*, que anónimos corren por los archivos de la curiosidad. Pero muerto desgraciadamente su primer favorecedor, también á López de Zárate se le eclipsó para siempre la fortuna, á pesar de los deseos de su bienhechor el Conde de Molina, D. Pedro Messía de Tovar. No justificaban sus infortunios las amables prendas que le adornaban. Gaspar Caldera de Heredia, en su *Arancel político*, refiere un anécdota de su juventud, que prueba el temple de su espíritu en las finezas del compañerismo escolar, y otros escritores coetáneos dejaron consignado que no sólo se distinguió López de Zárate por su talento, sino por la urbanidad de sus modales y hasta por el esmerado aseo y decencia de su persona. El Duque de Frías, en el *Deleite de la*

discreción (Madrid, 1749), reprodujo en picante anécdota los documentos de la extremada agudeza de su ingenio. Concurrió á todas las Academias de su tiempo, y su elogio y sus versos fueron solicitados para todos los libros y para todos los certámenes. Aun con tal prestigio, desde 1621 en que renunció la plaza que le había dado el Marqués de Siete Iglesias, hasta 1658 (5 de mayo) en que murió, pasó ruda vida de estrechez y necesidades. Lope de Vega, en el prólogo de la *Relación de las fiestas en la beatificación de San Isidro* (1625), ponderó en cabeza de López de Zárate los vuelos que había tomado por aquel tiempo la poesía española, diciendo: «Pero si quisiéramos hacer rostro á Italia, no faltarían ahora notables nombres; pues bien se puede oponer el soneto *Á la Rosa* de Francisco López de Zárate á todos los de entrambas lenguas. Rosa es ésta que no la podrá marchitar ni el ardor del sol ni el hielo de la envidia.» Después, en el vejamen, añadía á propósito del mismo autor:

Caballero de la ROSA
Le llaman por excelencia;
Pero tales *silvas* hace
Que tales ROSAS engendra.

En efecto: por una silva López de Zárate había obtenido un premio en el certamen de San Isidro.

SONETOS.

I.

ROSA TRIUNFANTE.

Ésta, á quien ya se le atrevió el arado,
Con púrpura fragante adornó el viento;
Y negando en la pompa su elemento,
Bien que caduca luz, fué sol del prado.

Tuviéronla los ojos por cuidado,
Siendo su triunfo breve pensamiento;
¿Quién, sino el hierro, fuera tan violento
De la ignorancia rústica guiado?
Aún no gozó de vida aquel instante
Que se permite á las plebeyas flores,
Porque llegó al ocaso en el oriente;
¡Oh! tú, cuanto más rosa y más triunfante,
Teme: que las bellezas son colores,
Y fácil de morir todo accidente.

I. *Varias poesías de* FRANCISCO LÓPEZ DE ZÁRATE, *natural de la ciudad de Logroño*: Madrid, por la viuda de Alonso Martín de Balboa, 1619. Fol. 77 vuelto.—II. *Obras varias de* FRANCISCO LÓPEZ DE ZÁRATE: Alcalá de Henares, por María Fernández, 1651. Página 82.—D. Cayetano Rosell, en la *Colección escogida de obras no dramáticas de Frey Lope de Vega Carpio* (*Bibl. de Autores españoles:* Madrid, por Rivadeneyra, 1856), atribuyó este soneto equivocadamente al Fénix de los Ingenios. (Soneto 311, pág. 395.)—D. Mariano Vergara (*Cultivo de los rosales en macetas:* Madrid, por M Tello, 1889, pág. 168), ha incurrido en la misma equivocación.

II.

DELEZNABLE CONDICIÓN DE LA HERMOSURA.

Átomos son al sol cuantas beldades
Con presunción debida, siendo flores,
Siendo caducos todos sus primores
Respiran, anhelando eternidades.
La rosa, ¿cuándo, cuándo llegó á edades
Con todos sus fantásticos honores?
¿No son pompas, alientos y colores
Rápidas, fugitivas brevedades?

Tú, de flor y de rosa presumida,
Mira si te consigue algún seguro
Ser en gracias á todas preferida.
Ni es reparo beldad, ni salud muro:
Pues va de no tener, á tener vida,
Ser polvo iluminado ó polvo obscuro.

Obras varias de Francisco López de Zárate: Alcalá, 1651. Pág. 81.—Repetida á la pág. 103 de la misma edición.

III.

BELDAD PASADA, VIVA EN LA VIRTUD.

Pues que se duda ya si fuiste hermosa,
En la que más lo fué, mayor herida,
Y te cupo beldad que, repartida,
No hubiera ni envidiada, ni quejosa;
Mira el breve minuto de la rosa,
Tránsito compendioso de la vida;
Mira: veráste en ella repetida;
Seca es salud, y vanidad pomposa.
Tu bella inmensidad en cuanto bella;
Instante en cuanto humana; brevedades
Convierte en siglos, aspirando á estrella.
Haz cosecha de todas las edades:
Que si en la brevedad fuiste centella,
Será tu lucimiento eternidades.

Obras varias de Francisco López de Zárate: Alcalá. por María Fernández, 1651.—Pág. 90.

LA MUERTE DE ADONIS.

ROMANCE.

Rosas deshojadas vierte
Á un valle que las recoge
El más venturoso amante
Y el más desdichado joven.
Con su propia sangre infunde
Lo aromático á las flores;
Tanto que, de ella animadas,
Cada flor es un Adonis.
Robusta fiera ejecuta
La voluntad de los dioses,
Envidia de su ventura
Y escarmiento de los hombres.
Rayos fulmina su boca,
Asolación de los robles,
Castigo indigno de un Dios,
En un delito tan noble.
—¡Ay! fiera enemiga, dice,
Qué lazo tan dulce rompes!
Si amor por culpa castigas,
Á Júpiter no perdones.
Cayó, en fin, en tierra, dando
Últimas respiraciones,
Cuerpo hermoso, que, viviendo,
Era deidad de los montes;
Cuando por oculta senda,
Apresurada á las voces,

Muerta de amores venía
La diosa de los amores.
De transparente cristal
El pie en el arena pone,
Desnudo, que sólo en sí
Pudo hallar de qué se adorne.
Entre sierpes de coral,
Que á darle la nueva corren,
La imagen que más adora
Profanada desconoce.
De sus ansias advertida
Curso y aliento interrompe,
Y para poder llegar
De la duda se socorre.
Pendiente de si le mira
Y luego que reconoce,
Toda la deidad abate
Claveles juntando á soles.
En el ocaso los halla
Cargados de largas noches,
Y donde antes frescas rosas,
Ya cárdenos lirios coge.
Para limpiarse la sangre
Velos y lágrimas rompe,
Y con reforzado aliento
Contra la muerte se opone.
Á voces le infunde el alma,
Y aunque la imprimiera en bronces,
Por la herida sale en viento
Si entra por la boca en voces.
No pudiendo por los hados
Que la sentencia deroguen,

Procuraba ser mortal
Al menos por las pasiones.
Después que dieron lugar
A las quejas los dolores,
Juntando á llanto y suspiros
Fragantes adoraciones,
—A pesar, dijo, de envidias
Multiplicaré favores,
Que naciste á que te amase
Y mueres á que te adore.
Será tu dulce memoria
Fin de todos mis ardores,
Y no me impedirá Marte
Que de tí no me corone.
Calló, adornando su frente
Con los recientes Adonis,
Y vive, si eterno en flor,
Sagrado en Venus su nombre.

Obras varias de Francisco López de Zárate: Alcalá, por María Fernández, 1651.—Romance IX, pág. 35.

A FILIS, QUE TRAÍA UNA ROSA EN LA CABEZA.

SONETO.

¿Piensas, por vivir hoy, vivir mañana,
Llegándote al sepulcro todo instante,
Por más que te prometa lo elegante
Eternidades para pompa vana?
Exhórtete esa rosa, que, aunque ufana
En oro ardiente, en púrpura radiante,
Sus adornos la intiman lo inconstante,
Que es su oriente y su ocaso una mañana.
Su fastuosa beldad sirva de espejo
A tu mortalidad para exhortarte:
Déte el ser breve, efímera, consejo.
Verte en ella es cordura, no mirarte:
Con lo que te deslumbra, te aconsejo
Sirva su brevedad de eternizarte.

Obras varias de Francisco López de Zárate: Alcalá de Henares, por María Fernández, 1651.—Pág. 113.





D. SEBASTIÁN FRANCISCO DE MEDRANO.

D. Sebastián Francisco de Medrano nació en Madrid á fines del siglo xvi: abrazó la carrera eclesiástica pasados los primeros fervores de la juventud, y alcanzó por medio del cuarto Duque de Feria, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, de quien era capellán, limosnero mayor y tesorero, el cargo de Protonotario apostólico. Fundó en Madrid la Academia Peregrina de 1623 á 1626, habiendo antes concurrido con aplauso á las de señores y grandes desde 1613. Sus *Rimas* las publicó en Palermo en 1617 Pedro Venegas de Saavedra, y luego el poeta dió versos á D. Francisco de Lugo y Dávila en elogio de su *Teatro popular*, colección de novelas morales que se publicaron en Madrid en 1622. En pliego suelto rindió á sus protectores el homenaje de la gratitud, eantando el epitalamio á las bodas del Marqués de Feria con la hija del de Priego, hasta que en 1631 su amigo D. Alfonso del Castillo Solórzano comenzó á publicar en Milán sus obras, bajo el título de *Favores de las Musas;* mas de esta edición no queda sino el tomo primero, pues el segundo se perdió en un naufragio trayéndolo de Italia á España. Poesías sueltas de Medrano se hallan en los preliminares de varios libros hasta 1650, y en la Biblioteca Nacional (*M*-83) hay algunos inéditos. El poeta murió en Madrid en 1653. En la edición de Castillo Solórzano, en Milán, se incluyen las comedias *Venganzas de amor, Lealtad, amor y amistad* y *Triunfo de la alegría*, y la tragedia *El lucero eclipsado*. Estuvo casado en Toledo, donde, en 1646, le nació un

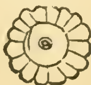
hijo, D. Francisco Fernández de Medrano, fundador en Bruselas de la primera Academia militar que hubo en España, y de quien Rodríguez Villa ha publicado la biografía. (Madrid, por Ginés Hernández, 1882.)—D. Francisco de Rioja, poeta que prodigó tan poco sus elogios poéticos, escribió el soneto XV de sus *Obras* á la muerte de Sebastián Francisco de Medrano, su amigo más constante.

Á GALATINA.

SONETO.

Ésta, que te consagro, fresca rosa,
Primicia, Galatina, del verano,
Haya virtud, tocándola tu mano,
De hablarte muda así, tirana hermosa:
—«Esa faz, esa misma que envidiosa
Vió la mañana y admiró el temprano
Sol, con desprecio la verá y ufano
El Héspero ya mustia y mentirosa.
Yo nací hoy tal, que á emulación del día
Robé los ojos: ya no soy cual era:
Que la belleza es breve tiranía.»
Y tú dirás:—«¡Oh nunca hermosa fuera,
Si así de breve marchitarme había
Para más llorar siempre que me viera!»

Remedios de amor de PEDRO VENEGAS DE SAAVEDRA, *con otras diversas rimas de* D. FRANCISCO DE MEDRANO: Palermo, por Ángelo Orlandini y Decio Cirilo, 1617.—*Rimas de Medrano.* Soneto XXI, pág. 128.





PEDRO SOTO DE ROJAS.

Pedro Soto de Rojas *(el Divino)* nació en Antequera hacia 1587 ó 90. Durante sus estudios en Granada se hizo notar por su estro poético y sus talentos, pues ya en 1610 asistia con sus versos al certamen poético que se celebró en Sevilla en la fiesta de la beatificación de San Ignacio de Loyola, cuya relación fué impresa el mismo año (Lérida, por Luis Estupiñán), habiendo sido escrita por el licenciado Francisco de Luque Fajardo, y á cuyo certamen concurrieron de toda Andalucía 72 ingenios y 11 alumnos ingleses, escoceses é irlandeses del Colegio inglés. Con todo, versos suyos hay también en elogio de Luis Vélez de Guevara en el *Elogio del Juramento del Príncipe D. Felipe Domingo* (Madrid, por Miguel Serrano de Vargas, 1608), y de 1612 en *La Cruz*, poema de Albanio Remírez de la Trapera. De modo que cuando en 1623 dedicó al Conde-Duque de Olivares sus *Desengaños de amor en rimas,* ya gozaba una lisonjera reputación, que en Madríd afirmó más con su discurso sobre la *Poética*, con que se abrieron las sesiones de aquella celebrada *Academia selvaje,* en que tomó el nombre de *el Ardiente*, como Argensola el de *el Bárbaro.* Góngora, Mira de Mescua, López de Zárate, los dos Tovar de Valderrama (D. Domingo y D. Jorge), el licenciado Cuenca y el dramático Alonso Ramírez de Arellano, celebraron con versos laudatorios la aparición del primer libro de Soto de Rojas, y el Conde-Duque de Olivares premió la dedicatoria con una canongía que dió al poeta en la Colegial de Granada y la ve-

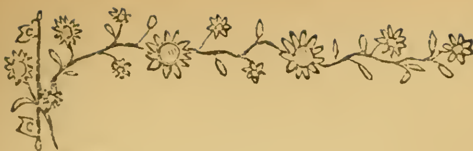
nera de abogado del Santo Oficio. Antes del favor de D. Gaspar de Guzmán, había sido protegido del Conde de Alba de Liste, D. Enrique Enríquez, y del Secretario de Felipe III, Jorge de Tovar, «en cuya casa asistió siempre á la corte.» Mas obtenidos aquellos beneficios retiróse á Granada, adquirió una casa de recreo en el Albaicín y algunos huertos en la vega, y allí se dedicó, como escribe Trillo de Figueroa, «á la cultura de sus días.» Publicó dos poemas: el *Adonis* (Granada, 1630), y los *Rayos de Faetón* (Barcelona, 1639), y, por último, en 1652 el *Paraíso cerrado para muchos,* que dedicó al Marqués de Mondéjar, D. Íñigo López de Mendoza. Soto de Rojas murió hacia 1655.

LA ALFOMBRA DE ROSAS.

SONETO.

Borde el Dauro gentil su margen de oro
Sobre tapetes de esmeralda hermosa,
Y matutina, deshojada rosa
En él disipe intacto su tesoro;
Las bellas ninfas, olvidando el coro,
En profusión de flores olorosa,
Imiten divertidas á la diosa
Que presta á mayo su primer decoro;
Para que Fénix con altivo orgullo
Favorecida pise arroyo y prado:
Mas si le da como el amor desvío,
Ni deshoje la rosa su capullo;
Ni de Flora las ninfas sean traslado;
Ni de oro el margen suyo borde el río.

Desengaño de amor en rimas del licenciado PEDRO SOTO DE ROJAS: Madrid, por la viuda de Alonso Martín, 1623.—Fol. 35 vuelto.



ANTONIO DE PAREDES.

El capitán Antonio de Paredes nació en Córdoba en el último tercio del siglo xvi. Sirvió en Italia y en Flandes; regresó á su patria con sus laureles y su vihuela, y murió aún en edad temprana en Toledo, hallándose de paso para Madrid, hacia 1620. Era caballero del hábito de Santiago y veinticuatro de su ciudad natal. Soria Galvarro ponderaba en sus versos «su gentil estilo y luces de poesía,» añadiendo: «Era tan excelente nuestro Paredes, que en las Academias de Madrid le compararon con Torcuato Tasso.» Concordando con este juicio, Miguel de Cervantes, en el *Viaje al Parnaso,* escribió:

> Éste es un caballero de presencia
> Agradable, y que tiene de Torcuato
> El alma, sin ninguna diferencia.

Lope de Vega lamentaba, á causa de su muerte prematura, lo que «por los primeros frutos debía esperarse de tan florido ingenio.» En 1605, hallándose el capitán Paredes en Nápoles, hizo versos en elogio y á la muerte de Madama Francisca de Passier, en compañía del capitán Juan Bravo de Laguna, del Acroy de S. M. D. Nicolás Cid y del Dr. Francisco Garci-López, administrador del Hospital de los españoles en Alejandría de la Palla. Aquella señora había traducido al castellano y dado á las prensas de Tonón las *Cartas morales* del Sr. De Narveze, que dedicó al famoso Conde de Fuentes de Valdcopero, Don Pedro Enríquez de Acevedo, el vencedor de Doullens. También, hallándose en Córdoba en 1612, contribuyó Paredes con

su musa á la corona poética que formó y publicó el corregidor D. Juan de Guzmán, en la *Relación de las honras* que en dicha ciudad se celebraron á la muerte de la Reina Doña Margarita de Austria, mujer de Felipe III. Por último, unas glosas suyas aparecen en 1615 al folio 33 de la *Relación de las fiestas de la ciudad de Córdoba á la beatificación de Santa Teresa de Jesús*, que escribió el licenciado Juan Pérez de Valenzuela, clérigo presbítero. (Córdoba, imp. de la V. de Andrés Barrera). «Perteneció á la escuela de poetas que terminó con el siglo XVI.» (Ramírez de las Casas Deza.) El poeta cordobés Pedro Díaz de Ribas, sobrino del famoso P. Martín de Roa, escribió un soneto á la muerte de Paredes.

DUM SPES, FLOR.

SONETO.

Es la rosa, oh Cardenio amigo, aquélla
Que admiré de tus glorias ya testigo,
Iris en tempestades de amor, digo,
Y aun pacífica tanto como bella.
De una y otra luciente negra estrella
Rayos fulmine el cielo hoy enemigo,
Que á la serenidad purpúreo obligo
El orbe, cual suave la centella.
No desesperes, no: que una porfía,
Si es generosa, puede mucho. ¡Ay, cuántas
De las que á duros fundamentos fía
Rocas el mar, Cardenio, el bosque plantas,
Besan la tierra humilde cada día
Sin tantos golpes y sin olas tantas!

Rimas de ANTONIO DE PAREDES: Córdoba, por Salvador de Cea, 1623.—Fol. 2 vuelto.



FRAY HORTENSIO FÉLIX PARAVICINO.

Fr. Hortensio Félix Paravicino y Arteaga, ministro de la Santísima Trinidad, nació en Madrid el 12 de octubre de 1580 de padre milanés y madre guipuzcoana. Estudió con los Padres Jesuitas de Ocaña y en las Universidades de Alcalá y Salamanca. Á los diez y nueve años, en el de 1600, abrazó el estado religioso de la Trinidad Calzada. En 1616, en que fué electo prelado de su Orden, se le llamaba ya *predicador de los Reyes* y *rey de los predicadores*. Su primer poesía fué la *Canción á la muerte de Felipe II*, que se publicó en 1598 en la descripción de las honras que hizo la Universidad de Salamanca. En 1622 estuvo encargado de escribir también los epitafios y elogios fúnebres de Felipe III. Murió en 12 de diciembre de 1633. Presidió ó fué juez en muchos certámenes poéticos y su voto fué siempre de mucha autoridad. Abrazó en sus obras el estilo de Góngora. Sus *Poesías* no se publicaron hasta 1641, bajo el nombre de D. Félix de Arteaga. También cultivó el teatro y dejó varias comedias representadas. Al final de *El curioso y sabio Alejandro, fiscal y juez de vidas ajenas* (Madrid, imprenta del Reino, 1634), Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo publicó una *Silva á la muerte del P. Mtro. Fray Hortensio Paravicino*. Su retrato, que se ha perdido, lo ejecutó Domenico Theotocopoulos, llamado *El Greco*, y Vicente Espinel, en el Desc. XIV, Relac. j del *Marcos de Obregón*, le llama «divino ingenio,» y compara su elocuencia con la del Maestro Santiago Pico de Oro, el P. F. Gregorio de Pedrosa y el P. F. Plácido Tosantos, oráculo de su siglo.

SONETOS.

I.

MUERTE EMULADA.

Rompe verde prisión con berza hermosa
Por breve libertad que la importuna,
Diligenciando su infeliz fortuna
La, cuanto bella, desdichada rosa.
Yace á morir lozanamente hermosa,
Cuando, sin que la valga fuerza alguna.
Al sepulcro se va desde la cuna,
Trocando en gualda púrpura olorosa.
¡Ah, triste flor, la rosa desdichada!
Que ni aun para morir tiempo tuviste,
Pues fué tu sér lo mismo que tu nada.
¡Para no renacer al fin moriste!
¡Yo, que muero una vida dilatada,
Más muerto soy, más infeliz, más triste!

Obras póstumas divinas y humanas de D. Félix de Arteaga: Alcalá, por María Fernández, 1630.—Fol. 90.

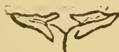
II.

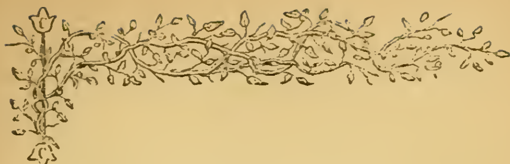
TEMERIDAD.

Sale al paso del sol la fresca rosa,
Solemnizando en pompas su fortuna,
Y en beldad impaciente se importuna
Por ser vista, como por ser vistosa.

Ésta, pues, del abril fragancia hermosa
Trae envuelto su túmulo en la cuna,
Y al mismo sol sus rayos mancomuna
Para dar vida á quien la vida acosa.
Al vivo retratado, estando muerto,
Se copia bien quien á la luz se atreve,
Y cual sin vida es mía la pintura:
Tu sol, Clori, no incluye tan incierto,
Que da sér y no sér á espacio breve,
Y es rigor el lucir, más que hermosura.

Obras póstumas divinas y humanas de D. Félix de Arteaga. Alcalá de Henares, por María Fernández, 1630.—Fol. 91.





FRAY JERÓNIMO DE SAN JOSÉ.

D. Jerónimo Ezquerra de Rozas y Blancas (Fr. Jerónimo de San José) nació en Mallen (Zaragoza) el 16 de mayo de 1587. Fué muy joven uno de los principales ornamentos de la Academia que, con el título de *Pítima contra la ociosidad,* fundaron en Zaragoza en 1610 las Condesas de Guimerá y de Eril, y á la que concurrieron los principales ingenios de Aragón. Ezquerra y Blancas no sólo había sido en las aulas universitarias de aquella capital y en las de Lérida y Huesca compañero de estudios del Conde de Eril, D. Alonso de Eril, cuya madre, la catalana Doña Cecilia de Sentmanat, era el alma de aquella reunión; sino que los dos habían nacido y criádose juntos desde niños en Mallen y recorrido en los deleites de la primera edad juvenil los estados de aquella baronía, enclavada en los dominios diocesanos del Obispo soberano de Urgel. Cuando más en auge estaba la reputación poética de Ezquerra y el porvenir se le brindaba con espléndidas perspectivas, de súbito operóse en su espíritu una gran transformación. Llamó á las puertas de un Monasterio del Carmen Calzado, vistió el hábito de la Orden y al cabo en 1615 profesó. La vida monacal, en que no economizó las mortificaciones del cuerpo y halló en la contemplación las más puras delectaciones del alma, no le privó enteramente del triple culto de la poesía, de la metafísica y de la historia. Con el nombre religioso de Fr. Jerónimo de San José, con que sustituyó el de estirpe, dejó en todas estas facultades de la inteligencia obras acabadas que

acreditan el fondo de su gran cultura y los vuelos de su serena mente. El trato ameno con las celestes hijas del Cynthio volvió á introducirle en las nuevas Academias con que el Conde de Andrade lograba reunir en su casa á Lastanosa, Andrés Uztarroz, Díaz de Fontcalda, Ibáñez Daoiz, el Duque de Híjar, Bardají, y los Marqueses de Cañizares, de San Felices y de Torres. Con todo, cuando Fr. Jerónimo de San José murió en Zaragoza el 18 de octubre de 1654, sólo había visto publicada una de sus obras: *El genio de la historia.* Lorenzo Gracián había publicado algunos de sus versos en el *Arte de ingenio;* mas el mayor número se hallaba en borrones ó dispersos. Así los recogió la Biblioteca Nacional de Madrid (Sala de MSS., *M*-3 y *M*-7), donde han permanecido hasta que en 1876 la Diputación provincial de la capital aragonesa mandó publicarlos. Desde entonces los amantes de las letras gozan una joya más de nuestro Parnaso y no de las menos estimables. El primero de sus sonetos, que aquí copio, *La rosa y el ruiseñor,* excede en sublimidad de concepto y expresión á cuantos hay escritos en castellano.

SONETOS.

I.

LA ROSA Y EL RUISEÑOR.

Aquélla, la más dulce de las aves,
Y ésta, la más hermosa de las flores,
Esparcían blandísimos amores
En cánticos y nácares suaves.
Cuando suspensa, entre cuidados graves,
Un alma, que atendía sus primores,
Arrebatada á objetos superiores,
Les entregó del corazón las llaves.

—Si aquí, dijo, en el yermo de esta vida
Tanto una rosa, un ruiseñor eleva:
¡Tan grande es su belleza y su dulzura!
¿Cuál será la floresta prometida?
¡Oh dulce melodía, siempre nueva!
¡Oh siempre floridísima hermosura!

Agudeza y arte de ingenio, de LORENZO GRACIÁN: Huesca, por Juan Nogués, 1649.—Pág. 367.

II.

FALAX GRATIA ET VANA PULCHRITUDO.

Ésta, que los purpúreos labios bella
Hoy desplegó, para reirse al alba,
Prestándole arrebol á su luz alba,
Fragancia al viento que respira en ella,
Herida ya de la mayor centella
De Febo, su color apenas salva;
Y el que, al nacer, se le rió en su salva,
Triste al morir sus carmesíes huella.
¡Cuán poco, oh rosa de la vida humana,
Dura tu flor! pues cuando nace muere,
Y el sol que la hermosea la marchita;
Busca otro prado y aura soberana,
Donde más sana el sol cuanto más hiere,
Y da hermosura eterna é infinita.

Poesías selectas de FR. JERÓNIMO DE SAN JOSÉ, *publicadas por la Excma. Diputación provincial de Zaragoza:* Zaragoza, imprenta del Hospicio, 1876.—Soneto XIX, pág. 49.



EL ABAD ANTONIO DE MALUENDA.

El Abad Fr. Antonio de Maluenda, monje benedictino, fué natural de Burgos, donde nació hacia mediados del siglo xvi. Por los años de 1586 era canónigo de aquella Catedral y abad de San Millán. La familia de los Maluendas pertenecía á la antigua hidalguía de Burgos, donde aún existe su casa solariega en la calle de Fernán González. En la primera mitad del mismo siglo existió otro Abad Antonio de Maluenda, que obtuvo la dignidad abacial por dos veces en el Monasterio de San Juan, de patronato de los de su familia, y en el de San Vicente de Salamanca, y que en 1546 fué llamado por el Papa Paulo III al Concilio de Trento, como teólogo y moralista eminente. De este último dejó escrita biografía el P. Yepes, á la que recientemente se han ajustado Martínez Añíbarro *(Diccionario biográfico y bibliográfico de la provincia de Burgos:* Madrid, por M. Tello, 1889), y el autor anónimo de otra publicada en *El Papamoscas* del 13 de abril de 1890 (número 642). Del poeta de que nos ocupamos sólo hemos hallado una breve indicación en Andrés de Claramonte y Corroy *(Letanía moral:* Sevilla, por Martín Clavijo, 1613), el cual dice en su *Inquiridión de ingenios contemporáneos*: «El Abad Maluenda, insignísimo varón en letras humanas y aventajado poeta en Burgos.» Nadie después ha hablado de este poeta, aún inédito y desconocido, que soy el primero en sacar á público estudio. Sus poesías se hallan, entre diversas «recogidas de lo acendrado,» en la Sala de MSS. de la Biblioteca Nacional de Ma-

drid, *M*-328, desde el fol. 15 en adelante. Al fol. 68 se halla su autógrafo. Entre sus sonetos son notables los dedicados á Carlos V, á la muerte de Felipe II, á Doña Inés de Castilla, á Doña Ana de Zuazo y á su hermano Francisco Maluenda en la muerte de su padre. El P. Valentín de Céspedes y el Conde de Villamediana dedicaron sonetos en alabanza del Abad Maluenda, que se hallan inéditos entre sus obras: el último le llama «Fénix español y Virgilio castellano.» En efecto, las poesías que de él quedan, hasta hoy ignoradas como el poeta, es de lo más clásico y puro en la forma, y brioso é inspirado en el fondo, de la gran época literaria entre los dos Felipes, II y III.

EL BÚCARO DE LA ROSA.

SONETO INÉDITO.

Aquella fresca y encarnada rosa
Que con nueva beldad luce y florece,
Entre las rubias trenzas resplandece
Cual junto al oro púrpura preciosa.
Mas si en la boca dulce y amorosa
La mano liberal lugar le ofrece,
Tal que esperarle ni osa ni merece
La esperanza más alta y animosa;
Con el favor glorioso que recibe
De aquel suave celestial aliento
Cobra gracia, color, lustre y frescura.
Allí, como en su centro, alegre vive,
Y de allí representa al pensamiento
Como derrama amor, gloria y dulzura.

Cuaderno de poesías selectas, recogidas de lo acendrado: Biblioteca Nac., Sala de MSS., *M*-328. Fol. 68.



EL DOCTOR JUAN DE SALINAS.

El Dr. Juan de Salinas de Castro nació en 22 de diciembre de 1559. Cuatro ciudades se disputan entre los eruditos el lugar de su nacimiento: Sevilla, Logroño, Nájera y hasta Segovia. Apóyanse los de Sevilla en la naturaleza de su madre Doña Mariana de Castro, que era de dicha ciudad; los de Logroño y Nájera en la de su padre, Pedro Fernández de Salinas, señor de Bobadilla, en la Rioja; además, en que durante la niñez del Dr. Juan, habiendo muerto la madre, Pedro de Salinas se fué con sus hijos á sus posesiones de Logroño; finalmente, los de Segovia en la canongía que para la Santa Iglesia de esta ciudad le dió en Roma la Santidad de Clemente VIII. La opinión más segura, como sostenida en sus propias declaraciones á persona con quien tuvo intimidad, es la del P. Gabriel de Aranda, de la Compañía de Jesús, que atribuye el nacimiento del Doctor á la primera de estas ciudades. Salinas decía que en Salamanca había hecho sus estudios; que pasó á Italia y visitó á Génova, Florencia y Roma, y que de esta ciudad vino con la prebenda que se le había adjudicado. También decía á su hija de confesión, Sor Francisca Dorotea, fundadora del Convento de Descalzas de Nuestra Señora de los Reyes en Sevilla, de quien lo oyó el P. Gabriel de Aranda, historiador de aquella institución, «que en Salamanca se aplicó al buen gusto de la poesía, movido de los estudios de las letras humanas, á las que le llamaba su genio.» En Segovia permaneció solamente hasta la muerte de su padre, de quien

tomó herencia de consideración. Renunció entonces la canongía, y se volvió á Sevilla á hacer la vida de las letras, siendo Visitador del Arzobispado y Administrador del Hospital de San Cosme y San Damián. Murió en grande reputación de virtud como de letras el 5 de enero de 1642. Recogió desde 1640 sus obras dispersas é inéditas D. José Maldonado Dávila y Saavedra (1647-50). En la actualidad poseen copias de sus poesías la Biblioteca Nacional de Madrid (*M*-164) y los Sres. D. Aureliano Fernández-Guerra, D. José Sancho Rayón y Marqués de Jerez de los Caballeros. Juan Rufo, en sus *Apotegmas* (Toledo, 1590), llamó á Salinas «poeta de gracia y donaire con ingenio de azúcar.» En 1619 un Dr. D. Juan de Salinas, colegial del Colegio de San Bartolomé en Salamanca, aprobó en Zaragoza las *Obras* del Conde de Villamediana.

COMPETENCIA DE LA ROSA Y EL JAZMÍN.

DÉCIMAS.

El que eligió en el jardín
El jazmín, no fué discreto,
Que no tiene olor perfecto
Si se marchita el jazmín.
Mas la rosa hasta su fin,
Porque aun su morir se alabe,
Tiene olor más dulce y grave,
Fragancia más olorosa:
Luego mejor es la rosa
Y el jazmín menos suave.
Tú, que rosa y jazmín ves,
Elige la pompa breve
Del jazmín, fragante nieve,
Que un soplo al céfiro es;

Mas conociendo después
La altiva lisonja hermosa
De la rosa, cuidadosa
La antepondrás á mi amor;
Que es el jazmín poca flor,
Mucha fragancia la rosa.

Poesías del Dr. D. Juan de Salinas, *natural de Sevilla:* Sevilla por José María Geofrín, 1869.—Soneto ij.—Pág. 163.





D. FRANCISCO DE RIOJA.

D. Francisco de Rioja *(Leucido)* nació en Sevilla de 1580 á 1586. En las aulas de la ciudad natal adquirió su profunda erudición griega y latina, y en 1619, amigo del Conde de Olivares, D. Gaspar de Guzmán, el Mecenas de su siglo, que ya servía en la cámara del Príncipe D. Felipe, vino á Madrid al arrimo de su favor, como Vera de Zúñiga y otros muchos sevillanos. Con título de bibliotecario, el Conde-Duque le tuvo siempre cerca de sí, no sólo por consejero, sino por colaborador asiduo de todos sus trabajos de gabinete. Desde las brillantes memorias que el valido de Felipe IV presentó al Rey en todo el curso de su gobierno, y sobre todos los ramos de la administración, hasta el papel llamado *Nicandro* con que se justificó de los cargos que se le imputaron á su caída, todas se atribuyen á la pluma de Rioja. Olivares procuró bien por sus medros: en 1625, por muerte de Antonio de Herrera, le hizo nombrar cronista de Castilla y bibliotecario del Rey en 1634. Fué además consejero del Supremo Tribunal del Santo Oficio. Cuando Olivares cayó, renunció todos sus puestos y le siguió á Toro. Rioja murió algunos años después de su favorecedor, el 8 de julio de 1659. De su estro poético dió muy tempranas pruebas. En el *Libro de los retratos* de Francisco Pacheco, el pintor, se encuentran cuatro sonetos de Rioja, dedicados á la celebridad de Gutierre de Cetina y á su muerte, escritos en 1599, es decir, cuando tenía diez y nueve años. Pocos libros impresos gozan el privilegio de sus versos laudatorios, y tam-

poco suelen hallarse composiciones suyas en los certámenes públicos, á la sazón frecuentes. No las excusó del todo para algunos libros singulares; por ejemplo, para el *Anfiteatro de Felipe el Grande,* que D. José Pellicer de Tovar publicó en 1631. Sus poesías no se han impreso, á pesar de correr desde el siglo XVII algunas copias de ellas, hasta 1867, que las coleccionó y corrigió el erudito D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado. Á esta edición, hecha por los Bibliófilos de Madrid, añadió poco después un apéndice impreso por los Bibliófilos de Sevilla.

¿ORTO Ú OCASO?

SILVA.

Pura encendida rosa,
Émula de la llama
Que sale con el día;
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te da el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?
¡Ah! no valdrán las puntas de tu rama,
Ni tu púrpura hermosa,
Á detener un punto
La ejecución del hado presurosa;
El mismo cerco alado
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado,
Presto despojo de la llama ardiente.
Para las hojas de tu crespo seno
Te dió amor de sus alas blandas plumas,
Y oro de su cabello dió á tu frente.
¡Oh fiel imagen suya peregrina!

Bañóte en su color sangre divina
De la deidad que dieron las espumas;
Y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo
Hacer menos violento el rayo agudo?
Róbate en una hora;
Róbate licencioso su ardimiento
El color y el aliento;
Tiendes aun no las alas abrasadas
Y ya vuelan al suelo desmayadas.
Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mustia tu nacimiento ó muerte llora.

Bibl. Nac., MSS., *M*-82. Fol. 41 vuelto.—Idem. Fol. 62.—Idem. Fol. 242 vuelto.—*Poesías de* D. Francisco de Rioja: Madrid, por D. M. de Rivadeneyra, 1867. Pág. 248.

EL ROSAL AMARILLO.

SILVA.

¿Cuál suprema piedad, rosa divina,
De alta belleza transformó colores
En tu flor peregrina,
Teñida del color de los amores?
Cuando en tí floreció el aliento humano,
Sin duda fué soberbio, amante y necio
Cuidado tuyo y llama,
Y tú descuido suyo y su desprecio:
Diste voces al aire fiel y vano.

¡Oh triste! ¡Oh cuántas veces
Y cuántas ¡ay! tu lengua enmudecieron
Lágrimas que copiosas la ciñeron!
Mas tal hubo deidad que conmovida,
Fuese al rigor del amoroso fuego,
Ó al pío afecto del humano ruego,
Borró tus luces bellas
Y apagó de tu incendio las centellas;
Desvaneció la púrpura y la nieve
De tu belleza pura
En corteza y en hojas y ástil breve.
El oro solamente
Que en crespos lazos coronó tu frente,
En igual copia dura,
Sombra de la belleza,
Que pródiga te dió naturaleza,
Para que seas ¡oh flor resplandeciente!
¡Ejemplo eterno y solo de amadores:
Sola eterna amarilla entre las flores!

Bibl. Nac., MSS., *M*-82. Fol. 240 vuelto.—*Poesías de* D. Francisco de Rioja: Madrid, por D. Manuel de Rivadeneyra, 1867. Pág. 243.





D. DIEGO FÉLIX DE QUIJADA.

D. Diego Félix de Quijada Riquelme nació en Sevilla entre 1598 y 1599. Estudió en los liceos de aquella opulenta ciudad, alcanzando el grado de Bachiller en Artes y Filosofía en 1614 en el Colegio de San Ildefonso, y en 1620 el de Teología en la Universidad. Desde las aulas logró gran reputación de poeta, que consolidó tomando parte en varios certámenes poéticos, como el de San Ignacio y San Francisco Javier en Sevilla en 1623, al que presentó varias poesías, tres de las cuales fueron premiadas. Desde 1619 trató de publicar ochenta sonetos que, con el título de *Soliadas*, había consagrado al astro del día, y que, con algunas otras *Rimas*, fueron muy lisonjeramente calificados por D. Juan de Arguijo y Lope de Vega; pero al ocurrir su muerte en 1629 ó 1630 todavía no los había dado á la estampa. Así se conservaron MSS. en diversas, aunque raras copias, una de las que, siendo propiedad del Sr. Sancho Rayón, fué facilitada en 1887 al Sr. D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza, Marqués de Jerez de los Caballeros, el cual ha hecho de ellos una edición príncipe limitada á 104 ejemplares, de los cuales poseo el núm. 90 por estimada dádiva del Mecenas. Otro Guzmán debió serlo de Quijada Riquelme, el Marqués de Ayamonte, D. Francisco, de trágico fin y rica musa, á quien había dedicado las *Soliadas*. De las demás *Rimas* son muy raras las que se encuentran: una de éstas se halla en el *Encomio de poetas sevillanos*, que en 1623 publicó en Sevilla (imprenta de Francisco de Lyra) el Secretario Contador de la Lonja, Juan

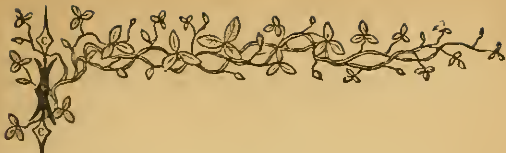
Antonio de Ibarra, en la fiesta que se hizo con motivo de la beatificación de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier. En el mismo libro hay otra composición de un D. Agustín de Quijada, que pudo ser hermano de D. Diego. «El argumento de las *Soliadas* es muy nuevo, que no lo he oído hasta ahora que le haya tratado alguno: los modos son muy poéticos y desviados de la frase vulgar.» (Arguijo.)—«Después que ví estos sonetos de Vmd., tengo por sin duda que, si sigue este camino, ha de dejar atrás cuantos escriben, particularmente teniendo tan pocos años como me diceń.» (Lope de Vega.)—«Escribió sonetos que podrían muy bien competir con los de Arguijo.» (Vázquez y Ruiz.)

ROSA MARCHITA.

SONETO.

No llores, flor, la muerte presurosa
Que luces celestiales te prohibe,
Pues vives con el sol mientras él vive
Y reposas con él cuando él reposa.
Fin le llama feliz, vida dichosa,
Aunque escondido sol del sér te prive,
Pues nueva luz tu sér en él recibe
Para nacer de nuevo más hermosa.
No sé si tú le imitas ó él te imita,
Pues él renace con fragancia bella,
Tú con luz amaneces infinita;
En gracia se convierte tu querella;
Que más vale sin sol ser flor marchita
Que parecer sin él luciente estrella.

Soliadas de D. Diego Félix de Quijada y Riquelme (1619): Sevilla, por E. Rasco, 1887.—Pág. 35, soneto lxviij.



D. PEDRO DE CASTRO Y ANAYA.

El capitán D. PEDRO DE CASTRO Y ANAYA nació en Murcia en los primeros años del siglo XVII. Muy joven y con alguna instrucción literaria, abrazó la carrera de las armas, sirviendo en el reino de Nápoles y otros dominios de los de España en Italia, mandando una compañía de españoles. En 1630 ya había regresado á Murcia, y allí publicó su libro de las *Auroras de Diana*, que, como todos los de su clase, era una mezcla de revelaciones amorosas íntimas y de lances é invenciones novelescas. Comenzó á escribir este libro cuando sólo tenía diez y ocho años, y lo sacó á luz á instancia del alcaide de Zehegín, D. Juan de Quiroga Fajardo, uno de sus amigos. El libro, censurado por Lope de Vega con calificación de elegante, cayó bien, y de 1631 á 1654 se hicieron cuatro ediciones en Madrid, una en Milán, otra en Barcelona y otras en varias partes. Antes de la publicación de las *Auroras* ya se había dado á conocer como poeta, pues en 1622 contribuyó con sus versos á la solemnidad de las honras y obsequias celebradas en Murcia á la muerte de Felipe III. En 1639 dió nuevos versos á las *Lágrimas panegíricas* que Grande de Tena consagró en Madrid al malogrado Pérez de Montalván, que murió loco, y en 1641 y 1644 rindió el tributo de su amistad con poesías laudatorias á Don Jacinto Abad de Ayala para su novela *El más desdichado amante*, y al notario apostólico Francisco de Navarrete y Ríos, que publicó su *Casa de juego*. Debió morir poco después de esta última fecha. Castro y Anaya era frenético por las rosas, y sus

Auroras son una verdadera *academia* para esta flor, pues á cuantos pastores entraron en la trama de su obra les hizo recitar un soneto consagrado á la reina de las flores. Entre los panegiristas de Castro y Anaya contáronse D. Pedro Calderón de la Barca, D. Jerónimo de Villaizán y Garcés, el Dr. Juan Pérez de Montalván y otros grandes ingenios de su tiempo. Lope de Vega, al aparecer las *Auroras de Diana*, las censuró diciendo: «Estas *Auroras*, en que amanece el ingenio de D. Pedro de Castro y Anaya, tan alegre han hecho el campo de sus discursos, que quien se entretuviere en su lección podrá coger muchas flores de elegantes versos y no pequeño fruto de sus estudios poéticos, con quien compite la prosa, que es también poesía, á imitación de Heliodoro y Barclayo.»—«Á los diez y ocho años de su edad escribió la mayor parte de estas prosas y versos.» (Quiroga Fajardo.)

ACADEMIA DE LA ROSA.

SONETOS.

I.

FEDERICO Á FLORA.

Reina del mayo la encarnada rosa
Á presidir las flores salió al prado,
Y en la ruda violencia del arado
Lástima y no desvelo vió la hermosa.
La que de la azucena fué olorosa,
Y del clavel ya envidia, ya cuidado,
Yace ¡oh dolor! del círculo encarnado
Encogida la púrpura lustrosa.

¿Viste al nacer la rosa, oh flor más bella,
Que extremó los dudosos resplandores,
Y que espiró con la postrer estrella?
Pues, Flora, en tu beldad y tus colores
Temo su fin: ¿si faltarás cual ella?
¡Que eres flor, aunque reina de las flores!

II.

CELIO Á LISIS.

Nueva florida gala del oriente
Corté una rosa que en el verde prado,
Ó espirara al descuido del arado
Ó lástima muriera de occidente.
Púsela en agua en un cristal luciente,
Por conservar de Lisi algún traslado,
Y sólo hallé á la tarde el desmayado
Cadáver de aquel sol que fué occidente.
—«¡Oh, caduca beldad! dije á la rosa;
Así acaba la flor de nuestra vida
Y así han de fenecer, en tu elemento,
El jazmín de la frente más hermosa,
El clavel de la boca más florida,
Del alma el más narciso pensamiento.

III.

LUCINDO.

Cuando te ví de rosicler vestida,
¡Oh vergüenza! en los campos conservada,
Que madrugaste en púrpura bañada
Á enseñar brevedades de la vida;

Cuando te ví en tu pompa divertida,
Narciso de carmín en flor cortada,
Que pudieras morir desengañada
Como moriste de desvanecida;
Cuando te ví lo breve que juntaste
Tu sér con el instante que no fuiste,
Dije que, como hermosa, te lograste:
Mas cuando ví la cama en que naciste,
Que te sirvió de ocaso en que espiraste,
Dije que á mi esperanza pareciste.

IV.

CELAURO Á NISE.

Aquí, discreta Nise, aquí la hermosa
Primera majestad de la mañana,
Que presumió de sol, soberbia y vana,
En cenizas de púrpura reposa.
La pompa de las flores generosa
De los campos es ya polvo de grana,
Que sólo deja de su luz temprana
La memoria no más de que era rosa.
¡Oh bella Nise! si es cometa al viento,
Coge la rosa de la edad florida,
Coronada de frágiles honores;
Antes, pues una flor te dió escarmiento,
Y es flor del breve curso de la vida,
Que el tiempo, oh Nise, se te pase en flores.

V.

ROSELO Á NISE.

No pises, no; detén el pie de nieve;
No pises esta desmayada rosa,
Que á los claveles de tu boca hermosa
La ya marchita púrpura les debe.
Ésta, que poseyó cetro tan breve
Del prado en la república olorosa,
Hállete, oh Nise, alguna vez piadosa
Si tu retrato á lástima te mueve.
Pero si acaso enternecida lloras
La muerte de una flor, oh dueño ingrato,
Por ser copia gentil de tus auroras,
Nise, temed; en que, en tan breve rato,
Sin la prolija guerra de las horas,
Falte el original como el retrato.

VI.

FABIO Á CLORI.

Del prado sol y de la fuente aurora
Madrugó á ser la rosa castellana,
Dando en el traje que vistió de grana
Honor al monte y majestad á Flora.
Intratable entre espinas enamora,
Y en el búcaro de agua más lozana
La que con puntas ofendió tirana
No esquiva se conserva y se mejora.

¡Oh flor! que fuiste de crueldad divisa,
Dila, si al vidrio llega Clori hermosa,
La que en tus hojas su beldad traslada:
—«Clori, el suceso de una flor te avisa,
Que más, si agradas fiera y desdeñosa,
Agradarás tratable ¡oh Clori amada!»

VII.

CELIO.

Hija del blanco pie de Venus bella,
Nuevo purpúreo fénix de las flores,
Que, desplegando plumas de colores,
Rompes el nido de tu verde estrella;
Cupido flor, que en lo encendido de ella
Incitas de su llama los ardores,
Y en espinas armadas de rigores
Las flechas que causaron mi querella.
Rosa gentil, que al alba te vestiste
Tiernas plumas de púrpura olorosa
Y al medio de los aires las perdiste;
Frágil nació tu vanidad hermosa,
Pues de toda la gala que tuviste,
Apena si può dir: «questa fù rosa.»

VIII.

CELAURO.

Música dulce, lisonjera fuente,
Del verde margen despertó la rosa,
Que al pueblo de las flores mostró airosa
Diadema de oro en la purpúrea frente.

Nació á la aurora y espiró al oriente.
Haciendo ocaso de su luz preciosa:
Que anochece la dicha de una hermosa
Sin haber menester al occidente.
Naciste ¡oh flor! con presunción de estrella;
Mentira fué, pero duró en tu dicha
El curso de las horas más florido;
Y sola en mi esperanza ¡oh rosa bella,
Más infelice! que es mayor desdicha
Que en naciendo morir, no haber nacido.

IX.

FEDERICO Á NISE.

¿No ves, no ves, oh Nísida, en el prado,
No ves la rosa que á imitar se atreve
De tus mejillas la encarnada nieve
Y de tu boca el rosicler nevado?
¿No ves en rubios átomos copiado
Tu cabello que pluvias de oro mueve?
¿Y en esta espina aquel rigor aleve
De tu desdén injustamente airado?
¿No ves cómo desmaya en sombra obscura
Y espira, ¡oh! de su autor, en breve rato,
Arbitrio que verdades nos advierte?
Retratas en la rosa tu hermosura:
Porque viendo su muerte en tu retrato
Lecciones de morir te da su muerte.

X.

LUCINDO.

La rosa en los cristales de una fuente
Flor á flor todo el prado desafía;
Hermosa en plumas de carmín se abría
Á ser narciso en el cristal luciente.
Y cuando más purpúrea y floreciente
En copas de rubí perlas bebía,
Del achaque de un sol, del mal de un día,
Murió: que aun la hermosura en flores miente.
¡Oh flor! el primer paso de tu vida
Fué el último también que pudo darte,
Antes escarmentada que nacida;
¡Oh documento de la humana suerte!
¡Oh verdad de los campos escondida!
¿Quién no se desengaña con tu muerte?

XI.

CÉSAR.

Nació la rosa, honor del verde llano,
Sobre el sitial de su esmeralda viva,
Ceñida de archas la beldad esquiva,
Ejemplo hermoso de un desdén tirano;
El jazmín, en los campos ciudadano,
Con el clavel, que con la rosa priva,
Por la sangre de Venus sucesiva
La juraron monarca soberano.

Mas no gozó su pompa una mañana,
Muerta á los primitivos resplandores
Sin caberle á su oriente lo florido.
Celia: si es flor tu juventud lozana,
Teme: que en las bellezas y en las flores,
Es más cierto el no ser, que el haber sido.

XII.

CELIO.

Apenas en la selva oyó el canoro
Aplauso de los tiernos ruiseñores,
Cuando la rosa descubrió á las flores
Por boca de carmín secretos de oro.
Envidió su aromático tesoro
Tiro y Pancaya en púrpura y olores,
Mas ¡ay! que peligrando en resplandores
Dorada muerte le perdió el decoro.
No te quejes ¡oh rosa castellana!
Viendo que acaba, sin haber tenido
Achaque de mortal, tu edad florida;
Si á toda flor de la belleza humana
Le sobra por achaque haber nacido,
¿Qué mayor accidente de la vida?

XIII.

BURLESCO.

Salió madama rosa esta mañana
Vistiéndose á lo nuevo cultamente,
Al pedazo de espejo de una fuente,
Su saya entera y su brial de grana.

Que suena, dicha en lengua culterana,
Recalcitrado púrpura luciente,
Y libando candores del oriente
Trifulso fué de abril, rosa temprana.
Miróla la azucena, que en camisa
Se levantaba de dormir, y luego
No se acertó á prender de pura risa;
Y á lo crítico dijo cultigriego:
— «¡Oh aspirante que tanto candor frisa,
Cataclismo de albor, Nenia de fuego!»

Auroras de Diana por D. PEDRO DE CASTRO Y ANAYA, *natural de Murcia:* Madrid, imprenta del Reino, 1637.—Folios 38, 38 vuelto, 39, 39 vuelto, 74, 74 vuelto, 75, 75 vuelto, 76, 175, 175 vuelto, 176 y 176 vuelto.





D. JOSÉ PÉREZ DE RIVAS TAFUR.

D. José Pérez de Rivas Tafur nació en Córdoba en el último tercio del siglo xvi. Cuando en 1617 se celebró en la parroquia de San Andrés de aquella ciudad (15 de enero) la *Fiesta poética* en alabanza de la Concepción purísima de la Inmaculada Virgen María (Sevilla, por Gabriel Ramón Bejarano, 1617), Rivas Tafur pertenecía á la falanje poética de la ciudad natal, que casi en masa seguía con entusiasmo la escuela de D. Luis de Góngora, y de la que formaban además parte el licenciado Enrique Vaca de Alfaro, D. Pedro de Cárdenas y Angulo, Francisco de Gálvez, Juan de Peñalosa y Aguilar, Andrés López de Robles, D. Antonio de Paredes, el licenciado Pedro Díaz de Rivas (sobrino del famoso jesuita P. Martín de Roa), el P. Márquez y algunos otros ingenios. Dos años antes Pérez de Rivas Tafur asistió también al certamen poético en honor de Santa Teresa de Jesús, y en 1621 publicó varias poesías, y entre ellas una composición á la coronación del Rey D. Felipe IV. Tenía otro hermano, también escritor, el P. Andrés Pérez de Rivas, de la Compañía de Jesús, el cual llegó á ser provincial de Nueva España, y publicó una *Carta á la muerte y virtudes del P. Iuan de Ledesma* (Méjico, 1636), y una *Historia de los triunfos de nuestra fe entre gentes las más bárbaras y fieras del Nuevo Mundo* (Méjico, 1645). Del poeta D. José se conservan algunas poesías en dos volúmenes MSS. que posee el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, y en el que también se hallan inéditos de Góngora y de

otros ilustres cordobeses del primer tercio del siglo XVII. Gallardo ha descrito este códice en los apéndices al tomo IV del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* (columna 1228 á 1249), y atribuye inexactamente los versos al capitán de caballos D. Juan de Córdoba. El Sr. Fernández-Guerra le contradice (Cartas al colector del *Cancionero de la Rosa:* 30 de octubre y 4 de noviembre de 1889), porque algunas de las poesías que Gallardo da como de Córdoba están impresas en aquel tiempo como de Pérez de Rivas. Se ignora el año en que el poeta murió.

AL NACER, VIVIR Y MORIR DE LAS ROSAS.

SILVA INÉDITA.

Nace la fresca rosa,
Nace la soberana de las flores,
Hija del sol hermosa,
Y de lo puro más de los albores,
De la sangre de aquélla
Que en el cielo amanece la más bella.
Nace, pues, la gallarda
Pompa olorosa de la primavera,
Y dosel de esmeralda
Celoso cubre su beldad primera,
Por el regio decoro
De quien es tanta púrpura, tanto oro.
Corre abril la cortina
A brújulas de luces ó rubíes,
Y no se determina
Si son rayos ú hojas carmesíes;
Sean rayos ó colores
Envidia son de estrellas y de flores.

Halagos de los vientos,
Globos abren, de ricos, olorosos;
Por mostrar sus alientos
Y mostrar su hermosura ya ambiciosos:
¡Qué fresca, qué lozana
Aurora sale del abril temprana!
¡Qué bella, qué flamante!
Desplega de hojas mil volantes sumas,
Y su rueda arrogante
Rayos ardientes de fragantes plumas:
Pavor nuevo del prado,
Fénix del aire de hojas coronado.
Blando el coral batido
Ocupa el aire en troncos no disformes,
Sino en igual pulido
De corazones números conformes:
Cuyo centro es florida
Verde esmeralda que les da la vida.
Venus ya disfrazada,
Mentida grana, transformada olores,
Contra Marte indignada,
No ya diosa de amor, rosa de amores,
Quiere buscar flor bella
Al amante infeliz que perdió estrella.
El sol benigno y claro
Orla de luces la florida esfera
Y de esplendor no avaro
El sol la hace de la primavera:
Cífrase en ella hermosa,
Y ella es sol de los prados y él es rosa.
El coro de las aves
Dél abril la recibe bella aurora,

Y en tonos más suaves
El ruiseñor en cítara sonora,
No á las perlas del alba,
A la Rosa,' ya oriente, la hace salva.
  Los céfiros ufanos
Tanta beldad galanes la festejan,
Y amantes cortesanos
A todo galanteo la cortejan,
Ostentando sus galas
Con blandos movimientos de sus alas.
  El reino todo unido
Del inmoble oloroso firmamento
Del imperio florido
Festivo la hacen reconocimiento:
De Majestad la llaman;
De la floresta su deidad la aclaman.
  Las ninfas que encubrían
Cristal en troncos, perlas en cortezas,
A celebrar salían
A la que no vió Tiro en sus riquezas:
Ni en sus conchas más rojas
Clavada en oro ya y tirada en hojas.
  Mas tantos esplendores
Rayo aún no hiere de la luz ardiente,
Cuando en dulces colores
Tristes anuncian pálido occidente:
Y marchito desmayo
Al sol florido eclipsa rayo á rayo.
  Las tempranas bellezas,
Las bellezas ardientes y fragantes,
En turbadas tristezas
Deslustran y caducan sus semblantes.

Muere la Rosa, muere,
Que el sol, que la dió vida, ese la hiere.
Porque no se atreviera
De los cielos deidad menos valiente,
A deshacer la esfera
De los orbes del prado floreciente;
No sé si el sol temía
Que la Rosa Faetón nuevo nacía.
Muere, al fin, lo garboso,
Lo alentado, lo lindo, lo querido,
Y cuerpo tan hermoso
Por todo su elemento es esparcido:
Y aun poco monumento
Es de tanta beldad ese elemento.
Este es, Anfrisa mía,
El ocaso fatal, triste de aquélla
Que es del prado alegría,
Y el cielo la pretende por estrella:
Teme, Anfrisa, aunque hermosa,
Qué breve tiempo marchitó á la Rosa.
Esta, oh Cardenio, esta
Duración breve de beldad florida,
Claramente nos muestra
Cuán breve es el período de la vida:
En paz goza tus años:
Del aula regia guíe los engaños.

Poesías del licenciado José Pérez de Rivas Tafur.—MSS. de la propiedad del Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, con otras rimas de diversos poetas cordobeses.—Fols. 160 á 162.

CANCIÓN DE LA ROSA.

COPLAS.

No huyáis de que os mire,
Zagala hermosa,
Que no cierra sus hojas
Siempre la rosa.

Su púrpura bella
Abre con la aurora;
Luego el sol la dora
Y es del prado estrella:
Porque puedan vella
Más fresca y hermosa;
Que no cierra sus hojas
Siempre la rosa.
Por mostraros dura
Siempre en mi victoria,
No neguéis la gloria
De vuestra hermosura:
Aunque mi ventura
Sea en eso dichosa;
Que no cierra sus hojas
Siempre la rosa.

Ibidem. Fol. 280.—*Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formado con los apuntamientos de* D. BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO, tomo ji: Madrid, por Manuel Tello, 1889, columna 1243.





EL PRINCIPE DE ESQUILACHE.

D. Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache y Conde de Mayalde y de Siniari, nació el año 1577 en el mar Tirreno, yendo sus padres el Conde de Mayalde, D. Juan de Borja, y Doña Francisca de Aragón, Condesa de Ficalho, su mujer, á la embajada de Praga, corte á la sazón de Alemania. Algunos días después de la arribada á Génova se celebró el bautismo con espléndida solemnidad, teniendo al recién nacido en la pila el Príncipe de Melfi, Juan Andrea Doria, en cuyo palacio posaron los Condes. Su educación correspondió á su rango, lo mismo que los honores que alcanzó en la vida pública. Antes de cumplir veinte años era ya comendador mayor de la Orden de Montesa, cuyas insignias cambió en 1602 (20 de julio) por la cruz encarnada de Santiago, en cuya Orden se le confirió la encomienda de Azuaga. Tenían los Borjas mucho deudo con los Reyes de Castilla, como dos veces nietos del Rey Católico D. Fernando V de Aragón, y al cuarto año de su reinado Felipe III otorgó á D. Francisco la llave de la Cámara, al entrar en los albores de la edad juvenil, frisando sólo en los treinta y siete años, cuando, en 1614, se le proveyó en el Virreinato del Perú. De regreso de este cargo vivió el Príncipe de Esquilache retraído algún tiempo en sus Estados; pero en 1632 volvió á asistir á Felipe IV en su corte y escribió la comedia que en el año referido se representó en Palacio por el nacimiento del Príncipe D. Baltasar Carlos. En 1638 publicó en Madrid *La Pasión de Jesucristo* en tercetos; en 1640 su fábula

de *Antonio y Cleopatra;* en 1642 el *Canto de Jacob y Raquel*, y en 1646 (22 noviembre) su sentida elegía *En la muerte de S. A.* (el Príncipe de Asturias). Todas estas producciones fueron invariablemente dedicadas al Rey, á quien consagró además, en 1648, sus *Obras en verso*, de las que en 1653 se hizo otra edición en Amberes, y el poemita *Nápoles recuperada*, que fué su última obra publicada é impresa en 1651. El Príncipe murió el 26 de octubre de 1658, de ochenta y un años de edad. Antes de tomar el cargo de Virrey del Perú asistió en Madrid á la Academia de señores é ingenios que tenía en su casa el Conde de Saldaña, Diego Gómez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, segundogénito del Duque de Lerma y casado con la heredera del Duque del Infantado. Las poesías leídas en sus sesiones, así como otras muchas de Esquilache, permanecen aún inéditas (Biblioteca Nacional, Sala de MSS., *M*-86 y otros códices.)

SONETOS.

I.

CADUCIDAD DE LA VIDA.

Detente, aguarda, presumida rosa,
Y en la piedad de mayo no confíes;
Porque esas hojas, donde ahora ríes,
En él serán tu perdición hermosa.
Ni es bien que tu belleza generosa
Burlada y libre á su lisonja fíes,
Y á fuego de ambición romper porfíes
El defendido seno en que reposa.
No te valdrá después tu armado muro;
Porque domina igual el tiempo cano
Al claro estío y al invierno obscuro;

Y el verdor más lucido y más ufano,
Cuando pensó que estaba más seguro,
Huyó al invierno y lo abrasó el verano.

Las obras en verso de D. FRANCISCO DE BORJA, PRÍNCIPE DE ESQUILACHE: Amberes, imprenta Plantiniana de Baltasar Moreto, 1663.—Pág. 24.

II.

VANIDAD DE LA HERMOSURA.

Entre envidias del campo generosa
Y de sus verdes armas defendida,
Descoge al aire su apacible vida
Por horas breves la engañada rosa.
Risueña sale su ambición hermosa
Del breve manto la prisión rompida,
Á su peligro cierto inadvertida
Y á tantas inclemencias animosa.
Naciendo compañera á la mañana,
Del día sigue el paso diligente,
De entrambos siendo tan conforme el pago,
No adores, Fabio, una hermosura vana,
Que por la puerta alegre de su oriente
Salió á buscar su miserable estrago.

Idem id.—Pág. 25.





LA CONDESA DE BENAVENTE.

Doña Antonia de Mendoza (*la divina Antandra*), Condesa de Benavente, nació, tal vez en Sevilla, en los primeros años del siglo XVII. Túvola por hija, fuera de matrimonio, y de una señora calificada, el tercer Marqués de Montesclaros, D. Juan Manuel de Mendoza y Luna, el cual, por la temprana capacidad de que dió muestras y por los servicios que prestó en 1596 siguiendo con su compañía de lanzas á Portugal al Príncipe Felipe III en su jura, y en 1599 asistiéndole en las bodas de Valencia, fué nombrado «en edad florida» asistente y Capitán general de la ciudad de Sevilla, de donde pasó más tarde, primero al cargo de Virrey y Capitán general de Nueva España, y después del Perú. Durante estas ausencias crióse bizarramente Doña Antonia; y habiendo heredado, como con los hijos del amor de ordinario acontece, los talentos de su padre y sus aficiones poéticas, al regresar viudo éste en 1617 de Lima, hallóla en todos los esplendores de la pubertad. Intereses de familia obligaron á Montesclaros á contraer segundas nupcias con su sobrina Doña Luisa Antonia de Portocarrero y Mendoza, sevillana también é hija del Conde de Palma, Don Luis; mas no pudiendo desamparar á su hija natural, la introdujo en Palacio en la servidumbre de la Princesa Doña Isabel de Borbón, después Reina, de quien Doña Antonia fué dama, así como de Doña Mariana de Austria, segunda mujer de Felipe IV. Ni las gracias, ni la cuna, ni el talento le habían proporcionado un marido en razón de las circunstancias de su vida, hasta que en 1648, «de bien madura edad,» como se dice en las *Cartas de los jesuitas,* tomóla para sí en segundas

nupcias D. Juan Francisco Alfonso Pimentel, décimo Conde de Benavente. No fué este enlace del agrado de los hijos del Conde; pero lo fué de los Reyes, que celebraron las bodas en Palacio y fueron padrinos de los contrayentes, otorgándose por este matrimonio al Conde el Toisón de oro y la llave de la Cámara, 4.000 ducados de renta por dos vidas, 3.000 por dos vidas y 3.000 por una, además del cuento de maravedís y de los 1.000 ducados para sayas que era costumbre dar á las damas que se casaban en el servicio de las Reales personas. Respecto á este matrimonio, el P. Everardo Neidthard, en sus *Memorias inéditas,* dice que enloqueció tanto á la corte de Madrid el casamiento de Felipe IV con Doña Mariana de Austria, que en su celebración, y por agradecimiento á la parte que tomaron las damas con la señora Infanta y las meninas en la representación de *El nuevo Olimpo*, que por regocijo de aquel suceso el 21 de Diciembre de 1647 se ejecutó en Palacio, habiéndolo escrito adrede D. Gabriel Bocángel y Unzueta, determinó el Rey casar á Doña Antonia de Mendoza con el Conde de Benavente; á Doña Ambrosia de Moscoso y Córdova con el Conde de Palma; á Doña Juana de Velasco con el Conde de Chinchón, y á Doña Beatriz de Haro con el Conde de Aguilar. Doña Antonia de Mendoza había sido muchos años la musa inspiradora de la Real casa; las agudezas de su ingenio eran proverbiales, y, entre otras, se celebró mucho la que tuvo, como atestigua Gracián, en cierta recreación de Palacio, cuando dijo:

El galán que me quisiere,
Siempre me regalará;
Porque de él se me dará
Lo mismo que se me diere.

Había escrito *motes* y comedias y su fama literaria traspasó fuera de la atmósfera palatina. El Dr. Benito López Remón así lo dijo al dedicarle, en 1629, la descripción de *Las fiestas de la Merced* (Madrid, por Juan González), celebradas aquel año, desde el 21 de abril hasta el 8 de Mayo, en el Convento de aquel nombre, y para las que «el peregrino ingenio» de Lope de

Vega escribió la comedia de la *Vida de San Pedro Nolasco,* que Roque de Figueroa representó ante S. M. Algunas poesías de Doña Antonia de Mendoza se hallan en la Biblioteca Nacional, Sala de MSS., *M*-83, juntamente con las de otros dos poetas domésticos de Palacio: Doña Luisa Enriquez y D. Jaime Manuel, hermano del Duque de Maqueda. Doña Antonia de Mendoza lloró en sentidos versos la pérdida de la Marquesa de San Román, «que murió moza y recién casada, y era muy hermosa y discreta, lastimando su muerte á la corte» (fol. 70). Se ignora el año de la suya.

LA EMPERATRIZ DE LAS FLORES.

EN LA PROFESIÓN DE DOÑA ROSA CEPEDA.

COPLA PARA MÚSICA.

Si el obsequio feliz de esta rosa,
Que en tierna fragancia consagra su albor,
En los cielos respira suave
Con dulce ambrosía de líquido olor;
Sacrificio tan grato á los cielos
Celebre la tierra con admiración.

ROMANCE INÉDITO.

Hoy una rosa Domingo
Plantando está en su jardín,
Para que su ramillete
Tenga de rosa el matiz.
El botón de su virtud,
Aunque en julio se va á abrir,
En fragancia y en edad
Está gozando el abril.

Siendo rosa es maravilla,
Puesto que, para lucir,
En vez de extender su pompa,
Quiere su pompa ceñir.
De la religión la selva
La prohija en su pensil,
Con que otra hija desde hoy
En la madre selva ví.
El armiño y la pureza
De que hoy se viste es decir
Que, sin dejar de ser rosa,
Quiere parecer jazmín.
Azucena se transforma:
¿Quién ha visto introducir
El candor de la azucena
De la rosa en el carmín?
Aunque de todas las flores
Lo más puro llegó á unir,
No hay en su designio azahar,
Pero amor perfecto sí.
Aplauso le demos, flores,
Pues siempre logró feliz
El aplauso de las flores
La rosa, su emperatriz.

(Escudo de la Orden de Santo Domingo.)—*Coplas místicas compuestas por* Doña Antonia de Mendoza, *de la Cámara de S. M. la Reina nuestra señora, para cantar, en la toma de hábito de Doña Rosa de Cepeda, en el Monasterio de Santo Domingo el Real, de Madrid, de Religiosas de su Orden.* Papel suelto. Sin lugar ni año. (*Arch. de la casa de los Avileses*, Ronda.)—Se halla también esta poesía, anónima, en la Bibl. Nac., Sala de MSS., *M*-408, fol. 187. —Las demás poesías de Doña Antonia de Mendoza, *Condesa de Benavente*, *M*-83 y otros.



DE AUTOR INCIERTO.

I.

Á UNA ROSA QUE LA COMÍA UN GUSANO.

SONETO.

Tosco gusano, ¿qué locura ha sido
Atreverte á esa púrpura luciente,
Que lo mordaz conoce de tu diente,
Cuando apenas advierte que ha vivido?
Con su hermosura estás tan atrevido,
Que á tu rigor ¡oh bárbaro imprudente!
Como ejecuta apresuradamente;
No le dejas lugar para temido.
Cadáver la introduce tu asistencia,
Cuando con vanidad de ser hermosa
La brevedad de su vivir olvida.
Refrena, pues, tu bárbara violencia,
Y deja que peligre de ser rosa
Sin que desmientas tan hermosa vida.

MSS. de varios sin foliar.—Biblioteca particular del Sr. Sancho Rayón.—Incluyo este soneto y las dos composiciones en redondillas que le siguen, después de la Condesa de Benavente, por la correspondencia de estilo que existe entre estas poesías anónimas y las de aquella escritora, que se conservan inéditas en la Biblioteca Nac. de Madrid, Sala de MSS., *M*-83 y otros.

II.

Á UN GALAN QUE SE ENAMORÓ DE UNA ROSA.

REDONDILLAS.

Fabio, tan buen gusto alcanzas
Siendo amante de una rosa,
Que la quieres por hermosa
Pues amas sin esperanzas.
¡Qué cuidado tan glorioso
Es el tuyo, en la verdad,
Que huyes tu comodidad
Por sólo adorar lo hermoso!
Nada aguardas, nada esperas,
¡Oh qué generoso amante!
Pues no fueras tan constante
Si esperando pretendieras.
Es hidalgo proceder
El tuyo, discreto Fabio,
Pues adoras sin agravio
Y sin riesgo de ofender.
Amor, como se ha de amar,
Es el tuyo, en mi opinión:
Que esperar satisfacción
Más que amar es agraviar.
Que fuera rigor injusto
Si en el amor que elegí,
Por ganarme un gusto á mí,
Diera á mi dama un disgusto.

Mas tú, por no darla enojos,
Fino, galante y honrado,
El estar enamorado
Sólo lo saben tus ojos.
Otro premio no conquista
Tu discreto galanteo,
Pues no pasa tu deseo
Los límites de la vista.
Sólo espera tu cordura,
Sin aspirar á otra cosa,
Después de verla hoy hermosa
Ver mañana su hermosura.
Este modo de obligar
Sólo tú lo granjeaste:
¡Dichoso tú que alcanzaste
Saber amar por amar!

MS. antes citado.

III.

Á UNA ROSA QUE LA CORTARON ANTES DE SALIR DEL BOTÓN.

REDONDILLAS.

Rosa, tan pronto moriste,
Que, en tu muerte tan temprana,
Aún no pudo una mañana
Apercibir si naciste.
Primero que en tu nacer
Te ví postrada y rendida:
Que aun antes de tener vida
Encontraste el padecer.

Que hoy una mano te rinda
Hace mayor tu pesar,
Pues no pudiste alcanzar
A verte morir de linda.
¡Qué poca dicha has tenido
En no llegar á ser rosa,
Que si murieras hermosa,
Fuera consuelo haber sido!
Hoy no llegas á sentir,
Pues tan aprisa espiraste,
Que ni aun señas alcanzaste
Del modo que es un vivir.
Pero si hermosa te vieras
Y entonces fuera tu muerte,
Lo tuvieras por más suerte
Que si antes de ser murieras.
Porque es mayor desventura
Tu no ser y no vivir,
Que el dolor de tu morir
Lo aliviara tu hermosura.
Morir de hermosa es favor;
Morir sin ser es desdicha;
Luego es más poca la dicha
De un no ser que morir flor.
A tanta verdad me rindo,
Que cuando hermosa acabaras,
Por lo menos te llevaras
La vanidad de lo lindo.
Y hoy tan pobre te contemplo,
Que con tu ser desdichado
Aún no puede ver logrado
Poder servir para exemplo.

Ni aun lugar para una queja
Tu fatal hado te dió,
Que la mano que te hirió
Ni aun por lástima te deja.
Y tan infeliz te veo,
Que el vigor que te atropella
De llegar á verte bella,
No te permitió un deseo.
Con que en tu breve acabar
Eres la más desdichada,
Pues ni te ves celebrada
Ni lo puedes desear.

MSS. antes citados.





EL CONDE DE LA ROCA.

D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, Conde de la Roca, nació en Mérida de 1583 á 1585. Estudiando en Sevilla cultivó la amistad de D. Gaspar de Guzmán, hijo segundo del Conde de Olivares, embajador en Roma, y que por tener otro hermano mayor, D. Jerónimo, no parecía llamado á suceder en el título y mayorazgos de la casa. Muerto el padre y el hermano, é introducido D. Gaspar, ya Conde, en el servicio del Príncipe D. Felipe, Vera y Zúñiga fué llamado á Madrid, apenas por muerte de Felipe III se vió aquél elevado de improviso á la privanza del nuevo soberano. En el mismo año de 1621 dió á Vera y Zúñiga, su amigo, la encomienda de la Barra en la Orden de Santiago; lo hizo nombrar Gentilhombre de S. M. y á poco embajador en Venecia, Roma y Saboya. Más tarde se le concedió el título de Conde y de Consejero de Guerra, Indias y Hacienda. Fué su vida muy agitada por el empeño que mostró en la inteligencia de los negocios que le encomendaron; á pesar de todo, las musas, la historia, la heráldica y la política ocuparon bastante su pluma, nunca ociosa. En 1632 publicó en Milán su poema de *La Conquista de Sevilla por San Fernando*, la más importante de sus obras poéticas; antes había dado á la imprenta, en 1613, la *Vida y hechos de Carlos V*, y en 1621 *El Embajador*. Sus rimas varias no se publicaron entonces, y hoy sería dificilísimo coleccionarlas por lo dispersas que se hallan. El Conde de la Roca murió en 6 de febrero de 1658. D. Antonio Valladares de Sotomayor, en el tomo ij

del *Semanario erudito,* pág. 145, publicó en el siglo pasado los *Fragmentos históricos de la vida de D. Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares,* que Vera y Zúñiga había escrito y dedicado en 1628 al Rey Felipe IV, y de los que corrieron en su tiempo tantas copias manuscritas, que sólo la Biblioteca Nacional ha reunido siete ejemplares distintos (*D*-215, *E*-109, *G*-122 y 133, *R*-74, *T*-195 y *V*-178); no obstante, después de la caída del valido, en 1643, se le imputó la paternidad de ciertas sátiras y papeles críticos, de que tuvo que vindicarse por escrito. Se le atribuyen algunos versos obscenos; pero lo mismo se ha hecho con Quevedo, cuya musa tanto ha calumniado el vulgo.

LA ROSA DE BELISA.

DÉCIMAS INÉDITAS.

Después que tan parecida
Te miro, luciente rosa,
A Belisa, cual tú, hermosa,
Eres de mí aborrecida.
La brevedad de tu vida
Comparo á la de su amor:
Al alba naces, ¡oh flor!
Y vives menos que el día,
Y ella se abrasa y se enfría
Aun en término menor.

Tu lustre, cuando retoca
El primer rayo tu frente,
Imita naturalmente
Sus mejillas y su boca.

Virtud oculta provoca
Mano y vista: ésta á mirarte,
Y aquélla, oh rosa, á cortarte;
Y en tí, Belisa divina,
Oculta virtud inclina,
Y no sé si fuerza á amarte.
  Tú, Belisa, en la ciudad;
Tú, rosa, entre las mejores,
Sois las reinas de las flores,
Las diosas de la beldad.
Pero en lo que la igualdad
Más admiro, porque siento
Que es un efecto violento,
Es que el alba, cuando, oh rosa,
Eres tú sola la hermosa,
Te vence en lustre y aliento.

Bibl. Nac.—Sala de MSS.—*M*-82, fol. 44 vuelto.





EL MARQUÉS DE PALACIOS.

D. Martín de Ledesma y Guzmán, Marqués de Palacios, caballero de la Orden militar de Calatrava, colegial mayor en el del Arzobispo, nació en Zamora de 1600 á 1605. Por su madre Doña Isabel de Guzmán y Rojas, natural de León, era sobrino del famoso D. Ramiro Núñez de Guzmán, señor del Toral, á quien, como sucesor de su casa, trajo á la corte de Felipe IV el Conde-Duque, dándole con la grandeza el título de Duque de Medina de las Torres. Á D. Martín, su sobrino, que tenía todas las habilidades de la edad y de la estirpe, se le nombró Gentilhombre del Cardenal-Infante D. Fernando. Ledesma y Guzmán sostenía el cortejo con las Musas desde las aulas de Salamanca, aunque á veces en sus versos, hasta ahora desconocidos, pues soy el primero en dar á luz las muestras de su ingenio, se quejaba «de que una dama de la Reina decía que no eran suyos.» Hay que tener en cuenta que, según de sus poesías se deduce, la casa y servidumbre de Felipe IV, antes del casamiento de la Infanta Doña María, que fué Emperatriz de Alemania, era un laberinto de divisiones y había dos partidos, principalmente entre las damas: el de las *Jateletes* y el de las *Montescas*, las últimas de las cuales, afiliadas á la Reina, usaban unas cruces con cintas encarnadas, de donde tal vez proceda la insignia que aún hoy usan. Palacios cortejó primero, bajo el nombre de *Cloris*, á Doña Catalina de Moncada, la cual le dejó por las costumbres libertinas de Ledesma, y se casó con su deudo D. Luis Guillén de Moncada, Duque de

Montalto; después, con el nombre de *Amarilis*, á Doña María de Aragón, dama también de Doña Isabel. En 1625 se le dió el hábito de Calatrava (Rújula) y el título de Marqués de Palacios en 1635 (Berni), lo que no impidió que en 1638, según las *Cartas de los Padres Jesuitas,* se le desterrara de la corte, en opinión de unos «porque en su casa la industria de tahur hacía milagros;» en opinión de otros «porque con el Marqués de Mirabel, D. Juan Gaviria, D. Francisco de Luzón y otros *guapos* de la corte hacía congregación para hablar mal del Gobierno.» En el año de 1627 Marcelo Díez de Callecerrada le eligió por Mecenas al publicar su poema de *Endimión* (Madrid, por la viuda de Luis Sánchez). En cuanto á sus *Poesías*, he tenido la fortuna de descubrirlas en la Biblioteca Nacional, Sala de MSS., *M*-13, desde el folio 17 vuelto al 170. Sólo imprimió, sin lugar ni año, un poema titulado *Fábula de Pomona,* y en 1644 fué uno de los 46 ingenios que escribieron en honor de los soldados muertos ante los muros de Lérida. Murió en 1650.

ROSAS A ROSAS.

Á DOÑA MARÍA DE ARAGÓN (AMARILIS), DAMA DE LA REINA.

ROMANCE INÉDITO.

Nació de aquella esmeralda,
Amarilis, esa rosa,
Debiendo al sol muchos rayos,
Muchas perlas á la aurora.
El imperio de otro día
La va puliendo las hojas,
Porque vive su hermosura
De lo que mueren las otras.
Todo el jardín la festeja;

Las esperanzas la logran:
Que de su botón la espina
Más que amenaza, aprisiona.
Blandos la adulan los aires;
Ese cristal la enamora;
Los ruiseñores la cantan,
Y los áspides la lloran.
Mas tu belleza, Amarilis,
La fortuna la mejora,
Ni el sol la da lucimiento
Ni pende de las auroras.
Porque de tus perfecciones
Se visten y se mejoran
Al nacer las primaveras,
Aunque mueran envidiosas.

Bibl. Nac.—Sala de MSS.—*M*-13, fol. 17 vuelto.

ALBA REAL.

EN LA OCASIÓN QUE LA SEÑORA INFANTA FUÉ Á LOECHES, QUE LA LLAMARON «ALDEANA DE ALLÍ.»

ROMANCE INÉDITO.

Aldeana de Loeches,
Que saliste más hermosa
Que el sol cuando alegre baja
A dar aliento á las rosas;
Ya los campos que te envidian,
Y fuentes que te enamoran,
Bien podrán decirte amores,

Mas no te dirán lisonjas.
Todos piden á tus plantas,
Bellísima labradora:
Los campos yerbas y flores,
Las fuentes plata y aljófar.
El sol te engendró de España,
Y Belisa fué tu aurora:
Que sólo pudo nacer
Esta perla en esta concha.
Escucha aquesta canción,
Aunque te compongan otras
Los zagales de tu casa,
Y las canten tus pastoras:
«Aldeana bella,
Vengas en buen hora
Á ser fresca rosa,
El sol de los campos
Y en mi aldea sola.
»Ya de Manzanares
La verde ribera,
Después que la pisas,
Quiere ser tu aldea,
Pues bajaste á verla
Y en su abril agora.
»Aldeana bella,
Vengas en buen hora
Á ser fresca rosa,
El sol de los campos
Y en la aldea sola.»

Varias poesías del Marqués de Palacios.—Bibl. Nac.—Sala de MSS.—*M*-13, fol. 128 vuelto.



MARQUÉS DE SAN FELICES.

D. Juan de Moncayo y Gurrea, Marqués de San Felices, nació en Zaragoza hacia 1614 ó 15. Su padre, D. Miguel, era undécimo señor de la casa de Moncayo y descendiente del famoso D. Juan de Moncayo, gobernador de Aragón, Virrey de Sicilia y privado del Rey D. Alonso V, el de la novelesca expedición á Nápoles. Así por estos antecedentes, como por los servicios de D. Miguel, su hijo D. Juan fué admitido en la servidumbre de Felipe IV, en la que entró de caballero paje el 24 de febrero de 1627. En 15 de agosto de 1636 se le ciñó espada y juró de Gentilhombre de boca, siendo ya uno de los que por sus aficiones literarias formaban parte de aquella corte de poetas de que el Conde-Duque de Olivares procuró rodear á aquel Monarca y á sus hermanos los Infantes D. Fernando y D. Carlos. En 9 de junio de 1634 se había concedido título de Marquesa de San Felices á la madre de D. Juan, ya viuda, Doña Francisca de Gurrea; pero por muerte de esta señora lo tomó para sí el poeta en 1635. Un año después escribía para el público sus primeros versos laudatorios entre los preliminares de la primera edición del *Catálogo Real y genealógico de España y Portugal*, del escritor lusitano Rodrigo Méndez de Silva. Después, en 1652, dió á las prensas de Zaragoza sus *Rimas*, «delicias de las musas en que resplandecía el numen poético de su autor» (Andrés Uztarroz), y en 1656 el poema trágico de *Atalanta é Hipomenes*. Además de esta fábula y de las de *Júpiter y Leda* y *Venus y Adonis*, que in-

sertó en sus *Rimas* (páginas 1-13 y 110-139), tenía escritas y dejó inéditas las de *Eco y Narciso*, *La primera semana* y *El mayor beato*, que se han perdido. Entonces estas fábulas, que estaban muy en boga, equivalían á lo que llamamos *Pequeños poemas*. El Marqués de San Felices debió morir poco después, extinguiéndose con él el título otorgado á su madre, hasta que en 21 de junio de 1693 el Rey Carlos II lo vinculó perpetuamente en la nobilísima casa de Moncayo (Berni). Apenas hay ingenio á quien en vida celebrasen con más calor las musas de su país. En la fábula de *Atalanta é Hipomenes* todos los versos laudatorios son de poetisas exclusivamente aragonesas: Doña María de Vivero y Salas, Doña Ana Ataide, Doña Bernarda de León y Rojas, Doña Luisa Sola de Arellano, Doña Juana de Lara y Bracamonte, etc., á las que se juntaron las célebres comediantas y también poetas María de Córdoba, Doña Jacinta María de Morales, Doña Juana Vázquez y otras.

SONETOS.

I.

CADUCIDAD.

Ésta, que al prado púrpura dilata;
Ésta, que flor se mira y escarmiento,
Hermosa vanidad que fía al viento,
Los vapores que en ámbares desata;
Del corvo arado la opresión ingrata
Postró lo natural á lo violento,
Y en forma de su injusto rendimiento
Hoy su tragedia mísera retrata.
Mostró la privación de su hermosura
La que pudo en tan verde lozanía
Sangrienta estrella ser de su luz pura.

¡Oh! ¡cuánto pudo en la estación del día
El tiempo, que fortunas asegura,
En cuyas sombras su rigor envía!

Rimas de D. JUAN DE MONCAYO Y GURREA, MARQUÉS DE SAN FELICES: Zaragoza, por Diego Dormer, 1652.—Pág. 46.

II.

HADO.

Por lazos de esmeralda rompe el día,
Oh rosa, los colores que la aurora
Entre purpúreos senos atesora
Y en tus fragancias frágiles envía.
No bien, pues, tu hermosura desafía
Cuantas al prado márgenes colora,
Cuando en luciente aljófar tu fin llora:
¡Oh indicio de una incierta fantasía!
Naciste para ejemplo de las flores,
Porque apenas beldad te admiró en mayo
Cuando solicitaste tus rigores:
Y siendo de la vida triste ensayo,
Ella duda, en tu asunto, tus verdores;
Tú, en la fogosa luz que anima el rayo.

Rimas de D. JUAN DE MONCAYO Y GURREA, MARQUÉS DE SAN FELICES: *Zaragoza*, por Diego Dormer, 1652.—Pág. 72.





D. JERÓNIMO DE CÁNCER Y VELASCO.

D. Jerónimo de Cáncer y Velasco nació en Barbastro hacia fines del siglo xvi, y arrimado al favor de los Argensolas únicamente logró la plaza de Contador del Conde de Luna. Créese que vivió siempre pobre. En unos donosos versos advierte al Conde de Luna que hacía nueve meses no se le pagaba su sueldo; en otros pide á su favorecedor, el Duque de Medinasidonia, D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán, le dé para comprar un vestido; en otros, un amigo del poeta pide prestado un jubón al Conde de Montalván; en otros, finalmente, por haber representado con los criados de la Real familia una comedia ante SS. MM., pide dinero al Rey. Estas necesidades y estas exigencias las hacía públicas en sus *Poesías*, sin que le deshonrasen; antes aceptaban su concurso para escribir comedias en colaboración, D. Pedro Calderón de la Barca y Luis Vélez de Guevara en la de *Enfermar con el remedio;* D. Agustín Moreto en la de *Hacer remedio el dolor;* Moreto y D. Juan de Matos Fragoso en la de *No hay reino como el de Dios;* Don Francisco de Rojas Zorrilla y D. Pedro Rosete Niño en la de *El bandolero Solporto;* Calderón y D. Juan de Zabaleta en la de *La Margarita preciosa*, y así en otras. Su epitalamio en las bodas del Duque de Alburquerque; su elegía á la muerte del Almirante de Castilla; sus versos á D. Antonio Hurtado de Mendoza, al Marqués de Melgar y á otras personas de gran suposición, revelan su trato de amistad con ellas; y la *Relación del bautismo de la Infanta Doña Ana*, en 1635, su inmensa fa-

miliaridad con la alta servidumbre de Palacio. En éste, y en presencia de los Reyes, se representó su comedia burlesca de *Las mocedades del Cid;* y cuando publicó sus *Obras*, de que en un mismo año, 1653, se hicieron en Madrid dos ediciones, los aprobantes de ellas, el P. Agustín de Castro y D. Pedro Calderón de la Barca, estuvieron contextes en que ningún poeta de su tiempo alcanzaba en España y fuera de ella la celebridad de Cáncer. Murió en septiembre de 1655.

Á UNA ROSA DESHOJADA.

SONETO.

Esta mustia beldad, que enamorado
Tuvo al abril su verde lozanía,
Fragante joya, que, al romper del día,
Sacó la primavera en el tocado;
Sustituta del sol, astro esmaltado,
Que igualmente alumbraba é influía,
Y en verde, en apacible tiranía
Por reina se hizo coronar del prado;
A mano descortés segur villana
Rinde cuanto esplendor y pompa adquiere,
Pagando como culpa el nacer rosa.
¡Oh! ¡No se fíe la belleza humana;
Que es breve flor que cuando nace muere,
Mucho más que por frágil, por hermosa!

Obras varias de D. Jerónimo de Cáncer y Velasco: Madrid, por Diego Diaz de la Carrera, 1651.—Fol. 105.





D. GABRIEL BOCÁNGEL Y UNZUETA.

D. Gabriel Bocángel y Unzueta nació en Madrid de 1608 á 1610. Fué hijo del médico de Cámara D. Nicolás Bocángel, que antes lo había sido de la Emperatriz y de la Infanta Sor Margarita de la Cruz, hasta que murieron en las Descalzas Reales. D. Gabriel hizo sus estudios en Alcalá, y por los servicios de su padre obtuvo en 18 de octubre de 1629 la plaza de Bibliotecario del Infante-Cardenal D. Fernando, hasta que éste regaló sus libros é instrumentos de matemáticas, de que poseía selecta colección, al Conde-Duque de Olivares. Más tarde, en 31 de agosto de 1634, hízose á Bocángel Contador de resultas de la Contaduría mayor de S. M., y por renuncia de D. Francisco de Rioja, en 1637, Cronista general de estos reinos. En 1625 ya tomó parte en los certámenes poéticos que celebraba en su casa el joven Marqués de Velada, y en 1626 en los de casa del Duque de Lerma, cuyo vejamen dió el malogrado Anastasio Pantaleón de Ribera. En 1627, de muy escasa edad, publicó un libro de *Rimas y prosas*, y escribía al final de *La estafeta del dios Momo* un elogio poético de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo. Después, sin año, publicó unas octavas *Por la salud del Sermo. Sr. Infante Don Fernando;* en 1633 el *Retrato-panegírico del Infante D. Carlos;* en 1635 la *Lira de las musas humanas*, segunda edición aumentada de sus rimas; en 1638 el *Lauro cívico al Excelentísimo Sr. D. Gaspar Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Duque de Medinasidonia*, «por la reducción de la inquietud plebe-

ya de Portugal;» en 1645 el *Templo cristiano ó elegía á la muerte de Doña Isabel de Borbón*, primera mujer de Felipe IV, y en 1647 *El nuevo Olimpo*, obra lírico-dramática para celebrar en Palacio los años de Doña Mariana de Austria, estipulada segunda mujer del Rey. En esta obra se introdujo la música de un modo nuevo, quedando sancionada con ella la creación de la zarzuela española, por lo que Bocángel recibió de Felipe IV una pensión de por vida. En 1648 publicó el poeta el *Triunfo del Amor y Marte* con motivo de las bodas del Duque de Montalto, D. Luis Guillén de Moncada, con Doña Catalina de Moncada, dama de la Reina, y otro *Epitalamio* á las de Juan de Cetina, secretario del Almirante de Castilla, con Doña Jerónima Maldonado. Por último, en el *Jardín de fragantes flores al Santísimo Sacramento* que en 1653 publicó Don José Martínez de Grimaldo, se insertaron versos de Bocángel con otros del Marqués de Aytona, D. Guillén Ramón de Moncada, D. Carlos Magno y algunos poetas más de su tiempo. Gaspar Caldera de Heredia, en su *Arancel político*, llamó á Bocángel «el mayor cortesano.» Murió el poeta el 8 de diciembre de 1658 en la casa que habitaba en el Postigo de San Martín, y fué enterrado en el Convento del Carmen Calzado.

METÁFORA DE UNA ROSA Á UNA DONCELLA, QUE HABÍA PADECIDO LA PRIMERA OFENSA EN EL RECATO.

LETRA.

Esa rosa que ves, zagalejo,
Y el ave grosera volando picó,
¡Ya no es flor: que á los aires se queja,
De verse, aunque rosa, robada y sin flor!

GLOSA.

A sí misma semejante,
Nunca verás la hermosura,
Porque miente lo que dura
La belleza más constante.
Es la dicha del amante
De tan incierta fortuna,
Que nació varia la luna
A ser luna de su espejo:
Esa rosa que ves, zagalejo,
Y el ave grosera volando picó,
¡Ya no es flor: que á los aires se queja,
De verse, aunque rosa, robada y sin flor!
Verás beldad que homicida
A herir y obligar alcanza;
Que despide á la esperanza
Y á los sentidos convida.
No los creas en tu vida,
Si buscas de amor la palma,
Porque siempre contra el alma
Dan los sentidos consejo:
Esa rosa que ves, zagalejo,
Y el ave grosera volando picó,
¡Ya no es flor: que á los aires se queja,
De verse, aunque rosa, robada y sin flor!
El gusto más poseído
Que llega á mayor edad,
Le sobra la enfermedad,
Pues muere de haber nacido.
Es un rayo sin ruido

La luz de la dicha, Blas;
Contento que dura más
Tiene el pesar por reflejo:
Esa rosa que ves, zagalejo,
Y el ave grosera volando picó,
¡Ya no es flor: que á los aires se queja,
De verse, aunque rosa, robada y sin flor!
No se queja de morir
La flor de la aguda punta,
Que para verse difunta
Harta causa fué lucir.
Sólo pudiera sentir
Que tan rigoroso daño
No escribiese el desengaño,
Cuando violó su bosquejo:
Esa rosa que ves, zagalejo,
Y el ave grosera volando picó,
¡Ya no es flor: que á los aires se queja,
De verse, aunque rosa, robada y sin flor!

La lira de las Musas, de D. Gabriel Bocángel y Unzueta: Madrid, por Carlos Sánchez, 1652. Fol. 64 vuelto.—Con el título de *Varias letras y tonos escogidos* hay en la Biblioteca Nacional de Madrid un códice procedente de la Biblioteca del Duque de Osuna, en el que se reproduce esta canción y se da por anónima.—Biblioteca Nac., *KK*-28 provisional, pág. 3.





D. AGUSTÍN MORETO Y CABAÑA.

D. AGUSTÍN MORETO Y CABAÑA nació en Madrid y fué bautizado en San Ginés el 9 de abril de 1618 (Lunes Santo). Sus padres, milaneses, se dedicaban al comercio y poseían siete casas en la calle de San Miguel de esta corte. D. Agustín estudió en Alcalá de Henares y se licenció en Artes en 1639. La primera flor de su ingenio la depositó sobre la tumba del malogrado D. Juan Pérez de Montalbán, que murió demente y joven. Perteneció á las Academias literarias; pagó á los libros de sus amigos el tributo de sus versos laudatorios, y abordó el teatro en edad todavía temprana. Después de haber dado á la escena, con otras muchas comedias, ya solo, ya en colaboración, *El desdén con el desdén*, repudió las musas; se hizo sacerdote; fué admitido en Toledo, como capellán suyo, por el Cardenal-Arzobispo D. Baltasar de Moscoso y Sandoval, y en 1657 se le dispensó habitación en el Refugio de aquella imperial ciudad. Tenía en Toledo la Hermandad del Refugio por instituto la misión de recoger los pobres y distribuirlos en los hospitales, y desde 1659 hasta su muerte, que ocurrió el 28 de octubre de 1669, vese en *El libro de rondas y de entradas* hacer sus semanas de turno á D. Agustin Moreto con el Conde de Casarrubios y á D. Pedro Calderón de la Barca con Don Pedro de Bazán. Mas el Cardenal Moscoso, que sabia «cómo había llenado el mundo Moreto con su festiva agudeza, aunque veía con gusto que, renunciando los aplausos que le habían dado tan merecidamente en el teatro, consagraba la pluma

á las alabanzas divinas, convertido el entusiasmo ó furor poético en espíritu de devoción,» estimulóle á escribir algunos *autos sacramentales y comedias* para las fiestas populares de la Iglesia, principalmente desde que Calderón de la Barca dejó á Toledo y regresó á Madrid. Á esta época pertenecen las que llevan por título: *La cena del Rey Baltasar*, *Antes morir que pecar*, *San Casimiro*, *Nuestra Señora de la Aurora*, escrita en Toledo con Cáncer y Velasco, y últimamente *Santa Rosa del Perú*, de que no hizo más que dos jornadas, pues le interrumpió la muerte. Algún tiempo después la concluyó sobre el plan trazado por Moreto D. Pedro Francisco Lanini y Sagredo. Todos sus bienes los dejó Moreto á los pobres. Está enterrado en la capilla de la Escuela de Cristo, que pertenecía á la parroquial de San Juan Bautista, y que todavía se conserva.

ROSA FUGAZ.

EPIGRAMA.

Tu flor se pasa, rosa,
Y el fruto prometido
A tu hermosura niega
El nácar ya marchito.
Gózale antes que pierdas
De tu verdor el brío,
Que al florecer las plantas
Es natural el vicio.

De la comedia *Santa Rosa del Perú*.





D. JERÓNIMO DE BARRIONUEVO.

D. Jerónimo de Barrionuevo y Peralta, caballero del hábito de Santiago, nació en Madrid (?) en 1569 y se bautizó en la parroquia de San Ginés. Era por su padre de las familias colegiadas más antiguas de los hijosdalgo de la villa, y por su madre, Doña María de Vera y Molina, natural de Úbeda, se hallaba relacionado en propincuo parentesco con el famoso Juan Vázquez de Molina, Secretario de Felipe II. Los Barrionuevo de Madrid, entre otros privilegios, gozaban el pontificio de capilla propia en la referida iglesia parroquial con entierro suntuoso, «*á do está*, como dice en un testimonio público el Secretario de Felipe IV, Pedro Zapata del Mármol, tratando de nuestro D. Jerónimo, *su padre de bulto*.» Los estudios de Barrionuevo y Peralta, hasta que tomó el grado de Licenciado en ambos Derechos, los hizo en la á la sazón floreciente Universidad complutense, y adquirió tal crédito en los negocios, que Madrid le designó su Procurador para las Cortes de 1592 á 1598, cuando sólo tenía veintitrés años. No obstante, él, con D. Martín de Porras, eran los obligados, por comisión de sus compañeros, para redactar los memoriales que se habían de dar á S. M. el Rey sobre las proposiciones que se discutían. Barrionuevo y Peralta fué algún tiempo Tesorero ó Contador de la casa y estados de los Marqueses del Carpio, y más tarde Canónigo de Sigüenza, con cuyo Deán sostuvo desde Madrid, de 1654 á 1658 (¿de ochenta años de edad?), una activa correspondencia sobre los asuntos políticos universales y de la

Monarquía. Desde la época de sus estudios D. Jerónimo de Barrionuevo, de la misma manera que su primo hermano el Marqués de Cusano, tuvo aficiones literarias y escribió algunas poesías y comedias que quiso recoger, sin duda para darlas á la imprenta, de 1641 á 1643; y como tuviera reparos para entregarlas á la publicidad con su nombre, por su edad y por la gravedad de los cargos que ejercía, las coleccionó bajo el de su amigo D. Juan Cantón de Salazar. Estas poesías no llegaron á imprimirse y permanecen inéditas (*M*-410), así como sus cartas al Deán de Sigüenza (*H*-100), en la Sala de MSS. de la Biblioteca Nacional. En uno de sus romances cuenta toda su vida (Paz y Melia). Murió después de 1660, de noventa y un años. En 1624 le honró Felipe IV con el hábito de Santiago, que había tenido el licenciado García de Barrionuevo, su padre. La condición y variedad de los datos biográficos que resultan sobre D. Jerónimo de Barrionuevo y Peralta, me hace abrigar la sospecha de que entre 1550 y 1650 hubo dos personas nobles y literatas que llevaron el mismo nombre y los dos mismos apellidos.

INTANGIBLES.

ROMANCE INÉDITO.

¡Qué vergonzosa que sales,
De mayo la mejor flor,
Alegría de este prado,
Milagro hermoso de Dios,
Vertiendo de tus mejillas,
Entre el bruñido candor,
La púrpura y rosicler
Del celeste pabellón!
De la suerte que la aurora,
Cuando alegre despertó,
Vestida sale de grana

Entre uno y otro arrebol,
Y tras ella presuroso
Raya, guiando el amor,
A ese amante del laurel,
A ese lustroso pavón,
Haciendo ruedas del aire
Sin gozar de la ocasión,
Pues al asirla se halla
Burlada su pretensión;
Así entre todas las flores
Al salir de su botón,
Es la rosa maravilla
En la fragancia y color,
Sin que ninguno se atreva
A profanar su valor
Defendida de la guarda
De tanto archero peón;
Quedando sólo en tocarla
Abrasado, como el sol,
Y ensangrentadas las manos
El que hacerlo se atrevió.

Comedias y poesías varias por D. Juan Cantón de Salazar (nombre de que se valió el verdadero autor, D. JERÓNIMO DE BARRIONUEVO Y PERALTA, *Canónigo de Sigüenza*).—Bibl. Nac., Sala de MSS., *M*-410, Pág. 522.





D. GARCÍA DE PORRES.

D. García Martínez de Porres y Silva, caballero del hábito de Calatrava, nació en Zamora hacia 1613. Hizo sus estudios en Salamanca, donde alcanzó una beca en el Colegio de Cuenca, y al tomar la borla de Doctor se le dió la cátedra de decretales, clementinas, sexto y vísperas. Al ocurrir la insurrección de Portugal organizó en compañías el Cuerpo escolar universitario, y en 1642, hallándose consternada Ciudad-Rodrigo por la inmediación del ejército portugués, salió de caudillo con los estudiantes, entró en la plaza y se preparó á la defensa. Pagó Felipe IV tan bizarra acción confiriéndole una plaza de Oidor en la Real Chancillería de Valladolid; después le dió la Superintendencia del ejército de Extremadura. En 1647 pasó al corregimiento de Salamanca, siendo trasladado más tarde á la sala de alcaldes de casa y corte. Por último, promovido á la Fiscalía del Consejo de Castilla, llegó á obtener plaza del mismo y de la Suprema Inquisición. Era hermano de D. Cristóbal de Porres, Conde de Castronovo y Marqués de Quintana, del hábito de Alcántara, y otro hermano suyo, Fr. Antonio de Porres, fué calificador del Santo Oficio y después Obispo de Málaga. Por su mujer Doña Teresa de Velasco emparentó D. García con los Condes de la Revilla; y si en las academias, en la cátedra y en el foro se había revelado, según dice Méndez de Silva, «como varón de singular rectitud y grandes letras y suficiencia,» adquirió en la sociedad un puesto lleno de respetabilidad y de prestigio. Escribió comedias; mas

no quiso darlas al teatro, y el mismo culto de las musas lo limitaba á las íntimas satisfacciones de su espíritu. Nunca las publicó: algunas han quedado como prueba de su numen poético y se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sala de MSS., *M*-10 y otros códices.

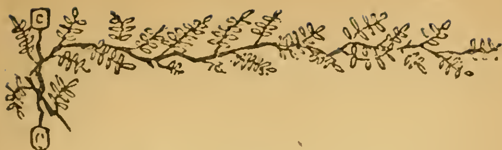
CELAJES DE UNA ROSA.

DÉCIMA INÉDITA.

Manto y puntas, Celia hermosa,
Sobre tu bello arrebol,
Él es nube, tú eres sol;
Ellas espinas, tú rosa.
Al que llega mariposa,
Ó le consume tu fuego,
Ó éstas le maltratan luego;
Yo me quise reportar,
Y porque llegué á mirar
Quedé de mirarte ciego.

Versos de D. García de Porres.—Bibl. Nac.—Sala de MSS., *M*-10 —Fol. 89.





D. FRANCISCO DE FRANCIA Y ACOSTA.

D. Francisco de Francia y Acosta es uno de los muchos poetas portugueses que escribieron en el siglo xvii el castellano con tanta propiedad como la lengua propia. Se ignora dónde nació y cuándo, aunque puede deducirse de los datos vagos de sus mismas poesías que nació en Oporto en los últimos años del siglo xvi. En 1624 dió á luz en Madrid su *Jardín de Apolo*, que dedicó á la señora Doña María de Guzmán, Marquesa de Liche é hija única del Conde-Duque de Olivares. Fué amiguísimo del Príncipe de Esquilache y del general de las galeras de Nápoles, D. Sancho de Leiva, Conde de Baños, y dedicó un poemita titulado *El peñasco de las lágrimas*, recordando *O penado das lagrimas* en la orilla del Duero, cerca de Oporto, su patria, á la menina de la Reina, Doña Ana de Sande, la famosa *Anarda*, á quien dedicó enamorado y melancólico el Infante D. Carlos el apasionado soneto, que se celebró y comentó tanto en su tiempo, y cuya composición ha sido bastante para otorgar á este Príncipe un lugar de honor en el Parnaso castellano. Francia y Acosta, en sus poesías, tomó el nombre arcádico de *Fabio, pastor del Duero*. Sus primeros versos en español se publicaron en 1617 por Fr. Pedro de Herrera en la *Descripción de la capilla del Sagrario de Toledo;* en 1622 dió el poeta otros laudatorios para el libro de D. Francisco de Lugo y Dávila, *Teatro popular, novelas morales,* otros á Monforte y Herrera para la *Canonización de San Isidro,* y en 1624 un soneto á Pérez de Montalván para su poema *Orfeo.*

En todas las Academias y en todos los torneos literarios de aquel tiempo, alternaron los versos de Francia y Acosta, con los de nuestros más celebrados ingenios. Balbas Barona dice de los versos del *Jardín de Apolo*, que «son dignos de toda atención por lo florido de los conceptos, plantas de inventiva, frescura de hojas y cuadro de letras.» El *Jardín de Apolo* se reimprimió en Coimbra en 1657.

PENSIL REAL.

AL NACIMIENTO DE LA SERENÍSIMA INFANTA DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA.

SONETO.

De la dorada flor de lis más bella
Naciste ¡oh tú, de abril nuevo cuidado!
Rosa gentil, que á España el cielo ha dado
Para honor dél y para gloria de ella.
Restitución hermosa eres de aquélla
Que robada en su oriente fué del hado;
Del sol del claro Príncipe esperado
Eres luciente precursora estrella.
Quien darnos fruto tan precioso quiso
Por azucena cándida te envía,
El excelso pensil amplificando;
Donde el joven Monarca es el narciso,
El lirio es Isabel, rosa María,
El jazmín Carlos y el clavel Fernando.

Jardín de Apolo, *de* FRANCISCO DE FRANCIA Y ACOSTA: Madrid, por Juan González, 1624.—Fol. 4.



PAULO GONZÁLVEZ DE ANDRADA.

Paulo Gonzálvez de Andrada: se ignora cuándo nació y dónde y cuándo murió. «Apenas consta que fôra natural de Lisboa.» (Innocencio Francisco de Silva, *Diccionario bibliographico portuguez:* Lisboa, Impr. nac., 1862, tomo vj, pág. 363.) De sus *Varias poesías* hay dos ediciones: la de Lisboa de 1629 y la de Coimbra de 1658. Es colección bilingüe, como la de casi todos los poetas portugueses de su tiempo; pero de los sesenta y cinco sonetos que contiene no hay más que dos en portugués y los demás son castellanos, y en la misma proporción se hallan las canciones y otras poesías de arte menor. «E poeta dotado da bastante imaginação, grande vigor de expresão, colorido brillante e optima versificação. Posto que non esta ja isempto do peccado original da eschola castelhana á que pertenecia, cahindo ás vezes em rasgos gongoristicos, conceitos e agudezas affectadas e pueris, resgata essos deffeitos com bellezas que podem tornar a sua leitura agradavel e proveitosa; sendo pera sentir que a maior parte das suas poesias fosse escripta em hespanhol, segundo o gosto que então prevalecia.» (Da Costa e Silva.) Hasta aquí lo que dicen de González de Andrade los biógrafos portugueses, de quienes fué compatriota. Yo dudo mucho viniese á Castilla, á lo menos á Madrid, pues siendo tantos los ingenios hispano-portugueses, que entonces estuvieron en nuestra corte en gran predicamento, á éste no se le cita en Academia ni acto alguno literario. Tampoco se encuentra su nombre entre los lisonjeros panegi-

ristas que decoraban con sus versos de elogio los preliminares de los libros que por entonces se imprimían.

EL CETRO DE LA ROSA.

POEMA.

Esta que envuelta en rojos esplendores
Belleza, á quien dotó la primavera
El cetro universal sobre las flores,
República odorífera que impera,
Haciendo ostentación de sus primores,
Tanta jurisdicción se considera,
Que en alto aumento de imperial decoro
Púrpura viste y se corona de oro;
Duplicados trofeos se asegura,
En diferente acción doble elegancia,
Sobre las hermosuras, su hermosura,
Y sobre la fragancia, su fragancia,
Por vivir en su imperio más segura
Unida su razón con su arrogancia,
Fabrica en su defensa y en su abono
De espinas muro y de esmeraldas trono.
Tanta opinión á su beldad aumenta
Su resplandor en hojas desatado,
Que de reina del prado aún no contenta
La diosa quiere ser de todo el prado.
Origen superior al prado ostenta
En la sangre de Venus heredado,
Enseñando en abonos superiores
En cuerpo de rubí, alma de olores.

De las auras en trono respetada
No pasan de lisonjas sus licencias,
A donde conociéndose adorada,
Les paga con fragancias obediencias.
Agradecida, cuanto idolatrada,
Liberal, á corteses asistencias,
Comunica á las auras y á los vientos
De su aliento aromáticos alientos.

Cuantas veces la abeja religiosa
Á la deidad que en su semblante mirá
Solícita, la busca y temerosa
Procúrala y cobarde y se retira;
Entre el respeto y la beldad dudosa,
Si llega algún rey á donde aspira,
Cuando á labios de nácares se atreve
En copa de coral néctares bebe.

Sobre la estimación de su tesoro
Tan superior asiento le dispone
La misma aurora, que á las perlas y oro
Que pródiga produce, la antepone.
Las perlas desperdicia y su decoro
Del honor de los campos se compone;
¡Qué mucho, si se adorna su belleza
De oro los pies, de rosas la cabeza!

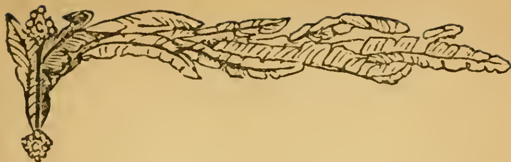
Luz de los campos es, y en luces bellas
Con las luces del alba competía,
Cuando, fugando ejércitos de estrellas,
Más valiente esplendor introducía.
Porque armada de lúcidas centellas
Le introduce en los términos del día,
Tan bella, que á sus vivos resplandores
Desparecen ejércitos de flores.

Con el sol igualmente poderosa
Divide los imperios igualmente:
Él manda una campaña luminosa;
Ella gobierna un cielo floreciente:
Sol de los campos la purpúrea rosa,
Rosa del cielo el sol resplandeciente,
Que haciendo días y formando mayos
Una esparce verdores y otro rayos.
Esta divina Lisis, que cuidado
Antes lisonja fué de humanos ojos,
Llevando aclamaciones del agrado,
A su belleza lícitos despojos;
Si al furor descortés del viento airado
Padece los sacrílegos enojos,
Inclinada la pompa en un momento
Ludibrio vuela, más que adorno al viento.
Perdida la arrogancia y la corona,
La majestad, la púrpura perdida,
Gallarda ostentación de su persona
En débiles despojos dividida,
Escarmientos bellísimos pregona,
En el ocaso fácil de la vida,
Siendo la luz que en ella resplandece
Relámpago que luce y desparece.
Ejemplo, oh Lisi, á tu hermosura sea:
La que retrato fué de la hermosura
Donde en caducos méritos se vea,
Más temerosa mientras más segura.
Si el aplauso común la lisonjea
Mira la pompa cuanto espacio dura,
La rosa lo dirá, que envanecida
Entra muriendo á principiar la vida.

Rosa de la beldad la más perfeta
Que formaron milagros superiores,
A quien toda belleza se sujeta
Como á la rosa el vulgo de las flores;
Si el tiempo ejecutivo no respeta
Privilegios de lúcidos verdores,
¡Cómo pródigamente avara pierdes
La pompa hermosa de tus años verdes!

Varias poesías de Paulo Gonçal | vez d'Andrada. | Parte Primeira. | A Ioam Gonçalvez da | Câmara do Conselho del Rey nono Senhor, | Conde de Villa nova da Calheta, Capitão Ge | neral de gente de guerra de Ilha da Ma | deira, Governador perpetuo de Iusti | ça et Veedor de facenda na di | ta Ilha, et Porto Santo, | Senhor das Ilhas | Desertas | Em Lisboa, por Mattheus Pinheiro, 1629.





MANUEL DE FARIA Y SOUSA.

MANUEL DE FARIA Y SOUSA *(Menalio)*, caballero de la Orden de Cristo, comendador de Rondón, poeta, critico, historiador, filólogo, moralista y uno de los hombres más eruditos de su siglo, nació en la quinta de Caravella, parroquia de Pombiero, próxima á la ribera de Vizella, en la provincia del Miño (Portugal) el 18 de mayo de 1590. Se educó en Salamanca y en sus primeros estudios estuvo en Madrid, donde, por una apuesta con otros poetas jóvenes como él, en una noche escribió el poema de *Daphne y Apolo*, compuesto de 140 octavas reales. Después volvió á Portugal, donde con su hermano Diego entró al servicio del Obispo de Oporto, D. Fr. Gonzalo de Morães. Poco tiempo le duró este cargo y la participación que le daba en las *Academias literarias* que el sabio prelado sostenía en su quinta de Santa Cruz; mas habiendo fallecido el Obispo en 1618, Faria y Sousa se volvió á Madrid, donde escribió en 1620 y dedicó á Lope de Vega otro poema titulado *Narciso y Eco*. El Marqués de Castel-Rodrigo, D. Manuel de Moura Corterreal, lo llevó de secretario á la embajada que obtuvo cerca de Urbano VIII; mas en 1623 ya se hallaba Faria y Sousa de vuelta en la Península. En dicho año publicó en Madrid la *Muerte de Jesús y llanto de María*, y en Lisboa la fábula *Narciso*. En 1624, ya de asiento definitivamente en la corte de Felipe IV, las *Noches claras* y las *Divinas y humanas flores;* mas como tuviera ya en cartera «ocho libros,» comenzó á publicar sus *Fuente de Aganipe* y *Rimas varias*, en siete tomos que sa-

lieron por vez primera de 1624 á 1627, y en segunda edición de 1644 á 1646. Hasta 1649, en que murió (3 de junio), el *Epitalamio de los Marqueses de Molina* (Zaragoza, 1624): *Epítome de las historias portuguesas* (Madrid, 1626); los *Luisiadas de Camöens*, comentadas (Madrid, 1639); *Nenia: á la muerte de la Reina Doña Isabel de Borbón* (Madrid, 1644), y el *Nobiliario del Conde de Bracelos* (Madrid, 1646). Después de su muerte, en 1650, 1666 y 1695 se dieron á luz en Lisboa algunas de las obras que dejó inéditas. D. Francisco Moreno Porcel en 1650 publicó un libro en su elogio, titulado *Retrato de Manuel de Faria y Sousa*. También el Conde de Ericeira, Don Francisco Xavier de Meneses, escribió la crítica de sus obras. Lope de Vega le llamó «genio ilustre que juntó las letras portuguesas á las nuestras.» Espinel ponderó «su notable abundancia de lección, su agudeza é ingenio, su vasto lenguaje y sus conceptos levantados.»

SONETOS.

I.

ROSA ADVERTIDA.*

Semejante á la rosa en hermosura,
Si no la tocan en su trono verde,
De espacio, ¡oh Filis! la belleza pierde:
A morir, si la tocan, se apresura.
Si es gloria el poseer beldad segura
Y no hay otra que tanto se te acuerde;
El no dejarla usar se te recuerde,
Pues que lo más usado, menos dura.
Diráste tú, que quieres ser querida:
¡El que te logra, tiénete olvidada!
¡El que quiere lograrte, no te olvida!

Tú te gozas tus joyas descuidada;
Por una sola ajena andas perdida:
¡No quieras más de á tí para avisada!

Fuente de Aganipe ó rimas varias, de Manuel de Faria y Sousa: Madrid, por Carlos Sánchez Bravo, 1645.—Parte j, fol. 91.

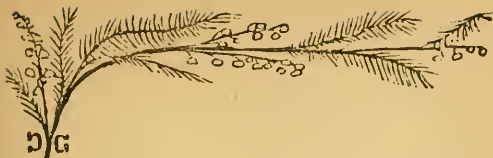
II.

Á VIOLANTE DO CEO, MONJA EN LA ROSA DE LISBOA.

Viendo Apolo una estancia bien copiosa
De puras flores de tu propia suerte:
—«Yo bien quisiera, dijo luego al verte,
Viola antes que lirio, antes que rosa.»
Y en tí, de la elección más cuidadosa,
A la rosa su gusto se convierte;
Queriendo antes quererla, que quererte,
Por más que dé tu nombre flor hermosa.
Tú diste al cielo intacta tu violeta
Y el Autor de la Gràcia más difusa
En un cielo de rosa igual te aceta:
Bien, pues, por tí rosados cielos usa;
Porque por fruto propio el gran planeta
Puso en la mejor flor la mejor musa.

Fuente de Aganipe ó rimas varias, de Manuel de Faria y Sousa: Madrid, por Carlos Sánchez Bravo, 1646.—Parte j, fol. 100.





D. FRANCISCO MANUEL DE MELO.

D. FRANCISCO MANUEL DE MELO *(Medolino)*, caballero de la Orden de Cristo, maese de campo de un tercio de infantería española por la Majestad de Felipe IV, nació en Lisboa en 23 de noviembre de 1611. Se educó con los Jesuitas del Colegio de San Antón, y á los catorce años escribió su primer poema, por lo que se le mandó á Coimbra á seguir sus estudios literarios. Huérfano de padre en 1628, se vino á España para seguir la carrera militar, y enviado á las guerras contra Francia en las fronteras de Flandes y en el gobierno de Milán, alcanzó la banda de maestre de campo, á lo que contribuyó ser portugués, ser caballero, ser valiente y ser poeta. En Cataluña se hallaba mandando un tercio de infantería española cuando estalló en 1640 la insurrección de Portugal. Pasóse entonces á Francia, y atravesando la Holanda se embarcó para Inglaterra, de donde vino á Lisboa. En su patria no le esperaban ni medros ni triunfos, antes bien ingratas vicisitudes que le hicieron pasar casi toda la vida en destierros y prisiones. Al cabo murió en Lisboa el 13 de octubre de 1666, ahogado de la necesidad y agobiado por el infortunio. Sus primeros versos fueron los laudatorios, que entre otras obras se encuentran en todas las de Manuel Gallegos. En 1628 dió á la estampa, en Lisboa, *Doce sonetos á la muerte de Doña Inés de Castro*, y en 1630 nuevas composiciones castellanas á las *Rimas* que Vicente de Guzmán y Suárez publicó en Oporto. En Madrid, en 1638, imprimió la *Política militar*, y en 1644, 45 y 47 varios opúsculos

politicos, en Lisboa, en defensa de los derechos de Portugal contra España. En 1645 sacó á luz la *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*, y en 1649, volviendo otra vez á las musas, *Las tres de Medolino*. Por último, en 1664, en Roma, se imprimieron sus *Obras morales*, y en 1665, en Leon de Francia, sus *Obras métricas*. De estas últimas Mr. A. M. Sani ha publicado en Paris, en 1808, un volumen, titulado *Poesie lyrique portugaise, où choix des odes de Francisco Manoel, traduites en français*.

HERMOSURA RECATADA.

SILVA.

Rosa de amor primera,
Que á las rojas niñeces de tu vida,
En sus propios verdores escondida
Tu belleza, no puede vez ninguna
Escapar de la envidia á la fortuna;
¿A dónde vas ligera,
Si huyes á la misma primavera?
Desata el verde ñudo
Antes que digan locas fantasías
Que también de tu pompa desconfías.
Mira que el vulgo de las otras flores
No mida tu esplendor por sus verdores,
Vano de que te acuerde
Que lo podrás perder, como ellos pierde.
¿Quién duda que la rosa
Pretenda con igual atrevimiento
Que tomes de su gala el escarmiento,
Como de su tesoro, ella ha robado,

Lo blanco, lo encendido y lo dorado;
Cual si fuese una rosa,
Una divinidad y una hermosa?
  Desata, rompe, afrenta,
La emulación grosera, que te aguarda
Por afirmarse, sólo en lo que tarda,
De ser admiración, hasta ser muerte:
Beldad, que no depende de la suerte,
Que como el sol que mira,
Lo bello goza, lo perpetuo aspira.
  Del ya botón pesado
Que verdes rejas á tus ojos labra,
Como fuego tu luz, sus hojas abra:
No sólo de tí misma eres señora;
Alumbra, luce al mundo que te adora:
Ni el desdén te lo arguya:
Que en ser de todos, dejas de ser tuya.

Obras métricas de D. FRANCISCO MANUEL: Leon de Francia, por Horacio Boenat y George Remeu, 1565.—Lira xxij, pág. 233.

COMETA DE ABRIL.

ROMANCE.

  ¿A dónde vas coronada
Del mejor oro de Ofir,
Breve oloroso cometa
Del verde cielo de abril?
¿Dónde vas á despeñarte
Faetonte de este jardín,
Si es casi un riesgo en lo hermoso
El caer, con el salir?

Tierna fábula, detente:
Que mejor te será á tí
Darle á todos que esperar
Que á ninguno que reir.
Si de tu ligera pompa
El principio es como fin,
Eso te gozas de ser,
Lo que te tardas de abrir.
Es lo breve de las flores
Castigo de astro infeliz;
Tú podrás, mientras no rompas,
Esa desdicha encubrir.
No te engaña el culto aplauso
Desde aquel vivo matiz,
De ese vulgo de las yerbas
Disimulado ó sutil.
Que el clavel y la azucena,
La violeta, el alhelí,
Sólo estiman tu nacer
Por disculpar su morir.
El sol, que ofendiendo al alba
Te enamoraba gentil,
Ese mismo ha de abrasarte,
Luego que llegue al cenit.
La abeja, que susurrando
Halagüeña es tu adalid,
Del segundo giro escala
Cuanto humor sella el carmín.
El aura, que dulcemente
Lame de éste á aquel rubí,
Ya como viento á la tarde
Es segur de tu raíz.

Y aunque el sol, la abeja, el aura
Te perdonen, ni aun así
Entre murallas de espinas
Segura puedes vivir.
Porque de Celia enojada
Cinco rayos de marfil,
Diluvio son de las flores
Sin perdonar las de lis.

Obras métricas de D. FRANCISCO MANUEL, *al serenísimo señor Infante D. Pedro:* Leon de Francia, por Horacio Boenat y George Remeu, 1665.—Romance xxiij, pág. 98.





EL P. PEDRO DE QUIRÓS.

El P. Pedro de Quirós *(Daliso)* nació en Sevilla en los primeros años del siglo xvii. Ningún documento formal ilustra hasta hoy su biografía, á pesar de la exquisita diligencia y de la aguda crítica con que el Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo ha procurado rehacer el cuadro de su vida en el prólogo que precede á la edición príncipe de las *Poesías divinas y humanas* del poeta, hecha en Sevilla en 1887, en tirada especial de 50 ejemplares, de los que poseo el número 16, por munífica dádiva de su egregio editor, el Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Boza, Duque de T'Serclaes. Desde 1624 se le supone profeso en la comunidad regular de los Clérigos menores, que en aquel mismo año habían erigido casa en Sevilla; pero en la *Aclamación de las musas al nacimiento del Príncipe D. Felipe Próspero* (1652), entre los 107 poetas que formaron la corona poética que publicó el Dr. Diego Ayllón y Toledo, Rector de la Universidad de Alcalá de Henares, figura con un soneto un Don Pedro Manuel de Quirós, *vecino de Sevilla,* que sin duda no debía ser nuestro poeta. De éste son evidentemente en cambio, los versos del P. Pedro de Quirós que se publicaron por el portugués Manuel de Acevedo, en Lisboa, sin año, aunque creo que en 1637, en el *Aplauso gratulatorio* de la Universidad de Salamanca al Conde-Duque de Olivares, por haber obtenido de S. M. la restauración de los votos de los estudiantes. En mi concepto debió vivir de 1607 á 1667, en que murió en Madrid (sesenta años aproximadamente). En 1649 residia en

Sevilla; de 1659 á 1665 fué nombrado Prepósito del Colegio de su Orden en Salamanca, y de 1665 á 1667 Visitador general de la provincia de España. De sus versos, que no se habían publicado nunca en colección, no se conocía más que el ejemplar MS. de la biblioteca del Conde del Águila, por el cual se ha hecho la edición de la *Sociedad del Archivo Hispalense* en 1887. Amador de los Ríos (1830-40), D. Adolfo de Castro (1854) y Asensio y Toledo (1875) habían dado á conocer algunas de sus poesías; pero sobre su vida no dejaron sino errores Rodrigo Caro, Nicolás Antonio, Matute y Gaviria y Arana de Varflora (P. Valderrama). Su vida literaria está en sus obras. Joven, fué poeta erótico, jovial y fogoso; anciano y sacerdote, se rindió á las inspiraciones de la fe. De las *Cloris, Lisis, Leonidas, Anardas, Cintias, Amaltias, Amarilis, Antandras, Belardas, Celias* de ojos azules y *Filidas* de hermosa cabellera, á quienes tanto celebra en sus versos, se deducen cuántos alegres holocaustos rindió en sus mocedades en las aras de Venus. Su amor perpetuo fué, sin embargo, *Ardemia*, «reina de las flores de su jardín,» á quien todavía en 1657 dedicaba sonetos apasionados. Los versos con que celebra «las vendimias de Umbrete» demuestran era alumno de aquella recreación, casi profana y siempre literaria, que poseían los metropolitanos de Sevilla; y la ofrenda tributada en el sepulcro del último Duque de Alcalá, D. Fernando Afán de Ribera, cuáles eran los círculos aristocráticos, palenque de las delectaciones de su musa desenfadada. Como lírico, Menéndez y Pelayo lo considera «poeta del siglo XVII, así en lo bueno como en lo malo, y por de contado fervorosamente conceptista, aunque poco culterano.»

SONETOS.

I.

Á UNA ROSA BLANCA QUE ABRIÓ EN VIERNES SANTO.

La que miras fragante pompa breve,
En hojas ciento despertó cien ojos
Para llorar, por ver que sus abrojos
Á su autor ciñen en guirnalda aleve;
En llanto paga cuanto nácar bebe
Si de púrpura no en raudales rojos,
Porque no le alcanzaron los despojos
Del pie de Venus á teñir la nieve.
Hoy, si no en lo encarnado, vergonzosa,
En lo cándido, tímida belleza,
De llanto vive la que nace rosa.
Á tus armas les debe su nobleza,
Pues las que el pie manchó de ciega diosa,
Dios amante las pone en su cabeza.

Poesías divinas y humanas del P. PEDRO DE QUIRÓS: Sevilla, imprenta del *Orden*, 1887.—Soneto XXIV, pág. 15.

II.

ENVIANDO UNAS ROSAS Y JAZMINES.

Al canto de los dulces ruiseñores
El alba despertó, vistióse de oro,
Y con amena risa y blando lloro,
Desmayo á estrellas dió y aliento á flores.

En cuya hermosa variedad de olores,
Ví que afectaba con mayor decoro
Ese rojo, ese cándido tesoro,
De su llama y su luz competidores.
Con ingrata arrogancia competía
Con la joven aurora aquesta rosa,
Y este jazmín con el infante día.
Póngolos en tu mano poderosa
Por castigarlos, dulce Ardemia mía,
Con tus mejillas y tu frente hermosa.

Poesías divinas y humanas del P. PEDRO DE QUIRÓS: Sevilla, imprenta del *Orden*, 1887.—Soneto XIV, pág. 9.

III.

VOLVIENDO UNA ROSA DE SEDA, A UNA DAMA QUE LA ENVIÓ PARA QUE SE DIESE A LA MAS QUERIDA.

De esa rosa, que á cuantas mayo cría
Ó el alba pule numerosas flores,
Si no las vence, Ardemia, en los olores,
En los colores sí las desafía;
Que explique intentas hoy mi idolatría
Con rendir á quien amo los primores;
Si producen tus rayos más ardores
Suya es la flor, la vanidad es mía.
No en aquesta elección, Ardemia hermosa,
Tanto saber quisiste mis intentos,
Cuanto hacer tu belleza milagrosa,

Pues ha de celebrar en tí portentos,
Quien mira que tu mano poderosa
Sembrando rosas, coge pensamientos.

Poesías divinas y humanas del P. Pedro de Quirós: Sevilla, imprenta del *Orden*, 1887.—Soneto XIX, pág. 12.

IV.

Á LA DIVINA MUDANZA QUE HIZO, DE LOS RIESGOS DEL SIGLO, Á LA TRANQUILIDAD DE LA RELIGIÓN, DON JERÓNIMO DE ORTEGA Y CABRERA, EN LA FLORIDA PRIMAVERA DE SU EDAD.

Rompe el verde botón de su clausura
La rosa, que del sol apenas bebe
El tibio resplandor, cuando á su nieve
Mil puntas le amenazan suerte dura.
Al sabio agricultor tanta hermosura
A desprenderla de su tronco mueve
Dichoso ultraje, á quien la rosa debe
Ver de riesgos exenta su luz pura.
Rosa Gerardo es; sus desengaños
Fueron dulce reparo á las ruínas
Que del siglo ocasionan los engaños.
Quitarle hoy del rosal manos divinas,
¿Eso fué acaso malograr sus años?
¡Antes librarle fué de las espinas!

Poesías divinas y humanas del P. Pedro de Quirós: Sevilla, imprenta del *Orden*, 1882.—Parte ij, pág. 197.

V.

Á UNA ROSA QUE NACIÓ EN UNA CALAVERA.

Esa hórrida urna de quien tanta
Beldad logra tu sér, ¡oh virgen rosa!
De tu arrogancia puede estar quejosa,
Pues se mira debajo de tu planta.
¡Qué te engrías en tal verjel! ¡Oh, cuánta
Altivez tu hermosura afectar osa!
¡Porque no verte á tanto horror medrosa
Aún más que esa memoria triste espanta!
Atrevida presumes; mas yo extraño
Que en tanta presunción aún le imaginas
De alguna mano aleve expuesta al daño.
Te armaste contra ella, y no adivinas
Cuánto más te defiende un desengaño,
¡Que no todo el rigor de tus espinas!

Poesías divinas y humanas del P. Pedro de Quirós: Sevilla, imprenta del *Orden*, 1887.—Parte ij, pág. 199.

DILUVIO DE ROSAS.

EN LA MUERTE DE UN NIÑO.

ROMANCE.

Tierna flor, difunta oprime
La gravedad de esta losa:
¡De tus alientos el día,
Qué breves tuvo las horas!

En vano la muerte quiso,
De tu esperanza envidiosa,
Desde las primeras luces
Reducirte á mudas sombras;
Pues los campos de zafir,
Viviente lumbre, te gozan,
Que para ser hoy su estrella
Fué la tuya venturosa.
  La tierra de este sepulcro,
Fértil siempre á tus memorias,
Del muerto grano que sella,
Diluvios dará de rosas.
Abriles, desvanecidos
En su floreciente pompa,
Envidiarán tu fortuna
Al rasgar julio sus hojas.
Luz trémula, breve en fin,
Tu ocaso te fué lisonja,
Pues en poca edad lograste
Lo que en mucha mil no logran.
  Esas cándidas cenizas,
No tristes, como las otras,
Producen, para la envidia,
Todo cuanto aquéllas borran.
No pise, huésped, tu planta
Lección del tiempo tan docta:
¡Mire el nacer y el morir,
Qué breves distancias forman!

Poesías divinas y humanas del P. Pedro de Quirós. Sevilla, imprenta del *Orden*, 1887.—Romance, pág. 92.



SALVADOR JACINTO POLO.

Salvador Jacinto Polo de Medina nació en Murcia en 1607. Desde los diez y ocho años escribía versos, más filosóficos y sentenciosos que ligeros é imaginativos. En 1630 se hallaba estudiando en Madrid, donde publicó en dicho año las *Academias de jardín* y el *Buen humor de las Musas*, con tendencias á la imitación de D. Francisco de Quevedo. En 1634 dió á la estampa en Murcia (imprenta de Luis Varós) su fábula de *Apolo y Daphne*, y otra vez en Madrid, en 1636, el *Hospital de incurables*. En 1638 ya había tomado las órdenes sacerdotales, cuando escribió algunos versos para las *Lágrimas panegíricas* por la muerte de Montalván; mas desde dicha fecha hasta 1657, en que publicó el *Gobierno moral* (Murcia, por Miguel Llorente), hubo una larga laguna en la que no se hallan rastros literarios del autor. Sus últimas obras, de 1659 á 1664, están impresas en Zaragoza (*Bureo de las Musas* (imprenta de J. de Ibar) y *Obras en prosa y verso)*, aunque en este último año aparecen versos laudatorios de Polo de Medina en las *Vigilias del sueño*, que Pedro Alvarez de Lugo y Veodemar, natural de Palma en la Gran Canaria, imprimió en Madrid. No quedan noticias del año en que Polo de Medina murió, ni se sabe si su muerte ocurrió en Murcia, en Madrid ó en Zaragoza. En la dedicatoria de su fábula de *Apolo y Daphne* al Regidor de Murcia, Don Antonio Prieto y Lisón, habla de «sus melancolías, que le llevaban á mal traer,» á causa «de unos hombres destos corteses con todo el mundo, y que con la gorra en la mano llevan la

mala intención en el cuerpo.» Con todo, censurando el maestro José de Valdivielso el *Buen humor de las Musas*, elogiaba «sus sales con que sazona lo desabrido de nuestra edad.» Él llamaba á sus burlas «alientos de la juventud;» pero demostró temer siempre «los falsos testimonios, las malas compañías, la muerte *supitaña*, la sarna y los poetas con envidia.» Mereció los elogios de Lope de Vega, López de Zárate y Pérez de Montalván. Salas Barbadillo y D. Antonio de Solis le celebraron con encomio, y fueron sus más entusiastas admiradores el Magistral de Cartagena D. Diego Riquelme y Quirós, D. Juan de Andosilla Larramendi, su grande amigo Pedro Nieto Pacheco, D. Sancho de Molina y Cabeza de Vaca, Alonso de Castro y D. Francisco Gracián. Doña Inés de Padilla y Moscoso le llamaba «*el Quevedo murciano*.» Fr. Atilano de San José decía que «sus fábulas poéticas fueron celebradas de naturales y extranjeros, por la dulzura de sus versos y donaires ingeniosos.» José de Alfay fué el último editor de sus obras.

SONETOS.

I.

CAPULLO DE ROSA.

Si en verde oriente ya luz encarnada
Es de tu sol, oh flor, seña olorosa,
No crezcas hasta el día de ser rosa,
Que son las horas muerte disfrazada.
No á más beldad aspires engañada,
Que estás, si creces, en llegando á hermosa,
Del achaque de un día peligrosa,
De enfermedad de un sol amenazada.
Arrepentida en balde flor vecina,
Pues á su error no sirve su experiencia,
Aproveche á tu riesgo documento.

Baste ya de otras rosas la ruína:
No te prosigas, que en mortal dolencia
Ninguno de sí mismo es escarmiento.

Gobierno moral, *de* Jacinto Polo de Medina: Murcia, por Miguel Lorente, 1657.—Pág. 101.

II.

EL GUSANO DE LA ROSA.

Esa rizada púrpura olorosa,
Esa de nácar lástima florida,
Hoy de un gusano descortés mordida
Más ejemplo está ya, que estaba hermosa.
Si es morirse de flor pena forzosa,
Bárbara en lo preciso fué la herida;
Colérico fué el diente, que su vida
Poco pudo tardar naciendo rosa.
Mas no es dudar su muerte lo violento
De anticiparse, á apolillar su grana,
Dudando que á su estrago no se rinda.
Que no muera de rosa fué el intento,
Por no dejarle, con acción villana,
Tener el gusto de morir de linda.

Gobierno moral, *de* Jacinto Polo de Medina: Murcia, por Miguel Lorente, 1657.—Pág. 173.

III.

¿PREVISIÓN Ó ESCARMIENTO?

Borrar supiste, ¡oh Clori! ¡oh Rosa pura!
El albedrío de la contingencia:
Ya á los rizos de nácar su violencia
No podrá destrenzarles su hermosura.
No admira, no, que sin edad madura,
Solicites galán que no haga ausencia;
Que si el silencio es rostro, en la prudencia,
La virtud es la edad de la cordura.
En peligros de un mal y de un engaño,
Es más sabia razón, más advertida,
Prevenir, no enmendar el desengaño:
¡Ciencia de escarmentados no es lucida!
Y tú, por no ver males, desde el daño,
Los ves, desde el discurso, prevenida.

Gobierno moral, de Jacinto Polo de Medina: Murcia, por Miguel Lorente, 1657.—Pág. 8.





D. LUIS ULLOA PEREIRA.

D. Luis Ulloa Pereira *(Lisardo)* nació en la ciudad de Toro á principios del siglo XVII. Como en Sevilla el Conde de la Roca y D. Francisco de Rioja, fué en Salamanca, donde se educó, camarada de estudios de D. Gaspar de Guzmán, aunque más joven que él. Aquella temprana amistad le valió favores durante el valimiento del Conde-Duque de Olivares. Fué Corregidor en León y Navarra, y al ocurrir el alzamiento de los portugueses prestó servicios considerables en la frontera de Toro y de Zamora. Góngora, Salcedo Coronel, Bocángel y Unzueta, Felipe Godínez y D. Gabriel del Corral lo celebraron mucho por sus sonetos, y estimulado por sus amigos dió á la estampa sus versos en 1659, aunque aprobados desde 1653. Después los volvió á publicar muy aumentados y corregidos en 1674, muriendo en Madrid dos años después. Ulloa Pereira dejó representadas algunas comedias. El Mecenaje de D. Gaspar de Guzmán, al que permaneció fiel en su caída, no obstó para que en 1655 dedicase á su sobrino y sucesor en la privanza de Felipe IV, D. Luis Méndez de Haro, una *Paráfrasis de los Salmos penitenciales*. Tomó parte en las polémicas que se sostuvieron ya en pro, ya en contra de la comedia, y escribió un papel notable titulado *Defensa de los libros fabulosos y poesías honestas, y de las comedias*. Tuvo gran amistad con el Almirante de Castilla, D. Juan Gaspar Henríquez de Cabrera, que sometió sus versos á su censura. Colocó de Oidor en la Real Chancillería de Granada, y después en el Corregimiento de Écija, á su hijo D. Juan de Ulloa, á quien le dieron los honores del Consejo de S. M., y con este motivo repitió los viajes

á Andalucía, tomando parte en muchas academias y dando versos laudatorios para diversos libros, como el del Escribano de Málaga, Juan Núñez de Sotomayor, *Descripción panegírica de la traslación del Sacramento á la Catedral de Jaen* (Málaga, por Mateo López Hidalgo, 1661), en la que sus versos alternaron con los de D. Pedro Calderón de la Barca, D. Francisco de Trillo y Figueroa y D. Juan de Ovando Santarem. El Padre Agustín de Castro escribió acerca de Ulloa Pereira: «Ha sido este caballero admiración de todas las naciones en la grandeza de su ingenio, y de la nuestra en la claridad, propiedad, majestad y elegancia de la lengua.»

ANIMA LA CONFIANZA DE CELIA CON EL EJEMPLO DE LA ROSA.

SONETO.

De ésta que admiras rica de tributos,
Que varias flores á su aliento ofrecen,
Y reina de la selva la establecen
Jurisdicción de imperios absolutos;
La fragancia, el color, los atributos
Que en púrpura soberbia resplandecen,
Verás qué fugitivos desvanecen
Si atiendes á su sér breves minutos.
Tanto esplendor la usura codiciosa
De las horas usurpa á quien tributa,
Por instantes los réditos mortales;
No temas, Celia: al tiempo milagrosa
Se opone tu belleza, y no ejecuta
La edad, sino en efectos naturales.

Versos que escribió D. Luis de Ulloa Pereira, *sacados de algunos de sus borradores, dirigidos á Su Alteza del señor D. Juan de Austria:* Madrid, por Diego Díaz, 1659.—Fol. 5 vuelto.



EL P. VALENTÍN ANTONIO DE CÉSPEDES.

El P. Valentín Antonio de Céspedes nació en el lugar de Paiva, del Perú, de padres españoles, hacia 1597. Vino á formar su educación en España, tal vez en Sevilla, y desde las aulas de Maese Rodrigo se aficionó á la vida religiosa y perteneció á la Compañia de Jesús en la provincia de Castilla. Del período de sus estudios (1615) se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid unas *Conclusiones filosóficas* (Sala de MSS., *F*-50), é impresos en Burgos varios *Sermones*, pues fué en su tiempo eminente orador sagrado. Sus versos no se publicaron nunca coleccionados, aunque el aragonés José Alfay incluyó algunos en su libro de *Poesías varias de diferentes ingenios españoles* (Zaragoza, 1654), y en el de las *Delicias de Apolo* (1670). Bajo el pseudónimo de D. Pedro del Peso dió al teatro algunas comedias (La Barrera). Su *Fábula de Mirra,* su *Romance á Judith* y varias otras composiciones poéticas de Céspedes permanecen también inéditas en la Sala de MSS. de la Biblioteca Nacional (*M*-5, págs. 165 y 182). Las demás obras poéticas de este autor se hallan en la *M*-233 y otros códices. Los sermones que de él se han dado á la estampa están fechados desde 1658 á 1677, por lo que es de presumir que estos últimos se imprimieron después de su muerte. Su poesía se desliza fácil y correcta y rebosa desenvoltura y gracia. Usa de retruécanos, pero sin violencia; no es afectado, y tiene dicción suave y sencilla. Backer (*Bibliotheque des escrivains de la Compagnie de Jesus:* Liege, por L. Grandmond Donders, 1869, to-

mo j, columna 1.193) da muy incompletas noticias de este escritor. Se ignora el año de su muerte, no habiendo en los Archivos de la Compañía datos que lo consignen. En los Registros del Colegio de la Compañía de Jesús de Salamanca, que comprende desde el año 1554 al 1589 el primer libro y el segundo desde 1589 hasta 1652, no se incluye tampoco al P. Valentín de Céspedes.

ROSA Y AZUCENA MÍSTICAS.

Á LA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

SONETO INÉDITO.

Del Verbo eterno ostentación gloriosa
Sale María tan de luna llena,
Que es *ab æterno* cándida azucena,
Como *ab æterno* el Verbo humana rosa.
Del Padre hechura, en todo tan donosa,
Del pecado no admite torpe estrena,
Pues no ajusta de yerros la cadena
Entre el divino espíritu y la esposa.
Del pecado y la muerte honor triunfante,
Sola entre los nacidos sois la una,
Que su candor conserva en su brillante:
Ya luz nos ministrad tan oportuna,
Que del pecado la tiniebla espante,
Pues que gozáis tan próspera fortuna.

Algunas poesías del P. Valentín de Céspedes, *de la Compañía de Jesús.*—Bibl. Nac., Sala de MSS., *M*-233.—Pág. 145.

EL ROSAL DE CASANDRA.

APÓLOGO INÉDITO.

Con la espina de una rosa
Se picó Casandra un día:
Con que tuvo desde entonces
Con la rosa mala espina.
—«¡No más burlas con las flores,
Que suelen picar! decía;
Que llegan al alma, y ellas
Se ríen de quien se pica.
Fiadas en su hermosura
Se permiten á la vista,
Que, como lo hermoso es cielo,
Ni se otorga ni se esquiva.
Lisonjeramente halagan
Y traidoramente humillan,
Que es muy propio de lo hermoso
Hacer del rigor caricias.»—
La rosa, que con su sangre
Estaba también teñida,
—«Bien te quejas, le responde,
Si te quejas de tí misma.
La que toma por sus manos
El mal de que se lastima,
No se queje de picada,
Sino calle de corrida.»

Algunas poesías del P. Valentín de Céspedes, *de la Compañía de Jesús.*—Bibl. Nac., Sala de MSS., *M*-233.—Fol. 158.

AUDIENCIA DE LAS FLORES.

ROMANCE INÉDITO.

A dar audiencia á las flores
La rosa en mayo salió,
Y, como la reina, quiso
Hablar en lenguas de olor.
Muy picada de la abeja
Dijo la mosqueta:—«Yo
Quisiera saber, si acaso
Tengo más miel que otra flor.»
Por príncipe de la sangre
Hizo el clavel pretensión;
Trajo el memorial al pecho
Y se desabotonó.
La azucena salió hermosa,
Que en la que dama nació,
Suele la color quebrada
Ser entera perfección.
El jazmín, porque no piensen
Que le lleva la ambición,
Sólo pide que le arrimen,
Y fué hacerle un gran favor.
La violeta, que á ser viene
Zizaña del ciego dios,
Cansada de celos dijo:
—«Ya no quiero ser más flor.»
Cercado el lirio de espinas
En hermosura creció;
Que perfección que no tiene

Que vencer, no es perfección.
Sólo el memorial no admiten
Del laurel, porque nació
Grosera planta, pues huye
Siempre caricias del sol.

Algunas poesías del P. Valentín de Céspedes.—Bibl. Nac., Sala de MSS., *M*-233.—Pág. 157.

ROSA TEMPRANA.

ROMANCE INÉDITO.

Por ver al sol mal dispuesto
Tanto madruga una rosa,
Que entre esperezos de nácar
Apenas abre la boca.
¡Qué linda al romper del día
Hace gala de sus hojas!
Porque es la mejor belleza
La que amaneciera hermosa.
Como efímera de un día,
Suele ser su vida corta:
Todo lo que la anticipa
Parece que la malogra.
No hay flor que al salir se atreva,
Ó cortesana ó medrosa,
Porque aun en ellas es susto
El saber que luce otra.
Aunque sabe que padece
En los instantes su pompa,
Olvida lo que peligra

Por no dejar lo que goza.
Al ver que se acaba el día
Y que el valle el sol transmonta,
Por no perderle de vista
Parece que se deshoja.
    Que no hay firmeza alguna
    En la pena ó en la gloria;
    Que siempre se suceden
        Unas á otras.

Algunas poesías del P. VALENTÍN DE CÉSPEDES, *de la Compañía de Jesús*.—BIBL. NAC., Sala de MSS., *M*-233.—Pág. 158 vuelta.





AMBROSIO DE BONDÍA.

El maestro AMBROSIO DE BONDÍA nació en Zaragoza á principios del siglo XVII. Abrazó la carrera eclesiástica y fué á Roma de Capellán del Conde de Monterrey, D. Manuel de Acebedo Zúñiga y Fonseca, Embajador de Felipe IV cerca de Urbano VIII. Después residió en Nápoles durante el virreinato de su Mecenas y protector en aquel Estado, y al regresar á España permaneció algún tiempo en Barcelona, hasta que volvió definitivamente á la capital de Aragón, su patria. En ella publicó en 1650 su *Cythara de Apolo y Parnaso de Aragón,* obra que tenía preparada desde Italia y estuvo mucho tiempo inédita. Al Parnaso de Bondía concurren las doce Sibilas y las nueve Musas apolíneas, más las ciudades y villas importantes del reino aragonés. Es un libro muy ingenioso y de estructura tan original, como los mismos versos de que el autor lo exorna, en los que parece que el autor se propuso dominar todas las dificultades, ya de la metrificación, ya de la concepción más ingeniosa y original, ya de la forma más rara como peregrina. Algunas de sus poesías constituyen verdaderos logogrifos, dignos sin duda de lo que el Sr. Carbonero y Sol y Merás ha llamado *Esfuerzos del ingenio literario* (Madrid, por Rivadeneyra, 1890). Para la publicación de la *Cythara de Apolo,* Bondía buscó el protectorado de D. Pedro Nicolás de Valmaseda, caballero del hábito militar de Montesa. Con todo, su obra se generalizó poco en su tiempo, y ni aun después tenían noticia de ella sino los muy eruditos. No se sabe el año en que murió

el maestro Ambrosio de Bondía. A pesar de ser libro muy raro el suyo, Gallardo, que lo describió, no extractó las muchas curiosidades literarias en que abunda.

¿DE QUÉ? ¿CÓMO? ¿PARA QUÉ?

ESTROFAS.

¿De qué te afrentas, rosal,
De salir á la luz pura,
Cuando ronda tu hermosura
El planeta celestial?
¡No pienses ser inmortal,
Porque en tu seno se esté
La rosa! porque yo sé
Que apetece verse fuera,
Y á la luz no se corriera
De verse; pues tú *¿de qué?*
¿Cómo eternizas tu nombre
Y estableces tu memoria,
Si lo que puede ser gloria
En tí lo ocultas del hombre?
Para pretender se asombre
De tu nácar, que un asomo
Ve en tus verduras esquivas,
Es menester que en un tomo
Ó libro eterno lo escribas;
Pero, si lo borras, *¿cómo?*
¿Para qué quieres que rompa
Con violencia por vivir
Tu rosa, si ha de salir
A luz sin que se corrompa?

La eterna fama en su trompa,
Si quiés que gloria te dé,
Haz que salga, cuando esté
Mas enredada en tus brazos,
Y más atada en sus lazos;
Porque si no, *¿para qué?*
  Dí, ¿qué gloria puede ser
No anticipar tu hermosura?
¿Así puedes merecer
El aplauso y la ventura
Que puedes de ella tener?
No detengas, créeme á mí,
La gloria en que has de gozarte,
Porque es sin duda que allí
Llegarás á mejorarte;
Porque si no, *¿dónde? ¿dí?*
  ¿Por qué no te determinas,
Pues cuando en la duda vienes,
Á todos consta que tienes
Rosas entre tus espinas?
Hermosura peregrina
Cuando el mundo las miró
En ellas su gloria vió,
Y coronando el deseo,
En todos fué dulce empleo;
Pues, rosa, en tí, *¿por qué no?*

Citara de Apolo y Parnaso de Aragón, por el maestro AMBROSIO DE BONDÍA: Zaragoza, por Diego Dormer, 1650.—Fol. 37.





D. FRANCISCO DE TRILLO.

D. Francisco de Trillo y Figueroa *(Daliso)* nació de 1615 á 1620 en la Coruña. Á los once años pasó á Granada, en cuya Real Chancillería su padre ejercía la magistratura. Después de hacer sus estudios en aquella Universidad, pasó á Italia á practicar las armas en la á la sazón inexcusable religión de la milicia. Tal vez se halló en las campañas de 1640 al 43 en Flandes, bajo las banderas de D. Francisco de Melo, Marqués de Tordelaguna. Poco después volvió á Granada y consumió los ocios de su vida en el culto de las Piérides. En 1649 le vemos cantar y publicar su *Epitalamio* á las bodas de D. Francisco Ruiz de Vergara y Alava, del Consejo de S. M. y Oidor de la Chancillería, con Doña Guiomar de Venegas Córdoba y Aguayo, hija de los Condes de Luque y sobrina del Obispo de Almería, D. Luis Venegas de Figueroa (Granada, por Baltasar Bolívar, 1649). Al siguiente año celebró en otro *Epitalamio* el casamiento de D. Juan Ruiz de Vergara, hermano del anterior, con Doña Luisa de Córdoba, hija de los Marqueses de Valenzuela. El año 1651 dió á la estampa y dedicó al Duque de Feria su poema heróico y panegírico la *Neapolisea*, con las hazañas del Gran Capitán, y en 1652 un tomo de *Poesías varias heróicas, satíricas y amorosas*. Trillo de Figueroa presumía de gran helenista y trató de satirizar por demasiado libre la traducción del *Epicteto* por D. Francisco de Quevedo. No obstante, en las versiones de Anacreonte y de otros poetas griegos que de Trillo se conservan, no rayó á gran altura ni como traductor fiel ni como gran versificador. Otro volumen

de *Poesías* tenía en 1657 dispuesto para la imprenta, pero no llegó á darlas á luz. Sin embargo, de 1660 á 1675 su nombre frecuentemente se halla en las Academias que se celebraron en Granada por diversos asuntos, habiendo presidido algunas el mismo D. Francisco y su hermano D. Juan, caballero del hábito de Malta. La más importante de estas Academias fué la de 1662 en honor del Duque de Alburquerque, D. Francisco Fernández de la Cueva, por su regreso feliz del virreinato de Nueva España, y la del *Corpus* de 1672, en que casi todos los poetas fueron señores.

SOLICITUD.

IMITACIÓN DE ANACREONTE.

ODA.

El cuidado primero
Del floreciente prado,
La rosa de Cupido,
La gala del verano,
La que el ámbar lascivo
Al color junta casto
Con tan suave embozo
Que en ninguno hay engaño,
Juntemos, dulce Filis,
Al siempre dulce halago
De las fecundas vides,
Honor del padre Baco,
De cuyas verdes hojas
Y rosas coronados,
Sus fiestas celebremos
Con vino dulce y blando.

Yo te daré mi afecto,
Tú le darás tus labios,
A donde el dulce vino
Beba en más dulce vaso;
Con que estará contento
Y nosotros pagados,
Y la deidad propicia
El ruego no hará ingrato.
Corona tus cabellos
De florecientes rayos,
De la purpúrea rosa,
Del hechizo de mayo;
De aquélla donde escribe,
No sin purpúreo llanto,
La aurora dulces quejas
Con florecientes rasgos;
Donde la dulce abeja
Halla el jamás ingrato
Dulce panal, del alba
O reído, ó llorado;
Donde áspides espinas
Con delicioso halago
Hieren desde la vista
Las deliciosas manos;
Donde el aura suave,
Al lascivo contacto,
Se convierte en aljófar
De púrpura esmaltado.
Corona tus cabellos
De los fecundos ramos
De lascivos sarmientos
Siempre á Lieo gratos.

También en tus cabellos
El sol aprisionado
Corone de hebras de oro
Los montes y los llanos,
También la virgen rosa,
De los dioses descanso,
De tu boca y mejillas
Hurte el carmín nevado;
Y juntos nuestros pechos,
Y juntas nuestras manos,
En sus lascivas hojas
Hallen lascivos lazos.
Y así del vino dulce
Juntamente bebamos,
Y juntos celebremos
La rosa, honor del campo;
La rosa de mi Filis,
Á quien el dulce Baco
Acuerda con mi lira,
Celebra con mi canto;
La rosa cuyas hojas
De mi Fili en la mano
Son con rigor suave
Flechas del Dios vendado.
¡Ay dulce Fili! ¡Ay rosa!
En cuyas hojas hallo
Mil áspides dormidos,
Mil suaves letargos.
Haz, pues, dulce Lieo,
Que de ella coronados,
Yo y mi Félida dulce
Tu templo hallemos grato,

Donde con dulce vino
Juntos nos ofrezcamos
Al consorcio festivo
De tu lascivo amparo;
Suaves daré olores,
Suaves diré cantos,
Y juntos yo y mi Filis
Seremos tu holocausto.

Poesías varias heróicas, satíricas y amorosas de D. Francisco de Trillo y Figueroa: Granada, imprenta Real de Baltasar de Bolívar, 1652.—Fol. 22.





D. JERÓNIMO DE PORRAS.

D. Jerónimo de Porras nació en Antequera en los últimos años del siglo xvi é hizo sus estudios en Granada, de donde salió gran latino y muy afecto á Horacio, Marcial y Lucrecio, de quienes tradujo algunas odas y epigramas. Tenía en el Convento de San Agustín de Granada dos hermanos, Fr. Juan y Fr. Agustín de Porras, y un primo, llamado el P. Pedro de Porras Villalba, en el Colegio de la Compañía de Jesús. Los tres eran dados á las musas, lo mismo que D. Jerónimo, y á veces, reuniéndose para comunicarse sus composiciones, formaban lo que Fr. Juan calificaba de *Academia de familia*. El licenciado Pedro de Espinosa introdújole, como paisano, en el favor del Duque de Medinasidonia, D. Juan Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, á quien D. Jerónimo de Porras dedicó sus *Rimas* el año de 1639. Un año antes dió á D. Miguel de Colodrero y Villalobos unos versos laudatorios que se publicaron en el *Alfeo*. Murió en Antequera en 29 de diciembre de 1643, cerca de los cincuenta de edad. Llamó él en vida á sus poesías «desatenciones de la puericia y ocios bulliciosos de la adolescencia;» mas el Canónigo Vivar, en la censura de sus *Rimas*, calificó los primores que las hermosean por su «dialecto propio, su lenguaje casto y culto y su elegancia y agrado.» «El autor, añadía, es conocido por los laureles que en varios teatros del arte ha alcanzado en la patria y fuera de ella.» En efecto, Porras concurrió á varias Academias y certámenes, y en éstos obtuvo los más codiciados premios. En cuanto á su mérito, Gallardo

dice: «Es culta y elegante pluma.» Sus encomios se hicieron en versos laudatorios que campean al frente de la edición de las *Rimas varias* por todos los poetas de Antequera, Sanlúcar, Sevilla, Osuna, á los que se agregaron otros cuatro de su propio apellido y sangre: dos hermanos y dos primos del autor.

ROSAL MUERTO.

EN LA MUERTE DE D. FERNANDO DE ESPINOSA: Á D. DIEGO CARRILLO DE MENDOZA, SEÑOR DE MONTEJAQUE Y BENAOJÁN.

SONETO.

Si da el dolor lugar, Deliso, atento
Desengaños consulta en esa losa,
Que lastimada, como lastimosa,
Sella ya sin aliento al mismo aliento.
Alivie á tu tormento mi tormento;
Que si la parca te usurpó la rosa
Del apacible mayo de Espinosa,
Las espinas dejó á mi sentimiento.
La brevedad lamenta de su vida,
Mas no la de su muerte, que han sentido
Con razón aun los términos extraños.
Porque un discreto en la fatal partida,
Para recompensar lo que ha perdido
Sabe hacer de un instante muchos años.

Rimas varias del licenciado D. JERÓNIMO DE PORRAS, *natural de Antequera:* Antequera, por Juan Bautista Moreira, 1639.—Fol. 28 vuelto.



D. JOSÉ DE COBALEDA Y AGUILAR.

D. José de Cobaleda y Aguilar nació en Loja, de donde en la edad madura fué Regidor perpetuo por derechos de la cuna, en los primeros años (1604?) del siglo XVII. Pasó su juventud en las aulas y formó su exquisito gusto literario en el tiempo en que la nube del *gongorismo* lo había obscurecido todo. Habiendo residido largas temporadas en Écija, Alhama, Jaén, Arjonilla, Granada, Córdoba y otras partes, algunos creyeron que había nacido en la primera de estas ciudades. Al menos de esta opinión era Fr. Jerónimo de Rojas, el cual le llamó *natural de Écija* á la cabeza de la poesía con que, muy joven Cobaleda, contribuyó, en 1624, con otros treinta y cuatro ingenios andaluces más, á los *Epitafios y túmulos que la ínclita familia de los Redentores de la Bética erigieron, en las solemnes exequias del Excmo. Sr. D. Enrique de Guzmán, Conde de Olivares y padre del Conde-Duque D. Gaspar, valido de Felipe IV* (Sevilla, por Francisco de Lira, 1624). Aunque escribió muy lindos versos y sostenía relaciones literarias con varios poetas, en pocos actos públicos los exhibió, usando á veces para disfrazarlos de distintos anónimos. Así concurrió al *certamen que se celebró en Ronda en la festividad del Santísimo Sacramento,* escribiendo, como él mismo dice, «esta glosa y el romance y las liras y redondillas que envié con diferentes nombres de poetas, y así fueron impresos.» *(Poesías,* fols. 162 y 171.) No obstante, en la *Academia* que se celebró en Granada en 1661 por el nacimiento del Príncipe D. Carlos II, dió su

nombre verdadero. Murió en Loja dos años después. En 1665 D. Jerónimo de Olivares Villanueva coleccionó sus poesías para publicarlas, pero al cabo no salieron á luz. Solamente en 1680 hizo imprimir en Granada el Beneficiado de la parroquia de San Justo y Pastor, D. Sebastián Gadea y Oviedo, su *Panegírico del Emperador Carlos V*, y en el prólogo dijo que Cobaleda «era poeta granadino y murió en agraz.»

A MANUEL MORÓN,

INSIGNE PLATERO LUSITANO, HABIENDO LABRADO UNA ROSA DE DIAMANTES.

SONETO INÉDITO.

No lucimiento de mortal centella
Juzguen ya sólo en tu valiente mano,
Sino ¡oh primor del pueblo lusitano!
A pedazos el sol luciendo en ella.
Al culto oriente ya de flor tan bella
El más hermoso abril compite en vano,
Pues vence en tu ornamento soberano
La menor hoja á la mayor estrella.
Fomenta, pues, hechura tan extraña
Con arte siempre, siempre con decoro,
Toda la admiración de todo el suelo;
Que ya, si quien me inspira no me engaña,
Cuantos diamantes atas en el oro,
Han de lucir estrellas en el cielo.

Bibl. Nac., Sala de MSS.—*M*-323.—Fol. 26, soneto xj.

OLOR DE ROSA DEL CIELO.

A LA MADRE SOR JUANA BAUTISTA, CARMELITA DESCALZA, QUE ESTANDO AMORTAJADA LLENÓ EL HÁBITO DE FRAGANCIA.

DÉCIMAS INÉDITAS.

La rosa, á cuya beldad
Dió en sagrada reverencia
Espinas la penitencia,
Púrpura la honestidad;
La que en culta soledad
Gloriosa ayer parecía,
Luz que sin rayos ardía,
Hoy con horrores halaga,
Pues en la noche se apaga
Para encenderse en el día.
Sin ámbar, sin esplendor,
Yacía en su estancia bella,
Exhalación, siendo estrella,
Y ceniza, siendo flor.
Cuando entre festivo horror
Por la selva se remueve
Leve soplo de aura leve,
A cuya virtud precisa
Dió fragancia la ceniza
Y sudó incendios la nieve.
¡Oh nunca ociosa virtud!
¡Cómo enseña tu fortuna

Que lo que muere en la cuna
Respira en el ataúd!
Sigue en eterna quietud,
Sacras flores, luces bellas,
Y ya eternamente en ellas
Te publican tus honores,
Ó la estrella de las flores,
Ó la flor de las estrellas.

Poesías de D. JOSÉ DE COBALEDA Y AGUILAR, *Regidor perpetuo de la ciudad de Loja*, recogidas por los cuidados de D. JERÓNIMO DE OLIVARES VILLANUEVA, su amigo, 1658.—BIBL. NAC., Sala de MSS., *M*-323.—Fol. 190.





D. MIGUEL DE COLODRERO.

D. MIGUEL DE COLODRERO Y VILLALOBOS nació en Baena en los primeros años del siglo XVII. Desde muy joven cultivó la poesía, y en 1629, al publicar sus *Varias rimas,* apenas cifraba en los diez y ocho años. Educado en Córdoba, se hizo, y aparece en sus versos de aquella edad, fanático sectario de Góngora, «el heresiarca de la poesía,» como le llama Gallardo. Giró Colodrero toda su vida en torno al astro del Duque de Sesa y de Baena, D. Luis Fernández de Córdoba, el Mecenas de Lope de Vega, sirviéndole en la administración de sus Estados en Cataluña y Aragón. Á este Duque dedicó en 1629 sus *Rimas;* á su hermano, el Marqués de Poza, D. Antonio Fernández de Córdoba, en 1638 el *Alfeo*, y á su primogénito, el Conde de Cabra, D. Francisco, en 1656 los *Diversos versos y cármenes sagrados*. Debió morir hacia 1660 en Zaragoza. Colodrero fué uno de nuestros antiguos poetas que se indigestó al buen gusto de D. Bartolomé José Gallardo. «Como joven, paisano y consocio de Góngora, decía en su lugar, fué uno de sus más fanáticos sectarios. Su lenguaje es obscuro; su sintaxis enhetrada, con voces nuevas de su propio cuño, tales como *arundinoso, imaginoso*, *tragedioso, airosear*, *singultizar* y otras.» En otro lugar añade: «Con dificultad habrá poesías peores que hayan salido con más elogios en verso.» En efecto, diez y siete poetas celebraron la aparición de sus *Rimas*, entre ellos Lope de Vega, el maestro Valdivielso, Pedro Soto de Rojas, Juan Pérez de Montalván, el Dr. Agustin de Tejada Páez

y todo el círculo del Fénix de los Ingenios y de su favorecedor el Duque de Sesa, que á su vez lo era también de Colodrero. Lope de Vega era poco escrupuloso en materia de elogios recíprocos, y declaró que en los versos de Colodrero hallaba «estilo florido, lenguaje advertido ó propio y pensamientos honestos;» pero el cordobés D. Juan Pérez de Valenzuela y Castillo era de dictamen que «en los sonetos y canciones discurrió gallardamente; en las octavas, cuerdamente avisado; en los romances, galanamente gustoso; en las décimas, endechas, glosas y epigramas, curiosamente entendido, y en lo divino, modestamente acertado, guardando en todo el estilo poético.» Las obras de Colodrero de Villalobos son: I. *Varias rimas* (Córdoba, por Salvador de Cea Tesa, 1829).—II. *Alfeo y otros asuntos en verso,* algunos ejemplares (Barcelona, en casa de Sebastián y Jaime Materval, 1636).—III. *Golosinas del ingenio* (Zaragoza, por Pedro Lanaja, 1642).—IV. *Divinos versos ó cármenes sagrados* (Zaragoza, por los herederos de Pedro Lanaja, 1656).

SONETOS.

I.

ROSA ULTRAJADA.

Detén, agricultor, la divertida
Unión de brutos, guía del arado;
No ofendas hermosuras de este prado,
Guirnaldado con púrpura florida.
Deja vivir la rosa cuya vida
Exhorta prevenciones al cuidado,
Pues nace apenas, cuando mira al hado,
Muerto su olor, su pompa fenecida.

Corrige el tosco hierro, no arruíne
Tanta ejemplar belleza, que las flores
Aún no fueran nacidas para ociosas;
Ella misma divierte tus rigores,
Rústica acción, ¿quién hay que la termine?
Donde esperas el fruto, nazcan rosas.

Varias rimas de D. Miguel de Colodrero y Villalobos: Córdoba, por Salvador de Cea Tesa, 1629.—Fol. 2.

II.

ROSAS TEMPRANAS.

SONETO BURLESCO.

Si viste ogaño por diciembre rosas,
Ya sabes que su vida fué un momento,
Amigo Fabio, nabos en adviento;
Y á su tiempo han de ser todas las cosas.
Cuando estaban de verse más gozosas
Las llevó en polvos de carmín el viento;
¡Nunca tuvo más fuerza lo violento!
¡Siempre fueron las dichas presurosas!
Madrugaste á lucir: así imprudente
Á todos ya te ven más arruinado
Que un San Sebastián de media talla;
Al fin triunfaste, Fabio, de repente,
Para que te digamos de pensado:
Quien no mira adelante, atrás se halla.

El Alpheo con otros asuntos en verso, por D. Miguel de Colodrero y Villalobos: Barcelona, por Sebastián y Jaime Materval, 1639.—Soneto XLVII, fol. 61.

III.

VIENTO DE MUERTE.

Maravilla en lo bello, y en la vida
Maravilla también, esta mañana
En el prado te ví, con sangre y sana,
Y esta tarde te ves, sin sangre, herida.
Con guadaña invencible, si atrevida,
El cierzo degolló tu pompa vana:
¡La diosa, que te dió su vital grana,
La castigue por aire rosicida!
No acuso de veloz tu acabamiento:
Bella nacistes, y la mala suerte
Es el común achaque de la hermosa;
Para apurarte se valió la muerte
Del anhélito rígido del viento:
Que como es fea se preció de airosa.

El Alpheo con otros asuntos en verso, por D. Miguel de Colodrero y Villalobos: Barcelona, por Sebastián y Jaime Meterval, 1639.—Soneto XXXVIII, fol. 29.

IV.

FLORES Y MUJERES.

Apenas empezaste á ser hermosa
Cuando se vió trocada tu belleza;
Si tu pompa se acaba, cuando empieza,
¿Por qué, Fenisa, no te llaman Rosa?

Notable brevedad; ¡cuán presurosa
Se porta en variar naturaleza!
Sólo tiene en ser frágil entereza,
Y en la mudanza ës donde reposa.
Ahora te juzgaba por divina
Y ahora me parece que no eres:
De hermosa á fea lo que hay advierte.
Tú, que curioso notas su ruína,
No extrañes si, cual rosa, se divierte:
Que todo es uno, flores y mujeres.

El Alpheo y otros asuntos en verso, por D. MIGUEL DE COLODRERO Y VILLALOBOS: Barcelona, por Sebastián y Jaime Meterval, 1639.—Soneto XXVIII, fol. 24.

V.

TAN POCO DURA LA HERMOSURA COMO LA ROSA.

Esta beldad hojosa, es la primera
Majestad aseada de las flores,
Que, vestida de rojos resplandores,
Es lucero fragante en verde esfera;
La rosa, Clori, es; su primavera.
Se construye de solos dos albores,
Y aunque divulga ufana sus colores
En breve rato caducar espera.
Los purpúreos verdores tan aprisa
Fallecen de su edad, que en un momento
Ya es capullo, ya flor amancillada;

Repara, Clori: en su apresuramiento
Sin achaque faltó: mucho te avisa
Quien, por hermosa, se murió de nada.

El Alpheo y otros asuntos en verso, por D. Miguel de Colodrero y Villalobos: Barcelona, por Sebastián y Jaime Meterval, 1639. —Soneto XX, fol. 20.

VI.

ESTRELLA DE IDALIA.

¡Qué de cosas se han dicho de la rosa!
Y con mucha razón, ¡porque es tan bella,
Que pudiera, á faltar la Idalia estrella,
Ser del tercer zafir Venus hojosa!
Tanto enamora la presencia hermosa
De esta flor, que entre esotras se descuella,
Que si nació del sol, ó si es sol ella,
Llegó á dificultar pluma famosa.
Amena en el color y en la fragancia,
Sale para recreo á los sentidos,
Bien que por lo común pierde fortuna.
Aun á lo excelso baja la abundancia:
Fénix fuera de cármenes floridos,
Si no se lo impidiera el ser más de una.

Divinos versos ó cármenes sagrados de D. Miguel de Colodrero y Villalobos: Zaragoza, por los herederos de Pedro Lanaja y Lamarca, 1656.—Fol. 12.





D. ANTONIO DE ESPINOSA.

D. ANTONIO DE ESPINOSA debió ser hijo de Madrid; pero no hemos podido indagar ni el año, ni los estudios, ni su vida civil ni la literaria. Demuestran que perteneció á la antigua nobleza de los caballeros hijosdalgo de la coronada villa, las ocasiones y la compañía en que se encuentran su colaboración y sus versos. El año de 1652 el Canónigo de Ciudad Rodrigo, D. Alonso de Alarcón, Secretario del Obispo de Pamplona, D. Francisco de Alarcón, formó y dió á las prensas de Madrid la *Corona sepulcral á la muerte de D. Martín Suárez de Alarcón, primogénito del Marqués de Trocifal y Conde de Torresvedras, D. Juan, Gobernador de la plaza de Ceuta*. Había muerto Don Martín en el asalto del fuerte de San Juan de los Reyes, sobre Barcelona, «subiendo el primero en el ataque, y abrazado con el Gobernador francés se mataron el uno al otro.» Lloraron su muerte ciento diez y siete poetas castellanos, casi todos títulos y grandes de Castilla, como el Príncipe de Esquilache, el Duque de Veragua, el Conde de la Puebla, el Marqués de Robledo y el Vizconde de Sierrabrava, caballeros de hábito, ilustres soldados y aún más ilustres ingenios de los que ya quedaban, como Calderón de la Barca, Bocángel Unzueta, Ulloa Pereira, Matos Fragoso, Diamante, Solís y Rivadeneyra y otros de análoga calidad y ninguno inferior. Entre estos poetas y caballeros, ocupando el número cincuenta y dos, aparece D. Antonio de Espinosa. En el mismo año se celebró en San Andrés un *Certamen poético á la venida y colocación de*

Nuestra Señora de la Aurora, suceso que en sus *Obras* ensalzó Cáncer y Velasco. Los jueces de aquel *Certamen* fueron el Marqués de Villena, el Duque de Uceda, el Comisario general de los Franciscos de España y el poeta López de Zárate. También D. Antonio de Espinosa hizo en él de Secretario. Su nombre no aparece entre los poetas que iban á conquistar un jubón ó unos guantes de ámbar á las academias que celebraba en su casa el fidalgo de la Casa Real de Portugal, D. Melchor de Fonseca Almeida; pero cuando el mismo Fonseca Almeida publicó en 1655 su *Jardín de Apolo*, uno de los poetas que entraron en su antología fué D. Antonio de Espinosa. Desde esta última fecha su nombre no vuelve á aparecer en ningún libro, ignorándose el año en que murió.

LA ESPINA.

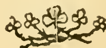
QUINTILLAS.

Cortó una rosa al desdén
Nise, haciendo de ella examen:
Mas, porque el lauro la den,
El rosal le dió vejamen,
Porque le picó muy bien.
Pero así que el soberano
Jazmín al riesgo exponía
Del junco aleve y tirano,
Luego dijo que tenía
La herida como la mano.
A esmaltes de grana fina
Quiso arrojarse amorosa,
Y halló en su impulso ruína,
Pues, por llegar á la rosa,
Se dió la mano en la espina.

Las manos se avergonzaron
De ver que así se desangre;
Pero no se desmayaron:
Que las tomaron la sangre
Las rosas que allí se hallaron.
Bizarra quiso ostentarse
Cuando á cortarla llegó;
Pero no podrá alabarse,
Que al menos no le faltó
Un dedo para picarse.
La rosa, que pretendió
Su ruína, más sobre sí,
Aunque vencida quedó
A fuerza de armas allí,
Su púrpura se vistió.
Halláronse con disgusto
Ella á un tiempo con la dama,
Pues quedaron por un gusto
Cortada ella de la rama
Y otra cortada del susto.
Mas para que se convenza
A Nise, ufanas hirieron
Las puntas, porque no venza;
Pero sus manos pusieron
Las rosas, que era vergüenza.
Ostentaron sus primores
Aquesta rosa y aquélla,
De Nise oyendo rigores,
Que, aunque la picaran, ella
Las hizo salir colores.
Que ellas para que os avise
Eran de suyo nevadas,

Y así descifrarlo quise:
Que el volverlas coloradas
Estuvo en manos de Nise.
  Pues su estilo cortesano
Con el licor que vertía,
Inundando el sitio ufano,
Cuantas rosas producía
Eran como de su mano.

Jardín de Apolo: academia celebrada por diferentes ingenios, recogida por D. Melchor de Fonseca y Almeida: Madrid, por Julián de Paredes, 1655.—Fol. 39.





D. JOSÉ DE REYNALTE Y RAMÍREZ.

D. José de Reynalte y Ramírez, caballero del hábito de Santiago y familiar del Santo Oficio de Toledo, fué natural de Madrid y debió nacer hacia 1620 ó 1625. Su padre, Mateo Reynalte, era flamenco, de Gante, y su madre, Inés Ramírez, de los Ramírez viejos de Madrid. El nombre y los versos de este poeta se hallan en todas las academias que se celebraron en casa del hidalgo de la Casa Real de Portugal, D. Melchor de Fonseca y Almeida, hermano de Doña Felipa de Fonseca, Marquesa de la Lapilla, que en 1654 se casó con el Secretario del Despacho universal de Felipe IV y su Consejero de Guerra é Indias, D. Fernando Ruiz de Contreras. Túvose la primera de aquellas academias, que presidió el mismo Fonseca Almeida, en 1652, para solemnizar el feliz nacimiento del Príncipe D. Carlos (II). La autorizó con su presencia el Conde de Linhares, D. Fernando de Noronha, gentilhombre de la Cámara del Rey, y entre los diez y siete ingenios que en ella tomaron parte, contáronse D. José Reynalte, D. Sebastián Ventura de Vergara Salcedo, D. Fermín Disarassa y Arce, D. Diego de Enciso y Velasco con su primo D. Fernando de Valenzuela, Pinel y Monroy, Monleón y Cortés, Porter y Casanate y otros jóvenes distinguidos de la hidalguía matritense. La de 1654 la presidió D. Melchor Fernández de León, y además de los ingenios citados distinguiéronse en ella D. Juan de Matos Fragoso y D. Agustín de Salazar y Torres, más la señora Doña Sebastiana Cruzata, á quien todos los poetas hicieron muchos

acatamientos. Por último, en la de 6 de enero de 1661, que presidió D. Juan Alfonso Guillén de la Carrera, el número de poetas-caballeros, casi todos condecorados, fué aún más numeroso, y en ella, así como en las anteriores, distinguióse siempre por sus versos fáciles y elegantes D. José Reynalte. La composición de este ingenio, que arriba insertamos, está tomada del *Jardín de Apolo* de D. Melchor de Fonseca y Almeida, que contiene las leídas por los asistentes á la academia de 1655. Reynalte fué también autor de algunas comedias; pero, habiéndose perdido, no se ha incluído su nombre en el excelente *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español* del Sr. La Barrera. Debió morir hacia 1670. El hábito de Santiago le fué concedido en 1.° de mayo de 1642.

EL RIGOR DE LAS ESPINAS.

SILVA.

No sin admiración, cándida rosa,
Rojo el color mostraste vergonzosa
Á tu nacer, con llanto de rubíes
Tapetadas las hojas carmesíes.
No sin admiración, siendo tan bella,
Colores te salieron de doncella
Por ver á Venus, torpe en su locura,
A quien has dedicado tu hermosura;
Ó porque tus espinas guardas fieles,
Mezclaron en sus manos los claveles.
Salpicando el humor entre las flores,
Cambiaste los colores,
Porque de grana tan teñidas fueron
Que de blancas la púrpura eligieron;

Ó por ver á mi Lisi ¡qué congoja!
Enjugarse la sangre en una hoja,
De un moral, que brotaba,
Herida de las flechas de tu aljaba,
Siendo dedicación de los amantes
Que murieron á filos de su acero.
Y aunque el rosal primero
Hirió á Lisi, ofendida
Nunca se la ofreció, mudó de vida;
Pues, huyendo de Venus las torpezas,
Dijo con mil ternezas,
Fiando del moral su mejor suerte:
—¡De Fabio quiero ser hasta la muerte!
Que á tan castos y lícitos ardores
Tisbe me da favor, Píramo amores.

Jardín de Apolo: academia celebrada por diferentes ingenios, recogida por D. Melchor de Fonseca y Almeida: Madrid, por Julián de Paredes, 1655.—Fol. 51.





D. SEBASTIAN VENTURA DE VERGARA.

D. Sebastián Ventura de Vergara Salcedo nació en Burgos (?) hacia 1620 ó 1622. Ignórase dónde hizo sus estudios, aunque en 1645 se hallaba ya en Madrid con posición desahogada y extensas é ilustres relaciones. Llorando en sendos sonetos la muerte prematura del Príncipe D. Baltasar Carlos y la de los famosos poetas Francisco López de Zárate *(Fabio)* y D. Jerónimo de Cáncer y Velasco *(Gerardo)*, dióse á conocer en los círculos literarios de la corte de Felipe IV. Después concurrió de 1652 á 1663 á las academias que frecuentemente reunía en su casa el fidalgo de la Casa Real de Portugal, D. Melchor de Fonseca y Almeida. El Duque de Nájera, Don Jorge Manrique de Lara, nombróle Alcaide del alcázar de la ciudad de su título, por lo que Vergara Salcedo le dedicó un panegírico en 60 octavas y una elegía después de su muerte. En Nájera intimó con el infortunado D. Manuel Esteban de Villegas, más envejecido por los sufrimientos que le hizo pasar la Inquisición que por la edad, y á quien exhortó Vergara Salcedo en un soneto á que escribiera un comento de sus obras «para que gozasen todos el fruto de la erudición.» Su mayor triunfo literario fué el haber sido designado por el Rey Felipe IV para describir en verso el bautismo del Príncipe Don Felipe Próspero, en que fué el oficiante el Cardenal de Toledo; madrina la Infanta Doña María Teresa, Reina que fué de Francia, y al que asistieron todos los grandes de España y los criados de la Casa Real. Del mismo modo describió la másca-

ra, toros y cañas que tuvo la villa de Madrid en unión con los grandes y títulos. Vergara Salcedo ya había descrito los toros con que se celebró la toma de Barcelona, y otros en que los grandes «picaron con varas largas y rejonearon» en la Plaza Mayor y en el Buen Retiro. En sus *Ideas de Apolo* (1663) se encuentran efemérides familiares y aristocráticas de su tiempo. En el mismo año de 1663 se presentó con linda poesía al certamen que en 4 de septiembre se celebró en el Escorial para conmemorar el *Centenario* de su fundación. Asistieron 63 poetas, y Fr. Luis de Santa María escribió con este motivo un libro en que comprendió las composiciones y que se publicó en Madrid en la Imprenta Real en 1664. Murió hacia 1668 ó 70.

BREVE VIDA, BREVE IMPERIO.

SONETO.

Nace en verde botón fragante rosa.
Con la esperanza de reinar segura:
De púrpura dispone vestidura,
Vinculando su imperio en ser hermosa.
Del Favonio inspirada, siempre airosa,
Con blando aliento libertad procura,
Y con augusta pompa se apresura
Rompiendo su prisión fuerza olorosa.
Coronada del sol vistosa ostenta
Colores que el de Tiro emula en vano
Presumiendo que en él está su suerte;
Y armada de rigor mano violenta
Impía corta su esplendor lozano,
Con que por bella anticipó su muerte.

Ideas de Apolo, de D. Sebastián Ventura de Vergara Salcedo: Madrid, por Andrés García, 1666.—Fol. 2.



D. DIEGO SÁNCHEZ PORTOCARRERO.

D. DIEGO SÁNCHEZ PORTOCARRERO nació en Molina de Aragón hacia 1611. Era de noble cuna; vistió el hábito de caballero de Santiago desde 1651, á los cuarenta años de edad, y fué por derecho hereditario Regidor perpetuo del señorío y Capitán y caudillo de su gente de guerra antigua por S. M. Ejerció la administración de millones en las villas de Baena y Cabra en los antiguos reinos de Jaén y Sevilla, en Andalucía, de donde pasó á la Mancha, muriendo en Almagro en 1665. Concilió los números matemáticos con los poéticos. La primera poesía de Sánchez Portocarrero que conocemos en el orden cronológico de sus obras nunca se ha publicado. La escribió en 1626 y es un soneto laudatorio al Dr. D. Duarte Núñez de Acosta, por unos poemas que escribía en Salamanca siendo los dos estudiantes, aunque el uno de Jurisprudencia y el otro de Medicina. *El llanto de Menardo*, que así se llamaba el poema de Núñez de Acosta, no se imprimió, y consta en la Biblioteca Nacional de Madrid, *M.*-87. *Sala de MSS.*—En cambio Sánchez Portocarrero en 1635 publicó su *Poema de la Virgen de la Hoz;* en 1641 su primera parte de la *Historia de Molina;* en 1646 el *Catálogo de los Obispos de Sigüenza,* y antes, en 1644, una *Disertación histórica sobre la devoción de la Virgen de la Concepción*. Envió sus versos á multitud de certámenes poéticos, donde corrieron varia fortuna, así como sus *Rimas,* que no fueron impresas en colección. Algunas se conservan en la Biblioteca Nacional, Sala de MSS., *M*-87, fols. 388 á 476.

En 1656 volvió á escribir algunos metros laudatorios que se publicaron en los preliminares de los *Divinos versos ó cármenes sagrados* de D. Miguel de Colodrero y Villalobos; también los hizo en 1652 para la *Corona sepulcral* que los poetas de España consagraron á la muerte de un hijo del Conde de Torresvedras, ocurrida en la defensa de Barcelona contra los franceses.

ROSA AUGUSTA.

EN EL TÚMULO DE LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DOÑA ISABEL FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y FIGUEROA, CONDESA DE CABRA.

SONETO.

—«Rosa augusta fuí ayer, hoy lastimosa
Flor, que ha truncado el cierzo de la muerte:
Que mal una hoja al viento se hace fuerte,
Si al fin es flor, aunque majestuosa.
»Rama nací de Cabra en la famosa
Real estirpe, á quien España advierte;
Hoy me dobla mi débil mortal suerte;
Sostuve ayer mi vida ponderosa.
»Virtud es una, cuanto de fragante
Su pira espira, no al sabeo anhelo,
Que al sol enluta, ya que no le apaga;
»Pues ciñendo mi frente luz constante,
Si á las flores debió guirnalda el cielo,
Ahora en mi corona se la paga.»

Divinos versos ó cármenes sagrados de D. MIGUEL DE COLODRERO Y VILLALOBOS: Zaragoza, por los herederos de Pedro Lanaja y Lamarca, 1656.—Fol. 16 vuelto.



DOÑA ANA FRANCISCA ABARCA.

La muy Ilustre Señora Doña Ana Francisca Abarca de Bolea y Mur era natural de las montañas de Jaca, del lugar de Casbas, donde nació hacia 1623 ó 24. Á los tres años entró de novicia en el Real Convento de la Orden del Císter, de aquella misma población, y en él profesó á los trece, llegando antes de cumplir los treinta á ser condecorada con la dignidad abacial perpetua. Era nieta del famoso D. Martín de Bolea y Castro, *Barón de la Clamosa y señor de la villa de Siétamo,* el cual en 1578 dió á las prensas de Lérida el poema caballeresco de *Orlando determinado,* que mereció los aplausos líricos del Duque de Medinaceli y de D. Diego Hurtado de Mendoza, y en 1601 en Zaragoza la *Historia de las grandezas de las provincias orientales,* elogiadas del mismo modo por el Capitán Micer Andrés Rey de Artieda y Lupercio Leonardo de Argensola. Estas tradiciones literarias de estirpe reflejaron en la educación que Doña Ana Francisca recibió, aun dentro de sus rejas monacales; de modo que desde muy joven compuso versos é himnos místicos y algunas vidas de santos, de que se publicaron cinco volúmenes. Á la muerte del Príncipe D. Baltasar Carlos en Zaragoza, invitada por el cronista D. Juan Francisco Andrés de Uztarroz, contribuyó con una composición muy tierna á la *Contienda poética* que éste dió á la estampa; en 1654 hizo otros versos laudatorios para el *Entretenimiento de las musas,* que publicó D. Feniso (Francisco) de la Torre y Sebil, caballero del hábito de Calatrava, y el P. Lorenzo Gracián encomió mucho sus dotes poéticas en su *Agudeza y arte de inge-*

nio. Muchos años tuvo Doña Ana Francisca sin publicar *La vigilia y octavario de San Juan,* su principal obra de poesía, hasta que habiendo llegado de la corte á Huesca su hermano D. Bernardo, que había heredado de sus padres el título de Marqués de Torres y era Gentilhombre de la casa y boca de Felipe IV, y uno de los poetas cortesanos de la Academia interina de este Monarca, se lo envió para que se diera á la estampa. Doña Ana Francisca murió de avanzada edad en el último tercio del siglo XVII. Andrés de Uztarroz la celebró al folio 111 del *Aganipe de los poetas aragoneses* que escribió el año 1652.

ROSAS BENDITAS.

(EN LOS DÍAS DE SANTA ANA.)

VILLANCICOS.

¡Maravilla, zagales!
Nadie la pierda;
Que produce el julio una rosa,
Y el diciembre su nácar respeta.
Mas viéndose desvalida,
Por ser estéril la tierra,
Al cielo humilde le pide
Su rocío en aljófar y perlas.
Crece con pompa gentil
Otra rosa, en la primera,
Que sola su bizarría
La pudo hacer competencia.
MARÍA, segunda flor,
Blasona de más perfecta,
Por ser madre del clavel
Que al sol sus rayos afrenta.

Ana, la primera flor,
Dice, que con eso prueba,
Del clavel y la rosa ser madre,
Pues á entrambos en brazos les lleva.
¡Maravilla, zagales!
Nadie la pierda;
Que produce el julio una rosa,
Y el diciembre su nácar respeta.
Canta María la gala,
Y Ana su triunfo celebra,
Porque es gloria de los buenos
Que mejores le sucedan.
En la madre y el hijo se adornan
Trofeos de su limpieza:
Mucho tiene de divina
Quien da tan divinas prendas.
De estas bellísimas rosas
Teje celestial diadema
Ana, y sus dichas corona
Hoy con sucesión eterna.
Feliz será quien la imita,
Si devota la festeja,
Que para aplausos divinos
Son ensayo humanas fiestas.
¡Maravilla, zagales!
Nadie la pierda;
Que produce el julio una rosa,
Y el diciembre su nácar respeta.

Vigilia y octavario de San Juan, de la muy ilustre Señora Doña Ana Francisca Abarca de Bolea, *religiosa del Cister:* Zaragoza, por Pascual Bueno, 1679.—Pág. 42.



SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

Doña Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Cantillana (*Sor Juana Inés* (Philotea) *de la Cruz)* nació el 12 de noviembre de 1651 en San Miguel de Nepanthla, alquería situada á doce leguas de Méjico, entre los volcanes de Popocatepetl é Ixtlacihuatl. Su padre era vizcaíno, de Vergara, y su madre, aunque hija de peninsulares, natural de Ayacapixtla. Fué en Juana desde niña una pasión el estudio y desde ocho años componía loas *(El misterio del Sacramento)* y versos. Dióle lecciones de latín el Bachiller Martín de Olivas, mas su instinto y sus estudios privados superaron en breve á su maestro. Á los diez y siete años era un prodigio de belleza, de cultura, de inspiración y de vida. Tantos atractivos le proporcionaron una colocación en la servidumbre de la Marquesa de Mancera, mujer del Virrey de Nueva España; y si bien con ellos fué algún tiempo el más bello ornamento del Palacio Real, al cabo la despeñaron en un mar de desventuras. Fué la mayor la violencia con que se impuso á un alma tan libre y apasionada la perpetua reclusión de un Convento. Dióse comisión de persuadirla á tomar el hábito de religiosa al P. Antonio Núñez, de la Compañía de Jesús, y el Convento de San Jerónimo guardó en un eterno secreto la tal vez poco ingenua fe de sus votos y la indubitable amargura de sus largas lágrimas. Á Mancera sucedieron otros Virreyes, y en los Condes de Paredes y en los de Galve halló la infeliz monja solícitos consuelos á las penas que otros dejaron sembradas en su corazón. Más que las devo-

ciones y los rezos, los libros vigorizaron la fortaleza de su espíritu, y por mucho tiempo dividieron con ella la ocupación de su celda unos cuatro mil volúmenes de todas las ciencias, una gran colección de instrumentos matemáticos y músicos y otra de joyas riquísimas de los regalos que todo el mundo le enviaba. De todo la despojaron las exhortaciones del P. Núñez, que nunca dejó reposar en sus inclinaciones aquel espíritu aprisionado. Con todo, jamás pudo reducírsela á que no escribiera más que *villancicos*. El amor, no satisfecho, pero sí ofendido, le inspiró cantos inmortales de recriminaciones y celos. También escribió comedias, versos heróicos y encomiásticos, disputas científicas y hasta sermones. En todo fué admirable y admirada. Cuando el Marqués de Villasierra, D. Fernando de Valenzuela, volvió libre de Cavite á Méjico para restituirse á España, la visitó en la celda. Sus *Villancicos* se publicaron en 1677, 79, 83, 85 y 87; sus *Obras* en 1689, 90, 1700, 709 y 725, y en este siglo se han reproducido en casi todas las capitales de las Repúblicas sur-americanas con comentos y juicios de los más afamados escritores. Murió el 17 de abril de 1659. Á su memoria se publicaron dos coronas poéticas. Aún se la denomina *Décima musa y primera poetisa americana.*

MAGISTERIO DE LA VIDA.

SONETO.

Rosa divina, que en gentil cultura
Eres con tu fragante sutileza
Magisterio purpúreo de belleza,
Enseñanza nevada de hermosura;
Amago de la humana arquitectura;
Ejemplo de la vana gentileza,
En cuyo sér unió naturaleza
La cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa presumida
Soberbia el riesgo de morir desdeñas,
Y luego desmayada y encogida
De tu caduco sér das mustias señas!
Con que con docta muerte y necia vida
Viviendo engañas y muriendo enseñas.

Poemas de la única poetisa americana Sor Juana Inés de la Cruz: Madrid, por Francisco López, 1725.—Tomo ij, pág. 185.

MUERTE DULCE.

SONETO.

Miró Celia una rosa que en el prado
Ostentaba feliz la pompa vana,
Y con afeites de carmín y grana
Bañaba alegre el rostro delicado;
Y dijo:—«Goza sin temor del hado
En breve curso de tu edad lozana,
Pues no podrá la muerte de mañana
Quitarte lo que hubieres hoy gozado.
Y aunque llega la muerte presurosa
Y tu fragante vida se te aleja,
¡No sientas el morir tan bella y moza!
Mira que la experiencia te aconseja
Que es fortuna morirte siendo hermosa
Y no ver el ultraje de ser vieja.»

Poemas de la única poetisa americana Sor Juana Inés de la Cruz: Madrid, por Francisco López, 1725.—Tomo I, pág. 5.

LA SUERTE DE LAS HERMOSAS.

DÉCIMAS.

Rosa que al prado encarnada
Ostentas presuntuosa
De grana y carmín bañada,
Campa lozana y gustosa;
Pero no, que, siendo hermosa,
También serás desgraciada.

GLOSA.

¿Ves de tu candor que apura
Al alba el primer albor?
Pues tanto el riesgo es mayor
Cuanto es mayor la hermosura.
No vivas de ella segura,
Que si consientes errada
Que te corte mano osada
Por gozar beldad y olor,
En perdiéndote el color,
También serás desgraciada.
¿Ves á aquél que más indicia
De seguro en su firmeza?
Pues no estima la belleza
Más de en cuanto la codicia.
Huye la astuta caricia,
Que, si necia y confiada,
Te aseguras en lo amada,
Te hallarás después corrida;

Que, en llegando á poseída,
También serás desgraciada.
Á ninguno tu beldad
Entregues: que es sin razón
Que sirva tu perfección
De triunfo á la vanidad.
Goza la celebridad
Común, sin verte empleada,
En quien, después de lograda,
No te acierte á venerar:
Que, en siendo particular,
También serás desgraciada.

Poemas de la única poetisa americana SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ: Madrid, por Francisco López, 1725.—Tomo j, pág. 13.





JACINTO DE HEVIA.

Jacinto de Hevia *(Celio)* nació en la ciudad de Guayaquil, en el antiguo Virreinato del Perú, de 1628 á 1630. Educóse con los Padres de la Compañía de Jesús, y fué su maestro de Humanidades y Literatura el P. Antonio Bastida, que también componía versos y era natural de Sevilla. Entre el P. Bastida y sus discípulos Jacinto de Hevia y D. Fernando Domingo Camargo, de Santa Fe de Bogotá, se creó en Guayaquil una academia poética, en la cual se dedicaron acentos, ya de alegría, ya de dolor, á los principales sucesos cuya noticia hasta allí llegaba, ahora locales, ahora procedentes de España. Los tres poetas escribieron los elogios fúnebres, sonetos, inscripciones y motes con que en Quito se celebraron las honras á la muerte de la Reina Doña Isabel de Borbón, primera esposa de Felipe IV, y á la de su primogénito el Príncipe D. Baltasar Carlos. Otras honras hubo en aquel tiempo en Quito que también fueron muy suntuosas y populares: las de la señora Doña Francisca de Santa Clara y de la Cueva, fundadora del Convento de Santa Clara de aquella ciudad. Las dirigió el P. Bastida, y en Hevia y Camargo, sus discípulos, halló eficaces colaboradores. Hevia era siempre el que más sobresalía: él solo celebró con su lira el nacimiento de D. Felipe Próspero, y escribió la comedia de *El valiente* para las fiestas de la Virgen de Loreto. Por último, Hevia fué también el alma de la *Academia de la rosa*, en que para celebrar la reina de las flores se le unieron otros muchos poetas. Las obras de Jacinto de Hevia se publi-

caron en 1676 en Madrid, y Cortés Osorio las calificó con lisonja. Era un latinista consumado, y su maestro Horacio; pero alcanzó una época de gran decadencia y no tuvo el gusto exquisito por educación á que tendía naturalmente su espíritu. Su *Ramillete de varias flores poéticas,* que compendía cuanto de él se conserva, no se publicó hasta 1676 en Madrid, y un año antes en Alcalá de Henares *El sueño de Celio.* En el primero de estos dos libros se contienen los versos de los poetas americanos que asistieron á las *Academias de la Rosa* en el Perú.

Á LA ROSA, COMPARADA Á LA INCONSTANTE FLOR DE LA HERMOSURA.

SILVA.

(TRADUCCIÓN DE VIRGILIO.)

«De los tiempos del año era el verano,»
El de Mantua cantó en su dulce lira,
Y el día alegre en rayos, en que gira,
Esmalta nubes con que sale ufano.
El austro templa, porque suave aliente,
Y así con blando diente
Muerde la flor, que, aun tierna, no se esquiva
Si aún solicita alientos más lasciva;
Cuando abreviando sombras el aurora
Precede bella á la carroza ardiente,
Y en luces de esplendor, en luz canora
Despierta el sol, madrúgale á su oriente.
Entonces, dice en dulce melodía
Aqueste cisne, el campo discurría,
Y cuando en sendas de este sitio ameno

Buscaba abrigo en esa adulta llama
Del sol, que salamandra ya se inflama,
Ví entre su vasto seno
En la grama perder blanco rocío,
Que á breve globo aprisionaba el frío,
Y en su lacio verdor me parecía
Lágrimas que lloró la noche fría;
Si á esotras yerbas en sus cimas bellas,
Corona de cristal, de nieve estrellas,
Siendo á sus tiernos tallos por vistosas
Sartas de perlas, perlas generosas,
Que en nácares celestes engendradas
Del cielo al prado fueron ferïadas.
  Al nacer el lucero luminoso
Ví con primor y aliño cuidadoso,
Del esmero Pestano
Del mejor hortelano,
Un rosal tan de gotas salpicado,
Que sudor se ha juzgado
Que en la lucha valiente
Por escadar de sombras sudó ardiente.
De esta piedra que á engaste de zafiro
La observa el cielo con su eterno giro,
Y á sus rayos primeros esmaltaban
Las rosas, que por su astro le aclamaban.
  Y si del alba y rosa contemplaras
El nácar escogido,
Indeciso dudaras
Si el alba hurtó á la rosa lo encendido,
Ó la rosa, envidiosa, al alba bella
De ella colores trasladó á su estrella.
El matiz también vario de este prado,

Osada emulación del estrellado,
Admirarás, si el sol sus resplandores
Comunicó á sus flores,
Cómo esmaltó los astros eminentes
En colores á rayos florecientes.
  Uno es todo el rocío de la rosa,
Y el que suda la aurora luminosa
En su estación primera;
Un color entre ambas persevera
Á un tiempo; pues la rosa se apellida,
Y la aurora florida
Crepúsculo de nácar en que se halla
El sol infante en esta luz que calla;
Mas ¿qué mucho que en todo corran á una
Siendo en las dos iguales su fortuna,
Pues Venus entre ambas predomina
Reina del prado y cielo que ilumina?
  Si ámbar la rosa aspira,
Sin duda al mismo Venus se conspira;
Y si de ésta el sentido
Por torpe no percibe la olorosa,
Es olor de otra esfera más subido
Aquélla, sí, que al prado delicioso
En copa de rubíes néctar grato
Deleitosa propina ya al olfato.
  Al lucero fragante,
Á la rosa galante,
De Pafo les prohibe aquella diosa,
Y así á entrambos librea generosa
Corta rica de púrpura eminente;
Con que el astro luciente,
Si es que ella es rosa equívoco se duda,

Ó lucero la rosa se saluda;
Pues si carmín la rosa de su vena
Debe á la espina, que ímpia le barrena,
El lucero á su labio
La púrpura que goza sin agravio;
Viviendo tan iguales,
Que por unos se cuentan ya sus males;
Y si el tiempo le ultraja
A aquél el carmesí, él mismo se aja,
A aqueste de un desmayo,
Siendo del uno y otro el propio ensayo.
  De aquestas bellas flores,
Del cielo fomentadas á sudores,
Copia sangrienta la floresta anega;
Mas el discurso entre sus ondas rojas
No sin miedo al peligro la navega,
Siendo escollos de nácar de él sus hojas:
Tantas arroja al prado
El rosal en sus varas florecientes,
Cerradas y patentes,
Que con rosetas de rubí he pensado
Se disciplina el suelo
Por aplacar rigores de este cielo.
  Allí una rosa infante
Mece en su cuna el céfiro inconstante,
Y en claustro de esmeralda detenida
Virgen se oculta menos pretendida;
Otra al prado se asoma diligente
Por celosías de su verde oriente;
Mas al mirarla trueca vergonzosa
En carmín el candor su tez hermosa.
Al despertar aquélla

Rompe prisiones de su verde estrella,
Y con su roja punta se conquista
Desabrigos purpúreos á la vista,
Siendo cada hoja en que ella se dilata
Gota de sangre que de sí desata.
Otra aquí, muy de Venus presumida,
De su guardada gala hace reseña,
Que el aseo al espejo le compuso
De una fuente risueña,
Y por salir mejor del tiempo al uso,
De carmesí en follera multiplica
Hojas de galas, que su ingenio aplica.
Mas otra, del botón desenlazada
Y en rojos arreboles destocada,
Un sol al prado ofrece generoso
Que en rayos de oro ilustra luminoso;
Honor grande del valle, pues sus flores
Vanas, más lucen con sus resplandores.
Pero ¡ay! que toda aquella pompa hermosa
Del verjel; esta antorcha luminosa;
Esta hoguera, que roja al prado inflama,
Siendo cada hoja suya ardiente llama;
Este sol, que á sus rayos fomentaba,
Cuanto aseo al jardín le coronaba,
Con desmayo fatal se descompone,
Su luz se apaga al inconstante viento,
Al occidente el esplendor traspone,
Y la llama consume su ardimiento.
¡Oh! qué breve esta flor tiene la vida,
Pues edad fugitiva la arrebata,
De su beldad pirata,
Y de un punto al escollo la admiraba

Caduca y lacia cuanto más florida:
Saliendo al prado presta y diligente
Prevenida la muerte al propio oriente,
Siendo la cuna en que le mece el viento
Su fatal pira y triste monumento.
Y cuando este prodigio revolvía,
Y aqueste acaso el labio repetía,
Aún de vida no goza aqueste aliento,
Pues mustia ví la rosa se despuebla
Y que funesta se deshoja al prado,
Epitafio dejando de su hado
Hojas tiernas, que á letras de rubíes
En la esmeralda acordarán constantes,
Pues su vida se mide por instantes.
La varia diferencia
Que del tirio color matiza el suelo,
No sin envidia, no sin competencia,
Las galas que renuevan estudiosas
Por lucirse en el prado más hermosas,
Y las vidas que estrenan por flamantes
Allí rosas infantes
El resplandor de un día las festeja,
Y ese mismo á sus rayos las aqueja,
Y con fúnebre sombra oculta y sella
De múrice vistosa tanta estrella.
¡Oh tiempo! ¡oh días! ¡oh naturaleza!
Avara en cuanto ostentas más grandeza:
Ya juntamente todos nos quejamos,
Pues apenas nos pones á los ojos
Estas joyas de Flora por despojos,
Cuando al echarles mano
Salió nuestro cuidado bien en vano,

Y dándoles más gracia á aquestas flores,
Apresuras más presto sus honores;
Pero ya no me admiro,
Que es de muy corta dura
Cuanto crece en belleza una hermosura.
  Cuantos mide de oriente
Sus términos el día al Occidente,
Cuando en breve ceniza
De ella fénix mejor se inmortaliza;
Aquella propia edad goza la rosa
Que el sol en sus espacios le señala,
Siendo al prado su gala
Fímera, que se acaba lastimosa,
En la infancia gozando edad adulta
Y la triste vejez que la sepulta.
Aquélla á quien el sol en la mañana
En pañales de grana abrigó infante,
Á la tarde volviendo ya triunfante
Su edad florida vió trocada en cana.
  Pero ¿qué importa ¡oh rosa! que tu llama
Tan temprana se apague, aun cuando ardiente,
Pues ha tomado á cargo ya la fama
Hoy aplaudirte más de gente en gente;
Gozándote perenne y más constante,
Cuanto antes tu vivir fué un solo instante,
Permaneciendo fija en la memoria,
De tu belleza la pasada gloria?
¡Oh qué ejemplo tan vivo al desengaño
De una grande belleza!
Lograd, oh Virgen pura,
Este cortés recuerdo en la pureza;
Coged la rosa, pues, de la hermosura,

Cuando ayuda la edad, la edad florida,
Y en vistosas guirnaldas recogida,
Si intacto su verdor guardáis constante,
Vuestra cabeza ceñirán triunfante.
No ajéis su lozanía;
Mirad que la beldad más grata y bella,
Como la flor, fenece con el día;
Que hermosuras y flores materiales
Le acompañan á términos iguales.

Ramillete de varias flores poéticas, recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años, por el MAESTRO XACINTO DE HEVIA, *natural de la ciudad de Guayaquil, en el Perú:* Madrid, por Nicolás de Xamares, 1676.—Pág. 56.

A LA ROSA.

ROMANCE.

Sol purpúreo de este prado
Que en los rayos de tus hojas,
Si das envidias al sol,
Ofreces lustre á la aurora;
Los jilgueros de este valle
Festejan tu hermosa pompa,
Y admirando tu beldad
Por dulce objeto te rondan.
Todos tu carmín nevado
Labios de coral los nombran,
Y el rocío que te esmalta
Dientes que guarda tu boca.
Uno entre otros lisonjero

Ó se te atreve ó te toca,
Queriendo beber el ámbar
Y el rocío de tus hojas.
Si fiado, ignoro, en tus alas
Ó en favores que le otorgas,
Por descanso de su vuelo
Encoge tu airosa copa;
¡Oh qué requiebros te dice!
Y aun con ellos enamora
Una azucena, que al lado
Te acompañaba gustosa.
No sé si á su dulce acento
Fuistes insensible ó sorda,
Ó á sus importunos silbos
Como á los vientos la roca.
Mas no, ingrata; bien lo oíste:
¡Oh cuántos celos me ahogan!
Pues espinas que te guardan
No te esquivaron honrosas.
¡Oh qué escarmientos me enseña
Esa tu inconstancia loca!
No pienso prendar el alma
De otra flor ni de otra rosa.
¡Qué mal se guarda belleza
Que en campo se ostenta hermosa,
Que como muchos la miran
Su beldad alguno logra!
Ya la cítara que un tiempo
Te celebraba gustosa,
Como está triste su dueño,
Gime, también ella ronca.
Mas ya la pienso quebrar

De mi firmeza en la roca,
Y pues ya no pienso amar
Tampoco cantar me importa.

El sueño de Celio, por el Maestro Xacinto de Hevia, *natural de la ciudad de Guayaquil:* Alcalá de Henares, por Nicolás de Xamares, 1675.—Fol. 2 vuelto.

EN LA MUERTE

DE DOÑA TOMASA VERA, ESPOSA DE D. JUAN DE BORJA, GOBERNADOR DE POPAYAN.

SONETO CON EL ACRÓSTICO «NACE Y MUERE ROSA.»

No rompe aún el botón, cuando desvela
A la atención la rosa, y la aprisiona
Con nieve, que aun oculta, no blasona
En la grana, que aun virgen encarcela.
Y quien aun tierna triunfa, en vano anhela
Mayor trofeo, en púrpura y corona,
Vano si del verjel bella amazona
En flechas de oro al vencimiento vela.
Rinde, en fin; mas al punto que avasalla
En su oriente ¡ay dolor! su muerte halla,
Reina del sol, envidia de su lumbre;
Oy, pues, Doña Tomasa, de su cumbre
Sé ufana flor; mas ¡ay! que lastimosa
Al vivir nace y muere como rosa.

Ramillete de diversas flores poéticas, por el Maestro Xacinto de Hevia, *natural de Guayaquil:* Madrid, por Nicolás de Xamares, 1675.—Pág. 50.



D. FERNANDO DOMÍNGUEZ CAMARGO.

D. Fernando Domínguez Camargo nació en Santa Fe de Bogotá. Estudió en Lima. Asistió á las academias poéticas de los ingenios y de los Virreyes del Perú, y con su maestro el P. Antonio Bastida y su condiscípulo Jacinto de Hevia, sostuvo en Guayaquil el sacro fuego de la musa castellana. Ocáriz no nos da noticia de Domínguez Camargo, ni ninguno de los modernos *Diccionarios de escritores de América*, ni de los libros biográficos que han salido de treinta años á esta parte de las prensas de Bogotá, Caracas, Lima y otras capitales. Domínguez Camargo fué uno de los *académicos de la rosa* de que se ha hablado en la biografía de Jacinto de Hevia, y las pocas composiciones que de él nos quedan se hallan insertas en el *Ramillete* que imprimió éste en Madrid en 1676.

LA MUERTE DE ADONIS.

ROMANCE.

En desmayada beldad
De una rosa, sol de flores,
Con crepúsculos de sangre
Se transmonta oriente joven.
Cortóla un dentoso arado,
Que á no ser de haya el muy torpe

Por la púrpura que viste
Le juzgara marfil noble.
Cerdoso Júpiter vibra
Mayor marfil sobre Adonis,
Y al alma que trae de Venus
Hiere más, mientras más rompe.
Espumoso coral vierte
Que en verde esmeralda corre,
Mar de sangre, en quien á Venus
Naufragio prepara Jove.
Verdugo monstruo ejecuta
De inflexible Dios rencores,
Y siendo amor el vendado
Son cadahalso los montes.
—«¡Ay! fiera sangrienta, dice,
Si á secundar te dispones,
Advierte que en la de Venus,
No en mi vida, has dado el golpe.
Y matar una mujer
Con hazaña tan enorme,
Más para escupida es
Que para esculpida en bronces.»—
Con esto se vino á tierra
Esta hërmosa Faetonte,
Y exhala beldad ceniza
Del sol, que agoniza, ardores.
De la herida á la ventana
El alma al golpe asomóse,
Y aunque halló en la sangre escalas
Saltó atrancando escalones;
Cuando de causas las fieras,
Ciudadanos de los bosques,

Venía la diosa Venus
Guisando á su amante amores.
Perlas desata en la frente,
Y su cuerpo exhala olores,
Que en amorosa porfía
Mejillas y aire recogen.
Juega la túnica al viento,
Y entre nube holanda expone
Relámpagos de marfil,
Migaja de perfecciones.
Arroyo de oro el cabello
Libre por la espalda corre,
De la cual pende un carcaj,
Vientre de dardos veloces.
Duplica en las faldas flechas,
Rigores ostenta dobles,
Bruñido dardo á las fieras,
Sutil cabello á los hombres.
Al pequeño pie el coturno
Le pone armiños prisiones,
Blando muro ó dura espina
Que á tanta beldad se opone.
Fuentes le abrió de coral,
Quizá previniendo entonces
Que tanto fuego tuviese
Por la sangre evacuaciones;
Hilos de rubí desata,
Para que su nieve borden,
Con que en la tez de las rosas
Lácteos purpúreos candores.
Ramos de sangre en tal cielo
Fueron cometas atroces,

Que le escribieron desastres
En tan sangrientos renglones.
Expolióle á su desgracia,
Con la espina, y arrojóse
Desde el risco del amor
Al zarzal de confusiones.
Trajinaria de distancias
La vista escudriña el orbe:
Ve un atleta con la muerte
Luchando en rojas unciones.
A Adonis vió jaspe yerto
Por lo manchado y lo inmoble,
Y por dudar que lo ve
Adrede le desconoce.
Asómase toda el alma
Á los ojos; conocióle,
Y por dudar y engañarse,
Con engaños se socorre.
Bebe la muerte en sus labios,
Cervatilla herida escoge,
Muerte bebe en barro, y vida
En boca rubí propone.
A voces le ensaña el alma,
Y la de Adonis sus voces,
Como se van por la herida,
Son, á su prisa, empellones.
Mira al cielo de su rostro,
Que alumbraba garzos soles,
Y halla que á eclipsarlos vino
La luna de su desorden.
De las mejillas, que en rosas
Desabrocharon botones,

Si bordados, no alhelíes,
Cárdenas violetas coge.
El panal dulce del labio,
Que entre ambrósia daba olores,
Si es ámbar flor maltratada
Hiel al néctar corresponde.
Mas las víboras de sangre
Que se arrastran por las flores,
Nueva Eurídice la muerden,
Miembros de mármol la ponen.
Rabiosamente se arroja
Y es el remedio que escoge,
Beberle en la boca el mismo
Veneno que la corrompe.
La boca avecina al labio,
A heredarle el alma, á donde
Como llegó Venus muerta
Alterna muerte matóles.
¡Ay Píramo! ¡Ay Tisbe, muere!
Riscos ablandáis que os lloren,
Pues caváis en una herida
Hoyo á dos vidas conforme.
Con las palabras enjagua
Y dando nieve en sudores
Con cansados huelgos dice
Estas quejas á los dioses:
—«¡Ay, Dios bronce! ¡Ay, Dios diamante!
¡Ay, Júpiter! Cuando adores
A Europa toro, oso á Dafne,
Tus amores se malogren.
¡Ay, Apolo vengativo!
Cuando con pies voladores

Sigas á Dafne, de ingrato
Laurel tus sienes corone.
¡Ay, náufraga vida mía!
Que un mar bermejo te sorbe,
Y en la zona de la muerte
Te estrelles ya sin tu norte.» —
Dijo; y por la herida misma
Hasta el corazón entróse,
Que aún más allá de la vida
Un dulce amor se traspone.

Ramillete de varias flores poéticas, por el Maestro Xacinto de Hevia: Alcalá de Henares, por Nicolás de Xamares, 1675.—Página 240.





D. JUAN DE AVILÉS.

D. Juan de Avilés nació en Méjico hacia mediados del siglo xvii. Después de hacer sus estudios en la Real Universidad de su patria, vino á España á completar los de Medicina en la de Alcalá de Henares. Al volver á Méjico llevó nombramiento para la cátedra de Anatomía, que desempeñó en aquel ilustre Liceo por espacio de más de veinte años. Durante el Virreinato del Conde de Galve, fué asiduo concurrente á la academia poética que tenia en Palacio aquel magnate, con el Secretario de la Universidad D. José Miguel de Torres, el agustino Fray Juan de Rueda, y los colegiales de San Ildefonso D. Juan Julián de Villalobos y D. José de Guevara. Del mismo modo era de los que, con el prebendado de aquella catedral, D. Juan de Castorena, Capellán de honor de S. M.; el Bachiller D. Martín de Oliva, y el caballero del hábito de Santiago D. Antonio Deza y Ulloa, acudían al torno del Convento de San Jerónimo á sostener la comunicación poética con la admirable y admirada poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, prodigio de saber y tabernáculo de virtud. Así, pues, cuando en 1695 D. Lorenzo González de la Sancha proyectó las *Exequias mitológicas* que las Piérades de Méjico dedicaron á la ilustre Safo de América, D. Juan de Avilés fué de los primeros, entre los diez y seis más afamados ingenios que florecían á la sazón en aquellas apartadas regiones, en ofrecer el óbolo de su ingenio para aquella memoria de inmortalidad. No se sabe el año en que D. Juan de Avilés murió. ni si escribió otras obras.

ROSA MUERTA.

EN LA MUERTE DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, LA MUSA DE MÉJICO.

SONETO.

Si en la pequeña clara luz del día,
Vive la fresca rosa edad entera;
La rosa, cuando el día muere, muera,
Pues ya no ha de crecer en gallardía.
Si su débil fragante bizarría
No ha de ser más, aunque su vida fuera
Émula de la délfica carrera,
Muera, que ocioso su vivir sería.
Pues si esta rosa, que la fama llora,
En nueve lustros siglos ha tenido,
Ya no ha de saber más, ya nada ignora:
¡Muera ya! pues que docto acuerdo ha sido;
Que á quien todo lo sabe en una hora
Le sobra mucho tiempo en lo vivido.

Exequias mitológicas. Llantos Piérades: coronación apolínea en la fama póstuma de la singular poetisa Sor Juana Inés de la Cruz, escrito por el BACHILLER D. LORENZO GONZÁLEZ DE LA SANCHA: Méjico, 1695 —Fol. 19 vuelto.





D. JUAN DE OVANDO SANTAREM.

D. Juan de Ovando Santarem y Gómez de Loaisa, caballero de la Orden militar de Calatrava, Capitán de infantería por S. M. en una de las compañías de la milicia de Málaga, nació en Archidona de 1620 á 1625. El Marqués de Valdeflores, á quien siguieron Rando y Marzo y Guillén y Robles, dióle por naturaleza la misma ciudad de Málaga, tal vez por haber visto el primero el soneto laudatorio suyo que en 1649 dió á D. Alonso López Arias de la Vega para su *Poema histórico de la Virgen de la Esperanza*, donde se le dice «natural de Málaga;» pero en contradicción con este dato se halla otro soneto, también suyo, que D. Sancho de Guzmán y Portocarrero, Capellán de honor por S. M. en la Real Capilla de Granada, publicó en otro poema titulado *Traslación del cuerpo de San Juan de Dios* (1664), donde á su vez se llama á Ovando «*natural de Granada*.» Contra estos datos atestiguan los documentos municipales de Archidona, donde un hermano del poeta fué Regidor perpetuo. La familia de los Ovando se hallaba muy bien emparentada en Portugal, en Cáceres, en Andalucía y en las dos Castillas. El padre del poeta, Pedro de Ovando, fué Capitán de la Real de las galeras de Portugal que mandaba el Conde de Elda, D. Juan Coloma, y sirvió á S. M. cuarenta años en los mares. D. Juan de Ovando hizo en Granada su educación clásica; después pasó á Italia y Flandes, en cuyos ejércitos sirvió. No obstante, así en Nápoles como en Milán, en Mantua como en Génova, cultivó ilustres relaciones de corte, y entre otras personas al Virrey Conde de Oñate y al Príncipe de Atela, Juan Andrea Doria; lo mismo que en Madrid, á su retorno,

donde trató al Presidente de Castilla, Conde de Castrillo; al Duque de Alba, D. Fernando; al Marqués de Cádiz, D. Rodrigo, y otros elevados magnates. Hallándose en la corte en 1642, escribió su primer soneto en elogio del Rey Felipe IV «por el primor con que corrió en el Buen Retiro;» en 1644 compuso en Málaga un romance en conmemoración de unas fiestas celebradas en 1636 en la parroquia de Santiago costeadas por su familia, las cuales no pudo describir entonces por su corta edad; en 1645 lloró la muerte de Doña Isabel de Borbón; en 1655 describió las fiestas del *Corpus* en Málaga; en 1658 tomó en Granada parte en las que se hicieron para celebrar el nacimiento del Príncipe Carlos II, y en 1662 ganó en Antequera y Úbeda premios en los certámenes poéticos de la Concepción. En los *Ocios de Castalia* tiene además un poema descriptivo de Málaga, y dió versos laudatorios para el libro de Luis Pacheco de Narváez, maestro de armas de Felipe IV. Murió después de 1670.

SONETOS.

I.

ROSA DE ALEJANDRÍA.

Tú, que de Egipto traes la descendencia,
Cleopatra inanimada y más famosa,
Cuya rosada tez, estrella hermosa,
En cielo de esmeralda es influencia;
Carmesí terciopelo en la apariencia
De tu estado te ilustra, y luminosa,
Ostentando la púrpura lustrosa,
Brillas diosa de amor por excelencia.
Despreciando las cumbres cada día
Arroyos corren á encontrarse al llano,
De tu beldad movidos á porfía.

No es mucho lisonjee tan humano,
Porque siendo la flor de Alejandría,
El tuyo es natural rostro gitano.

II.

PARALELO.

Reina de los palacios de Amaltea,
Joyel del vulgo del florido coro,
Alma del prado, carmesí tesoro,
Que poma del albor eres sabea;
Encarando Faetonte, en la tarea
Que tan breve despeña tu decoro,
Corriste exhalación de nácar y oro,
Iris del valle siendo en la librea.
Bella eres copia del albor perdido,
A sus luces me lleva deliciosa
Del imán de sus luces impelido.
Que tenga la ventura de la rosa;
Cual tú, recelo, su vivir florido,
Pues también, como tú, su cara es rosa.

III.

FAMA ESCLARECIDA.

En guardapiés rosado ayer salías
Tocándote al espejo de esa fuente,
Flor de las flores, rosa; y en tu oriente
Al alba rayos de ámbar esparcías;
Hoy reparé cuán presto te ponías,
Siendo de la floresta sol luciente,
Y desmayado el nácar floreciente
En rosa-seca el rosi-cler teñías;

No sientas, flor, el acabarte en rosa,
Que en una aurora, eternidad la fama
Deja esa pira de jazmín hermosa.
Duración sin honor antes infama;
Muerte es la vida que muriendo acosa;
Vida es la muerte que muriendo aclama.

IV.

FLOR DE MAYO.

BURLESCO.

Tú, que en cortes de Flora presumida
Te vieron sol los sitios más amenos;
Tú, que á la mayor flor tuviste en menos,
Por mirarte adulada de aplaudida;
Ya en clausuras de vidrio recogida,
Lastimada de botes de Galenos,
Embestida de drogas y venenos,
Juzgas las vanidades de tu vida.
Es verdad que conservas la dulzura
En el mismo peligro del desmayo:
Que al fin tu estimación con eso dura.
Y aunque deshoja tanto tirio rayo
Tiene oficio de corte tu hermosura,
Que es ayuda de cámara de mayo.

Ocios de Castalia, *de* D. Juan de Ovando Santarem: Málaga, por Mateo López Hidalgo, 1663.—Fols. 24, 26, 26 vuelto y 10.





D. JOSÉ DE-LITALA Y CASTELVI.

D. José De-Litala y Castelví nació en Caller (Cagliari) el 10 de noviembre de 1627: su madre, Doña María Amat de Castelví, pertenecía á la nobilísima familia de los Marqueses de Laconi, y su padre, que disfrutaba el hábito de Santiago, había servido en los ejércitos españoles. De quince años vino el poeta á Madrid, abrazando el servicio militar, obteniendo el grado de coronel y siendo condecorado con el hábito de Calatrava. Nombrósele más tarde Caballerizo de Carlos II en el reino de Cerdeña, Pregonero mayor de él, y Gobernador de Caller y Gallura. En 1686 desempeñó la Presidencia de la isla de Cerdeña durante el interregno entre el Marqués de Fuensalida y el Duque de Montalto. Era entusiasta por la poesía castellana y admirador de Quevedo, y antes de que se publicasen las tres últimas musas de éste, escribió su *Cima del monte Parnaso español,* dividida en tres partes bajo los nombres de Caliope, Urania y Euterpe. Con el Conde de Vallesantoro sostuvo en la isla el fervor de la poesía castellana, siendo el alma de las academias que se celebraron en el palacio de los Virreyes por el Marqués de Camarasa, D. Emanuel Gómez de los Cobos, hasta su muerte, ocurrida en 1701. De D. José De-Litala queda, además de la *Cima del monte Parnaso* (Caller, 1672), una *Loa con que se introdujo la celebridad de los felicísimos años que cumplió á 6 de noviembre de 1666 la Real Cathólica Majestad de D. Carlos segundo, nuestro Rey y Señor* (Caller, por D. Antonio Galcerín, 1666).—«El mejor de los

poetas castellanos en Cerdeña,» le llama D. Eduardo Toda (*Bibliografía española de Cerdeña:* Madrid, 1890, núm. 150, pág. 103).

EN ALUSIÓN DE LA ROSA Á SANTA ROSA.

SONETO.

Rosa, que en el pensil más soberano
Creces, asombro y maravilla hermosa,
Pompa del sol, y en sus auroras rosa,
Primer cuidado de su docta mano.
Coronada de espinas vió el tirano
Esa pureza, que por misteriosa
No la ofende la furia licenciosa
Del Euro, ni el rigor de invierno cano.
Armado, pues, contra el botón dorado,
No puede ajar el generoso anhelo
Que en breve cárcel se fabrica amante;
Delicia eres del sol, dulce desvelo,
Que en sus esferas hoy te ve triunfante
Por peregrina flor del mismo cielo.

Cima del monte Parnaso español, de D. JOSÉ DE-LITALA Y CASTELVÍ, *caballero de Calatrava:* Caller, por Onofrio Martín, 1672.—Pág. 34.





EL CAPITÁN MIGUEL DE BARRIOS.

El Capitán Miguel de Barrios ó Daniel Levi de Barrios *(Mirtilo)* nació en Montilla hacia 1630. Su padre, Simón de Barrios, era judío converso y de origen portugués. Militó el poeta en Flandes y llegó á mandar de Capitán una compañía. Mas hacia fines de su vida, atraído por los rabinos de Amsterdam, abjuró del cristianismo y volvió al seno de la secta judáica. Fué orador en la nueva Iglesia, y abandonó la poesía, el habla y la patria española, después de haber enriquecido nuestro Parnaso con la *Flor de Apolo* (Bruselas, 1664); *El coro de las musas* (Bruselas, 1672); las *Poesías famosas* (Amberes, 1672), y las *Varias obras sueltas* que publicó en Amsterdam, principalmente de polémica política y religiosa. Murió á fines del siglo xvii. Rodríguez de Castro y Amador de los Ríos han escrito con más extensión de este poeta, el cual, luego que renunció á España, sirvió en los ejércitos de Portugal. Celebraron sus obras Doña Isabel Correa, D. Jaime Hortensio López, Juan Alonso del Campo, D. Manuel de Pinto y Ribera, Juan de Faria, D. Antonio del Castillo y D. José Milano. Barrios á su vez no fué avaro en tributar elogios á los que acarició como patronos ó Mecenas, en cuyo número se encontraron D. Juan José de Austria, bastardo de Felipe IV; el Almirante y el Condestable de Castilla, el Secretario D. Manuel de Lira, el Marqués de Ligny, el Capitán D. Nicolás de Oliver y D. Juan de Toledo. También escribió comedias castellanas *(Pedir favor al contrario, El canto junto al encanto, El español en Orán)*. Su obra político-religiosa, *Triunfo del gobierno popular*, se publicó en Amsterdam el año rabínico de 5443, ó sea nuestro 1683.

SONETOS.

I.

ROSA FLORA.

Flora es de mayo la deidad más bella,
Que sin querer las vidas avasalla:
Á su guerra el amor frágil muralla,
Á sus ojos el sol leve centella.
Cada cual sin sentido arde por ella
Y perdiéndose en sí en su luz se halla:
Toda flor sale á su triunfal batalla,
Y á su fulgor se esconde toda estrella.
¿Qué fortaleza habrá que la resista,
Si de las vidas diosa flechadora
Antes de ofrecer guerra, las conquista?
No sienten el morir, mirando á Flora;
Por ser tal el hechizo de su vista,
Que cuando mata más, más enamora.

Coro de las musas por el capitán D. Miguel de Barrios: Bruselas, por Baltasar Vivien, 1672.—Pág. 232.

II.

AL CASAMIENTO DE D. DIEGO DE LA ROSA Y DE DOÑA BLANCA PINA.

La reina flor, que Venus presurosa,
Con sangre avergonzó de planta herida,
Ya en blanca espina queda convertida
Y la espina feliz en feliz rosa.

La prisión no violenta, sí amorosa,
Una con otra dulcemente unida:
La rosa es de la unión fragante vida,
La espina es de su cárcel tierna esposa.
Con veinte abriles luce cada una
No teniendo á la planta de Ericina
Sol sin ocaso, sin menguante luna.
Pues tan conforme amor las ilumina,
Que si hay en ellas diferencia alguna
Es porque Diego es Rosa y Blanca es-Pina.

Coro de las musas por el capitán D. MIGUEL DE BARRIOS: Bruselas, por Baltasar Vivien, 1672.—Pág. 516.

III.

ENVIDIA EN SU MORIR AL DE LA ROSA.

Naces, oh rosa, del amor hermana,
Jurada reina de las otras flores,
Tan aplaudida de los ruiseñores
Que le sirves de risa á la mañana.
Efímera es un día de la vana
Presunción que tenían, sus verdores,
Pues de Febo á la luz y á los ardores
Yace ceniza tu luciente grana.
Tu muerte envidio, rosa malograda,
Aunque morir cuando nacer te viste:
Dichosa eres, si fuiste desdichada;
Ya se acabó tu pena, pues moriste.
¡Infeliz yo! que en muerte dilatada
Más desdichado soy viviendo triste.

Coro de las musas por el capitán D. MIGUEL DE BARRIOS: Bruselas, por Baltasar Vivien, 1672.—Pág. 531.



Fr. JUAN BAUTISTA DE AGUILAR.

Fr. Juan Bautista de Aguilar, religioso trinitario calzado, hijo del Real Convento del Remedio, nació en Valencia de 1630 á 1635. En medio de sus estudios literarios y eclesiásticos, profesó el 2 de febrero de 1655. Aunque se distinguió en el claustro por su vida arreglada y en el púlpito por su elocuencia, nunca dejó de cultivar la poesía, así mística como profana, hasta el punto de que en 1660 dió á los teatros de Valencia y de Madrid una comedia, *Triunfos de Macrino y fortunas de Heliogábalo*, que fué representada, aunque con nombre supuesto. Veinte años después, en 1680, publicó en Valencia (por Francisco Mestre) sus *Varias hermosas flores del Parnaso*, colección de poesías de ilustres ingenios de España, entre las que incluyó cuarenta y cuatro suyas. No negó á esta obra la paternidad de su nombre; pero disimuló su profesión y su estado religioso, pues ya Fr. Juan B. de Aguilar había sido Ministro del Convento de Liria y de Valencia, Regente de los estudios de este último, presentado en Sagrada Teología con preeminencia de maestro, Visitador de la Corona de Aragón y Presidente de su Capítulo provincial. Tampoco fueron éstos los únicos versos que publicó, pues algunos más introdujo en el tomo tercero qué en 1688 añadió al *Teatro de los dioses de la Gentilidad*, que muchos años antes compuso Fr. Baltasar Victoria, del Orden de San Francisco y natural de Salamanca. El espíritu literario de Fr. Juan Bautista de Aguilar debió ser muy activo durante toda su vida: de esta manera, luego que se despidió

del Parnaso y de las bagatelas líricas de las musas, dióse en 1697 á editar los *Sermones del Arzobispo de Rijola*, D. Fray Martín Ibáñez de Villanueva, del mismo sacro celeste Orden de la Trinidad; en 1700 publicó unos estudios morales titulados *Fabio instruído de Lelio á Lauro;* en 1701 y 1702 dos traducciones de obras teológicas, y otras tres dejó inéditas, mas preparadas para la estampa, cuando le sorprendió la muerte en 1714. Isidro Costa y Segura escribió un *romance* endecasílabo en loor del P. Aguilar.

Á SANTA ROSA DE LIMA.

CANCIÓN.

Domingo, ofreciendo al cielo
Amenas florestas, logra
Á los bellos lirios blancos
Juntar las purpúreas rosas:
Con flores de todos reinos
Tejió florida corona;
Dieron las demás los lirios;
Dió el Perú, en Rosa, la rosa.

¡Oh mil veces feliz! pues que dichosa
En el mundo jardín luciste rosa,
Y en tu purpúrea flor por su ventura
Herido breve pie la dió hermosura,
Y á tí en rara virtud, con gran fineza,
Larga mano de Dios te da belleza.

Vive entre espinas, reina de las flores,
Esa que á hermoso prado ofrece honores,
Y entre penas que glorias tú imaginas
Reina presides, siendo las espinas
Quien te fabrica en ansias transitorias
Trono de penas para eternas glorias.
Con encendida púrpura asegura
De sus hojas la rosa su hermosura,
Y no te falta á tí, tengo advertido,
Bella encendida rosa, lo encendido:
Que estás, por lo de Dios enamorada,
Encendida á su amor y aun abrasada.
Reina á la rosa ve y la lisonjea
El céfiro, que es quien más la hermosea,
Y á tí reina en virtud, perfecta rosa,
Á los ojos de Dios te pone hermosa
Ese á tu corazón lisonja y tiro
Céfiro que lo es cada suspiro.
Al nacer fresca rosa con decoro
Perlas le da la aurora en salvas de oro;
Y en esto tú y la rosa sois iguales,
Que, al aceptar á Dios, llorando males,
Á tus mejillas rosas, por despojos,
Perlas, como el aurora, dan tus ojos.
Aunque tan parecida, ¡oh flor hermosa!
No en todo rosa eres, bella Rosa:
En florido jardín, reina se nombra,
Siendo del prado sol ayer y hoy sombra;
Mas tú ya trasplantada con desvelo
Sin sombra brillas sol, en jardín cielo.

Varias hermosas flores del Parnaso por diversos poetas ilustres de España: Valencia, por Francisco Maestre, 1680.—Pág. 32.



EL LICENCIADO VICENTE SÁNCHEZ.

El licenciado VICENTE SÁNCHEZ, llamado *el Divino,* nació en Zaragoza hacia 1610. Aunque se dedicó desde joven á la música de tecla, consiguiendo en la edad adulta el cargo de Maestro de capilla en la del Pilar, se dedicó á la poesía religiosa, y escribió muchos versos cortos y villancicos, propios para el canto, y con aplicación á las festividades de la iglesia en que servía. Á pesar de lo modesto de su posición, fué admitido á la Academia poética que reunía en su palacio el Virrey D. Fernando de Borja, y á la que tenía en su casa la Condesa de Aranda, Doña Luisa de Padilla. Después, durante las revueltas de D. Juan de Austria, en la minoridad de Carlos II, fué bastante favorecido por el hijo bastardo de Felipe IV. Sánchez murió en 1679. «La gentileza hermosa de su espíritu acompañó á la de su cuerpo. Destinóle su genio á la poesía, y últimamente le hizo las pruebas de benemérito la fortuna, pues le dejó sin el premio que habían merecido sus talentos. Sólo se vió coronado con el árbol que no da frutos.» (*Prólogo de la* LIRA POÉTICA.)

ROMANCES.

I.

LA FIESTA DEL ROSARIO.

Siempre mi vena de amante
De María se picó,

Y hoy que es rosa con espinas
Se podrá picar mejor.
Esta fiesta que á la rosa
Consagra la devoción,
A *maravilla* me huele
Ó no la entiendo la flor.
  Rosa encarnada florece,
A cuyo puro blasón
Se opone el común *açar*,
Mas no *viola* su esplendor.
Si desenvainan sus hojas
Las flores más bellas, hoy
De temor de competirla
Todas pierden el color.
  Luce entre espinas agudas
Su rubio hermoso arrebol,
En quien sólo la hermosura
Con agudeza se vió.
Apenas fué concebida
En su cándido botón
Quiso la culpa cogerla,
Mas ni la vió ni la olió.
  Salió de esta flor el fruto,
Y el rubio seno no abrió;
Privilegio de la gracia
Le dió de justicia el sol.
Esta, al fin, sagrada rosa
Es del soberano autor,
Libro verde en cuyas hojas
Misterios sus letras son.
  De su aplauso sólo digna
Es del silencio la voz,

Y así doblemos la hoja
De esta misteriosa flor.

Lira poética de VICENTE SÁNCHEZ, *natural de la imperial ciudad de Zaragoza:* Zaragoza, por Manuel Román, 1688.—Pág. 136.

II.

LA VIRGEN DE LA AURORA.

Rompe el oriente del nácar
Alba pura, virgen rosa:
Serán tus despojos *ojos*
Si ostentas las rojas *hojas.*
Ya es tiempo que de la tarde,
Al esparcir blanca aurora
Rayos brilladores, *dores*
Las que al mundo asombras *sombras.*
Los rayos de tu cabello
Astros giran mariposas;
Son tus tornasoles *soles,*
Si al aire tremolas *olas.*
Desmayados los claveles
Quedaron al ver tu boca,
Y en tu desaliento *aliento*
Del ámbar recobran *cobran.*
El alba envidia tu frente,
Porque en su plaza lustrosa,
Si cristal que admira, *mira,*
Candor que enamora, *mora.*
Por lo que debe á tu amparo
Hoy en diluvios de glorias
Te celebra Abarca *arca*
Y entre pompa honrosa *rosa.*

Fénix luciente, á tus cultos
Renazca el sol de las hondas,
Siendo de luz claras *aras*
Las que al día doras *horas*.
Todo el bien cifra en un punto
Tu planta que pisa heróica,
Soberana nueva *Eva*
De la sierpe roscas *hoscas*.

Lira poética de Vicente Sánchez, *natural de la imperial ciudad de Zaragoza:* Zaragoza, por Manuel Román, 1688.—Pág. 150.





D. ANTONIO DE SOLIS.

D. ANTONIO DE SOLÍS Y RIVADENEYRA, Cronista mayor de Indias, nació en Alcalá de Henares el 18 de julio de 1610. En la ciudad natal, en Madrid y en Salamanca cursó las Humanidades, la Filosofía y la Jurisprudencia, y desde los diez y siete años se dió á escribir comedias, dando al teatro la primera. cuando apenas empezaba á salirle el bozo, *Amor y obligación*. Su temprana capacidad le abrió las puertas del favor de Don Duarte de Toledo y Portugal, Conde de Oropesa, el cual le llevó de Secretario á los virreinatos de Navarra y Valencia, y luego á Madrid, cuando trocó aquellos puestos por el de Presidente de Castilla. En 1661, por muerte de León Pinelo, fué nombrado Cronista mayor de Indias, cargo que Solís ilustró escribiendo la *Historia de la conquista de Nueva España*, obra que le coloca á la altura de los más grandes historiadores de la antigüedad. Á los cincuenta y nueve años se ordenó de sacerdote, sin dejar por eso de servir la plaza que la Reina Doña Mariana de Austria le había dado en la primera Secretaría de Estado. Hizo muchas comedias, con las que conservó hasta casi fines de aquel siglo el fuego sagrado de nuestra brillante literatura dramática de aquella edad de oro, y al cabo murió el 19 de abril de 1686. Sus *Poesías* sueltas se publicaron en 1692 por solicitud de su deudo y amigo D. Juan de Goyeneche. D. Antonio de Solís está con razón considerado en la jerarquia de los primeros luminares de la literatura española. No alcanzó los grandes tiempos de Felipe II y de Felipe III; pero conser-

vó casi hasta el fin del siglo XVII la sacra antorcha del genio clásico español, igualmente insigne en la historia, en la poesía dramática, en la lírica, en la elocuencia sagrada y en la erudición.

DESTINO DE LA ROSA.

SONETO BURLESCO.

Viene abril: ¿y qué hace? En dos razones
Viste á un rosal de hojas, que ha tejido;
Y luego toma y dice:—«Este vestido
Tiene ojales; pues démosle botones.»
Dáselos, y los rompen á empujones
Las hormillas, que el tiempo ha colorido;
Ascuas hoy, que la púrpura ha encendido,
De los que eran ayer verdes carbones.
Nace la rosa, pues, y apenas deja
El botón, cuando un lodo la salpica,
Un viento la sacude, otro la acosa;
Ájala un lindo, huélela una vieja;
¡Y al fin viene á parar en la botica!
¡Si esto es ser rosa, el diablo que sea rosa!

Varias poesías sagradas y profanas de D. Antonio de Solís y Rivadeneyra: Madrid, por Manuel Fernández, 1732.—Pág. 61.





D. AGUSTÍN DE SALAZAR.

D. Agustín de Salazar y Torres nació en Almazán el 28 de agosto de 1642. Á los cinco años de edad se lo llevó á Méjico, donde se educó, su tío D. Melchor de Torres, Obispo de Campeche, que después fué Virrey de aquel antiguo imperio. Los Padres jesuitas, que fueron sus maestros, le aficionaron á toda la literatura clásica, griega, latina, italiana y española, con lo que á los diez y ocho años componía ya versos famosos. Muerto su deudo, regresó á España en compañía del Duque de Alburquerque, D. Francisco de la Cueva, que acababa de desempeñar aquel gobierno; y aunque Salazar se casó en Córdoba, continuó al servicio de Alburquerque, con quien hizo el viaje de Alemania, acompañando á la Emperatriz, y después vino á Sicilia, donde obtuvo la plaza de Sargento mayor de la provincia de Agrigento. En este punto llegó al término de su carrera y de sus días, muriendo el 29 de noviembre de 1673 á los treinta y un años de edad. Algunos años después de su muerte, y con el título de *Cítara de Apolo,* se publicó en 1681 la *Primera parte de sus obras poéticas,* y la *Segunda* en 1694, las dos por iniciativa de su antiguo amigo D. Juan de Vera Tassis. Como Solís, Salazar y Torres es otro de los astros hermosos de la poesía castellana que mantuvieron enhiesta la bandera de sus pasadas grandezas hasta el final del siglo XVII. El nombre de Salazar y Torres se halla en todas las Academias y certámenes que la gente de nota hizo perseverar en nuestras

cultas costumbres, hasta que anegaron los valles de la inspiración española las irrupciones de Francia que sucedieron á la proclamación de Felipe V.

BREVEDAD DE LA VIDA.

SONETO.

Este ejemplo feliz de la hermosura
Que en purpúreos ardores resplandece,
Si á dar admiraciones amanece,
A no dar escarmientos se apresura;
No miden los espacios su ventura,
Pues cuando breve exhalación florece,
De aplausos de la vista se enriquece
Y de injurias del tiempo se asegura.
¿Para qué más edad, si no mejora
La pompa que en fragante incendio brilla
Y á cada instante contrapone un daño?
¡Sobrada eternidad es una hora
Para ser en la muerte maravilla,
Y no ser en la vida desengaño!

Cítara de Apolo: varias poesías de D. Agustín de Salazar y Torres: Madrid, por Antonio González de Reyes, 1694.—Tomo j, pág. 53.

DESDICHADA SUERTE DE LA ROSA.

SONETO BURLESCO.

Rosa del prado, estrella nacarada,
Astro que el mismo prado ha producido
A los soplos del céfiro encendido:
Que no pierde la rosa por soplada;

Reina del soto, del abril jurada,
Como el purpúreo dice real vestido
De tanto tirio múrice teñido;
Que esto quiere decir que es colorada.
¿Mueres ajada y vives presumida;
Que aunque de presunción peca la hermosa,
También de ajada muchas veces peca?
Copia de la verdad miro en tu vida:
¡Sale fresca al nacer, y es fresca rosa!
¡Viene seca á morir, y es rosa seca!

Cítara de Apolo: varias poesías de D. Agustín de Salazar y Torres: Madrid, por Antonio González de Reyes, 1694.—Tomo j, pág. 65.

A SANTA ROSA DE LIMA.

ESTRIBILLO.

Hoy una rosa es estrella,
Que hojas cambia en resplandores;
Que es flor de todas las flores,
Pues todas las flores se incluyen en ella.

COPLAS.

Rosa es que de la azucena
Imita la perfección,
Pues en sus ampos excede
La pureza á su candor.
Si es lo rojo del clavel
Símbolo dulce de amor,
Si le imitó en lo encendido
En lo amante le excedió.

Girasol es, pues si sigue
Los movimientos del sol,
Halló del sol de justicia
Más gloriosa observación.
Lirio es, pues si el tirio burla
Veneno de áspid feroz,
La astucia y el cruel veneno
Del común áspid burló.
Narciso es, pues si hermosura
Es su significación,
Por mayor beldad del alma
Cedió la beldad mayor.
¿Pues qué mucho que á lucero
Se pase tan bella flor,
Y que hoy ilustre la esfera
La que la tierra ilustró?
¿Y qué mucho que el Abel
En justa aclamación,
La aplauda festivo
Y el cielo armonioso responda á su voz?

ESTRIBILLO.

Que hoy una rosa es estrella,
Que hojas cambia en resplandores:
Y es flor de todas las flores,
Pues todas las flores se incluyen en ella.

Cítara de Apolo: varias poesías de D. Agustín de Salazar y Torres: Madrid, por Antonio González de Reyes, 1694.—Tomo j, pág. 302.

MANOJO DE ROSAS

SIGLO XVIII



D. EUGENIO DE COLOMA.

D. Eugenio de Coloma y Escolano, caballero de la Orden de Calatrava, nació en Madrid de 1640 á 1643. Su padre, Pedro Coloma, caballero de Santiago, era natural de Navarrete, en la diócesis de Calahorra; su madre, Doña Mariana, de Madrid, aunque hija de padres también aragoneses. La Universidad complutense prestóle la savia de su profunda ilustración. Cursó la Jurisprudencia, á par que desde los más floridos años se aficionó á prestar sus ocios á la poesía. En 1677 era Oidor en la Chancillería de Valladolid, y en esta ciudad asistió y aun presidió algunas Academias poéticas; no obstante, en vida publicó muy pocos versos, y éstos bajo el pseudónimo de Don Alvaro Rodríguez, á fin de que se juntase, sin embargo, la severidad de Ministro con la galantería de cortesano. Hacia 1680 vino á Madrid, donde obtuvo los honores de Consejero de S. M. en los de Castilla y Hacienda, además de la Fiscalía de Alcázares, Obras y Bosques Reales. Considerábasele gran estadista, y algunos lamentaban que no aplicase las dotes de su talento y experiencia á escribir obras maestras de materias jurídicas y administrativas, pues á pesar del recato con que comunicaba sus versos á un corto número de amigos, no podía pasar desapercibido para otros que no alcanzaban este favor, que el Organista principal de la Real Capilla, D. José de Torres, ponía en música, que luego se popularizaba, algunas composiciones de Coloma, y que en Palacio, y por las damas de él, se habían representado comedias suyas de tramoya.

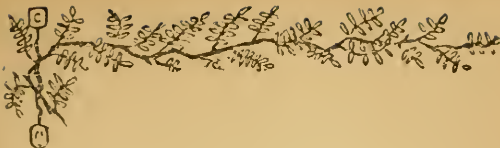
Ésto, no obstante, y como el cronista D. Juan de Ferreras decía en su elogio, era conocidísimo por sus grandes prendas: sabíase que en la poesía no empleaba sino el tiempo que no podía ocuparse en otra cosa, y que sus versos eran puro divertimiento del ocio, con lo que supo obtemperar, en el prestigio de su crédito, el aplauso con el respeto. En los últimos años de su vida, para cavarse santo sepulcro, mudó de estado y se hizo sacerdote. Murió en 1701, y su amigo el Organista de Palacio, Torres, coleccionó sus obras y las dió á la prensa en 1702.

COMPARA EL APLAUSO DE LA HERMOSURA Á LA FRAGANCIA DE LA ROSA, QUE SE ACABA CON EL TIEMPO

SONETO.

Fragancia á la virtud el sabio llama,
Y fragancia también aquella gloria
Con que siempre inmortal en la memoria
Respirar suele el aire de la Fama.
Fragancia es en la rosa aquella llama
Que en púrpura encendió la vanagloria,
De su lisonja al prado transitoria,
Pues en su olor su vida se derrama.
Aquélla viva, eterna y prodigiosa,
Ésta siempre caduca, se aventura,
Al paso que lasciva se apercibe:
Y en desengaños fáciles la rosa,
Imitando al aplauso en hermosura,
Muere con la fragancia con que vive.

Obras póstumas de poesía de D. EUGENIO COLOMA, *caballero del hábito de Calatrava:* Madrid, imprenta de *La Música*, 1702.—Pág. 8.



D. FRANCISCO DE BANCES CANDAMO.

D. Francisco Antonio de Bances Candamo nació en Sabugo, concejo de Grado, en Asturias, el 26 de abril de 1662. Pasó muy joven á Sevilla, donde, siendo estudiante, logró adquirir fama de gran poeta. Antes de cumplir veinte años vino á Madrid y se hizo conocer en las Academias poéticas que frecuentemente se celebraban en casa de algunos señores de buen gusto. Habiéndose ingerido en Palacio, escribió algunas obras dramáticas para las fiestas interiores de la Real familia, por lo que de gastos secretos se le decretaron en 1683 mil ducados anuales de pensión. Por causas que se imputaron á la emulación, fué alejado de la corte, nombrándole Administrador de Rentas en Cabra, de donde pasó con diversas denominaciones administrativas á Córdoba, Sevilla, Málaga y Ronda. En 1702 se le trasladó á San Clemente, en la Mancha, donde murió en 6 de septiembre de 1704. Escribió veinticuatro comedias y cuatro autos sacramentales. Sus poesías se publicaron cerca de veinte años después de su muerte.

EL SÍMBOLO DE LA ROSA.

SONETO.

Á la madre de amor, mientras buscando
Á Adonis, corre el valle presurosa,
Aspid fiero una espina entre una rosa
El pie le muerde delicado y blando.

De corales las flores esmaltando
Quedó al dolor la fugitiva diosa,
Y la rosa se enciende vergonzosa
Con la sangre que al susto se va helando.
Venus la mira y dice:—«Pues tus duras
Espinas ocasionan tus primores,
Hurtando gotas de mi sangre pura;
De hoy más, almas hiriendo mis dolores,
Simboliza cruel las hermosuras
Á quien hacen más bella los rigores.»

RELIQUIA DE AMOR.

SONETO.

Por error de tu cielo, Filis bella,
Que aun en favores eres desdeñosa,
Cayó con esplendores una rosa,
Se despeñó con hojas una estrella.
Vino á mis manos desde el suelo, aquella
Vana al viento fragancia luminosa,
Ardiente exhalación de grana hermosa,
Y con luces de púrpura centella.
Permite ¡oh flor!—la dije—que arrogante
Para reliquia de mi bien te lleve,
Aunque agostes tu luz en breve instante;
Quien por no serlo á ser feliz se atreve,
¡Tan breves son las dichas de un amante!
¡Desdicha es una dicha, cuando es breve!

Obras líricas de D. FRANCISCO ANTONIO DE BANCES CANDAMO: Madrid, por Francisco Martínez Abad, 1729 (?).—Sonetos vij y xiv, páginas 48 y 102.



D. FRANCISCO NIETO DE MOLINA.

D. Francisco Nieto de Molina nació en Cádiz, de 1730 á 1734; pero su educación y su vida debió hacerla en Madrid desde que frisó en los veinte años, pues en Madrid escribió y publicó todas las obras literarias que de él se conocen. Fué la primera *El Fabulero* (Madrid, por Antonio Muñoz del Valle, 1764), en cuyo prólogo advirtió con festiva desenvoltura que escribía sus versos por divertirse en sus ocios, sin aspirar al Parnaso, cumbre donde pocos han llegado. Declaraba que sólo cinco poetas entre todos los de España merecían los honores de la inmortalidad: Lope de Vega, Quevedo, Góngora, Montalbán y el Príncipe de Esquilache, á los que postergaba las obras de Solís y Rivadeneyra, Cáncer y Velasco, López de Zárate, Anastasio Pantaleón de Ribera, D. Antonio de Mendoza y el Conde de Villamediana. Esta crítica y estos juicios revelan la poca lectura literaria del poeta gaditano. En 1765 publicó una fantasía poética en redondillas, *La perromaquia* (Madrid, por Pantaleón Aznar), poema burlesco, al que el librero de Cámara, D. Pedro Alonso Padilla, ilustró con una noticia de las de su género. En 1768 dió en la misma imprenta á luz los *Juguetes del ingenio y rasgos de la poesía*, colección compuesta de seis sonetos, dos composiciones en octavas, cinco romances y cuatro epigramas muy inferiores á *El Fabulero*, y en la que en la pág. 12 inserta un soneto burlesco *Á la Rosa*, imitación pobrísima del de Solís y Rivadeneyra, y cuyo último verso es más bien una suciedad de mal género que un chiste de la des-

preocupación. Por último, en 1774 formó una *Colección de títulos de comedias, autos sacramentales, tragedias, zarzuelas, loas, entremeses y ramitos de los más famosos autores*, MSS. que en Sevilla poseía D. Juan José Bueno, y que han citado Don Adolfo de Castro y D. Cayetano Alberto de la Barrera. Ni uno ni otro nos han dejado datos biográficos de Nieto de Molina, de quien ni conocían siquiera todas las obras. La Barrera cita *Los críticos de Madrid en defensa de las comedias antiguas y en contra de las modernas* (Madrid, por Pantaleón Aznar, 1768), papel que no he llegado á ver. En la primera de sus obras las fábulas de *Alfeo y Aretusa* (pág. 11), *Pan y Siringa* (página 41), *Hipómene y Atalante* (pág. 57) y *Las tres Diosas* (página 71), están escritas en fáciles romances. La más bella de todas es la de *La Rosa* (pág. 101).

PRODIGIO DEL RUBOR.

ROMANCE.

La rosa, pompa del prado,
Recreo de las florestas,
Hechizo de los pensiles,
Embeleso de las selvas;
La rosa, esmero bizarro
De las flores; flor que reina
Por ufana, por fragante,
Única, airosa y suprema;
La rosa, breve embeleso,
Que en su estrechez manifiesta
Gala, primor, suavidad,
Delicadez y belleza;
La rosa, gracioso embuste,
Que atrae, suspende, deleita,

Y unión de preciosidades
Las atenciones se lleva;
La rosa, raro portento,
Maravilla lisonjera,
Que sin ser la maravilla
Maravillosa se obstenta;
La rosa, copo de nieve,
Antes en los campos era,
Que Venus la salpicase
Con el carmín de sus venas:
Pisóla, é hirió la planta
Á la Cipria, deidad bella,
Y del rubor encendida
Hoy colorada se muestra.

El Fabulero, por D. Francisco Nieto de Molina: Madrid, por D. Antonio Muñoz del Valle, 1764.—Pág. 101.





D. PEDRO SCOTI DE AGÓIZ.

D. Pedro Scoti de Agóiz, cronista de los reinos de Castilla y de León, de la Real Academia Española, nació en Nápoles hacia 1660, de familia italiana enlazada con española. Vino á Madrid en los últimos años del reinado de Carlos II, y se hizo conocer en algunas Academias y justas literarias en que tomó parte, como la celebrada en 1692 con motivo de haber sido elevado á los altares San Juan de Dios. Aquella justa se celebró en el Convento-Hospital de Nuestra Señora del Amor Divino, y D. Antonio de Saravia, que describióla (Madrid, por Bernardo de Villadiego, 1692), contó á Scoti entre los poetas que recibieron premio por una poesía que presentó. Tomó después partido entre los bandos políticos en que se dividió la sociedad española, y habiendo coadyuvado con sus escritos al triunfo de los derechos del Duque de Anjou, Felipe V, este monarca le favoreció otorgándole varios corregimientos, y luego un cargo palatino. En medio de la activa vida política que hizo, rindió culto á la musa castellana, y en 1700, hallándose en Bruselas, promovió la corona poética que en los tres idiomas vivos, castellano, italiano y francés, se dedicó á la muerte de D. Feliciano González de Barcia y Carvallido, excelente músico en el arte y en la voz. En 1702 acometió algunos trabajos heráldicos y genealógicos, como la *Historia de la casa de los Torralbas y de las que por casamientos han recaído en ella,* que el mismo año publicó en Madrid. En 1715 fué nombrado miembro de la Real Academia Española, fundada

dos años antes por iniciativa del Marqués de Villena, D. Juan Manuel Fernández Pacheco, y que había sido aprobada por Real cédula de 3 de octubre de 1714. Felipe V le nombró además cronista de la Corona de Castilla. Scoti de Agóiz murió en 1728, y sus obras no se publicaron hasta 1735.

A UNA DAMA LLAMADA ROSA, MUERTA EN LA FLOR DE SU EDAD.

DÉCIMA.

Cuando Rosa te llamaron
Tus padres, no te pusieron
Nombre, pues sólo quisieron
Decir lo que te criaron:
Nada los genios hallaron
Más caduco que una Rosa,
Ni en lo breve, ni en lo hermosa,
Y así, en todo rosa fuiste,
Pues si cual rosa naciste,
Moriste también cual rosa.

Obras póstumas que á diversos asuntos escribió D. Pedro Scoti de Agóiz: Madrid, por Lorenzo Francisco Mojados, 1735.—Décima xiij, pág. 64.





EL P. JERÓNIMO PÉREZ.

El Reverendísimo P. Jerónimo Pérez, Asistente general en Roma de la Sagrada Religión de los clérigos regulares, ministros de los enfermos, llamados *Agonizantes*, nació en Azuaga (Aragón) hacia 1645 ó 1648. Ignórase dónde hizo sus estudios. Parece que el noviciado debió hacerlo en el Nuevo Baztán, al que llama «amada aldea,» y también «sus delicias;» de donde pasó á la casa profesa de Nuestra Señora de la Asunción y San Dámaso, de Madrid, fundada en la calle alta de Fuencarral en 1643 por el P. Juan Miguel de Monserrat, á expensas de varios devotos y de la señora Doña Beatriz de Silveira, que la dotó en doscientos ducados de renta. Del contexto de las pocas composiciones que quedan del P. Jerónimo Pérez se colige que viajó por Andalucía, pues hay versos suyos dirigidos desde Cádiz á D. Juan de Goyeneche, Tesorero de la Reina Doña Mariana de Austria. También constan datos de sus relaciones literarias con el poeta portugués D. Francisco de Ataide y con el poeta madrileño D. Agustín de Salazar y Torres, á quien el P. Jerónimo asistió en el último trance (1675). No obstante, á principios del siglo xviii se hallaba ya en Italia, y se conserva una lacónica carta suya, fechada en Nápoles á 8 de mayo de 1705, por la que se demuestra que, aunque dirigida al R. P. Baltasar Bosch Centellas y Cardona, Prefecto de la casa, su misión, así en aquel gobierno como en la corte pontificia, tenía más de política que de religiosa, abogando por los intereses de la nueva dinastía. Gallardo vió al-

gunas de sus obras examinando los dos MSS. que se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid (*M*-228 y *M*-398). donde se hallan aún inéditas la mayor parte de sus obras poéticas. Ni la condición de su vida conventual, ni los altos puestos que ocupó en su Orden, moderaron la exuberancia de una musa festiva y socarrona, digna á veces por su gallardia de competir con las mejores de la anterior centuria, pero que á veces descendía hasta tocar en lo indecente y chocarrero. Entre sus sonetos hay uno laudatorio de la *Heroida bélica*, que escribió D. Domingo Martínez de Herralde, natural de Herrera de Aragón. Debió morir hacia 1710 ó 1715.

A LA REINA DE LAS FLORES.

SONETO INÉDITO.

¿Ves soplada, Amarili, aquélla, aquélla
Del céfiro, que alienta el alba pura,
Apagando en el prado su hermosura
Cuantas flores enciende y no son ella?
¿Ves la que se sacude á la querella
De la abejuela de oro, que la apura
Cuánta en su cáliz destiló dulzura
Venus llorosa en matutina estrella?
¿No ves la coronada en las espinas
Que á precio de su sangre es más hermosa
Sobre las muy fragantes y más finas?
Pues sábete, Amarili, que esta cosa
Viene á ser, si es que ya no lo adivinas,
Ello por ello, lo que llaman rosa.

Poesías del MAESTRO PÉREZ *(agonizante)*.—BIBL. NAC.—Sala de MSS.—*M*-398, soneto 72.



D. JUAN FRANCISCO LÓPEZ DE PLANO.

D. Juan Francisco López de Plano nació en Zaragoza en 1758. De las aulas de la Universidad de la capital aragonesa salió hecho un consumado jurisconsulto; antes de las de las Escuelas Pías había salido ya aventajado humanista y fácil y ameno poeta. Desde que en 1797 se fundó el *Diario de Zaragoza*, comenzó á publicar en él algunas de sus poesías y artículos de crítica. Mas era el tiempo de las polémicas literarias, que, aunque llenas de arideces é ineficaces para resolver nada, entretenían el gusto de los ociosos á costa de la pasión desbordada de los contrincantes, y fuélo el suyo el Padre esculapio Basilio Boggiero, á quien él llamaba *poeta de desecho*. Aunque López de Plano cultivaba las valiosas amistades del General Guillelmi y del Duque de Alburquerque, se hicieron llegar á Madrid quejas de él y acusaciones de que, profesando ideas filosóficas peligrosas, sostenía relación en Francia con algunos elementos de los que por el comercio científico trataban de trastornar á España, como habían trastornado á Italia. Tomáronse informes secretos, y López de Plano fué desterrado á Valladolid, de donde no volvió hasta 1800 por el favor del Ministro Urquijo. López de Plano cultivó mucho el teatro: escribió las comedias *Gombela*, *La orgullosa* y *La dama intrigante* antes de 1793: de 1797 á 1799 dió á la escena de Valladolid los dramas *El sacrificio de Caliloe*, *La dama de espíritu ó la discreta* y *Adelaida*, éste con música. En los periódicos publicó además infinitas poesías sueltas anacreónticas, cantilenas, elegías, sáficos,

fábulas é himnos. El famoso D. Juan Escóiquiz, teniéndole por hombre de gran capacidad y gusto muy fino, sometió sus primeras obras á sus correcciones. Se le tiene por autor del estribillo *¿Quién es ella?* que usaba cuando se le refería cualquier lance ó desastre. Murió en Zaragoza el 26 de mayo de 1808. Sus poesías han sido coleccionadas en Zaragoza por el Sr. Borao y publicadas en la imprenta del Hospicio en 1880.

ROSAS FINGIDAS.

SONETO.

Unas rosas de seda está bordando
Clori, más bella que las mismas rosas,
Y obediente á sus manos prodigiosas
Se va la tela en flores transformando;
A donde ella la aguja va clavando
Una flor se levanta, y tan hermosas
Todas, tan bien formadas y graciosas,
Que se aspira el olor de cuando en cuando.
En esto entran allí dos abejillas:
Y pensando ser rosa verdadera,
La una salta veloz á la bordada;
Vuela la otra de Clori á las mejillas:
Aquél que á Clori y á las flores viera,
¿A cuál diría menos engañada?

Poesías selectas de D. JUAN FRANCISCO LÓPEZ DE PLANO: Zaragoza, imprenta del Hospicio provincial, 1880.—Pág. 362.





EL P. M. Fr. MANUEL DE NAVARRETE.

El P. M. Fr. Manuel de Navarrete, Lector de Filosofía y de Teología del Orden de San Francisco y Guardián del Convento de Tlalpujagua, nació en Zamora de Michaocan en 18 de junio de 1768. Á los diez y nueve años de edad, en el de 1787, tomó el hábito franciscano, y en las aulas de su Convento perfeccionó sus estudios. Su inclinación ponderaba siempre á los de la bella literatura, y en vez de sermones se le escapaban los versos de su pluma. La condición austera de su ministerio le imponía para éstos los asuntos místicos y ascéticos; pero también la vena de lo profano sacaba sangre de su corazón. Lo castizo de su lenguaje poético, lo correcto de su dicción y lo fácil y natural de su estilo, hicieron desde luego muy estimadas sus poesías entre los entendidos, y desde 1805, periódicamente, vieron algunas la luz en el *Diario de Méjico*. Fr. Manuel de Navarrete abordó todos los géneros de la poesía, y en todos se hizo notar. Escribió el *Poema de la Divina Providencia* (Méjico, 1808), obra de mérito, á la que supo imprimir épica entonación é intensidad de sentimiento. Compuso un *Panegírico de la Concepción* en octavas, y un *Elogio poético de Fernando VII*, que fué premiado por la Universidad de Méjico; además algunas obras teatrales que sirvieron para los esparcimientos del claustro. Estas últimas poesías, pocos días antes de morir, las reunió y las arrojó al fuego. Solamente se salvaron aquéllas cuyas copias había multiplicado el *Diario de Méjico* y que le fué imposible recoger. Murió en Tlalpujagua

el 17 de julio de 1809. En 1823 sus admiradores coleccionaron los vestigios de sus obras poéticas dispersas por varias publicaciones, y las reimprimieron en Méjico con el título de *Entretenimientos poéticos del P. Manuel de Navarrete.* «Sus composiciones, que en el siglo XVI habrían sido iguales á las de los Leones y Garcilasos, como las de Balbuena, y en el XVII á las de Calderón y Góngora, como las de Sor Juana Inés de la Cruz, en nuestros días son comparables á las de los Meléndez y Cienfuegos.» (Beristaín y Souza.)

LA HERMOSURA.

SONETO.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeralda bella, erguida,
Que parece del campo soberana.
No tarda, aunque la mires tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entonces convertida
En muerta palidez su ardiente grana.
No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Como si eterna fuese tu esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;
Pero vendrá la muerte sin tardanza
Y marchito el verdor de su entereza
Del trono la hará caer de la privanza.

Sonetos varios de la musa mejicana: Colección dedicada al poeta español D. José Zorrilla: Méjico, por Vicente Segura, 1855.—Pág. 21.



D. NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

D. Nicolás Fernández de Moratín *(Flubisto Thermodonciaco)* nació en Madrid en 1737. Su padre era jefe del guardajoyas de la Reina Doña Isabel de Farnesio, en cuyo servicio se retiró al Real Sitio de San Ildefonso á la muerte de Felipe V. Allí recibió D. Nicolás las primeras nociones de las letras, que ampliaron después los jesuitas de Calatayud y las cátedras de la Universidad de Valladolid. Hasta 1760, después de la muerte de Fernando VI, ni volvió á la capital la de Farnesio, ni los Moratines con ella. Era aquél un momento solemne para la abatida cultura intelectual de España, casi sofocada enteramente desde la guerra de Sucesión por la invasión con que las ideas francesas habian ahogado todo germen de espíritu nacional. El advenimiento de Carlos III, procedente de Nápoles, no de París ni Versalles, reanimó con nuevas esperanzas al genio de creación, y para coadyuvar á esta obra regeneradora, la Providencia nos había dado aquella generación de hombres estimables. Moratín se fijó en el teatro para llevar á él la antorcha restauradora. En 1762 escribió *La petimetra*, sujeta á los rigores del arte en contraposición de los bárbaros corifeos que á la sazón reinaban en él. Dedicó su comedia á la Duquesa de Medinasidonia; se representó en la intimidad de los salones aristocráticos, y estableció al momento el canon supremo de la elegancia y el buen gusto. En 1763 imprimió Moratín la tragedia *Lucrecia*, sobre la cual se disputó tanto y tan acaloradamente, que nadie se atrevió á representarla. Dedicóse en-

tonces Moratín á publicar sus versos en un volumen, *El poeta*, que se editó en 1764, y en el mismo año un poema de caza, *La Diana;* mas en 1770 volvió á intentar la escena con *Hormesinda*, debiéndose su representación al favor del Conde de Aranda. Desde esta obra el teatro clásico quedó establecido. Siguióle Cadahalso con su *Sancho García* (1771), y en 1777, tras una breve reacción y con el favor del Conde deCampomanes, dió Moratín el *Guzmán el Bueno*. Su triunfo fué ya definitivo: comenzó el imperio del arte. Con estos laureles bajó al sepulcro en 11 de mayo de 1780, á los cuarenta y dos años de edad.

EL AMOR Y SU ALJABA.

SONETO INÉDITO.

Amor, por ir tras una mariposa,
Que de una en otra flor veloz volaba,
Dejó en el suelo su temida aljaba,
Y á prenderla probó, mudado en rosa.
Y mientras fácil su intención graciosa
Y la prisión alegre practicaba,
La bella Filis, que á su lado estaba,
La aljaba le robó y huyó gozosa.
De entonces ya no existe más tirano.
Que tire al corazón certeras flechas,
Que de Filis cruel la blanca mano;
Y deben ser de bronce ó mármol hechas
Según el peso que en el alma siente
Aquél que hieren con su punta ardiente.

De un cuaderno MS. con composiciones autógrafas, algunas de Moratín, D. Joaquín Lorenzo de Villanueva y otros poetas del siglo XVIII. Propiedad del colector.



D. JOSE MARÍA VACA DE GUZMÁN.

D. José María Vaca de Guzmán y Manrique *(Elfino)* nació en el reino de Granada hacia 1745. Estudió en Alcalá de Henares hasta tomar la borla de Doctor en ambos derechos, habiendo obtenido por ovenciones de la sangre una beca en el Colegio de Santiago de los Caballeros Manrique. Aunque aficionado á las letras, pospúsolas á los progresos de su carrera pública, constituyendo en él un adorno de su persona, hasta que habiendo anunciado la Real Academia Española un certamen con premios al mejor-poema corto sobre la *Destrucción de las naves de Cortés*, en 1778, presentóse á él, logrando el favor del éxito con preferencia á D. Nicolás Fernández de Moratín. En 1779 la misma Real Academia le premió un romance endecasílabo, *Granada rendida*, y en 1784 publicó, con el pseudónimo de Miguel Calvo Megallón, su celebrada égloga titulada *El Colombano.* Poco más tarde, en 1789, coleccionó y dió á la imprenta todas sus obras en tres volúmenes. Vaca de Guzmán había seguido, lo mismo que su hermano D. Jacinto, la carrera de la magistratura, en la que alcanzaron una grande autoridad y prestigio por la fama de su inteligencia y de su probidad. Murió en Barcelona en 1803, con honores de Consejero Real y categoría de Ministro del crimen de la Audiencia de Cataluña. La Reina Doña María Luisa, mujer de Carlos IV, fué su asidua favorecedora, por lo que en pago de gratitud le dedicó sus obras.

TÚMULO DE LA ROSA.

LETRILLA.

Un jardinero triste,
Regando su pensil,
Al son de aquel rocío
Se lamentaba así:
—*¡Ay, mísero de mí,*
Que ha marchitado el mayo
La pompa del abril!
Llegó ¡penosa muerte!
La primavera en fin,
Florida para todos,
Y seca para mí.
No le tejáis, oh plantas,
Guirnaldas del jardín,
¡Que ha marchitado el mayo
La pompa del abril!
Abrió una tierna rosa;
Reina jurarla ví
Con pompa y aparato
Del cándido jazmín,
Del clavel nacarado,
Del pálido alhelí,
Del turquesado lirio
Y encendido carmín;
¡Y ya marchitó mayo
La pompa del abril!
Pimpollo desplegaba
Sus hojas, y al abrir,

Las lágrimas del alba
Iba embebiendo en sí;
Guardóselas á este
Jardinero infeliz
Para cuando llegase
El tiempo de decir:
Que ha marchitado el mayo
La pompa del abril.
  La sonrosada aurora
Por el globo turquí
Sus colores, celosa,
No osaba difundir:
Sube este día, ¡oh bella
Del sol embajatriz!
Mañana estarás libre
De tanto competir,
Rindiendo al mayo toda
La pompa del abril.
  Rayo apenas febeo,
Llegó su tez á herir,
Cuando pobló de olores
Las auras del confín,
Apolo la enamora,
Y Dafne olvida allí;
Mas deshaga la pompa
De su natal feliz,
Que el mayo ajar presume
La pompa del abril.
  Decidme, flores bellas:
¿A dónde está, decid,
La majestad jurada
De este verde país?

¿Qué habéis hecho de aquella
Suprema emperatriz?
Mas ¡ay de mí! ya mudas
Decís que en dura lid:
Ha avasallado el mayo
La pompa del abril.
¡Ay, fragancia exhalada!
¡Ay, púrpura infeliz!
¡Ay! ¡cómo equivocásteis
El nacer y el morir!
Fué entre la cuna y tumba
La línea tan sutil,
Que no sé distinguirla,
Aunque la sé sentir,
Al ver que ha hollado el mayo
La pompa del abril.
Sostén, ciprés funesto,
De quien se apoya en tí,
La trabajosa vida
Cansada de gemir;
Mis penas signifique
Tu verdor juvenil,
Mientras que de mis labios
No dejares de oir:
—¡Ay, mísero de mí,
Que ha marchitado el mayo
La pompa del abril!
¡Ay de mí!
¡Ay de mí!

Obras de D. JOSEPH MARÍA VACA DE GUZMÁN, que dedica á la Reina nuestra señora Doña Luisa de Borbón: Madrid, por José Herrera, 1789.—Tomo j, pág. 24.



EL CONDE DE NOROÑA.

D. Gaspar María de Nava y Álvarez de Noroña, *Conde de Noroña,* nació en Castellón de la Plana el 6 de mayo de 1760. Á los seis años era nombrado caballero paje del Rey, haciendo su educación en Palacio. En 1778, de diez y ocho años, fué nombrado Capitán de dragones del regimiento de Lusitania. Sirvió delante de la línea de Gibraltar y á bordo del navío *Santa Paula,* que rompió el fuego en el célebre combate de los *empalletados*. Después de la paz con Inglaterra, Noroña dejó tempranamente la milicia é ingresó en la diplomacia, confiriéndosele el cargo de Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de España en San Petersburgo. La guerra del Rosellón, promovida á causa de la revolución francesa, le trajo de nuevo á la vida militar y de los campamentos. Promovido á Brigadier en 1795, regresó, prestando á la patria sus servicios en la guerra durante toda la de la Independencia, en la que desempeñó el mando del ejército de Galicia con empleo de Teniente General. Restituído Fernando VII á España y al trono, Noroña fijó su residencia en Madrid, donde murió en 1815. Ni la vida militar de los cuarteles y campos de batalla, ni la política de la corte de Rusia, le hicieron renunciar á sus aficiones literarias. Después de haber hecho representar con éxito favorable su tragedia en verso *Madama González* y las dos comedias *El hombre marcial* y *El cortejo enredador,* publicó en 1799, en Madrid, sus *Poesías* (por Vega y Compañía), y en 1816 su poema *La omniada* (imprenta Real). *Las orientales*,

que tradujo del inglés con el título de *Poesías asiáticas*, se editaron en París, casa de Jules Didot, muchos años después de su muerte, en 1833. El Conde de Noroña debió ser hombre de exquisito buen humor. Contábase entre los fundadores de un regimiento llamado de la *Posma*, de que era reconocido por Coronel y á quien se dedicaron unas odas que á fines del siglo pasado fueron famosas. Escribióse además un poema titulado *La posmodia*, que no se ha publicado nunca, y otras poesías, cuyo mérito, en consonancia con los estatutos de la famosa hermandad, consistía en apurar la paciencia del lector y de los oyentes. Los méritos para pertenecer á esta Sociedad se adquirían demostrando la paciencia más heróica en los mayores trabajos é incomodidades.

ROSA MARCHITA.

ODA.

¡Cuán triste y desmayada
Te presentas á mí, fragante rosa!
Tú, que en el mayo con la frente alzada,
Esparciendo tu esencia deliciosa,
Y mostrando con pompa tus colores
Por reina te aclamaste de las flores!
Tú, que en las sacras mesas,
Derramas los placeres con tu aliento;
Tú, que conservas en tu copa impresas,
Como el más singular bello ornamento,
Las gotas que brotaron del pie hermoso,
Que agitaba de Adoni el eco ansioso;
¿Tú, mustia y abatida,
Amarillas las hojas, destrozada,
La verde veste á polvo reducida,
Casi entrando en el reino de la nada?

—«Pasó la muerte; hirióme, y sólo sombra
Soy que hasta al pecho que me quiso asombra.
»Estos débiles restos
Arrójalos, que el tiempo los consuma;
Otros capullos plácidos, enhiestos,
Sobre quienes amor bate su pluma,
Te causen un deleite regalado,
Y no un sér por la muerte aniquilado.»
¡Qué! Muere el avariento
Que una provincia al hambre ha reducido,
Y se le eleva un rico monumento
Con mármoles de Paros construído,
Formado con pesadas inscripciones
Que desmienten sus pérfidas acciones.
Fallece el poderoso,
Que virtudes y ciencias ha ultrajado,
Y corre al templo el pueblo presuroso,
Se atropa en torno al túmulo elevado,
Al Eterno por él ferviente implora
Y con el orador se aflige y llora;
Rinde el alma el guerrero,
No harto de sangre, asolador del mundo;
Y gime por su muerte el bronce fiero,
Se llenan todos de dolor profundo,
Y erigen mil estatuas en memoria
Del que de oprobio llenará la historia;
Y tú, que siempre has sido
Delicia de los pechos agitados,
¿Has de entrar en el seno del olvido,
Cual los míseros siervos aherrojados,
Y entre seres deshechos confundida,
No ha de quedar vestigio de tu vida?

¿Tú, que ministro fuiste
Del alígero Dios, y el sacrificio
Más puro, más ardiente, presidiste,
Cuando á mis votos el amor propicio
El corazón de Lesbia me entregaba
Que entre tiernos suspiros se exhalaba?
¿Tú, que alegre á mi mano,
Del trono de su frente descendida,
Viniste como gaje soberano
De la fe con tal ansia prometida,
En el punto fatal que divididos
Eran los dos amantes más unidos?
No, compañera afable;
Recuerdo de mis dichas malogradas,
Lustre de mayo, flor incomparable,
Bien de las almas del amor tocadas;
No temas de las otras la ventura;
Tu existirás; mi pecho lo asegura.
Deshecha, deshojada,
En átomos sutiles convertida,
En mi seno estarás siempre abrigada,
Su fuego te dará de nuevo vida,
Y cobrarán su esencia tus despojos
Con el humor ardiente de mis ojos.
Ven, agradable rosa;
Sobre mi corazón tu tumba sea;
Con paz tranquila, con placer reposa,
Y el orbe todo en este ejemplo vea
Que no hay templo ni asilo más honroso
Que un corazón sencillo y amoroso.

Poesías de D. Gaspar María de Nava, Conde de Noroña: Madrid, imprenta de Vega y Compañía, 1790.—Tomo j, pág. 37.



D. FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO.

D. Félix María de Samaniego nació en La Guardia (Rioja) á 12 de octubre de 1745, de padres guipuzcoanos. Después de terminar en Valladolid sus estudios, hizo un largo viaje de instrucción por Francia, y á su regreso se estableció en Vergara, donde sus parientes el Conde de Peñaflorida y el Marqués de Narros, apreciadores de su ingenio tan ático como culto, le indujeron á cultivar la fábula, para la que mostraba especial disposición. Aquellos excelentes patricios acababan de fundar la primer Sociedad Económica que hubo en España (1765), y habiendo ingresado Samaniego en el número de sus primeros miembros, fácilmente se persuadió de que sus obras habían de ser muy útiles para la primera enseñanza. Ya con estos planes aceptó una comisión que las Provincias Vascongadas le dieron en la corte, á donde vino en 1782; y habiendo logrado introducirse con lo agradable de su trato en la amistad del Conde de Floridablanca, tuvo la fortuna de salir con éxito de su empeño. Rehusó, sin embargo, cobrar de su país los emolumentos y gastos de su viaje, por lo que las Provincias le hicieron un regalo, consistente en una vajilla de plata de valor de 20.000 duros. Un año antes había estado Samaniego en Valencia, y allí publicado el primer tomo de sus fábulas; pero el segundo lo dió en Madrid á las afamadas prensas de Ibarra en 1784. Iriarte, que era el espíritu de la emulación, le levantó agresivas rivalidades: defendióse Samaniego con tanto gracejo como dignidad, y aquella polémica cayó en el castigo del

ridículo. Vuelto á su país, falleció en La Guardia el 11 de agosto de 1801. En 15 de marzo de 1796, Samaniego ocupó en la Real Academia Española la silla que quedó vacante por muerte de D. Agustín de Montiano y Luyando.

EL POETA Y LA ROSA.

FÁBULA.

Una fresca mañana
En el florido campo
Un poeta buscaba
Las delicias de mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Como para ofrecerse
Al huésped solitario.
Una rosa lozana
Movida al aire blando
Le llama y él se acerca,
La toma y dice ufano:
—Quiero, rosa, que vayas,
No más que por un rato,
A que la hermosa Clori
Te reciba en la mano.
Mas no, no, pobrecita,
Que si vas á su lado,
Tendrás de su hermosura
Unos celos amargos.
Tu suave fragancia,
Tu color delicado,
El verdor de tus hojas
Y tus pimpollos caros,

Entre estas florecillas
Pueden ser alabados;
Mas junto á Clori bella
Es locura pensarlo.
Marchita, cabizbaja,
Te irías deshojando,
Hasta parar tu vida
En un desnudo cabo.
  La rosa, que hasta entonces
No desplegó los labios,
Le dijo resentida:
—Poeta chabacano,
Cuando á un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardín de sus hechos
Has de cortar los ramos.
Por labrar su corona
No es justo que tus manos
Desnuden otras sienes
Que la virtud y el mérito adornaron.

Fábulas en verso castellano por D. FÉLIX MARÍA DE SAMANIEGO: Madrid, por D. Joaquín Ibarra, 1784.—Libro iij, fábula iij, página 44.





D. MANUEL JUSTO RUBALCABA.

D. Manuel Justo Rubalcaba nació en Santiago de Cuba en 9 de agosto de 1769, siendo bautizado el 27 del mismo mes en el Sagrario de aquella Metropolitana. Rubalcaba y Zequeira Arango son los dos poetas de Cuba, en quienes toma verdadero origen el Parnaso de aquella Antilla. Ya en el siglo xvii florecieron en ella Silvestre de Balboa; Troya y Quesada, oriundo de la Gran Canaria, que en 1608 escribió en la Habana su poema titulado *Espejo de paciencia;* el regidor de la villa de Bayamo, Juan Rodríguez de Cifuentes; el poeta de Santa Clara, Don José Surí y Águila, y el presbítero habanero D. Carlos de la Umbría Cerda Pacheco y Moya, que para las exequias de Felipe IV en Cuba escribió los once sonetos y doce composiciones en décimas y octavas que forman las obras en verso que publicó luego en Madrid. Del mismo modo, y en el siglo xviii, fueron poetas cubanos los santa-clareños también D. Mariano José de Alba y Monteagudo y D. Lorenzo Martínez de Avileira, más la poetisa anónima que cantó la gloria de los defensores del Morro contra los ingleses en 1762. No obstante, la poesía de carácter local, el Pindo de Cuba propiamente dicho, no abrió sus puertas á las inspiraciones de las ideas nuevas hasta que vinieron á fecundizarlo liras de vigor tan sostenido como las de Zequeira, Rubalcaba y Heredia. En los primeros vuelos juveniles, Rubalcaba, como tantos otros poetas españoles, halló medios de conciliar el culto de las letras con el ejercicio de las armas, sirviendo en el regimiento de Can-

tabria, del que fué oficial distinguido en Santo Domingo. donde asistió á la ocupación de Bayajá. Ni su vida de soldado ni su vida literaria fueron largas. En 1793 escribió, estando de guarnición en Puerto Rico, algunas traducciones de Virgilio, á quien tomó por modelo; su égloga de *Riselo y Cloris*. De Puerto Rico pasó á Cuba, donde cultivó la amistad de Zequeira, y en 1796 regresó á la ciudad de Santiago, donde permaneció hasta su fallecimiento en 4 de noviembre de 1805. Dejó escrito un poema, *La muerte de Judas*, que se ha publicado dos veces en la Habana en 1830 y 1847.

ROSA DE MANO.

Á NISE BORDANDO UN RAMILLETE.

SONETO.

No es la necesidad tan solamente
Inventora suprema de las cosas,
Cuando de entre tus manos primorosas
Nace una primavera floreciente.
La seda en sus colores diferentes
Toma diversas formas caprichosas,
Que aprendiendo en tus dedos á ser rosas
Viven, sin marchitarse, eternamente.
Me parece que al verte colocada
Cerca del bastidor, dándole vida,
Sale Flora á mirarte avergonzada;
Llega; ve tu labor mejor tejida
Que la suya de abril; queda enojada,
Y, sin más esperar, vase corrida.

América poética.—Pág. 264.



D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.

D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS *(Batilo)*, de la Real Academia Española, nació en Ribera del Fresno (Badajoz) en 11 de marzo de 1760. En Madrid estudió Filosofía con los dominicos de Santo Tomás; en Salamanca Jurisprudencia, hasta alcanzar la borla del doctorado, y desde el obscuro rincón de Extremadura trajo en natural fluidez la dulce vena poética, que el fino instinto y la aprovechada educación alzó á la cumbre del restaurador glorioso de la lírica castellana. Desde su primera *Égloga en alabanza de la vida del campo*, que en 1780 le premió en público certamen la Real Academia Española, se reveló el gran astro de la regeneración porque se suspiraba hacía más de un siglo. Cadahalso, Huerta, Luzán, Iriarte, disputáronse el don de su amistad, y Jovellanos, alcalde de casa y corte á la sazón, trató de tomarle bajo su amparo. El capellán de honor, después Obispo D. Antonio Tavira, declaró que «sus versos olían á tomillo» y que «había nacido el Anacreonte español.» Su *Oda á las Bellas Artes*, leída en la Academia de San Fernando, fué un suceso como hacía tiempo no daban nuestras musas decaídas, y en 1785, al aparecer su primer tomo de *Églogas*, el público arrebató la edición. Ocupaba Meléndez Valdés una cátedra en Salamanca, y Jovellanos, durante su ministerio, sucesivamente lo llevó á Zaragoza de alcalde del crimen (1789), y á Valladolid de oidor (1791), trayéndole después á Madrid (1797) á la sala de alcaldes. Entonces dió á luz sus dos tomos de *Poesías varias;* mas al año

siguiente se vió envuelto en la caída de su Mecenas y desterrado á Medina del Campo, luego á Zamora y, por último, á Salamanca. La política ahogó al poeta. Siguió la senda de los avanzados de entonces, admiradores incautos del astro de Napoleón; y aunque al primer grito de la patria herida dedicó al Duque del Infantado aquellos dos romances patrióticos de *La alarma española*, luego sirvió al rey intruso José Bonaparte de Consejero de Estado y de Ministro de Instrucción pública, viéndose compelido á emigrar de España con el ejército extranjero, cuando el valor nacional venció la tiránica dominación del César. Residió en Alais, en Nimes, en Toulouse, con el alma entristecida y abandonado de sus amigos, y murió en Montpellier el 24 de mayo de 1819. Fernando VII, que nunca perdonó al infidente, honró después de su muerte al poeta, concediendo una pensión á su viuda y mandando hacer una edición nacional de sus obras. Quintana escribió la vida y el elogio de Meléndez Valdés, y un poeta americano, el Marqués de San Miguel, D. Miguel de Cárdenas y Chaves, honró su memoria con el soneto más sentido que á ella se ha consagrado.

GUIRNALDA DE ROSAS.

LETRILLA.

De las tiernas flores
Que da mi verjel
Cuantas ví más lindas
Con afán busqué,
Y entre ellas quise
De nuevo escoger
Las que entrelazadas
Formasen más bien
Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.

Los ricos matices
Que varió el pincel
En ellas que Flora
Sabe disponer,
Del gusto guiado,
Tan feliz casé,
Que es gozo y envidia
De cuantos la ven
Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.
Sentí, al acabarla,
Tan dulce placer,
Que al niño vendado
La quise ofrecer.
—No, luego me dije,
Que es falso y cruel,
Y de la inocencia
Premio debe ser,
Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.
Allá en sus pensiles
Él puede coger
Guirnaldas que ciñan
Su pérfida sien;
Mientras mi respeto
Consagra á los pies
Del decoro amable,
Del recato fiel,
Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.
No la esquive, niña,
Tu áspero desdén,

Ó bajes los ojos
Con más timidez;
No en tanta vergüenza
Te mire yo arder,
Que venza tu rostro,
Por su rosicler,
Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.

Sobre tu cabello
Déjala poner,
Que en don tan humilde
Nada hay que temer;
Verás cuál se luce
Con su blonda red,
Y de tu alba frente
Con la hermosa tez,
Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.

Las flores son galas
De la sencillez:
Tu beldad sencilla
Digna de ellas es;
Dignas tus virtudes
De más alto bien;
Admite, pues, niña,
Admite cortés,
Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.

¡Y ojalá te mire
Tanto florecer,
Que eternos loores
Los siglos te den!

¡Ojalá á tu mando
Las dichas estén!
Cual ora por feudo
De tus gracias ves,
Mi linda guirnalda
De rosa y clavel.

Poesías de D. Juan Meléndez Valdés: Madrid, en la Imprenta Real, 1820 —Tomo j, letrilla iij, pág. 267.

SENO DE ROSA.

LETRILLA.

La rosa primera
Que de mi jardín,
Llorándolo Flora,
Hoy, Filis, cogí,
Y amor, á su ruego,
Crió para tí,
Deja que en tu seno
La ponga feliz.
Ella el suyo hermoso
Acaba de abrir,
Del céfiro blando
Al soplo sutil,
Y en otro de nieve
Anhela morir:
Deja que en tu seno
La ponga feliz.
Su aroma fragante
Puede competir
Con cuantos de Gnido

Exhala el pensil;
Su púrpura excede
Al vivo carmín:
Deja que en tu seno
La ponga feliz.
La altiva azucena,
El albo jazmín,
El clavel pomposo
Y el fresco alhelí,
Parias á mi rosa
Le deben rendir:
Deja que en tu seno
La ponga feliz.
Si Venus la viera
Como yo la ví,
Entre cien pimpollos
Flotante lucir,
Quisiérala al punto
Sólo para sí:
Deja que en tu seno
La ponga feliz.
Quisieran las Gracias
En donosa lid
El prez de gozarla,
Con Venus partir,
Y adornar con ella
Su pecho gentil:
Deja que en tu pecho
La ponga feliz.
Déjalo, y permite
Que á mi rosa unir
Mil dulces suspiros

Pueda, y ansias mil;
Quizá así más grata
Los gustes de oir:
Deja que en tu seno
La ponga feliz.
Ve, flor venturosa,
Y á mi amada dí
Cuán penado envidio
Tu glorioso fin;
Por él yo trocara
Mi triste vivir:
Deja que en tu seno
La ponga feliz.
Haz lenguas tus hojas
Y clamen por mí;
Clamen hasta verla
Arder y gemir,
Robando su boca
Dulcísimo un sí:
Deja que en tu seno
La ponga feliz.
Si alcanzares, rosa,
Como yo, á sentir,
¡Oh! ¡cuál te mecieras
De aquí para allí,
Sus globos de nieve
Ansiando cubrir!
¡Deja que en tu seno
La ponga feliz!
Si yo en tí pudiese
Mi sér convertir,
Sobre ellos mis labios

Lograra imprimir:
¡Ay Filis! Que sólo
Me es dado decir:
¡Deja que en tu seno
La ponga feliz!

Poesías de D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS: Madrid, imprenta Real 1820.—Tomo j, letrilla VIII, pág. 275.





D. DIONISIO SOLÍS.

D. Dionisio Villanueva y Ochoa (a) *Solís* nació en Córdoba en 1774. En Sevilla fué discípulo de D. Justino Matute, recibiendo además lecciones de música del maestro Ripa. Á los quince años hacía excelentes traducciones de las odas de Horacio. Poco después se acomodó con una compañía de comediantes, y escribió la letra y la música de una tonadilla que se cantó en el teatro de Valencia. En esta capital continuó sus estudios, aun ayudándose á vivir con el arte, y tradujo la *Batracomiomaquia* de Homero. En 1799 era apuntador en el teatro de la Cruz de Madrid; pero al año siguiente se dió ya á conocer como autor dramático, y tuvo la satisfacción de ver representada diez y ocho tardes consecutivas la comedia *Misantropía y arrepentimiento*, obra primitiva alemana, que Solís arregló á nuestro teatro de la traducción francesa de M. Molé. En 1807 tradujo el *Orestes*, de Alfieri, que se ejecutó en el Príncipe, así como *Virginia*, del mismo autor, en 1813. Por último, entre otra multitud de refundiciones, así del teatro antiguo español como del exótico en 1822, dió á la escena arreglado el *Juan de Calás*, de Chenier. Con estas obras alternaron algunas originales; entre otras la tragedia de *Tello de Neira* y las dos comedias *La pupila* y *Las literatas*, escritas en competencia con Moratín. Al ocurrir en esta corte los sucesos del 2 de mayo de 1808, en que estuvo á punto de ser fusilado, quiso prestar sus servicios á la libertad de la patria y se alistó de voluntario en el batallón de Granaderos de Madrid. To-

mó parte en varias acciones, y en la de Uclés cayó prisionero. Los discípulos de Lista del Parnasillo le estimaron como amigo y le profesaron el respeto de la ancianidad. Murió en agosto de 1834.

TRIUNFO DE LA ROSA.

CANTINELA.

Crece, modesta rosa,
En las orillas sacras
Del Betis, ni aun de mano
De tu señor tocada;
Crece, que sacudiendo
Las susurrantes alas,
Volando te corona
En derredor el aura;
Crece, y el día el astro
De tus corolas abra,
Y al áureo sol enseñe
Tu rubicundo nácar;
Corre, modesta rosa,
Que al seno destinada
Estás, porque tu dueño
Arde en amante llama.
¡Dichosa flor! ¡Qué trono,
Oh flor afortunada!
¡Por ese trono el triste
Elíseo no trocara!
¡Oh, si él la rosa fuera
Á Cloe dedicada,
Y entre los lácteos orbes

Que su cendal recata,
Ostentación haciendo
De su destino ufana,
Besándolos muriera,
Muriendo los besara!

MSS. inéditos: *Poesías de* D. Dionisio Solís.—*Poetas líricos del siglo* xviii: *colección formada é ilustrada por el Excmo. Sr. Don Leopoldo Augusto de Cueto* (Bibl. de Autores Españoles: Madrid, Rivadeneyra, 1875).—Tomo iij, pág. 174.





D. JOSÉ ANTONIO CONDE.

D. José Antonio Conde, de la Real Academia de la Historia, nació en Paraleja (Cuenca), hacia 1765. Madrid, Alcalá y Toledo, formaron en sus respectivas aulas el fondo nutrido de su prodigiosa erudición. Tal vez la inmensa balumba y variedad de sus estudios y conocimientos, impidió á su imaginación tomar vuelos superiores en la crítica. Poseía todos los idiomas sabios y clásicos: el hebreo, el griego, el árabe y el latín; y entre las lenguas vivas, el inglés, el francés y el italiano. Cultivando las musas no fatigó su numen con la facundia de sus invenciones; antes bien tomó de los clásicos griegos y latinos los que se hallaban más en la corriente de los gustos de su época, y tradujo á Anacreonte, á Byon, á Corina, á Safo y otras divinidades del Parnaso helénico. De la poesía oriental tomó un sinnúmero de autores y de obras; y después de haber cansado su experiencia en la traslación de metro á metro y de lengua á lengua, emprendió la ímproba tarea de intentar un cuerpo formal de historia de la dominación de los árabes en España, obra de que hasta entonces enteramente carecía nuestra literatura. Desde 1779, en que empezó sus traducciones del árabe, hasta 1820, en que publicó su obra historial, su vida fué un torneo literario de incesante aplicación; y si en este espacio de tiempo los sucesos que trastornaron con tanta insistencia nuestra sociedad, no le hubieran envuelto en sendas que el patriotismo vituperará siempre, por haber servido á un rey extranjero, intruso y dominador, más pura resplandecería

la aureola de su indudable mérito. Así y todo, la Real Academia de la Historia, de que lo mismo que de la Española, fué individuo de número, le nombró su Anticuario, y la Universidad de Alcalá de Henares honró su nombre consignándolo para todos sus actos entre sus Doctores. De este justo aprecio le hicieron partícipe otros Institutos extranjeros, y entre ellos la Real Academia de Berlín, que le dispensó los honores de miembro correspondiente. Murió en Madrid el 12 de junio de 1820.

ODA V ANACREÓNTICA.

Las amorosas rosas
Con el vino mezclemos;
Las rosas de hojas bellas
Á las sienes ciñendo,
Y bebamos alegres
Dulcemente risueños.
¡Oh rosa, flor preciosa,
De primavera esmero,
Delicia de los Dioses!
De Cipria el rapazuelo
Á las festivas danzas
De las Gracias viniendo,
Ciñe su hermosa frente
Y dorados cabellos
Con guirnaldas de rosas.
Cíñeme tú, Lieo;
Corónome de rosas,
Lirizaré en el templo,
Y con la hermosa mía
La de gracioso seno,

Con enredados lazos
Bellas danzas haremos.

Poesías de Anacreón, traducidas del griego por D. José Antonio Conde: Madrid, por D. Benito Cano, 1796.—Pág. 17.

ODA LIV ANACREÓNTICA.

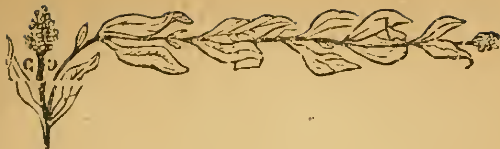
Canto la tierna rosa
Con la estación de flores:
Cantad, cantad conmigo;
Delicia es de los Dioses
Su aroma delicado,
Y placer de los hombres.
Las bellísimas Gracias
Y los tiernos Amores
Con ellas se coronan;
La hermosa de Dione
Las frescas rosas ama,
Más que á todas las flores.
Con las purpúreas rosas
Se adornan las canciones
De las suaves Musas:
Es la Reina de flores;
Espinas le rodean,
Y á las manos se oponen.
¡Dulce es coger la rosa,
Aunque agudas lo estorben,
Y llevar en la mano
La flor de los amores!
Espárcense en las mesas;
Las aras de los Dioses
De rosas se coronan;

De Baco las funciones
Las rosas embellecen:
No hay cosa que no adornen.
La de rosados dedos
Es de la Aurora el nombre;
Por sus brazos de rosa
Las Ninfas se conocen;
La bella Cyterea
Escoge sus colores;
Los débiles conforta;
Los despojos del hombre
En la horrorosa tumba
Conserva, los rigores
Del tiempo contrastando,
Sin que la edad le robe
Sus preciosos aromas
Ni su vigor despoje.
Digamos el origen
De tan preciosas flores:
Cuando del mar verdoso
En la espuma salobre
En nacarada concha
La bella de Dione
Se descubrió primero,
Y la frente de Jove
Á la guerrera Palas
Produjo, desde entonces
Ya los amenos prados,
Las florestas y bosques,
Adornados se vieron
De nuevas tiernas flores.
Y para que crecieran

Regábanlas los Dioses
Con el suave néctar.
  La rosa empompecióse;
Se alzó de las espinas;
Hízose planta noble,
Á Baco consagrada
Y á sus divinos dones.

Poesías de Anacreón, traducidas del griego por D. José Antonio Conde: Madrid, por D. Benito Cano, 1796.—Pág. 75.





D. JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA.

D. José Iglesias de la Casa nació en Salamanca el 31 de octubre de 1748. En la ciudad natal hizo sus estudios, aunque, estrechado por la modesta posición de sus padres, hubo de venirse á la corte de pretendiente, ayudado por su feliz y peregrino ingenio. Indújole á ordenarse el Obispo de aquella diócesis, D. Felipe Beltrán; y hecho clérigo, dióle en Salamanca algunos beneficios que mejoraron los medios de su subsistencia. Dos ediciones se hicieron en el pasado siglo de sus obras póstumas: la más completa fué de 1798, es decir, siete años después de su muerte, ocurrida el 26 de agosto de 1791. Las primeras composiciones poéticas de Iglesias se publicaron en el *Memorial literario* de Madrid y en el *Semanario salamanquino*. De este poeta apenas son conocidos sino los versos festivos y epigramáticos de su juventud, y aun en la primera edición de sus obras se le atribuyeron algunos que no había escrito. Justo es consignar que desde que abrazó el sacerdocio hizo vida muy retirada y tranquila, y que si no perdió sus aficiones literarias, las dirigió á componer infinidad do himnos místicos muy dulces, y el poema didáctico *La Teología,* que se publicó en 1790.

LA ROSA DE ABRIL.

LETRILLA.

Zagalas del valle,
Que al prado venís

A tejer guirnaldas
De rosa y jazmín,
Parad en buen hora;
Y al lado de mí,
Mirad más florida
La rosa de abril.

Su sien coronada
De fresco alhelí
Excede á la aurora
Que empieza á reir;
Y más si en sus ojos,
Llorando por mí,
Sus perlas asoma
La rosa de abril.

Veis allí la fuente,
Veis el prado aquí
Do la vez primera
Sus luceros ví;
Y aunque de sus ojos
Yo el cautivo fuí,
Su dueño me llama
La rosa de abril.

La dije:—¿Me amas?—
Díjome ella:—Sí.—
Y porque lo crea
Me dió abrazos mil.
El amor, de envidia,
Cayó muerto allí,
Viendo cuál me amaba
La rosa de abril.

De mi rabel dulce
El eco sutil

Un tiempo escucharon
Londra y colorín:
Que nadie más que ellos
Me oyera entendí,
Y oyéndome estaba
La rosa de abril.
En mi blanda lira
Me puse á esculpir
Su hermoso retrato
De nieve y carmín;
Pero ella me dijo
—Mira el tuyo aquí,—
Y el pecho mostróme
La rosa de abril.
El rosado aliento
Que yo á percibir
Llegué de sus labios
Me saca de mí;
Bálsamo de Arabia,
Y olor de jazmín,
Excede en fragancia
La rosa de abril.
El grato mirar,
El dulce reir
Con que ella dos almas
Ha sabido unir;
No el hijo de Venus
Lo sabe decir,
Sino aquél que goza
La rosa de abril.

Poesías póstumas de D. José Iglesias de la Casa: Salamanca, por D. Francisco de Jojar, 1798.—Tomo j, pág. 57.



D. NICOLÁS ÁLVAREZ DE CIENFUEGOS.

D. Nicolás Álvarez de Cienfuegos, de la Real Academia Española, nació en Madrid el 14 de diciembre de 1764. Estudiando en Salamanca estrechó sus relaciones de amistad con Meléndez Valdés, y juntos cultivaron la poesía en aquella escuela maestra de tantos recuerdos brillantes. Desde 1798 adquirió fama de gran poeta dramático con la representación de sus dos tragedias *Zoraida* y la *Condesa de Castilla*. El Príncipe de la Paz, rendido favorecedor del talento, noticioso de lo modesto de su fortuna y de los sentimientos de piedad filial con que sostenía á una madre anciana é imbele, le tomó bajo su protección; y después de haber probado sus facultades en una plaza de la redacción de la *Gaceta de Madrid*, le llevó de oficial á la primera secretaría de Estado. La representación de una nueva tragedia suya, *Pitaco*, abrió á Cienfuegos las puertas de la Real Academia Española, y en 1798 dió á la estampa en dos tomos sus obras poéticas, que fueron muy bien recibidas. El 2 de mayo de 1808 corrió grave riesgo de ser arcabuceado, por acudir á Palacio donde tenía su oficina. Después que Murat se apoderó del Gobierno, y cuando Napoleón disponía en Bayona la comedia de la proclamación del rey José, Cienfuegos fué conducido á Francia, en calidad de rehenes, y en tal situación, murió en Ortez á principios de julio. Cienfuegos fué uno de los restauradores del Parnaso, que engrandecieron los dos Moratines, Meléndez Valdés y algunos otros ilustres ingenios.

LA ROSA DEL DESIERTO.

ODA.

¿Dónde estás, dónde estás, tú, que embalsamas
De este desierto el solitario ambiente
Con tu plácido olor? Con él me llamas
Hacia tí más y más; te busco ardiente,
É ingrata á mi cuidado,
Triste me dejas en tu afán burlado.
Bella entre flores bellas,
¿Por qué te escondes y mi amor esquivas?
¿Temes que yo prefiera
A tu hermosa franqueza, la altanera
Pompa del tulipán, ó la inodora
Anémona, que al iris desafía,
Ó del clavel la majestad grandiosa?
No: todo cede para mí á la rosa;
La rosa es mi placer: ven, ven, ofrece
Tu modesta beldad á mi deseo,
¡Oh rosa virginal! ¿Me engaño, ó veo
Su purpúreo color que allí aparece
Por entre una quebrada?
Es, es, no hay duda; en los paternos brazos
De su rosal sentada,
Con lentitud se mece
Al movimiento blando
De un cefirillo que le está besando.
¡Oh salve, salve, que mi vista ansiosa,
Cansada ya de la aridez penosa
Que en torno te rodea,

Al fin en tu belleza se recrea!
¡Oh flor amable! En tus sencillas galas,
¿Qué tienes, dí, que el ánimo enajenas
Y de agradable suspensión le llenas?
En cada olor que liberal exhalas
De tu cáliz ingenuo un pensamiento,
Un recuerdo, un amor, no sé qué siento
Allá, dentro de mí, que, enternecido,
Suelto la rienda al llanto,
Y encuentro en mi aflicción un dulce encanto.
Sola en este lugar, ¿cuándo, qué mano
Pudo plantarte en él? ¿Fué algún anciano,
Que recordó sus días juveniles
Pasando por aquí, y al ver su muerte,
En recogerlos se afanó y guardarlos
Dentro de tu raíz; ó fué un amante
Que, abandonado ya de una inconstante,
Huyó á esta soledad, queriendo, triste,
Olvidar á su bella,
Y este rosal plantó, pensando en ella?
Era un hombre de bien, del hombre amigo,
Quien un yermo infeliz pobló contigo,
Que en medio á la aridez, así pareces
Cual la virtud sagrada
De un mundo de maldades rodeada.
¡Ah! rosa es la virtud, y bien cual rosa
Donde quiera es hermosa,
Espinas la rodean donde quiera,
Y vive un solo instante
Como tú vivirás. ¡Ay! tus hermanas
Fueron rosas también, también galanas
Las pintó ese arroyuelo, cual retrata

En tí de tu familia la postrera.
Del tiempo fugitivo imagen triste,
Él corre, correrá, y en su carrera
Te buscará mañana con la aurora,
Y no te encontrará; que ya esparcidas
Tus mustias hojas, sin honor caídas
Sobre la tierra dura,
El fin le cantarán de tu hermosura.
¡Oh! ¡si me fuese dado
Tus horas prolongar, cediendo un día,
En tu favor, del tiempo que me toca!
Gozoso más en breve marcharía
Hacia mi tumba helada,
Porque durase más mi flor amada.
¡Imposibles soñados! ¡Ay! siquiera
Toma, guarda ese beso
De mi amistad sincera,
Y esa parte de mí contigo muera.
¡Y qué! Sola, olvidada,
Sin que su labio y su pasión imprima
En tí ninguna amante,
¿En fin perecerás sin ser llorada?
¿No volará en su muerte
Ningún ¡ay! de tristeza
De la fresca belleza
Que en tí contemple su futura suerte?
¡Oh Clori, Clori! para tí esa rosa,
Bella cual mi cariño,
Aquí nació; la cortará mi mano
Y allá en tu pecho morirá gloriosa.
Guarda, tente, no cortes y perdona,
Clori, esta vez; que por ventura injusto

Bajará á este lugar algún celoso,
Venganzas meditando allá en la mente
De una triste inocente,
Que amarle hasta morir en todo jura.
Al mirar esta rosa, de repente
Se calmarán sus celos, y bañado
En llanto de ternura,
Maldecirá su error, y arrepentido
Irá á abjurarle ante su bien postrado,
Ó la verá tal vez algún esposo
Ya en sus cariños frío,
Y la edad de sus flores recordando,
Fija la mente en su marchita esposa,
Clamará en su interior:—«También fuí rosa.»
Y con este recuerdo despertando
El fuego que en su pecho ya dormía,
La volveré un amor que de ella huía.
Y ¿quién sabe si acaso maquinando
La primera maldad con torvo ceño
Vendrá algún infeliz, solo, perdido,
De pasiones terribles combatido?
Al llegar donde estoy, verá esta rosa,
La mirará, se sentará á su lado,
É ignorando por qué, su pecho, herido
De una dulce terneza,
Amará, de mi flor estimulado,
La belleza moral de su belleza.
¡Ay! que del crimen al cadalso infame
Tal vez ese infeliz se despeñara,
Si esta rosa escondida
La virtud en su olor no le inspirara.
Queda, sí, queda en tu rosal prendida,

¡Oh rosa del desierto!
Para escuela de amor y de virtudes;
Queda, y el pasajero,
Al mirarte, se pare y te bendiga,
Y sienta y llore como yo, y prosiga
Más contento su próspero camino,
Sin que te arranque de tus patrios lares.
¿Es tan larga tu edad para que quiera
Cortarte, acelerando tu carrera?
No: queda, vive y el piadoso cielo
Dos soles más prolongue tu hermosura;
Puedas, lozana y pura,
No probar los rigores
Del bárbaro granizo,
Ni los crudos ardores
De un sol de muerte, ni jamás tirano
Tus galas rompa el roedor gusano.
No: dura y sé feliz cuanto desea
Mi amistad oficiosa;
Y feliz á la par contigo sea
La abejilla piadosa
Que, en tu cáliz posada,
Hace á tus soledades compañía.
Adiós, mi flor amada;
Adiós y eterno adiós: la tumba fría
Me abismará también; mas si en mi musa
Llego á triunfar del tiempo y de la muerte,
Inseparable de tu dulce amigo
Eternamente vivirás conmigo.

Obras poéticas de D. Nicasio Alvarez Cienfuegos, de orden de S. M.: Madrid, imprenta Real, 1816.—Tomo j, pág. 142. (Esta composición no está incluída en la edición de 1788.)

EL PRECIO DE UNA ROSA.

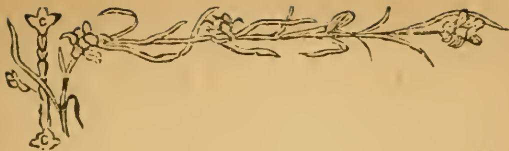
ANACREÓNTICA.

En todos los rosales,
La madre primavera
Jamás á rosa alguna
Miró con más terneza.
En mil graciosos rizos,
¡Cuán varia purpurea
Sobre el regazo amante
Del botón que la estrecha!
¡Cómo en silencio suben,
Desde el pie contrapuestas,
Dos bien labradas hojas
Y se mecen sobre ellas!
Una tal vez se dobla,
Gira y fugaz la besa;
La otra lo ve cobarde,
Y quiere y va y no llega.
Ella entre tanto ríe
Mil fragantes esencias,
Y á su reir ¡oh, cuántos,
Cuántos deseos vuelan!
¡Oh rosa, honor del año!
Tu singular belleza
¡Oh cuán feliz sería
Si Filis te quisiera!
Tómala, Filis, toma
Y déme en recompensa
La dulce miel de un beso
Tu boquita risueña.

Ya vale más la rosa:
No te la doy, no; suelta,
Que el beso fué, y lozana
Mi flor aquí se queda.
Seis besos, y otros tantos
Me has de pagar por ella.
Es poco, no: tú ignoras
Los ayes que me cuestas.
Fuí, y al cortarla, impías
Me hirieron dos abejas
De un numeroso enjambre
Que á par giraba de ella.
¿No ves cuán lastimada
Está mi triste diestra?
¡Ay Filis! Sí; mi rosa
Precio mayor desea:
¡Un beso, ¿qué es un beso?
Quiere por cada abeja
Del numeroso enjambre
Que á par giraba de ella!

Poesías de D. Nicolás Álvarez Cienfuegos: Madrid, imprenta Real, 1798.—Tomo j, pág. 7.





D. ANASTASIO DE OCHOA.

D. Anastasio de Ochoa y Sotero de Acuña *(el pastor Antimio)* nació en el pueblo de Huichapán (Méjico) el 27 de abril de 1783, de padres españoles. En Méjico estudió Latín en el estudio del Dr. D. Juan Picazo; en San Ildefonso Filosofía, conquistándose por su aplicación la *beca de merced,* y la Teología y Cánones en la Universidad Real y Pontificia. Horacio, Percio y Juvenal, entre los latinos; Quevedo, Alcázar y Góngora, entre los castellanos, fueron los modelos á quienes procuró imitar en sus primeras poesías de la juventud. El *Diario de Méjico* publicó, en 17 de mayo de 1806, las primicias de su ingenio gracioso y picante, y continuó insertando algunas composiciones que indistintamente firmó con el anagrama de *Anastasio de Achoro* ó con el pseudónimo de *El Tuerto;* más adelante tomó el sobrenombre de *el pastor Antimio* al ser recibido en 1811 en la Arcadia mejicana. En este mismo año puso en escena con aplauso su tragedia *Don Alfonso*, y cinco años después, en 1816, recibió las órdenes sacerdotales. Entonces se dedicó á traducir las *Heroidas* de Ovidio, y á coleccionar sus versos juveniles que, con el título de *Poesías de un mejicano*, publicó en Nueva-York en 1828. Era entonces párroco del Espíritu Santo de Querétaro, en cuyo cargo murió el 4 de agosto de 1833, del cólera morbo. Dejó escrita una comedia original titulada *El amor por apoderado*, y traducidas del francés el *Bayaceto*, de Racine; del italiano la *Virginia*, de Alfieri, y del latín la *Penélope*, del P. Andrés Friz. Arregló la *Eugenia*,

de Beaumarchais; tradujo *El Facistol*, de Boileau, y con Vera colaboró en la traducción de la *Biblia* que publicó Galbán. Por el tono de sus composiciones originales, Ochoa de Acuña es enteramente un poeta del siglo XVIII, aunque avanzase en vida lo bastante en el XIX para haber consagrado un buen número de sus poesías á exaltar el espíritu de los mejicanos contra la dominación española.

A SILVIA.

SONETO.

Al pintar de sus ninfas los primores,
Suelen fingir mil cosas los amantes:
Tomando ora del sol luces brillantes;
Ora robando el ámbar á las flores,
Ya usurpan de la nieve los albores;
Ya el brillo de las perlas y diamantes;
Coronando á sus bellas los semblantes
De la purpúrea rosa los colores.
Sólo yo hacer no puedo una pintura
De tu rostro, que valga alguna cosa,
Cuando pintar intento tu hermosura;
Pues eres, Silvia, en tanto grado hermosa,
Que á copiarte no alcanza nieve pura,
Perlas, diamantes, sol, ámbar, ni rosa.

Sonetos varios de la lira mejicana: Méjico, por Vicente Segura 1855.—Pág. 25.



APÉNDICE



LA ROSA EN ITALIA.

Pág. 75.—Italia tiene poesías, ya populares, ya sueltas, no menos interesantes que las que cito de Inglaterra, Alemania y Francia. El *Códice Vaticano* 5.225-2 contiene el siguiente soneto, que debemos considerar de los más antiguos, pues pertenece al siglo XIII, es decir, al siglo de Jacopo da Lentino, Chiaro Davanzati, Pulcio del Bellundi y Guido Guiniceli, anteriores á Dante Alighieri, Guido Cavalcanti, Cino da Pistoia y Francesco Petrarca:

Rosa gentil, che sopra a' verdi dumi
Dai tanto onor al tuo fiorito chiostro,
Suffusa da Natura di tal ostro,
Che nel tuo lampeggiar il mondo allumi;
Tutti gli altri color son ombre e fumi,
Che mostrerà la terra o n' ha già mostro;
Tu sola sei splendor al secol nostro,
Chi altrui nella vista ardi e me consumi.
Rosa gentil, che sotto il giorno estinto
Fai l' aria più chiarita e luminosa,
E di vermiglia luce il ciel depinto;
Quanto tua nobiltate è amor nascosa,
Chi 'l sol cha da tua vista in tutto é vinto,
Appena ti conosce, o gentil rosa!

La poesía culta los produjo más tarde admirables, como el siguiente de Torcuato Tasso:

Negli anni acerbi tuoi, purpurea rosa,
Sembravi tu, che a' rai tepidi, all' òra

Non apre il sen, ma nel suo verde amora
Verginella s' as'onde e vergognosa;
O più tosto parei che mortal cosa
Non s' assomiglia a te, celeste aurora,
Che la campagne imperla e i monti indora
Lucida in ciel sereno e rugiadosa.
Or la men verde etá nulla a te toglie;
Né te, benché negletta, in manto adorno
Giovinetta beltà vince o pareggia.
Cosi più vago é il flor poi che le foglie
Spiega odorute, e'l sol nel mezzogiorno,
Vie più che nel mattin, luce e fiammeggia.

Posteriormente han sido también en Italia muchos otros los poetas que han cantado á *la Rosa* hasta nuestro tiempo.

GÓNGORA Y ARGOTE.

Pág. 152.—Aunque en la referida página se reproduce el Soneto de Torcuato Tasso: *Quel labbro, che la rosa han colorito,* que parece sirvió de pauta á Góngora para el suyo que empieza *La dulce boca que á gustar convida,* debo consignar aquí que el de nuestro poeta ha sido trasladado modernamente otra vez al italiano por Marco Antonio Carini (*Il libro del amore:* Vezezia, per Giov. Debon, 1885, pág. 161), en esta forma:

La dolce bocca che a gustar invita
Un umose tra perle distillato,
Soave al par di quel hior sacrato,
Cui dà Giove agli dei che in siel convita,
Non toccate, se carra vi è la vita,
Perchè tra labbro e labbro colorato,
Amore sta del suo veleno armato,
Come tra fiore e fior serpe addormita.
Non v' ingannin le rose che all' aurora
Par che, sparse di perle et' odorose,
Siano cadute dal purpureo seno.

Mele sono di Tantalo, non rose;
Fuggono quel che attrassero pur ora,
E soltanto d' Amor resta il veleno.

MORETO Y CABAÑAS.

Pág. 306.—La signatura del *Epigrama* de D. Agustín Moreto, que va inserta en la página referida, se había extraviado al imprimir el pliego en que se contiene. Pertenece á la comedia que escribieron Matos Fragoso, Cáncer y Moreto con el título de *Caer para levantar* (jornada j, escena xj). La jornada primera consta que la escribió Moreto, y en ella se introduce dividido en estrofas para el canto y en la forma que aquí se rectifica. (Bibl. de Autores Españoles, *Comedias escogidas de D. Agustín Moreto y Cabañas, coleccionadas por Don Luis Fernández-Guerra y Orbe:* Madrid, M. Rivadeneyra, 1856. —Pág. 588, columnas 1.ª y 2.ª)

EPIGRAMA ANACREÓNTICO.

Coged la rosa, amante,
De vuestra edad florida:
No la deshoje el tiempo,
Que todo lo marchita.
Madrugad al aurora,
Que se os pasa la vida,
Y tras la primavera
No hay fruto sin fatiga.
Agora, agora es tiempo
De gozar las delicias,
Que os da el amor portantes
Cenizas merecidas.

D. JERÓNIMO DE BARRIONUEVO

Y PERALTA.

Pág. 307.—De este poeta dije á la pág. 308 que la variedad de datos que se encuentran hace sospechar que hubo del siglo XVI al XVII dos personas nobles y literatas que llevaron el mismo nombre y los dos mismos apellidos.

Mi estimado amigo el laboriosísimo y escrupuloso investigador Sr. D. Antonio Paz y Melia, instado por mí, ha tenido la bondad de rectificar, sobre el autor de la poesía inserta en la página mencionada *(Intangibles)*, los siguientes datos biográficos:

§ 1.º—Nuestro D. Jerónimo no nació en Madrid, sino en Granada en 1587.—Su madre fué Doña María Monsalvo y Mejía.—No fué en 1598 procurador á Cortes.—Su correspondencia política (1654-1658) la sostuvo con *uno* de Zaragoza.—Se ignora el año de su muerte.

§ 2.º—Su correspondencia *(Sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658)* está en publicación por los editores de la *Colección de Autores castellanos.*





ÍNDICE DEL TOMO I.

MANOJO DE ROSAS.

SIGLO XVI.

SIGLO XVII.

Páginas.

Páginas.

SIGLO XVIII.

APÉNDICE.

FIN DEL TOMO I

Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
21 *de enero*
del año de
1891.





